CHRISTOPHER
CARTWRIGHT

LA OLA MONSTRUOSA

UN THRILLER DE SAM REILLY

La Ola Monstruosa

Por

Christopher Cartwright

Copyright 2016 por Christopher Cartwright

Este libro está protegido por las leyes de copyright de los Estados Unidos de América. Queda prohibida cualquier reproducción u otro uso no autorizado del material o de las ilustraciones aquí contenidas. Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII
Capítulo XLIII
Capítulo XLIV
Capítulo XLV
Capítulo XLVI
Capítulo XLVII
Capítulo XLVIII
Capítulo XLIX
Capítulo L
Capítulo LI
Capítulo LII
Capítulo LIII
Capítulo LIV
Capítulo LV
Capítulo LVI
Capítulo LVII
Capítulo LVIII
Capítulo LIX
Capítulo LX
Capítulo LXI
Capítulo LXII
Capítulo LXIII
Capítulo LXIV
Capítulo LXV
Capítulo LXVI
Capítulo LXVII

Capítulo LXVIII
Capítulo LXIX
Capítulo LXX
Capítulo LXXI
Capítulo LXXII
Capítulo LXXIII
Capítulo LXXIV
Capítulo LXXV
Capítulo LXXVI
Capítulo LXVII
Capítulo LXXVIII
Capítulo LXXIX
Capítulo LXXX
Capítulo LXXXI
Capítulo LXXXII
Capítulo LXXXIII
Capítulo LXXXIV
Capítulo LXXXV
Capítulo LXXXVI
Capítulo LXXXVII
Capítulo LXXXVIII
Capítulo LXXXIX
Capítulo XC
Capítulo XCI
Capítulo XCII
Capítulo XCIII
Capítulo XCIV
Capítulo XCV
Capítulo XCVI
Capítulo XCVII
Capítulo XCVIII
Capítulo XCIX
Capítulo C
Capítulo CI
Capítulo CII

Capítulo CIII

Capítulo CIV

Capítulo CV

Capítulo CVI

Capítulo CVII

Epílogo

Prólogo

Bermudas, hace cinco días

El reloj marcaba exactamente las cuatro y media de la tarde en la isla de Bermudas. Luke Eldridge se pasó la mano derecha por la cara sin afeitar. Le resultaba incómodo. Durante sus treinta y ocho años de vida siempre había mantenido la cara bien afeitada, hasta esa semana. Con su metro setenta de estatura, era más o menos normal para un estadounidense de su generación. Tenía el pelo castaño y grueso, ojos color avellana, una sonrisa que le habría permitido dedicarse a la política y un mentón pronunciado que lo hacía parecer salido de Hollywood.

Se quedó mirando la hora un momento, como si pudiera detener el tiempo a voluntad. En treinta minutos, los demás vendrían a por él. Tendrían su respuesta, aunque probablemente no sería la que estaban buscando.

Desde la comodidad de la pequeña casita de piedra, con vistas a las prístinas aguas del océano Atlántico, su mente podría estar despejada para repasar las muchas posibilidades de la oferta que le habían hecho. Su equipo había dado en el clavo. Con aquel descubrimiento, el mundo cambiaría para siempre. Él y sus colegas científicos se harían ricos, pues les lloverían ofertas a cántaros. El único problema era que la primera oferta que habían recibido era demasiado buena para rechazarla.

Pero eso era exactamente lo que tenía pensado hacer, lo cual iba a trastornar peligrosamente a los compradores.

Le habían dicho que no abandonara la isla hasta que se hubiera tomado una decisión. A ninguno de los científicos le habían dado permiso para marcharse, aunque los demás habían insinuado que estarían dispuestos a aceptar tal oferta. Luke ya había hablado con los otros tres. Por supuesto que querrían aceptar. Todos acabarían siendo ricos, pero con la oferta que les habían hecho todos serían más ricos de lo que jamás habían soñado y de forma inmediata.

Él era la excepción, por supuesto. Había nacido en el seno de una familia adinerada. Para los demás miembros de su equipo era fácil argumentar que él tenía el privilegio de esperar una oferta mejor, pero no se trataba de dinero. Luke sabía que tendría que rechazar la oferta por el simple hecho de que era maquiavélica.

Pensó un momento en la oferta. Se la había proporcionado un ángel que cumplía la voluntad del diablo. Veinte mil millones de dólares para comprar el descubrimiento del Elixir Ocho y todas las líneas de investigación relacionadas con él durante los próximos cien

años. Prohibiendo el progreso de la raza humana a cambio de llenar los bolsillos de un conglomerado mundial de ricos magnates del petróleo. Era una oferta increíble. Sólo una fracción del valor real que tendría el Elixir en el futuro, pero podría tomar más de una década disponer de un prototipo funcional a escala de producción capaz de demostrar dicho valor.

Para los científicos que habían hecho el improbable descubrimiento, la oferta era increíble. Si no hubiera sido por la persona que ELLOS habían enviado para hacer la oferta, la habría aceptado. Incluso Luke tenía un precio. Pero cuando descubrió quién le había hecho la oferta, vio el alcance de la corrupción. Era demasiado, no podía dejarlo pasar. El insulto era insoportable, y él estaba dispuesto a arriesgar su vida para desafiarlo.

Sin pruebas, sería difícil hacerles pagar públicamente. Seguía trabajando para conseguir pruebas. ELLOS le habían dicho que no participara en la regata de este año. Era una amenaza, y a él no le gustaban las amenazas. Como una serpiente, devolvería el mordisco.

Escribió un único mensaje a su corredor de seguros de vida, la única persona de la que estaba seguro que no lo quería muerto en ese momento, y pulsó enviar.

«En caso de que muera esta noche, ponte en contacto con Sam Reilly. Sólo él puede demostrar que fue un asesinato.»

Luke entonces se dirigió rápidamente a la playa, donde su yate estaba amarrado, esperándole para unirse a la carrera.

*

A cientos de kilómetros de distancia, en una cámara secreta de la costa este de Estados Unidos, mediante vigilancia por satélite avanzada, ELLOS observaron cómo el Mirabelle abandonaba el puerto.

—Parece que ha dicho que no —Desde lo más profundo de las sombras, el hombre habló despacio, para que no se malinterpretara la severidad de su afirmación.

Timoteo fue el primero en responder—. Benjamin dijo que se encargaría personalmente de ello si Luke rechazaba la oferta.

—Sí, pero ¿y si no puede conseguirlo? ¿Y si su investigación le falla? Quizá sólo estaba fanfarroneando. No estoy completamente seguro de que sea posible ni siquiera en teoría, y mucho menos en la práctica. Mis fuentes me dicen que no parece real.

—Ya se ha hecho antes —respondió Timothy—. Yo mismo lo he visto. Está entre nuestro futuro científico muy próximo y la ciencia ficción.

—Sí, pero eso fue sólo en pequeñas olas. Nunca nada a esta escala.

—Sin embargo, funcionó. Así que es posible —insistió Timothy.

—Y requiere mucha energía. Mucha más de la que cualquiera podría conseguir sin destruir medio planeta. Carajo, cuando hice mis

pruebas más optimistas, llegué a la conclusión de que un acontecimiento así requeriría la detonación de más de cinco bombas atómicas como la que arrasó Nagasaki.

—¿Por qué no enviamos un equipo y lo matamos?

La mujer de la habitación suspiró—. No somos los únicos que le vigilan esta noche. Ya sabes cómo ha establecido su fideicomiso. Si hay algo sospechoso en torno a su muerte, todas sus líneas de investigación se pondrán a disposición del fideicomiso público. Sería lo peor que podría ocurrir. No, el mundo tiene que saber que fue un accidente, y ésta es nuestra mejor oportunidad para que así sea.

El primero respondió—. Sí, pues esto va a parecer un accidente de los mil demonios.

—Si puedes encontrar alguna otra forma de que muera por accidente, mientras lo graban, de tal manera que el forense no tenga más remedio que dictaminar muerte accidental, entonces estoy abierta a sugerencias... —respondió ella.

—No, sólo espero que sea posible. Ya sabes cómo se ponen estos científicos cuando hablan de becas de investigación.

Timoteo se levantó—. Benjamin no presume. Si dice que tiene la capacidad de hacerlo, lo hará.

—Más te vale que tengas razón, porque Luke tiene información suficiente para hundirnos si algo de esto sale a la luz. La exposición no sólo nos arruinará a todos, sino que lo más probable es que pasemos el resto de nuestras vidas en la cárcel o incluso acabemos muertos.

*

El Mirabelle abandonó el diminuto puerto de la pequeña isla de las Bermudas justo al anochecer, dejando a su paso un radiante resplandor fosforescente. Era un superyate de cuarenta y dos metros. Fabricado con materiales compuestos, era uno de los yates más rápidos y lujosos del mundo. Un tributo a la ingeniería naval y la ascensión definitiva al éxito de su propietario, que a los tres años supo que quería ser ingeniero.

Luke Eldridge, su propietario, se puso al timón con un pequeño grupo de expertos marineros a sus órdenes, todos ellos regatistas consagrados. Al salir del puerto, sus cuatro enormes velas de fibra de carbono de última generación se abrieron por completo y el Mirabelle tomó velocidad, saltando con avidez sobre las olas de un oleaje inusualmente suave.

La fosforescencia parecía más brillante de lo que jamás había visto. Con cada choque de la proa al atravesar el agua, por lo demás oscura, parecía brillar, dando la apariencia surrealista de que el océano cobraba vida.

Luke aún se tambaleaba de rabia cuando el Mirabelle tomó la delantera en la regata, distanciándose rápidamente de los demás yates

de la regata. No era más que una regata benéfica desde las Bermudas hasta los Cayos de Florida, pero normalmente las disfrutaba. No había otros yates de su clase, y ninguno de los barcos estaba a la altura de sus habilidades. ELLOS no querían que corriera este año, y estuvo a punto de no hacerlo. Pero cuando le hicieron la oferta, decidió que necesitaba ese tiempo para aclarar sus ideas.

Fue SU primer error.

Pensar que podían obligarle a tomar una decisión sobre su mayor desarrollo era ridículo. En todo caso, lo había hecho estar aún más decidido a rechazar la oferta.

Rodeó la isla y viró hacia el oeste. Al pulsar un par de botones, las enormes velas de fibra de carbono, sujetas a los cuatro mástiles, viraron hacia el oeste. Los tradicionalistas entre los marineros argumentarían que su barco era un monstruo salido de la mente de algún espantoso ingeniero terrestre, sin ningún parecido con la navegación hábil. Para Luke, el Mirabelle era un monumento a la capacidad del hombre para superar cualquier reto mediante el logro de la ciencia y la ingeniería dedicada. Un equilibrio perfecto de ingeniería moderna y sinergia con la naturaleza.

El oleaje parecía inusualmente suave, y los vientos, que ahora soplaban mar adentro, aceleraban su ritmo y alcanzaban los treinta nudos. Causaría problemas a algunos de los yates más pequeños de la flota, pero para el Mirabelle sólo era viento suficiente para motivar a su enorme casco a saltar sobre las olas del océano.

Sería una carrera fácil de veinticuatro horas.

Al igual que otros millonarios, Luke sentía pasión por todo lo que hacía, y su última elección tendría consecuencias de gran alcance, más allá de la riqueza financiera. Los jugadores eran poderosos, las apuestas aún mayores y el resultado cambiaría definitivamente al mundo, pero no sabía si sería para bien.

A poco más de ochenta kilómetros de la salida, recordó las palabras que Benjamin le dijo al terminar la reunión.

No saques el Mirabelle *hasta que hayas tomado una decisión. Te hundirán y ambos sabemos cómo.* La amenaza era, cuanto menos, presuntuosa.

Luke volvió a pensar en aquellas palabras y en lo ridícula que era la amenaza. El Mirabelle y todas las demás naves cercanas eran rastreadas por GPS: nadie, salvo un submarino, podía llegar hasta él. Por último, aún no era posible llevar a cabo esa amenaza todavía, a pesar de las investigaciones que se estaban realizando al respecto.

Esa noche durmió plácidamente durante la primera rola, que comenzó a las once de la noche, mientras uno de los tripulantes tomaba el timón. El Mirabelle navegó por mar abierto a toda velocidad. Descansó mejor de lo que lo había hecho en muchos años.

Por fin el estrés había desaparecido.

A las tres de la madrugada, el capitán llamó a la puerta de su camarote privado. Era el llamado de un hombre que sabía que tenía un deber que cumplir y que la preocupación por despertar a su amo era lo de menos.

—Buenos días, Brian —dijo Luke mientras se colocaba el arnés de seguridad sobre los hombros—. Subiré enseguida.

—Muy bien, señor. El café lo estará esperando en el puente.

A pesar de ser el propietario del yate y de haber pagado una tripulación profesional, Luke siempre insistió en que le correspondiera su turno natural en la lista rolas de los guardias; de lo contrario, para él, todo el propósito de la navegación se habría corrompido. Subió las escaleras hacia el puente con movimientos firmes.

—¿Algo que informar, Brian? —preguntó.

—No, hemos navegado bien esta guardia. Nuestros vientos se han comportado amablemente a veinte nudos con alguna racha ocasional de hasta treinta. Han mantenido su dirección este. El Mirabelle está rindiendo a su eficiencia natural, y mantenemos cómodamente una velocidad del 80% de su desplazamiento del casco.

—Muy bien —Luke ya había oído este tipo de informe muchas veces en este viaje—. ¿Y tú, James?

—No hay nada importante que comunicar, señor, pero quizá le interese saber que la fosforescencia parece estar en todo su esplendor esta noche. Es muy hermosa.

—Me alegra oírlo. Lo disfrutaré —desde la primera vez que su padre lo había llevado a navegar, cuando era un niño, Luke había quedado hipnotizado por el brillo estelar que emitían las criaturas microscópicas al reaccionar con el movimiento mecánico de las olas y la proa del yate—. Muy bien, caballeros. Pueden retirarse.

Luke dio un sorbo a su café caliente mientras paseaba por la cubierta inspeccionando las velas. No había luna, pero la miríada de estrellas reflejaba suficiente luz en el agua casi quieta como para ver las velas con claridad sin linterna.

Normalmente, se conectaba a un cabo salvavidas durante la guardia nocturna. Esa noche, las aguas tranquilas le daban una sensación de seguridad en la gran embarcación y, a pesar de haberlo hecho mil veces antes, no consiguió engancharse a la línea de vida que recorría toda la eslora del yate.

Recorrió la cubierta, comprobando metódicamente que todo estuviera en orden. Complacido al descubrir que así era y que no había malgastado el exorbitante dinero que gastó en la tripulación, Luke decidió dirigirse a la cubierta de proa.

Allí se quedó, observando la surrealista mezcla de luz estelar y fosforescencia. Nunca había visto una noche más mágica, y Luke lo

tomó como una señal de Dios de que su decisión había sido tan justificada como necesaria. Aunque, sólo el Todopoderoso, podría ser el único que se diera cuenta de ello durante su vida.

Por primera vez en años, lo había aceptado con ecuanimidad.

Delante del Mirabelle, Luke notó que la fosforescencia aumentaba de luminosidad. Lentamente al principio y luego un poco más deprisa. Se alejaba del yate como si algo tirara de ella. En contra de todo sentido común y solo en la guardia, Luke decidió subir al bauprés de dos metros para ver mejor el extraño y hermoso fenómeno.

Su intuición no se funcionó como debía.

En cambio, aquella magia agitó algo intrínsecamente más profundo. Debería haber alertado a la tripulación; debería haber comprobado cuánto tenía que corregir el piloto automático su dirección contra la extraña corriente.

En todo caso, debería haber echado un vistazo al radar. De hacerlo, podría haber recibido una advertencia sobre lo que se dirigía hacia él y el resultado podría haber sido muy diferente.

Así las cosas, Luke quedó atrapado en aquel hermoso acontecimiento.

No fue hasta que el rápido resplandor que fluía por la superficie del océano se convirtió en una espuma verde brillante cuando se dio cuenta de la dimensión de su error.

Delante de él, acercándose a un ritmo tentadoramente lento, había una pared verde. Parecía más bien una cascada.

Dios mío, ¡no puedo creer que hayan conseguido crearla!

Al principio sólo pensó en la ciencia que había detrás de aquel logro. Luego comprendió el peligro. Luke corrió lo más rápido posible hacia la caseta de seguridad, una sala transparente en forma de cúpula diseñada como lugar de último recurso durante los grandes mares. Corrió todo lo que pudo, agradecido precisamente ese día de no haberse enganchado al cabo de seguridad.

Llegó justo a tiempo. Hizo girar la cerradura de la trampilla hasta que quedó hermética. Se suponía que la habitación era casi a prueba de bombas. Luke apenas tuvo tiempo de mirar hacia atrás y ver lo que se dirigía hacia ellos.

Maldijo su egoísmo por no haber avisado a su tripulación. ¿Pero con qué propósito lo habría hecho? Sólo les habría permitido despertar el tiempo suficiente para saber que estaban a punto de morir.

Un segundo después, el resplandor verde alcanzó la proa del Mirabelle.

Luke se erguía orgulloso. El reflejo del intenso brillo verde de sus ojos centelleaba como estrellas. Echando una última mirada a la hechizante aparición, escuchó cómo se destruía cada centímetro de la

nave mientras el muro de agua lo alcanzaba.

Entonces todo se volvió oscuro y silencioso mientras su mundo desaparecía.

Capítulo I

Colorado, actualidad

Benjamin White conducía por la I-70 a través de las Grandes Llanuras, en dirección oeste hacia las Montañas Rocosas. Se acercaba la hora del desayuno. Había conducido toda la noche intentando alcanzar a Sam Reilly, pero parecía que el hombre había hecho todo lo posible por evitar que lo encontraran. Le hizo gracia recordar su discusión con el amigo de aquel hombre, Tom Bower. *Me pregunto si me habrá enviado a una búsqueda infructuosa.* Se metería en un buen lío si no lo encontraba. Bajó la vista hacia su teléfono, sin más visión que la periférica de la carretera mientras tanteaba la larga lista de contactos. Se detuvo cuando encontró el número de Tom Bower y pulsó en llamar.

Un coche a su lado le tocó el claxon. Se le cayó el teléfono. Trastabillando, consiguió recogerlo del suelo, junto al acelerador. La luz se encendió. Y la llamada se conectó.

—Sr. Bower. ¿Me escucha? —volvió a poner la mano en el volante.

—Sí. ¿Quién habla?

—Benjamin White, otra vez.

Una larga pausa. O bien Tom no se acordaba de él, o no le interesaba.

—Hablamos ayer. Sobre Sam Reilly.

—Ah, claro. El vendedor de seguros —se rió Tom—. ¿Lo alcanzaste?

—No, todavía no. ¿Está seguro de que está aquí? Es muy importante que lo encuentre. ¿Quizá se ha salido antes de la I-70?

—No creo. Tenía muchas ganas de ir a las Montañas Rocosas. Conociendo a Sam, hará un viaje rápido y aprovechará al máximo su estancia durante el fin de semana. Sigue adelante, no pares mucho y lo encontrarás.

—¿No crees que lo haya perdido? Ni siquiera sé en qué coche va.

—Yo tampoco, pero puedo decirte esto: pasa tanto tiempo en el mar que ni siquiera tiene coche.

Benjamin maldijo en voz baja.

—Entonces, ¿qué coche lleva, uno de alquiler?

—De ninguna manera. No es su estilo. Habría tomado prestado uno de los coches de su padre. Lo reconocerás.

—¿Qué coche tiene su padre?

—Ni idea. Tiene muchos coches. Todos con un valor que ni tú ni yo podríamos pagar.

—¿Entonces tengo que buscar un BMW?

—No, eso sí que podría pagarlo yo... con esfuerzo. Pero es más probable que James Reilly, el padre de Sam, tenga un supercoche. Sólo que seguramente no se molestaría en comprar uno de serie como un Lamborghini, sino una edición especial, artesanal y única. Créeme que si lo ves, lo sabrás.

—De acuerdo, gracias —colgó y aumentó la velocidad hasta casi cincuenta kilómetros por encima del límite. Podía permitirse una multa, pero si no encontraba a Sam antes que ellos, las cosas se pondrían mucho peor para todos.

Para el medio día, ya llevaba casi dieciséis horas en carretera. Sólo había parado para repostar. El nerviosismo le estaba pasando factura. Haría una parada para comer algo rápido y luego se pondría de nuevo en marcha. Entró en el estacionamiento del pequeño restaurante, donde una brillante luz de neón verde parpadeaba: *«Bienvenidos a Sweet Basil - ¡Abierto 24 horas, 7 días a la semana!»*

Estacionado delante había un modelo actual de un Rolls Royce Phantom.

Sacudió la cabeza, aliviado. No cabía duda, Sam Reilly había heredado el amor de su padre por el estilo y los coches caros.

Capítulo II

Sam observó a la joven mesera llevar la comida. Probablemente tendría unos veinte años, era rubia y, a decir verdad, mostraba demasiado escote para ser un restaurante familiar. Fue educada y les tomó la orden. Un sándwich de atún con pepino y tomate para Aliana, uno de tocino para él y unas papas fritas para compartir.

La mesera dejó caer dos vasos grandes de papel delante de él.

—La fuente de refrescos están por allí —sonrió—. Sírvanse ustedes mismos.

—Gracias —respondieron él y Aliana al unísono.

La mesera lo miró fijamente, a él en concreto, y abanicó sus largas pestañas.

—De nada.

Aliana se rió.

—Ha de querer ganarse la propina. Está intentando ligar contigo.

Sam recogió los dos vasos.

—Jamás. Ni loca se atrevería si me ve almorzando con alguien como tú.

Y lo decía en serio. Aliana era impresionante. Más alta que la media de las mujeres americanas de su generación por unos cinco o seis centímetros. Tenía el pelo de color rubio claro, ojos azules y una sonrisa ladina. De figura liviana y atlética, perfectamente adaptada a un estilo de vida al aire libre. Su piel, radiante. Llevaba un perfume ligero, casi afrutado, que era intoxicante, pero no abrumador. Podría haber sido una estrella de cine. Nunca modelo: su figura estaba demasiado llena de músculos bien definidos, fruto de años de alpinismo en los Alpes europeos.

Sam terminó de llenar sus vasos con refrescos altamente azucarados para los dos. Luego se sentó de nuevo para seguir comiéndose el sándwich. Era de tocino, lechuga y tomate, pero además estaba cubierto de queso fundido, aguacate, espinacas y huevo.

Miró a Aliana y sonrió.

—Menos mal que pedí sólo uno.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Te dije que tus ojos eran más grandes que tu estómago y que no necesitabas pedir dos, ¿no?

Abrió la boca y trató de comerse el monstruoso bocadillo. Al final, lo aplastó y se lo metió en la boca. Sabía muy bien.

Un conjunto de latas de conserva traqueteó cuando un desconocido entró a toda prisa por las puertas principales de cristal. Sam no le

habría prestado atención si no fuera porque el hombre casi se cae en su apresurado intento. Fue suficiente para que Sam lo examinara casualmente.

El hombre llevaba traje, con un sobrepeso moderado y parecía tener alrededor de cuarenta años. Se detuvo, se alisó la corbata y registró la cafetería. Sam arqueó la ceja mientras lo examinaba. Había algo en él que lo hacía parecer un profesionista, aunque desaliñado. El tipo de persona que acababa de descubrir que se había arruinado gracias a la corrupción de otra persona y que ahora estaba dispuesta a matar a alguien o a atracar un banco, o incluso una cafetería, con tal de recuperarlo.

Sam buscó instintivamente un arma; la más cercana era un sartén de hierro para el fuego que estaba apagado junto a ellos. Sus dedos agarraron el mango y se sintió más seguro al instante.

Aliana lo miró.

—¿Todo bien?

—No lo tengo claro. Hay un hombre a tus siete en punto. Algo no me gusta. Quizá está loco. No sé.

Aliana giró la cabeza para ver. El rostro del hombre estaba sudoroso y le temblaban las manos, como si estuviera nervioso y a punto de estallar. Los ojos del hombre se clavaron en los suyos. Un depredador identificando a otro depredador. Sam se preparó para pelear.

El desconocido se acercó entonces en línea recta. Sus ojos inyectados en sangre lo miraban fija e intensamente.

—¿Eres Sam Reilly?

—Sí —respondió Sam. Su mano derecha agarraba el mango del sartén de hierro que había bajo la mesa—. ¿Te conozco?

—No, pero he recorrido un largo camino para encontrarte.

Capítulo III

El hombre extendió la mano. Su voz era áspera, probablemente de toda una vida fumando.

—Me llamo Benjamin White. Soy corredor de seguros de vida, y estoy intentando obtener información que espero que tu experiencia pueda proporcionarme. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar? Es importante.

Sam se relajó y dijo:

—Claro, acércate una silla. ¿De qué se trata?

—¿Te dice algo el nombre de Energías del Nuevo Mundo?

—No mucho. Creo que están trabajando en fuentes de energía alternativas que no dependan de los combustibles fósiles. ¿Por qué?

—¿Qué me dices del nombre Luke Eldridge?

—¿Luke? —Sam sonrió de puro placer—. Por supuesto, él y yo fuimos juntos al colegio y competíamos en el mismo equipo de vela. Era mayor que yo en la escuela, pero aun así disfrutamos de la navegación; tanto él como su padre eran unos capitanes excepcionales. Lo último que supe es que había triunfado con una empresa tecnológica, ¿cómo se llamaba?

—Energías del Nuevo Mundo.

—No me digas. Uno de los hombres más inteligentes que he conocido, ¿cómo está?

—Muerto.

Sam se quedó mirando a Benjamin White, atónito ante la noticia.

—Vaya. ¿Qué le pasó?

—¿Qué tanto sabes sobre las Energías del Nuevo Mundo?

—No mucho. Se dedican a formas de energía más nuevas: combustibles de hidrógeno, solar, hidroeléctrica, energía generada por el océano a través de las olas. Por lo que he oído, la empresa estaba dispuesta a hacer cosas muy buenas, cosas increíbles.

Benjamin negó con la cabeza.

—Sí, bueno... en el momento de su muerte su empresa registraba un valor en el NASDAQ de cuatro mil millones de dólares; de ellos, él mantenía el ochenta y cinco por ciento de las acciones —el hombre esperó lo suficiente para que sus palabras calaran—. No se gana tanto dinero sin enfadar a alguien por el camino.

—¿Era rico?

—Sólo en teoría. En realidad, debía mucho dinero. Habría tenido problemas para deshacerse de todas sus acciones por un precio cercano a ese. Y por lo que me han dicho, estaba desesperado por conseguir financiación para pagar algunos de sus préstamos personales

para investigación.

—Entonces, ¿me estás diciendo que alguien lo mató?

—Sí, pero no fue por su dinero.

—¿Qué te hace pensar eso? Todo tiene que ver con el dinero de alguna forma. Además, tenía un seguro de vida, tal vez eso pueda ayudar a explicar para qué lo necesitaba el beneficiario.

Benjamin sonrió.

—No. No creo.

—¿Por qué?

—Porque yo era su corredor de seguros de vida. Y tenía instrucciones claras de que cualquier pago que recibiera a su muerte se destinara a pagar cualquiera de sus facturas, y luego se entregara al Estado para que siguiera investigando energías alternativas. Estaba claramente comprometido con su propósito.

Sam negó con la cabeza.

—Supongo que sí. ¿Tienes alguna otra idea de por qué alguien querría matarlo?

—De hecho, sí —Benjamin esperó la respuesta de Sam. Cuando no obtuvo ninguna, continuó—. Era algo que había descubierto: una fuente de energía llamada Elixir Ocho.

—Nunca he oído hablar de ello.

—Por supuesto que no: nunca se dio a conocer al público. Días antes de que Luke fuera asesinado, la junta se reunió para discutir una oferta anónima con el fin de aplastar el proyecto a cambio de una inmensa oferta en efectivo.

—¿Sabemos quién era el inversor privado?

—No —se retorció en la silla.

—¿Y sabes quién lo asesinó?

—Ni idea. Para eso te necesito a ti.

Sam se terminó lo que quedaba de su bebida y dejó el vaso.

—¿A mí? ¿Cómo rayos puedo ayudarte yo?

—Esperaba que tú lo supieras. Luke sólo me envió un mensaje de texto antes de salir de las Bermudas a navegar en una regata benéfica.

—¿Qué decía el mensaje?

—Decía: «En caso de que muera esta noche, ponte en contacto con Sam Reilly. Sólo él puede demostrar que fue un asesinato».

—¿Asesinato? ¿Cómo murió?

—Compitiendo en la regata de Bermudas a los Cayos de Florida. Al parecer, lo alcanzó una enorme ola que arrasó con su yate, el Mirabelle. Por lo que he oído, la ola era tan potente que todo se partió en dos y se hundió hasta el fondo. No hubo sobrevivientes.

Sam miró al hombre, perplejo.

—¿Una ola monstruosa? Muchos marineros competentes han muerto a causa de una ola inusualmente grande. Si fue lo bastante

grande como para dañar el Mirabelle, los demás regatistas de la prueba debieron de verse afectados.

—Ninguno de los otros tripulantes notó al mar inusualmente agitado.

—¿Pero el yate de Luke se hundió?

—Eso es. Parece una locura, ¿verdad?

—Sí, lo parece.

—Siento interrumpir tus vacaciones. Sé que querías alejarte del mundo durante unos días, pero quisiera saber si estarías dispuesto a volver antes para ayudarme.

Sam miró a Aliana en busca de aprobación. Ella le sonrió con simpatía.

—Era tu amigo. Un viejo amigo, que te ha pedido ayuda.

—Sí, pero no tengo ni idea de por qué.

—Debe de haber sido por algo.

Benjamin dijo: —Dime. ¿Qué sabes sobre las olas monstruosas?

Capítulo IV

Sam volvió a llenar su vaso en la fuente de soda. Retrocedió y tomó asiento.

—Las olas monstruosas no tienen tanto misterio como te quieren hacer creer las películas. De hecho, son igual de aleatorias que las olas normales. Y como tal, pueden predecirse mediante el análisis de olas de un mar determinado.

Benjamin se sirvió una taza de café, se detuvo y miró a Sam como si acabara de informarle de que el mundo ya no era redondo.

—¿Te refieres a que se puede predecir cuándo se va a producir una ola monstruosa?

—No, pero se puede conocer el estado del océano en el que es probable que se produzca una. Las olas en sí son bastante impredecibles. Los estados del mar en evolución pueden predecirse con relativa exactitud utilizando modelos de olas eólicas.

—Entonces, ¿en qué tipo de mares se puede encontrar una ola monstruosa?

—Bueno, para eso tienes que comprender algunos principios básicos del desarrollo de las olas.

Aliana se levantó.

—Ya he escuchado esta historia antes. Voy a refrescarme.

Benjamin la miró.

—Continúa. Necesito entenderlo.

—De acuerdo. El tamaño y el comportamiento de las olas son determinados por una serie de factores. Entre ellos, la dirección del oleaje en comparación con la velocidad de la marea, las corrientes oceánicas dominantes, la profundidad del agua, la forma del fondo marino, la presencia de arrecifes y bancos de arena, incluso la temperatura del océano.

—Entiendo —dijo Benjamin.

Sam suspiró, intentando calcular hasta qué punto debía profundizar.

—Hay cinco factores que influyen en la formación de las olas de viento: la velocidad del viento en relación con la cresta de la ola, la distancia ininterrumpida de agua abierta sobre la que sopla el viento sin cambios significativos de dirección, lo que se denomina *fetch*, la anchura del área afectada por el *fetch* y la duración del viento en un tiempo determinado.

—Es decir que hay que medir muchos factores para predecir la altura, longitud y fuerza de una ola.

Sam asintió con la cabeza.

—Sin embargo, hay un factor que rige el tamaño de las olas más que ningún otro: el viento. Las olas se producen cuando el viento sopla sobre la superficie del océano y transfiere energía de la atmósfera al agua. La altura de las olas es determinada por la velocidad del viento, la duración de su soplo y, sobre todo, el *fetch*.

Benjamin se terminó el café.

—Continúa.

Sam observó que el café había hecho poco por calmar el temblor de las manos de Benjamín. Continuó con el tema que siempre le había parecido tan fascinante.

—En oceanografía, las olas monstruosas se definen con más precisión como olas cuya altura es más del doble que la de una ola grande, que a su vez se define como la media del tercio de las olas más grandes de un registro. Por lo tanto, las olas monstruosas no son necesariamente las olas más grandes que se encuentran en el agua; son, más bien, olas inusualmente grandes para un determinado estado del mar. Las olas monstruosas no parecen tener una causa única y distinta, sino que se producen cuando factores físicos como vientos fuertes y corrientes intensas hacen que las olas se fusionen para crear una única ola excepcionalmente grande.

—¿Por qué se fusionan las olas?

—La física subyacente que hace posible el fenómeno de las olas monstruosas es que las distintas olas pueden viajar a velocidades diferentes. Esto les permite chocar y fusionarse, lo que se conoce como interferencia constructiva. En lugar de un conjunto de cuatro o cinco olas, todas se fusionan en una muchísimo más potente.

Benjamin se crujió los nudillos. Parecía un tic nervioso.

—Bien, ¿qué tan grandes pueden llegar a ser estas olas?

—Pueden ser muy grandes. La ola Draupner en el Mar del Norte, frente a la costa de Noruega, fue medida por equipos científicos con veintiséis metros en 1995. Ese mismo año, el faro de Fastnet, en Irlanda, fue golpeado por una. Aunque ningún equipo científico registró la altura exacta de la ola, el propio faro estaba a cuarenta y ocho metros sobre el nivel del mar.

Benjamin se quedó mirándolo, hipnotizado.

—¿Estás diciendo que alguien podría predecir una ola de cuarenta y ocho metros de altura?

—Entiende que las olas monstruosas no tienen que ver con la altura, sino el doble de la altura de la ola mayor, es decir, el doble de la media de las olas más altas de un conjunto. La Administración Nacional Oceánica y Atmosférica determinó que las alturas de ola más frecuentes serán aproximadamente la mitad de la altura de la ola mayor. Y que aproximadamente una de cada siete será ligeramente más grande. Pero una de cada tres mil, o aproximadamente tres veces

cada veinticuatro horas, será el doble de la altura de la ola mayor.

—¿Es decir que, si navego durante la noche, estadísticamente me van a golpear tres olas gigantes?

—Exactamente. Así que, si la altura media de las olas es de tres metros, puede que te golpee una ola gigante de seis metros.

—De acuerdo, así que la noche en que Luke murió, la altura significativa de la ola era de sólo un metro y veinte centímetros. Entonces, basándonos en esa teoría, ¿cómo carajos es posible que lo haya golpeado una ola de treinta metros?

Sam sonrió. Estaba muy sorprendido por la repentina revelación. También había algo más. Le excitaba la perspectiva.

—¿Me estás diciendo que Luke fue golpeado por una ola de treinta metros, justo al norte de la isla de Bimini?

—Sí, ¿no te lo había dicho?

Sam miró la nota. Desdobló dos billetes de diez y uno de cinco y los colocó sobre la mesa.

—Muy bien, Sr. White. Me tiene intrigado. Veré lo que puedo averiguar y se lo haré saber.

Capítulo V

Sam pisó a fondo el pedal de su Rolls Royce Phantom y su potente V12 de 6.75 litros empezó a gruñir. Acababa de doblar otra curva cerrada y Sam aceleraba por la estrecha recta; aumentó la velocidad al subir el paso de Vail, en dirección a la divisoria continental. A cientos de kilómetros de cualquier océano, sus pensamientos tendrían que haber estado lejos de la oceanografía.

En el asiento del copiloto, perfectamente a gusto con su entorno, estaba sentada Aliana Wolfgang. Sus largas y bronceadas piernas se extendían seductoramente hacia abajo, el ligero corte de su falda revelaba poco, pero lo llenaba de deseo. Hizo girar el coche en la pronunciada curva en forma de V, a punto de acelerar en la siguiente recta.

Fue entonces cuando vio la columna de humo.

Se elevaba como un embudo. Oscuro y ominoso en la montaña nevada, parecía fuera de lugar. Entonces vio las marcas de derrape y el guardarraíl roto.

Aliana lo miró.

—Parece que alguien ha tenido un mal día.

Pisó el freno y detuvo el coche, con fuerza. Tiró del Rolls Royce junto al quitamiedos que faltaba.

—Vamos a ver si alguien ha sobrevivido al choque.

—Claro —dijo ella. Sus ojos le decían lo que él ya sabía. Los ocupantes ya estaban muertos.

Encendió las luces de emergencia de su coche y lo dejó en marcha mientras caminaba hacia el borde de la carretera. Mirando hacia abajo, pudo ver el amasijo de un coche aún ardiendo. Sus ojos escudriñaron el borde de la carretera y el acantilado para ver si el conductor había sido arrojado y había escapado milagrosamente. No había nada.

—¡Vaya! —dijo Aliana—. Creo que era el coche del Sr. White.

—¿De verdad? ¿Cómo puedes estar segura? —poco se podía ver del coche original. Era imposible determinar su color, o incluso la marca.

Aliana señaló la matrícula alojada en el diezmado guardarraíl.

—DRSIX9 —¡Recuerdo que pensé qué clase de imbécil conduciría un deportivo con ese tipo de matrícula!

—¿Doctor? ¿No dijo que era corredor de seguros de vida? —Sam perdió el interés en su propio pensamiento. Acababa de divisar el segundo juego de marcas de neumáticos—. Mira. Alguien más estuvo aquí. Otro coche golpeó a White, haciéndolo caer al vacío.

—La pregunta es si fue por accidente o si se deshicieron

intencionalmente de White por todo lo que sabía.

—La coincidencia parece altamente improbable. Así que ahora tenemos a uno de los cuatro científicos más importantes de Industrias Nuevo Mundo y a un corredor de seguros de vida que conocía el presunto asesinato de Luke, muertos.

—No me gustaría ser los otros tres científicos.

—No, creo que es hora de hacerles una visita, antes de que nos quedemos sin gente a la que interrogar.

Capítulo VI

Sam giró el volante y volvió hacia la dirección de la que habían venido. Aliana lo miró y en voz baja, dijo:

—¿Adónde nos dirigimos?

—Al Aeropuerto Internacional de Denver.

Se agarró al lateral de la puerta para mantener el equilibrio.

—Acabamos de pasarlo ciento veintiocho kilómetros atrás, ¿por qué nos vamos allí ahora?

—Porque los científicos vivos dan mejores respuestas. Lo que significa que tenemos que llegar antes que ELLOS.

Miró el humo que se extendía detrás.

—¿No deberíamos informar de esto a las autoridades?

—Que lo haga otro. Tenemos que irnos si queremos alcanzar a los científicos que quedan.

Aliana sonrió. Era ligeramente coqueta, aunque al mismo tiempo daba a entender que había hecho algo mal.

—Ni siquiera sabes quiénes son los otros científicos. Y mucho menos dónde están.

—Buen punto. Llama a Elise. Dile que averigüe en qué estaba trabajando Luke. Dile que necesitaremos saber quiénes eran los otros tres científicos y su ubicación actual.

—¿Tan buena es?

—¿Elise? —sonrió—. Y más. Probablemente sea la mejor informática del planeta. Y su especialidad es la minería de datos y la extrapolación a nivel extremo. La incorporaron a la CIA cuando aún era una niña por sus habilidades únicas. Luego, cuando no estuvo de acuerdo con la forma en que dirigían el sistema, intentó dimitir. No les gustó la idea de perder su mejor arma, así que intentaron negarse.

—¿Dónde está ahora?

—Se marchó. Se creó una nueva identidad. Vivió un tiempo en Europa y ahora trabaja para mí. A su manera.

—Vaya, chica lista —Aliana tomó el teléfono. Copió el número del teléfono de Sam y llamó—. Elise. Sam necesita tu ayuda.

Sam aceleró las marchas rápidamente. El Rolls Royce Phantom aumentó de velocidad como un caballo campeón de carreras recién liberado de la reja. Pulsó el símbolo del teléfono del coche en el volante. Se desplazó hasta la antepenúltima llamada recibida. Y pulsó Llamar.

—Hola Sam, ¿cómo van tus vacaciones? —preguntó Tom.

Sam cambió a segunda al entrar en la siguiente curva cerrada.

—¡Lo sabes muy bien!

—Ah, claro, Benjamin White. Lo siento, pero insistió mucho en que le ayudaras, y dijo que era súper importante —Tom no parecía arrepentido—. ¿Cómo está el Sr. White?

Sam puso el coche en tercera y aceleró a fondo.

—Está muerto.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Su coche se salió de la carretera. Uno de esos bordes implacables del paso de Vail. Su coche era una bola de fuego cuando lo encontramos. Imposible de sobrevivir.

—¿Pero por qué querrían matarlo? —preguntó Tom.

Sam miró el velocímetro. Iba a casi cien kilómetros por hora. Llegó a la cresta y vio el camión maderero rojo. Iba en marchas cortas, bajando lentamente por el puerto. Sam se metió en medio de la carretera para ver si podía adelantarlo. Una Winnebago que se aproximaba le bloqueó el paso. Miró hacia el carril de la avería, a su derecha. Una camioneta amarilla estaba parada, bloqueándolo también. Pisó a fondo el freno y redujo la marcha hasta situarse justo detrás del camión maderero.

—Aún no lo sé. Mira, te lo explicaré todo cuando te vea. ¿Cuánto falta para que nos veamos en el aeropuerto internacional de Denver?

—Si me llevo el *Sea King*, puedo llegar en una hora.

—Bien. Hazlo. Te lo explicaré todo cuando lleguemos. El jet de mi padre nos estará esperando.

—De acuerdo.

—Por cierto, Tom. Creo que esto podría estar relacionado con esas misteriosas olas gigantes que han estado dañando la flota de mi padre.

—¿De verdad? ¿Ha habido otra?

—Sí. Un científico, Luke Eldridge, al parecer murió a causa de una.

—Suena bastante inverosímil.

Sam vio una abertura y pisó a fondo el acelerador, pasando por delante del camión maderero.

—Estoy de acuerdo. Era uno de los cuatro científicos que trabajaban en un proyecto secreto. Al parecer, alguien les hizo una oferta por su avance. Al parecer, la oferta no era negociable. Los que no estaban interesados fueron asesinados. Y a la única persona que sabía algo al respecto, Benjamin White, la mataron.

—Interesante. ¿Adónde nos dirigimos entonces?

—A reunirnos con los científicos que quedan. Supongo que los que siguen vivos deben estar del lado de ELLOS, o están a punto de ser asesinados. En cualquier caso, tenemos que llegar hasta ellos rápido —Sam cambió despreocupadamente a segunda velocidad y se preparó para la siguiente curva de la carretera.

—¿Sabes dónde están?

—Ni una pista. Elise me está consiguiendo algunos nombres y

lugares. Te informaré cuando llegue...

¡Choque!

Sam dejó de hablar de golpe, porque alguien acababa de chocar contra la parte trasera de su Rolls Royce, haciendo que perdiera el control.

Capítulo VII

Sam agarró el volante. Desviándose hacia el interior, lo manejó con la precisión de un piloto de carreras, mientras su potente Rolls Royce luchaba por mantenerse en la estrecha carretera. Al mismo tiempo, tocó ligeramente el acelerador, haciendo que la potencia de sus cuatro ruedas le ayudara a salir del trompo mortal.

Aliana maldijo. Luego, girando la cabeza para mirar, dijo:

—Son ellos.

Sam miró por el retrovisor. Una enorme camioneta amarilla con los cristales tintados de color negro intenso les pisaba los talones. En el capó se podían restos de pintura roja.

—¡Es la que hemos pasado antes! En el carril de la avería. Saca una foto con el teléfono. Vamos a averiguar quién es el dueño —dijo Sam.

Pisó a fondo el acelerador y su potente V12 empezó a distanciarse de sus atacantes. Entonces llegaron a la recta. Sam aumentó la velocidad. Miró por el retrovisor. La camioneta les seguía el ritmo.

—¿Qué carajos?

Aliana se giró para ver mejor.

—¡Maldita sea! ¿Qué rayos llevan en esa camioneta?

—Debe de tener una construcción a medida bajo el capó. No te preocupes; cuando lleguemos a la siguiente serie de curvas, la perderemos. Una pequeña camioneta nunca podrá seguirnos el ritmo.

Manteniendo la distancia, los ocupantes de la camioneta amarilla se desesperaban cada vez más. Sam oyó los disparos. Debían de haberse desviado un kilómetro, porque ni siquiera pudo ver dónde cayeron.

—Hay un teclado junto a la guantera. Mi padre guarda ahí una Magnum del calibre 50 para emergencias —Sam adelantó a otra camioneta. Oyó un segundo disparo de ametralladora. En el lateral de la camioneta había más de una docena de agujeros. Los disparos estaban cada vez más cerca—. Yo diría que ésta es una emergencia.

Aliana se inclinó hacia delante. —¿Cuál es el código?

—666.

Ella alzó las cejas. —¿Es en serio?

Varios disparos impactaron en el parabrisas trasero. Se formaron pequeñas grietas como copos de nieve, pero el cristal antibalas aguantó. *¡Gracias, papá!*

—Agarra la pistola y dispárales.

Tecleó el código. Abrió la guantera y sacó la pistola. Ya estaba cargada. Desactivó el seguro, bajó la ventanilla lateral, apuntó y disparó las cinco balas. El parabrisas de la camioneta se rompió en mil

pedazos.

—¡Buen tiro! —dijo Sam. Entonces vio que el pasajero empujaba hacia delante los restos del cristal roto y les apuntaba con su Uzi.

—Mierda. No fue suficiente.

Capítulo VIII

Sam entró en el túnel. Giró en la última curva y pisó a fondo el freno. Toda la parte trasera del Phantom se deslizó peligrosamente cerca del borde vital de la carretera. El Rolls Royce se detuvo en el lado opuesto de la carretera, apuntando hacia atrás, hacia su atacante. Esperó.

—¿Qué carajo estás haciendo? —le gritó Aliana.

Sam vio que la camioneta amarilla doblaba la curva. Aceleró. Las cuatro ruedas las proyectaron hacia delante como un cohete.

—Acabar con esto.

Aliana se agarró al lateral de su asiento con tanta fuerza que el blanco de sus nudillos sobresalía. La camioneta amarilla siguió hacia ellos, sin darse cuenta. De repente, el conductor que circulaba en sentido contrario vio lo que Sam estaba haciendo. Pero ya era demasiado tarde. Sam dirigió su Rolls Royce hacia el carril central y chocó contra la rueda delantera izquierda de la camioneta. Los 2,639 kilogramos de peso del Rolls Royce se estrellaron contra la rueda izquierda de la camioneta, haciéndola girar hacia la derecha.

La rueda izquierda de la camioneta se detuvo al instante, haciendo que la pick-up se deslizara. El conductor intentó corregir la trayectoria, pero fue demasiado tarde, y la pesada pick-up rodó. El conductor, que ahora era como un pasajero más en un tren de mercancías descontrolado, levantó la vista justo a tiempo para ver que el guardarraíl se acercaba a toda velocidad. La pesada pick-up derribó la barandilla, haciéndola rodar por el acantilado del otro lado.

Sam metió el Rolls Royce marcha atrás. Luego lo hizo girar para orientarlo en la dirección correcta a lo largo de la carretera, y salió del coche. Abajo, la camioneta había rodado al menos veinte veces antes de chocar contra una gran roca del fondo con un crujido.

—¿Estás bien, Aliana?

Aliana jugueteó con el dobladillo de su vestido corto.

—Bien, pero parece que cada vez que me llevas a una cita, alguien acaba intentando matarme.

—Si te hace sentir mejor, creo que esa gente estaba más interesada en matarme a mí. Tú sólo eras un daño colateral. Y habría sido un desperdicio terrible, si lo hubieran conseguido.

—¡No, no me hace sentir mejor!

Sam se quedó mirando la camioneta destrozada al pie de la colina. Una lenta bocanada de humo salía del capó. Era poco probable que alguien hubiera sobrevivido, pero nunca se sabe. Lo único que Sam sabía era que la única persona que conocía que podría arrojar luz

sobre lo que estaba ocurriendo estaba atrapada en aquel destrozo.

—Me pregunto si debería ir a hablar con ellos.

—Es broma, ¿verdad? —dijo Aliana.

Un momento después, las llamas alcanzaron la bomba de combustible y la camioneta quedó rápidamente envuelta en llamas. Nadie salió de allí.

—Tienes razón. Supongo que ya no les interesa hablar.

Capítulo IX

Sam condujo hasta la entrada privada del Aeropuerto Internacional de Denver. Era un hangar utilizado por los ricos y famosos para dejar sus jets privados. Justo fuera, en la pista, el Gulfstream de su padre estaba preparado y esperando a que abordara.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —preguntó Aliana.

Sam paró el coche y lo dejó en primera. —Mi padre tiene hoy una reunión de negocios en Denver.

—Entonces, ¿piensas quedarte con su jet?

Se encogió de hombros y salió del coche. —Creo que yo lo necesito más, así que sí. ¿Segura que no quieres venir con nosotros? —preguntó.

—No. No puedo. Tengo otras responsabilidades, que no implican el riesgo de que me disparen.

—Lo siento. De verdad, no estaba en mis manos —se sintió herido —. ¿Vas a estar bien?

Aliana sonrió. Sus labios se curvaron de un modo deliciosamente coqueto. —Estaré bien. Tomaré un vuelo público desde aquí.

—Hasta pronto.

Se acercó más a él. Lo rodeó del cuello con los brazos y le besó en los labios. Un beso lento y apasionado. —Nos veremos algún día.

—Adiós, Aliana.

—Adiós, Sam.

Y eso fue todo.

Él sabía que ella se había despedido. Nunca fue cuestión de que alguno de ellos se quisiera menos que el otro. Se trataba simplemente de que cada uno vivía otra vida. Ambas tremendamente motivadas. Y ninguno dispuesto a transigir.

Sam subió rápidamente al Gulfstream.

Tom se reunió con él en la puerta y le estrechó la mano. —¿Adónde nos dirigimos?

—Boston, Massachusetts.

—¿Por qué? ¿Qué esperas encontrar allí?

—A un hombre llamado Timothy Locke.

Capítulo X

Los motores gemelos del Gulfstream G650 chirriaron cuando el piloto soltó los frenos y el avión saltó hacia delante por la pista. Luego de recorrer menos de la mitad, estaban en el aire. Sam se hundió cómodamente en el sillón de cuero. Estaba en el estudio con Tom al otro extremo del gran escritorio de caoba. El avión terminó de ascender a su altitud de crucero y luego se inclinó hacia la izquierda antes de tomar rumbo directo hacia Massachusetts.

—¿Dónde nos quedamos? —preguntó Sam.

—Timothy Locke.

—Así es. Según Elise, da conferencias de vez en cuando en el MIT a cambio del uso regular de una de sus supercomputadoras. También resulta ser el tercer científico que trabajaba en un proyecto secreto llamado Elixir Ocho.

—A ver si lo entiendo. Luke fue asesinado por negarse a aceptar su oferta. A Benjamin White, sólo podemos suponer que lo eliminaron por acudir a ti con información sobre la oferta...

—En realidad, Benjamin era el segundo científico. Elise hizo algunas búsquedas y encontró los nombres de los cuatro científicos principales que trabajaban para New World Energies. Entre ellos estaba Benjamin White. He visto las fotos y es el mismo hombre que conocí hoy.

Tom lo miró.

—Entonces, ¿por qué tomarse la molestia de inventar una historia sobre el corredor de seguros de vida de Luke?

—Eso mismo pregunté yo. Así que Elise lo investigó. Resulta que el corredor de seguros de vida de Luke recibió un mensaje sobre el asesinato. Por supuesto, no tuvo ocasión de leerlo ni de investigarlo. Fue atacado al volver a casa de un bar. No sólo lo asaltaron, sino que lo apuñalaron varias veces. Debió de morir en pocos minutos. Aleatoriamente, su licencia de conducir y su teléfono fueron las dos únicas cosas que le quitaron. Le dejaron un billete de cincuenta y dos de veinte en la cartera.

—¿Los compradores tenían pinchado el teléfono del corredor de seguros de vida de Luke? —preguntó Tom.

—Parece que no querían correr ningún riesgo. Cuando descubrieron lo que Luke le había enviado al pobre hombre, hicieron que lo mataran también. Luego enviaron a Benjamin a averiguar si yo sabía algo. En cuanto mostré que no, Benjamin probablemente supuso que me matarían. No tenía ni idea de que también lo iban a sacrificar a él.

Tom negó con la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que el Sr. Locke va a hablar contigo?

—Porque sólo yo puedo ofrecerle protección.

—¿Y la cuarta persona?

—¿Peter Flaherty? No existe.

—¿Quieres decir que nadie lo ha visto ni ha sabido nada de él desde que regresó a Estados Unidos? Probablemente haya hecho lo más inteligente y haya huido con todo ese dinero.

—No, me refiero a que Elise no pudo encontrar ningún registro de él, salvo en papel.

—¿Quizá se deshizo de todo antes de huir? —sugirió Tom.

—Elise lo habría sabido. No, se lo han inventado. Estoy seguro de ello.

—¿O ya está muerto?

—¿El primero en caer? —Sam se lo pensó un momento.

Tom insistió. —Quizá lo mataron y luego intentaron eliminar su nombre para que pareciera que nunca existió.

Sam se quedó mirando por la ventana.

—Tienes razón. Ésa es una opción más probable.

Sam se sirvió dos vasos de whisky y luego se recostó en el lujoso sillón de su sala de conferencias. Entregando uno de los vasos a Tom, que estaba sentado a su lado con la expresión vacía de un hombre que se prepara para dormir durante el vuelo, Sam dijo:

—Ahora, ¿hablamos de la ola?

Tom dio un gran sorbo a su bebida.

—¿Qué pasa con la ola?

—Creo que es justo al menos contemplar la posibilidad de que alguien esté diciendo la verdad.

—¿Crees que existen? —respondió Tom.

—Por supuesto que sí. Eso nunca ha estado en duda. Tú y yo hemos pasado suficiente tiempo en el océano para saber que estas cosas ocurren de forma natural.

—Sí, pero de lo que hablan no es de un conjunto aleatorio de acontecimientos. Hablan de crear una para atacar a los barcos como si fuera un arma.

—Quizá no las estén creando. ¿Quizá sólo controlan los movimientos una vez que se crean de forma natural? —dijo Sam.

—Incluso si pudieran controlarlas, la probabilidad de que estuvieran lo bastante cerca como para identificar la ola gigante cuando se forma de forma natural es tan pequeña, que sería mejor que lo dejaran todo al azar y esperaran que se formara una ola monstruosa real y matara a su objetivo. No, deben saber cómo producirlas y controlarlas para que funcionen.

—Bueno, entonces tenemos que examinar al menos la posibilidad

de que la tecnología sea factible, aunque nadie lo haya hecho antes.

Tom asintió con la cabeza.

—De acuerdo —dijo Sam—. Dime. ¿Por qué alguien se tomaría la molestia de investigar, producir y luego utilizar una ola monstruosa para matar a alguien como Luke Eldridge?

—¿Qué quieres decir? Creía que habías dicho que perseguían a este tipo porque había rechazado una oferta para vender los derechos de su descubrimiento.

—Sí, pero ¿por qué no matarlo a la antigua usanza? —Tom se encogió de hombros.

—¿Con una pistola? ¿Y luego arrojar su cuerpo al océano?

—Ajá.

—Según Elise, Luke tenía imágenes por satélite en tiempo real que vigilaban su evolución las veinticuatro horas del día. Alguien sabía que lo vigilaban.

Sam pensó un momento.

—Hay algo más. Quienquiera que intentara chantajear a Luke sabía que no podía matarlo así como así. En algún lugar del testamento de Luke se advertía que, si las circunstancias relativas a su muerte se consideraban sospechosas, es decir si se sospechaba de un asesinato, todo su patrimonio y sus líneas de investigación actuales debían devolverse al Estado.

—Y por eso tuvieron que idear una forma de matarlo, sin posibilidad de sospecha. Un fenómeno natural que lo matara.

—Sí. En este caso, fue el crimen perfecto porque el yate de Luke, el Mirabelle, tenía una grabación electrónica continua con fines promocionales. Es decir, se grabó todo el suceso de su muerte. Prueba indiscutible de que fue un accidente.

—Y ¿quién tiene acceso a esa cinta?

—Varias personas tendrían acceso a ella. Pero Elise está interviniendo la base de datos de los guardacostas para robar una copia. Entonces tendremos algunas respuestas.

Capítulo XI

Sam encendió su laptop y descargó el archivo más reciente sobre la serie de olas gigantes. Su padre se había quejado de que alguien estaba atacando a cargueros de su flota con olas gigantes y le había pedido que lo investigara. Sam sacudió la cabeza, recordando que entonces no creía ni una palabra de lo que su padre había dicho sobre los ataques. Entonces pulsó el botón de encendido de su control remoto y se encendió el gran televisor de pantalla plana que tenía delante. En una imagen nítida, apareció un gran carguero. En su costado se leía «Global Star».

Su padre era propietario de Global Shipping, la mayor compañía naviera del mundo. El Global Star era el mayor de su flota. Con cuatrocientos veintiocho metros de eslora, tenía un tonelaje bruto que superaba por poco la marca de los doscientos mil, lo que lo convertía en uno de los mayores cargueros a flote.

A primera vista, la imagen no parecía mostrar nada más que el gigantesco carguero, del tipo que podría atravesar un acorazado sin sentir la colisión. Entonces Sam vio lo que buscaba. Era lo bastante pequeño como para que la mayoría de la gente lo pasara por alto, a excepción de un ingeniero naval. El enorme quicio de acero que recorría el casco del barco estaba doblado hacia dentro. Parecía tan pequeño que podría confundirse con un cambio intencionado en la forma del barco. Pero al examinarlo más de cerca, Sam se dio cuenta de que estaba ante un casco ligeramente concertante.

Tom se dio cuenta un segundo después.

—¿Qué rayos podría causar ese tipo de daño?

Sam se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Un navío de este tamaño podría resistir incluso la ola más grande, pero esto parece como si lo hubiera golpeado una pared de agua sólida. Vamos a hablar con el capitán, a ver si puede aclararnos algo.

Sam asintió con la cabeza e hizo la teleconferencia.

—¿Capitán Miller?

—Al habla —la voz del viejo salinero era lenta y relajada, como sería lo normal para alguien que había pasado dos tercios de su vida en el mar.

—Siento interrumpirlo en sus vacaciones. Me llamo Sam Reilly. ¿Tiene un momento para hablar?

—Sin problema, señor —la voz de Miller se volvió nítida y profesional—. Puedes llamarme Leslie.

Sam sonrió. Leslie había trabajado para su padre desde que éste

vivía. Recordaba con cariño el placer de haber sido tomado bajo el ala del viejo en su primera travesía oceánica cuando aún era un niño. Aun así, el hombre nunca había olvidado que era hijo del dueño.

—Como sabes, la colisión del Global Star fue la tercera en el último mes a causa de una ola monstruosa dentro del Triángulo de las Bermudas. Teniendo en cuenta que ha sido la primera colisión en veinticinco años de cualquiera de sus naves en el triángulo, parece inusual que las tres ocurrieran en el mismo mes. Mi padre esperaba que yo pudiera averiguar qué sucede.

El capitán se rió. Era una gran carcajada bulliciosa.

—Así es tu padre, sí. Siempre intentando poner orden a todo en los negocios. La ciencia es su religión. Y el simple hecho de que los tres fuéramos alcanzados por una ola gigante, «una entre un millón», de forma aleatoria, para James no puede ser otra cosa más que un sacrilegio.

—Estoy de acuerdo. A veces el azar y la suerte tienen una extraña forma de aparecer. Aun así, debes admitir que es muy improbable que ocurran tres sucesos así en el mismo lugar, sobre todo en esta época —Sam sonrió ante la idea de que su padre y aquel curtido marinero se enfrentaran—. Ah, y no fue un suceso entre un millón. Para una ola gigante de unos treinta metros de altura, la probabilidad es de una entre un billón.

—Cierto. Pero ¿eso te hace pensar que la causa de tal suceso ha sido obra de alguien? ¿Un hecho intencionado?

—Es curioso que digas eso, Leslie. Porque hace poco alguien acudió a mí con una teoría muy absurda.

—¿Qué alguien creó intencionadamente una ola gigante? —sonaba intrigado el viejo salino.

—Desde mi punto de vista, parece que alguien ha creado ahora un total de cuatro. Tres de ellas dañaron irreparablemente los barcos de mi padre, y la cuarta mató a un viejo amigo mío que participaba en una regata de vela en aquel momento.

—Lo lamento.

—Dime. Como hombre que se ha pasado la vida en el mar, ¿es posible que alguien haya descifrado el código y haya descubierto cómo crear olas monstruosas?

—¿Como un arma?

Sam estudió los daños sufridos por la nave.

—Una bastante mortal por el aspecto de la Global Star. ¿Crees que es posible?

—Todo es posible. Sólo es improbable que alguien haya llegado a los extremos necesarios para conseguirlo. ¿Y con qué propósito? No tengo idea. La única persona que sacó algo de este suceso fue tu padre. Las compañías de seguros le pagaban bien, pero no tenía

motivos para querer hundir sus barcos. Como sabes, no tiene problemas económicos.

—No. De eso estoy seguro. Esto no ha sido un plan elaborado por mi padre.

A lo largo de los años, el padre de Sam, James Reilly, se había diversificado en un número desmesurado y variado de áreas con gran éxito, desde el petróleo al gas natural, pasando por innovaciones en ciencia y tecnología e incluso energías limpias y renovables. El padre de Sam tenía una habilidad asombrosa para elegir la próxima novedad, e invertir mucho tiempo para recoger los frutos. Ése era el proceso con el cual su padre seguía ampliando su fortuna.

En el fondo de la fortuna de su padre estaba la mayor pericia del viejo: el transporte marítimo. Había construido su fortuna con barcos de carga, la fuente de ingresos más estable de todas sus inversiones. No, su padre no estaba detrás de esto. No había motivo para que quisiera hundir su propia flota para cobrar un seguro.

Sam se quedó mirando la imagen del carguero averiado en la pantalla plana.

—Tú que has pasado tu vida en el mar ¿cómo lo harías?

—¿Yo? Le preguntas a la persona equivocada. Necesitas un ingeniero y un científico. Lo que sé sobre las olas monstruosas es que son una leyenda. A menudo exageradas por marineros asustados, agradecidos por estar vivos, y que aunque raras, son cosa del océano. No hay nada que puedas hacer al respecto. Aunque sólo ocurran una vez cada tantos millones de olas, el océano está lleno de miles de millones de olas cada día. Eso significa que en algún lugar se están formando cientos de olas gigantes y es probable que la mayoría nunca se vean.

—Pero ¿cómo se hace una?

—Es mejor que hables con un hidrólogo o, al menos, con un oceanógrafo. Pero, en teoría, se pueden crear de cuatro maneras. Primero, se puede crear una ola gigante única como resultado de un acontecimiento secundario. Por ejemplo, lanzando una bomba al agua. Segundo, se puede crear una bolsa de aire bajo el agua: a medida que el aire asciende desde la profundidad del océano, duplica su tamaño por cada tres metros. Por lo tanto, si colocas una bomba con una gran explosión de aire a ciento cincuenta metros, el tamaño compuesto provocaría que un enorme volumen de aire llegara a la superficie. Las olas subsiguientes viajarían proporcionalmente en dirección hacia el exterior. Tercero, se puede utilizar una falla en las placas tectónicas de la Tierra para crear un tsunami. Cuarto, tomas las olas que ya están ahí y las envías en la misma dirección: cada una de ellas agravando la siguiente.

—¿Tienes idea de cómo se pueden canalizar las olas para que se

junten? —preguntó Sam.

—¿Es decir de forma sincronizada? —incluso a través del teléfono, Sam podía imaginarse a Leslie Miller frotándose su canoso bigote mientras pensaba.

—Sí —confirmó Sam.

—Nunca lo he intentado, pero me imagino que si tienes una serie predominante de olas que vienen en dirección perpendicular, podrías construir una vía de agua para canalizar las dos en una colisión. El resultado sería que toda esa energía se acumularía y, o bien se anularía mutuamente, o bien se uniría en una ola mayor. Por supuesto, si la quisieras usar como arma, aún tendrías que pensar cómo vas a colocar a tu enemigo en el lugar preciso. A mí me parece bastante inútil. Es como tener un lanzacohetes fijado en una posición precisa y esperar a que tus enemigos se reúnan en el mismo punto para ser atacados.

Sam se quedó pensando.

—Una idea interesante.

—Como ya dije, no soy el especialista con el que deberías hablar.

—No, pero un hombre con tu experiencia en el océano, debe tener alguna idea. Y eso es lo que quería explorar —el avión chocó contra una zona de turbulencias y Sam apoyó despreocupadamente la mano en el escritorio—. Muy bien, olvídate de crear una de momento, cuéntame sobre la que has sobrevivido. Por el aspecto de tu nave, tiene que haber sido una mierda.

—Sí, lo fue.

—Bueno, ¿qué puedes contarme de aquella noche?

—En realidad no hay mucho que contar. El tiempo era relativamente tranquilo para la época del año. Estábamos entrando en la temporada de huracanes, pero no había ningún sistema de baja presión peligroso en ese momento. Teníamos una marejada moderada de metro y medio de altura, el viento soplaba a veinte nudos y navegábamos a motor a veinticuatro nudos. Eran las diez y cuarto de la noche cuando la vimos. Tuve el tiempo justo de activar la alarma de advertencia cuando impactó. Diría que el muro de agua medía al menos treinta metros de altura y era surrealista.

—¿Surrealista? —preguntó Sam, sorprendido por el uso que el hombre hacía de la palabra—. ¿En qué sentido?

—La fosforescencia era más fuerte de lo que jamás había visto en todos mis años en el océano. Dentro del agua, la poderosa ola gigante parecía cobrar vida y tomar el control. Después, la ola se dispersó y el resplandor desapareció con ella.

—¿Tardó mucho en hundirse la nave?

—No nos hundimos. Llegamos cojeando a los Cayos de Florida, remolcados por un compañero local y utilizando dispositivos de

flotabilidad interna para sostenernos. Las bombas funcionaron durante toda la noche, y los equipos de emergencia intentaron taponar la multitud de agujeros del casco. El barco se venderá como chatarra, pero al menos no se hundió.

—¿De verdad? Mi padre no me lo dijo. Supuse que las fotos que había visto estaban tomadas desde los botes salvavidas. Me dijeron que los tres cargueros habían sido destruidos.

—Los otros dos barcos se hundieron en cuestión de minutos. Creo que ambos tenían el casco partido en dos. En cuanto al Global Star, no se hundió, pero bien podría haberse hundido. Era tal el daño en cada centímetro de su casco y armazón interior que los costos de reparación superarían con creces los de una reconstrucción.

—¿Dónde está ahora?

—En el puesto de Fort Lauderdale, a la espera de desguace.

—Gracias. Ah, una cosa más. Sé que pasabas por las Bermudas en el momento del suceso. ¿Puedes decirme tu ubicación concreta cuando se produjo la ola?

—Sí, estaba en línea con la isla de Bimini del Sur, exactamente a treinta y dos kilómetros al oeste.

—Gracias Leslie. Disfruta de tu merecido descanso —Sam terminó la llamada y miró a Tom—: Yo diría que es una coincidencia asombrosa el lugar donde golpeó la ola gigante, ¿no crees?

Tom gruñó.

—¡Ay, no, no voy volver a tragarme la conspiración esa de la carretera de Bimini!

Capítulo XII

Sam se puso en contacto con los dos capitanes siguientes. Cada uno contó una historia similar, sin incidentes hasta el momento en que sus gigantescos barcos volcaron y fueron hundidos por una improbable ola monstruosa. El entorno, el oleaje, el tiempo, todo parecía inespecífico, sin relación entre sí e incapaz de hundir un superpetrolero o incluso un gran carguero.

—Bueno, Tom, ¿qué opinas? —dijo Sam.

—No sé qué pensar. Todo parece una gran coincidencia, pero nada más.

—¿No te parece demasiado conveniente que las tres naves hayan sido atacadas por una ola monstruosa en un área marítima de menos de ocho kilómetros?

—¿Ahora lo llamamos ataque? —se burló Tom.

—Sí. Es imposible llamarlo simplemente mala suerte.

—No digo que tenga sentido. Sólo que no creo tu teoría de la carretera de Bimini.

—Sólo me baso en las pruebas, que me dicen que tenía razón hace tantos años sobre el verdadero propósito de la carretera de Bimini —Sam suspiró. Incluso él sabía que era una posibilidad remota—. Bueno, se trata de una formación submarina de rocas calizas rectangulares que sale de la isla de Bimini del Norte y recorre casi un kilómetro en dirección lineal noreste-suroeste, directamente hacia el lugar de las olas gigantes. Nadie ha podido demostrar la importancia de este extraño fenómeno, pero yo diría que al menos vale la pena considerar la posibilidad de que ambos sucesos estén relacionados.

Tom se puso de pie.

—Tú mismo has dicho que se ha demostrado sin lugar a duda que el lugar es una formación natural de piedras en el lecho marino.

—Eso creía. Y sigo creyéndolo. Lo que digo es que tal vez se trata de una formación natural que propició el entorno adecuado para producir olas gigantes. Las antiguas tribus marineras lo sabían y pudieron utilizarlo para obtener ventaja sobre los cargueros, los piratas y los barcos Man o'War durante el siglo XVII.

—Y, sin embargo, ¿nunca has encontrado pruebas de tal tribu ni de los numerosos naufragios que decías que habían provocado?

—No, los voy a encontrar ahora que sé dónde buscar —afirmó Sam.

—¿Estás hablando de bucear donde se hundieron los otros cargueros?

—Sí. Si estoy en lo cierto, abajo habrá un cementerio de barcos —

Sam sacó la imagen de los otros dos barcos. El primero se había partido por la mitad y seguía flotando en el agua, mientras que el segundo se había hundido casi por completo, con la proa apenas sobresaliendo del agua—. Dime, aparte de su ubicación, ¿qué otras similitudes observaste en las historias que te contaron los tres capitanes?

—La historia parece cada vez más ridícula. Tres capitanes muy experimentados, cada uno con más de treinta años de experiencia. Cada uno cuenta la misma historia, y cada uno a menos de dieciocho kilómetros náuticos al oeste de la isla de Bimini del Norte.

—Ninguno nos dice nada de utilidad.

—Pero cada uno de ellos estaba seguro de una cosa —Tom sonrió.

—¿De qué?

—¡Nunca habían visto una fosforescencia tan brillante!

Sam sonrió al ver que su amigo por fin se había quedado prendado de la historia, aunque sólo fuera por eso.

—Así es. Pero claro, las Bermudas están llenas de plancton fosforescente, y es posible que si una ola gigante golpeara un mar lleno de fosforescencia, aquello brillaría como nunca lo había hecho.

—Sí, pero ¿no te parece extraño que cada capitán afirmara que nunca había visto la fosforescencia brillar así? Casi describieron el plancton como siniestro, mientras se aproximaba hacia ellos.

—¿Crees que el plancton ha causado esto? —preguntó Sam.

—No, claro que no. Ese tipo de teoría descabellada sólo se te ocurriría a ti. Lo que digo es que cualquier condición que pueda provocar la proliferación masiva de plancton bioluminiscente puede ser también el tipo de condición que provoque el desarrollo de una ola monstruosa.

—¡Por supuesto! —Sam se levantó de la mesa—. ¿Y si el capitán Miller tenía razón en su teoría? Que el generador de olas monstruosas era como tener un cohete apuntando a una posición fija. Sólo que no está fijo en una posición determinada: el arma no dispara a demanda. En lugar de eso, quienquiera que tenga el control sólo puede utilizar el aumento de plancton para calcular el desencadenante de la formación de una ola monstruosa.

—¿Y qué tipo de condiciones provocan la proliferación del plancton?

—Un clima cálido.

—Y el clima cálido provoca un cambio en el oleaje del océano. Averigua cuál es ese cambio y quizá descubramos cómo se crean esas olas. Encuentra eso y puede que tengamos algo.

Capítulo XIII

Sam Reilly llamó a la puerta. Era un pequeño edificio de apartamentos situado en el recinto universitario del MIT, donde Timothy Locke daba clases a menudo. Al tercer golpe, un anciano abrió la puerta. Era bastante alto, al menos de la estatura de Tom Bower, aunque su complexión parecía mucho más frágil.

—Siento interrumpirle, señor. ¿Es usted el profesor Timothy Locke? —preguntó Sam.

El hombre estudió el rostro de Sam. En sus ojos apareció un leve signo de reconocimiento.

—Fuiste alumno aquí. ¿Yo te di clases?

—Fue hace mucho tiempo, pero nunca tomé ninguna de sus asignaturas.

—Lástima. He oído que te has hecho un nombre, Sr. Reilly.

—¿Así que me conoces?

—No, pero he oído hablar de tus hazañas en el océano. Y he observado tus travesías a lo largo de los años. Un par de descubrimientos asombrosos de importancia histórica, y otros no tan asombrosos —suspiró—. En cualquier caso, has vivido toda una aventura.

—Gracias. Él es Tom Bower. Ha participado en muchas de nuestras búsquedas. ¿Le importa que entremos? Hay algo con lo que creo que puede ayudarme.

Los ojos de Locke se movieron entre ambos hombres. Luego salió de su apartamento y escrutó a la gente que había en el perímetro de la universidad.

—Claro.

Sam y Tom siguieron al hombre al interior. Locke encendió la radio, lo bastante alto como para que lo oyera cualquiera que estuviera fuera, y dijo:

—Bueno, cuéntame de tu revisión bibliográfica y luego me dices la premisa de tu tesis.

Sam y Tom se sentaron en el pequeño sofá. Parecía más viejo que su dueño. A continuación, el profesor Locke sirvió un whisky para los tres sin preguntarles.

—Entiendo, entonces quieren saber por qué mataron a Luke Eldridge.

Capítulo XIV

Sam miró a Tom. El borde de sus labios se curvó en una sonrisa ligeramente ascendente.

—Sí. ¿Cómo lo supo?

—Porque también me persiguen a mí. Les gustaría matarnos a todos si pudieran, pero incluso ellos saben que no pueden deshacerse de los cuatro mejores científicos energéticos del mundo sin que alguien quiera investigar más a fondo. Y eso es lo último que quieren. Van a dejarme vivir, al menos durante uno o dos años. Esperan haberme pagado lo suficiente para comprar mi silencio hasta que puedan deshacerse de mí.

—¿Quiénes son? —interrumpió Sam.

Locke dio un gran sorbo a su bebida.

—Ellos son los que no querían que tuviéramos éxito con nuestro proyecto.

Sam estudió al hombre. Parecía confiado. Casi relajado para alguien que sabía que ELLOS lo querían muerto. Tenía los ojos azul claro, casi grises, y expresaban la grandeza de su inteligencia. Debía de tener casi ochenta años, pero su mente no había flaqueado ni un ápice.

—¿En qué estaba trabajando exactamente?

—Se llamaba Elixir Ocho.

—He oído hablar de ello, pero no tengo ni idea de lo que significa.

El profesor se rió.

—El nombre es de espionaje industrial: una pista falsa. El Elixir Ocho representa probablemente el descubrimiento más importante sobre la electricidad desde que Benjamin Franklin demostró la correlación entre la electricidad y el rayo utilizando una cometa con una llave, y además no significa absolutamente nada.

—¿Nada? ¿Han muerto dos personas por nada?

—Cuando registramos las líneas de investigación, no queríamos que los demás intentaran copiarnos. Estábamos buscando un medio para estabilizar las reacciones nucleares del torio.

—¿Trabajaba con energía nuclear? Creía que Luke era líder en energías alternativas y combustibles limpios.

—Los conductores de torio están en la cima de la producción de energía. El material está en todas partes: en el mar, en el suelo, en las montañas. No habrá ninguna guerra por conseguir torio.

—Entonces, ¿por qué hace años que no tenemos conductores de torio?

—Dos razones —Locke habló despacio, con múltiples pausas

enfáticas. Su voz era profunda, y a Sam le costó no sentir que estaba en una de sus conferencias —. A finales de la década de 1940, cuando se empezaron a utilizar los isótopos de uranio y torio para construir reactores nucleares, la Marina estadounidense no estaba interesada en la generación de energía para el país. En cambio, estaba preocupada por construir submarinos nucleares para alimentar su flota y mantener su escudo de disuasión nuclear durante la Guerra Fría.

Esperó a que asintieran con la cabeza en señal de comprensión. Cuando no lo hicieron, continuó con su discurso.

—Los reactores de uranio provocan la fisión de un átomo de uranio-235 y producen de dos a tres neutrones, y estos neutrones pueden ser absorbidos por el uranio-238 para producir plutonio-239 y otros isótopos. Mientras que el torio sólo producía energía y residuos, el uranio podía producir un amplio suministro de plutonio, que, como saben, es necesario para construir armas nucleares. En consecuencia, todos los fondos para investigación y desarrollo se destinaron a los reactores de uranio.

Sam ya había oído ese argumento. También había oído otros problemas relacionados con los conductores de torio, pero no quería entrar en eso ahora.

—¿Y la segunda razón?

—La segunda —Locke hizo una pausa—. Como ocurre con todas las mejores tecnologías, hay un pequeño fallo que no hemos podido superar. La reacción nuclear es muy inestable y difícil de mantener. Se puede hacer, pero sólo a gran escala. Elixir Ocho, sin embargo, debía cambiar todo eso. Descomponía el proceso, haciendo teóricamente posible construir reactores de torio manuales, de forma segura. Se suponía que tomaba ocho moléculas individuales de torio y las unía para formar una molécula estable: el Elixir Ocho.

Sam sonrió. Ya había oído muchos discursos de ese tipo. Ninguno había resultado como esperaban sus proponentes. Aun así, la amenaza habría bastado.

—¿Va a bajar el precio de la electricidad y a molestar a la industria petrolera?

—Creo que no acabas de comprender el valor de este descubrimiento. El Elixir Ocho suponía que la gente podría alimentar toda su casa con un único reactor de torio que cabe en la palma de la mano, y lo haría durante toda su vida. La electricidad es la fuente de todo. Los mayores cambios para la humanidad se producen cuando la electricidad está fácilmente disponible.

Sam bebió más de su whisky.

—Pero usted dijo que Elixir Ocho no significa nada.

Locke sonrió.

—Pues verás. La teoría del Elixir Ocho ya se había probado antes,

sin éxito.

—¿Por quién? —preguntó Tom.

—Por mí.

—¿Entonces por qué patentó el nombre? ¿Y cómo hiciste enojar a alguien tanto como para que ahora tengamos dos científicos muertos?

—Patentamos el nombre y la idea porque necesitábamos financiación para otro tipo de investigación. Al mismo tiempo, queríamos tantear el terreno industrial, buscando un gran nombre que financiara nuestra investigación real.

Sam se movió en su asiento.

—¿Y en qué estaba trabajando realmente, si no era en el Elixir Ocho original?

Locke se cruzó de brazos.

—Me temo que decirte eso haría que me mataran.

—¿Por qué no puede decirnos de qué va todo esto? Es evidente que lo sabe. Y si quisiera guardar silencio al respecto, no nos habría dicho tanto. En vez de eso, nos habría dicho a los dos que nos fuéramos.

—ELLOS me vigilan. Si te lo digo, también me matarán —sacudió la cabeza—. Por cierto, ¿cómo te enteraste de lo de Luke?

—Envió al hombre encargado de su seguro de vida un mensaje de texto la noche antes de ser asesinado, diciendo que me encontrara en caso de muerte para demostrar que había sido un asesinato.

—¿En serio? —Locke respiró hondo—. Pues ya ves por qué no puedo hablar contigo de ello.

—Es una locura. De todas formas, ya nos ha dicho que ELLOS planean matarlo en los próximos dos años y, prácticamente nos lo acaba de contar todo, ¿no?

—No. No te he dicho nada más de lo que podrías haber averiguado por ti mismo entrando en la oficina de patentes. Ojalá pudiera ayudarte —el profesor Locke se encogió de hombros—. Puedo decirte que Luke era probablemente el alumno más inteligente que he tenido nunca. Si envió un mensaje diciendo que sólo tú podías demostrar que había sido asesinado, te sugeriría que investigaras en las áreas que tú, entre todos, conoces mejor.

—La ola monstruosa —dijo Sam, pensando en por qué su antiguo amigo del colegio se habría puesto en contacto con él—. Cuénteme qué pasó. ¿Cómo crearon la ola monstruosa? Lo protegeremos.

Locke se rió de forma un poco forzada.

—Nadie puede protegerme de ELLOS.

Sam se levantó para marcharse. Estaba claro que no iba a conseguir nada más de aquel hombre. Detrás de su compostura, el profesor Locke estaba aterrorizado hasta la médula.

—Buena suerte. Espero que viva lo suficiente para que podamos solucionar todo esto.

—Sí, tú también, hijo —la voz de Locke era nítida, pero cortés.

Sam se detuvo ante la puerta.

—Dígame, ¿de dónde ha salido el nombre de Peter Flaherty?

Timothy apretó los dientes, sólo ligeramente. Incluso el observador más casual podía ver que el hombre intentaba contener algo, con gran dificultad. Parecía un hombre contenido a punto de salir volando por los aires. Su voz se volvió concentrada e intensa.

—Olvídate de ese nombre. No te servirá de nada, ni a ti ni a nadie. Olvídalo. Concéntrate en la maldita ola.

Capítulo XV

La senadora Vanessa Croft subió al estrado. Vestía un elegante traje de negocios con zapatos de suela plana en un intento de disimular parte de su estatura. Llevaba un pequeño alfiler de la bandera estadounidense en el bolsillo izquierdo del pecho. Con el pelo castaño claro recogido en un moño, los pómulos altos y una gran sonrisa confiada, era agradable mirarla.

Pero la gente hizo algo más que mirar.

La popularidad de Vanessa había aumentado rápidamente. Su gran sonrisa y exuberancia resultaban contagiosas cuando hablaba de temas como la familia, mientras que su tenacidad y convicción la impulsaban a cambiar el statu quo. La gente la veía hablar sobre el futuro de la política gubernamental en materia de medio ambiente, sanidad y control de armas, de tal manera que era difícil no entusiasmarse y motivarse.

Sonrió. Era sincera y reconfortante. Éste era su día. Llevaba más de veinte años preparándolo. Estaba a punto de conseguir lo que se había propuesto tanto tiempo atrás. Vanessa terminó su discurso de aceptación. Se giró y volvió al podio.

—Que Dios los bendiga a todos y que Dios bendiga a América.

Acababa de ganar la nominación demócrata a la presidencia de Estados Unidos.

La multitud de más de treinta y cinco mil personas vitoreaba y coreaba su nombre. A pesar de sus cuarenta y tantos años, no era difícil imaginarla tan a gusto en la pasarela como en la arena política. Sería fácil confundirla con una simple participante en un concurso de belleza, pero en realidad era una presencia formidable en la arena política.

Mirando fijamente a los miles de personas que la aclamaban, Vanessa se dio cuenta por primera vez de que el sueño de su vida podría hacerse realidad.

Había hecho una gran campaña sobre el futuro del medio ambiente, las energías limpias. Contó con el apoyo de una campaña popular, que motivó a los votantes más jóvenes, hartos de la vieja retórica de que había otros problemas que resolver primero, y que el planeta se salvaría cuando llegara el momento. Por supuesto, todo el mundo sabe que el planeta tiene una serie de problemas que seguirán produciéndose hasta que sea demasiado tarde para salvarlo.

Pensó en sus propias vicisitudes y en los desafíos que la habían obligado a llegar a su posición actual, de la cual nunca se habría creído capaz. Perdida en el sonido de treinta y cinco mil personas

vitoreando, su mente la devolvió al viaje que, en última instancia, la había traído a este lugar.

Capítulo XVI

Tras acabar la licenciatura en Ciencias Médicas, había planeado estudiar medicina. Sin embargo, tras casarse con Brian, su novio de la escuela, quedó embarazada inmediatamente. Dio a luz a un niño.

Su bebé era precioso y se enamoró de él al instante, como todas las madres. No fue hasta que tenía casi seis meses cuando los médicos confirmaron lo que ella había sospechado desde el principio: su hijo era ciego y sordo.

Tardó otros dos años en descubrir la causa. Era consecuencia de que una mina local enviaba sus aguas de escorrentía, que contenían un elemento mortal, al suministro de agua de la ciudad. Hicieron falta tres años más para demostrar que estaban implicados, y casi diez antes de que cerraran la mina por completo.

En ese tiempo había puesto todas sus energías en arreglarlo. En lugar de ahogarse en el tiempo y el esfuerzo necesarios para ayudar a su propio hijo, se había propuesto cambiar el statu quo y mejorar el entorno para que nadie más tuviera que pasar por la misma experiencia.

En lugar de estudiar medicina, Vanessa se cambió a un máster en Ciencias Ambientales. Estudiaba sobre todo por las tardes. Dormía poco. Sus padres seguían vivos y ella los agobiaba con horas cada vez más largas con su hijo. Se distanció de su marido. No es que ya no le quisiera, simplemente que ya no tenía tiempo para amar a nadie. En realidad, lo único que quería era cambiar el mundo. Descubrió que la venganza era una motivación tan poderosa como el miedo, y esto la alejó de la familia a la que debería haber amado incondicionalmente.

Después, consiguió un trabajo en la Agencia de Protección del Medio Ambiente. Al principio satisfizo su necesidad de castigar a las empresas y a las personas que las dirigían. Cada multa que imponía, o cada caso que llevaba ante un tribunal, la hacía sentir de algún modo que hacía pagar a la persona responsable del dolor de su hijo. Era una tontería, lo sabía, pero aun así se sentía bien.

Durante un tiempo, sintió que marcaba la diferencia. Que, de algún modo, lo que hacía servía para algo. Pero entonces vio que las sanciones impuestas a las empresas que destruían el medio ambiente no eran ni de lejos lo suficientemente disuasorias como para obligarlas a actuar decentemente. En muchos casos, las empresas habían realizado un simple análisis de costes y beneficios y habían llegado a la conclusión de que era más barato pagar la multa que trabajar de forma segura desde el principio. Si alguna vez conseguía realmente un beneficio importante, la empresa simplemente recurriría en una de las

diversas vías legales de recurso, de modo que pasarían años antes de que se consiguiera nada.

Esto la hizo más fanática y la impulsó a conseguir más. La APMA le exigía más horas y más estudios para ir un paso por delante del siguiente culpable. A menudo, las empresas se limitaban a comprar las opiniones expertas de otros para satisfacer sus objetivos aportando falsas perspectivas. Y entonces, la única solución que ella veía era estudiar más.

A los treinta y dos años, volvió a la universidad por tercera vez en su vida. Esta vez, para completar un doctorado en ciencias medioambientales. Creyó erróneamente que para vencer a la gente en este juego, necesitaría aumentar su base de conocimientos.

Tras el primer año de su tercer intento, Brian la abandonó. Ella no le culpaba. ¿Cómo iba a hacerlo? Después de todas las horas que le exigía el campo que había elegido, no le quedaba espacio para la intimidad o la familia.

Tres años más de estudio y habría completado con éxito su doctorado. Ahora, pensaba, disponía de la base de conocimientos necesaria para cambiar el mundo. Tuvieron que pasar otros dos años, y finalmente la muerte de su hijo, para que descubriera que estaba totalmente equivocada.

Su hijo murió a los nueve años, durante el invierno, tras contraer una neumonía vírica. No pudo librarse de ella debido a su multitud de enfermedades relacionadas con el envenenamiento por plomo. Una mañana, de camino al trabajo a las 4:30 a.m., fue a ver cómo estaba. Al principio pensó que estaba profundamente dormido. Se veía muy tranquilo.

Vanessa había entrado en su dormitorio para verlo un momento y darle un beso antes de irse a trabajar. Pero lo que se encontró fue su cuerpo sin vida. El respirador con el que su hijo vivía desde hacía casi nueve años seguía funcionando, haciendo que su pecho subiera y bajara mecánicamente. No había cambiado mucho desde que le había dado las buenas noches antes de irse a la cama, pero en un instante supo que estaba muerto.

Se sentó junto a su cama y lloró. Para su consternación, supo que no eran lágrimas de dolor, sino, para su vergüenza, lágrimas de alivio.

Vanessa se puso en contacto con su jefe en la APMA ese mismo día y renunció.

Fue el catalizador que cambió su vida. De repente se dio cuenta de lo equivocada que había estado todo este tiempo al pensar que podría cambiar el mundo simplemente haciendo cumplir las normas. No, para que el mundo fuera realmente mejor, tendría que cambiarlo todo de arriba abajo. Necesitaba que la gente pensara de forma diferente y para ello tendría que comprometerse más que nunca.

Y eso significaba que tendría que llegar a lo más alto. La política era la única forma de cambiar realmente la opinión de la gente para marcar realmente la diferencia. La dificultad consistía en no perderse en la corrupción necesaria para lograrlo.

La multitud empezó a corear su nombre.

Eso la devolvió al presente. Habían recorrido un largo camino desde aquel día, hacía casi treinta años, cuando envenenaron a su hijo. Pensó en el actual caso de envenenamiento por plomo en la ciudad de Flint, *pero aún quedaba mucho por hacer.*

Sonrió. La ambición de su vida había comenzado. Mientras se jugaba todo al azar, se preguntaba dónde acabaría. Su discurso de aceptación había sido bien recibido, y se preguntó por un instante si tendría alguna posibilidad de ganar.

Mientras sonreía para las cámaras, Vanessa se preguntó si Estados Unidos podría aceptar algún día a una presidenta respetuosa con el medio ambiente.

Las caras le devolvieron la sonrisa.

Sí, podría.

El miedo, comprendió, era un poderoso motivador. Había tenido suerte de llegar hasta ahí. Lo único que necesitaba ahora era que una catástrofe medioambiental golpeara el corazón de Estados Unidos y podría tener una oportunidad real de ganar la presidencia.

Capítulo XVII

Los enormes motores diésel gemelos de 44,000 CV del Maria Helena hacían girar sus potentes hélices a través del agua. Su proa de acero surcaba las aguas tranquilas. El oleaje era bajo y el barómetro marcaba un máximo. Pasarían unos días agradables en el mar. En el puente, Sam miraba las cartas del almirantazgo que cartografiaban la región. A su lado estaba Matthew, su conservador capitán. Con una mirada a sus ojos color avellana y su sonrisa cordial podías saber exactamente lo que pensaba: *el Triángulo de las Bermudas no existe*.

Echó un vistazo al fantasioso mapa del Triángulo de las Bermudas, superpuesto a la zona en la que las cuatro olas habían causado recientemente tantos daños. En el Océano Atlántico se formaba un triángulo imaginario entre las Bermudas, Miami y Puerto Rico. Contrariamente a las creencias populares, las investigaciones realizadas tanto por la Oficina Americana de Navegación como por la aseguradora marítima Lloyd's de Londres no mostraban ningún aumento estadístico del riesgo marítimo ni de las reclamaciones de seguros en la zona.

Sam sonrió mientras trazaba un marcador GPS hacia un punto situado en el extremo oriental del supuesto triángulo mortal. Un lugar donde los tres cargueros y un velero habían resultado gravemente dañados o hundidos como consecuencia de una ola monstruosa. Marcó la ubicación exacta de cada ola con la letra R. La última era el Mirabelle, un velero diseñado para navegar en aguas azules. El Mirabelle había ganado anteriormente el Desafío Open Forties, que consistía en circunnavegar el globo, por cualquier medio, siempre que mantuvieran la latitud por debajo de los cuarenta grados sur. En comparación, las Bermudas eran como navegar en un estanque. Sam trazó entonces las zonas resaltadas. Todas estaban en un radio de ocho kilómetros. Un área comparable a encontrar cuatro agujas en el mismo lugar dentro de un montón de pajares.

Sam sonrió mientras trazaba el rumbo para el marcador del GPS.

—Hacia allí nos dirigimos, Matthew.

Matthew lo miró y asintió con la cabeza. Comprobó los instrumentos y luego dejó que el piloto automático tomara el control.

—Vaya coincidencia, ¿verdad?

—No es ninguna coincidencia. Hay algo ahí, y voy a demostrarlo.

Matthew negó con la cabeza.

—¿No estarás empezando a creerte esa tontería de que las olas monstruosas se crean intencionadamente?

—No, en absoluto. Pero algo ha destruido a estas cuatro naves y

voy a averiguar quién es el responsable y cómo lo hizo.

Matthew hizo los ligeros ajustes de rumbo, virando a un ligero ángulo de no más de cinco grados respecto a las olas que corrían hacia su banda de babor, para evitar la incomodidad del golpeteo de las olas que se aproximaban. Al cabo de un minuto, seguro de que el María Helena se había acomodado a un ritmo cómodo, dijo:

—Igual que tu padre. Necesitas respuestas científicas donde la casualidad y la suerte parecen desempeñar el papel más importante.

Tom Bower levantó la vista de donde estaba, tumbado en el extremo más alejado del puente, leyendo un libro.

—Eso no es cierto. Bueno, al menos no en este caso.

—¿En serio? —respondió Matthew, mirando hacia atrás, donde Tom ya había vuelto a su libro, aparentemente desinteresado en su discusión—. ¿Qué le interesa entonces?

Tom sonrió, marcando su libro con un separador.

—Sam cree que esto demostrará su hipótesis sobre la carretera de Bimini.

Sam se rió a carcajadas, pero no dijo nada. Se levantó, como si fuera a hacer un contraargumento, y luego volvió a sentarse. Mantuvo la boca firmemente cerrada tras pensárselo mejor.

—¿La carretera de Bimini? —preguntó Matthew.

Tom sonrió.

—Sam tenía una teoría que se remonta a hace más de diez años, cuando aún no habíamos cumplido los veinte, según la cual una antigua tribu construyó la carretera de Bimini. Parte de su teoría era que la antigua tribu la utilizó para hundir a los invasores o, al menos, dañar sus barcos para que fueran un botín fácil.

Matthew miró a Sam, intentando determinar si había una pizca de verdad en las palabras de Tom. Sam sonrió tímidamente.

—¡Santo cielo, Sam! ¿Eras creyente?

—Disfruta de tu risa. A ver quién encuentra las primeras respuestas.

—Sam y yo incluso pasamos unas semanas de vacaciones buceando en el lugar antes de convencerme de que no era más que una formación natural de rocas.

—Rocas que no se encuentran en ningún otro lugar de la zona y que claramente no coinciden con la arena circundante —señaló Sam.

—Sí, bueno, no he dicho que tuviera la respuesta. La cuestión es que a Sam le fascina la carretera de Bimini desde que éramos niños. No me extraña que se lanzara a este caso.

Matthew puso los ojos en blanco.

—Bueno, Sam, ¿qué demonios tiene de interesante la carretera de Bimini?

Capítulo XVIII

Sam quería esperar a tener tiempo de encontrar lo que buscaba en la carretera de Bimini antes de explicar todo su disparatado plan. Miró los ojos color avellana de Matthew. Le decían que el capitán quería respuestas antes de arriesgarse a acercar el María Helena al peligro.

Sam bebió un trago de limonada y se planteó cuánto debía contarle a Matthew. Entonces empezó a hablar de uno de los primeros misterios marítimos que había intentado resolver.

Sam abrió la pantalla de su portátil. Escaneó varios archivos etiquetados como *Archivos* hasta que encontró el que buscaba. Se llamaba Carretera de Bimini. Hizo clic en él y aparecieron varios archivos. Sam abrió el primero, revelando la imagen de un viejo óleo sobre lienzo.

Era una representación de un trimarán hecho con recortes de enormes troncos de árbol. El viejo barco era completamente plano, sin mástil ni vela. Daba la impresión de que decenas de ocupantes lo remaban sin más. Una inspección más detenida mostró tallas de madera utilizadas probablemente como cornamusas y una cesta de hojas tejidas. Su finalidad era totalmente desconocida.

—¿Qué ves? —preguntó Sam.

Matthew se inclinó para mirar la imagen. Su expresión se lo dijo todo a Sam: no era la primera vez que le mostraba a Matthew alguna imagen o lugar oscuro y le preguntaba qué le parecía. El hombre sonrió pacientemente; al fin y al cabo, Sam seguía siendo su jefe.

—No soy crítico de arte, pero lo intentaré —Matthew amplió la imagen y empezó a centrarse en aspectos individuales de derecha a izquierda—. A primera vista, veo una pintura antigua de un trimarán preindustrial. El casco parece haber sido cortado a partir de grandes troncos de árbol, posiblemente roble o pino, no estoy seguro. La embarcación parece primitiva pero fuerte. Veo a varias personas de piel oscura en su interior agitando hachas y mostrando sus dientes perfectamente blancos. No veo mástil, velas ni aparejos. En la esquina izquierda hay una cesta con hojas tejidas.

—Continúa. ¿Qué hay de la gente? —insistió Sam.

—Son de piel oscura. No llevan nada puesto. Son bajos y muy fornidos. Perfectos para estabilizarse en mares agitados.

—No sólo eso, para asaltar barcos.

Matthew sonrió.

—¿Los barcos que se tambalean?

—Sí. Barcos ya atacados por una ola monstruosa. Ya con problemas, y luego atacados.

Matthew retrocedió el zoom para que volviera a ser visible toda la imagen del cuadro.

—Parecen personas felices. ¿Has sacado todo eso de este cuadro?

Sam se rió.

—Se llaman los *Antiqui Nautae*. Su traducción latina significa los Antiguos Marinos —Sam señaló la cesta de hojas tejidas—. Se ha dicho que utilizaban esas hojas intrincadamente tejidas como cometas gigantes para ayudar a mover sus barcos a través de grandes distancias a gran velocidad. Una de las teorías es que los Antiqui Nautae utilizaron la extraña forma de la carretera de Bimini para cambiar el tamaño y la forma del oleaje a medida que fluía sobre la extraña formación rocosa. Al hacerlo, creaban un gran oleaje o incluso una pequeña ola, que luego utilizaban para desarmar o desarbolar barcos durante el siglo XVII. Proporcionándoles la ventaja injusta necesaria para vencer a los soldados británicos, a las fragatas españolas y a los piratas, todos los cuales tenían una ventaja tecnológica significativa sobre los marinos primitivos.

—¿Estás diciendo que construyeron la carretera de Bimini? —intervino Matthew.

—¡No! Bueno, tal vez. Numerosos arqueólogos marítimos han estudiado la extraña formación de piedras submarinas. Y a pesar de ser un fenómeno extraño, todos han coincidido en que se trata de algo totalmente natural.

Matthew se quedó mirando las cartas del almirantazgo de la zona que rodeaba la isla de Bimini Norte.

—Entonces, ¿cómo la utilizaron los Antiqui Nautae?

—Creo que aprendieron por experiencia que el mar respondía de forma única en determinadas circunstancias. Por ejemplo, un fuerte viento del este después de una marea reina. Realmente no estoy seguro de cuáles eran las condiciones. Pero, en teoría, un determinado tipo de acontecimiento hizo que la carretera de Bimini produjera una ola monstruosa.

—Interesante teoría. ¿Sabes dónde vivían?

—Ni idea.

Tom puso la mano en el hombro de Sam.

—Es una buena teoría. El único problema es que no hay absolutamente ninguna prueba de que los Antiqui Nautae existieran.

Sam se rió.

—Eso no es del todo cierto. Hubo noticias de más de una docena de grandes barcos perdidos en estos mares durante el siglo XVII. Y luego está este óleo.

—La pintura al óleo podría ser de cualquiera de las primeras culturas marineras, o podría haber sido con la misma facilidad una imagen de la propia fantasía del artista. En cuanto a los barcos

desaparecidos, cientos de barcos se perdieron sin dejar rastro durante el siglo XVII a lo largo de la costa de las Américas.

Sam sonrió. Estaba a punto de demostrar una vieja teoría suya.

—Sí, pues vamos a descubrir la verdad en los próximos días. ¿Una botella de Grange si tengo razón?

Matthew le miró fijamente.

—No soy un hombre de apuestas.

Intervino Tom: —Acepto la apuesta.

—Pareces seguro de ti mismo —dijo Matthew.

—Bueno, hay una cosa más. Aunque Sam tuviera razón, ya hemos buceado muchas veces por la carretera de Bimini y nunca hemos visto señales de ningún naufragio.

—Eso es porque nunca supimos dónde se formaría finalmente y golpearía la ola monstruosa.

—¿Y ahora sí? —preguntó Tom.

Sam sacó las coordenadas GPS de los tres cargueros que acababan de resultar gravemente dañados por olas monstruosas.

—Ahora sí.

Capítulo XIX

El helicóptero privado Sea King sobrevoló la zona y rodeó una vez el María Helena. A su mando, Tom reconoció a Veyron, su ingeniero jefe. En el asiento del copiloto se veía a una mujer joven.

—¿Esperamos visitas? —preguntó.

Sam sonrió al verlo.

—No. Es Veyron volviendo de recoger a nuestra última tripulante.

—No sabía que íbamos a contratar personal nuevo —preguntó Matthew.

—No. Se trata de una antigua miembro, a la que he pedido que se traslade a bordo del María Helena por una corazonada.

—¿Elise? —preguntó Tom.

—Sí. Sam les confirmó que iban a conocer a su genio informático, muy ilegal, que a menudo les proporcionaba información única y a menudo igual de ilegal.

El helicóptero aterrizó. Las palas del rotor se detuvieron y se abrieron las dos puertas. Veyron salió por la puerta del lado derecho e inmediatamente se dispuso a conectar el arnés de bloqueo del Sea King para que no cayera accidentalmente de la cubierta del María Helena. La segunda ocupante salió por el lado opuesto y caminó hacia ellos.

No se parecía en nada a lo que Tom había esperado. No es que supiera realmente qué es lo que esperaba. A pesar de haber hablado con ella cientos de veces por teléfono, nunca la había visto. No tenía ni idea de dónde vivía ni de cómo era. Sam le había contado una vez que Elise lo había hecho así intencionadamente. Sus padres habían muerto antes de que ella cumpliera cinco años y la CIA la había adoptado en cierto modo cuando una evaluación escolar rutinaria demostró que pertenecía al 0.001 por ciento de la población capaz de descifrar códigos imposibles. En la CIA, los mejores le enseñaron a descifrar códigos y a utilizar computadoras, y un día, cuando sintió que sus objetivos y los de la CIA ya no coincidían, simplemente se marchó.

No sin antes dejar una puerta trasera en el servidor principal de la CIA, que le permitía un acceso único a una de las mayores máquinas de recopilación de información del mundo. Se había creado un nombre, un pasaporte y una vida nuevos. Por lo que Sam le había contado, Elise era el nuevo nombre que había elegido, y nadie sabía cuál era su verdadero nombre.

Aun así, Tom la miró sorprendido.

Era ligeramente más baja que la media de las mujeres

estadounidenses, pero sólo unos centímetros. Llevaba unos pantalones cortos tipo cargo y una camiseta blanca de tirantes, que dejaban ver unos brazos tonificados y musculosos. Lo primero que pensó Tom fue que probablemente hacía mucho yoga en su tiempo libre. Probablemente era de ascendencia euroasiática. Tenía la piel dorada, el pelo castaño claro y una expresión maravillosa. Como si la vida fuera un gran juego y ella fuera la que tenía más talento.

—Bienvenida a bordo del María Helena —dijo Sam estrechándole la mano formalmente—. Él es Matthew, nuestro capitán.

—Encantada de conocerte —dijo Elise estrechándole la mano.

—Y él es Tom. Es nuestro piloto y, a pesar de su tamaño, probablemente sea el mejor buceador de pecios del mundo. Ya conoces a Veyron, nuestro ingeniero.

Tom le estrechó la mano. Ella se quitó las gafas de sol, revelando unos sorprendentes ojos morados. Estaba claro que llevaba lentes de contacto, pero aun así lo había sorprendido.

—Me alegro de ponerle por fin una cara a tu nombre, Elise.

—Encantada de conocerte por fin a ti también, Tom. Entre los dos, parece que mantenemos vivo a Sam, a pesar de su aparente indiferencia por ello.

Era mucho más joven de lo que Tom la había imaginado. Sam nunca había mencionado que estuviera en sus veinte.

Sam los miró a ambos y dijo:

—Falta Genevieve. Nuestra cocinera francesa multitalentosa. Dile lo que te gusta y ella se asegurará de que lo tengas. Además, si necesitan ayuda con cualquier cosa de la nave, ella es su persona de confianza.

—De acuerdo, gracias.

—¿Necesitas algo antes de que empecemos? —preguntó Sam.

—Primero quiero un vaso de agua con hielo y luego con mucho gusto te ayudaré a encontrar cualquier cosa que quieras saber, sobre cualquier cosa en cualquier parte del mundo, actual o antigua.

—Estupendo. ¿Has conseguido el videoclip? —preguntó Sam.

—Sí, sencillo. —Sonrió con confianza—. Pan comido. ¿Quieres verlo ahora?

Capítulo XX

Sam se sentó a la cabecera de la mesa de la sala de misión. Elise se sentó en la esquina opuesta a él, preparó su portátil y lo conectó al retroproyector.

—Ésta es la grabación de vídeo de la cámara de retransmisión en directo montada en la antena parabólica del Mirabelle, lo que le proporciona una amplia visión de la cubierta hasta el horizonte.

Al principio había poco que ver. Después de todo, el barco era una maravilla de la ingeniería moderna y probablemente se consideraba macabro para el marinero tradicional. No había cuerdas intrincadamente tejidas, ni cabrestantes, ni siquiera velas de lona. En su lugar había cuatro enormes mástiles con velas de fibra de carbono a juego.

Sam ignoró el yate por instinto y estudió el mar en su lugar. Parecía suave, con un oleaje que le seguía. Aparte de la fosforescencia brillantemente iluminada, no había nada espectacular en la imagen. Un hombre se acercó despreocupadamente a la proa y permaneció allí un rato, simplemente observando el mar. Parecía hipnotizado por la belleza del agua.

—Es Luke Eldridge, la persona que nos arrastró hasta aquí.

Tom asintió con la cabeza.

Elise ralentizó el videoclip.

—Bien, aquí va, caballeros.

El mar verde y fosforescente parecía alejarse de la proa del yate. Como un tsunami, algo estaba arrastrando toda el agua. Luke tardó en darse cuenta, y entonces se volvió y corrió hacia atrás. Luego abrió una puerta segura y la cerró tras de sí.

En el horizonte se alzaba un muro de agua verde, como una aparición fantasmal.

—¡Son más de treinta metros! —dijo Sam.

Una fracción de segundo después, la ola alcanzó el yate. Entonces, microsegundo a microsegundo, el barco se desintegró. El Mirabelle ni siquiera intentó cabalgar la ola. A pesar de su mezcla única de fibra de carbono y materiales avanzados, su casco fue simplemente arrasado.

Y entonces cesó el videoclip.

—Nadie podría haber sobrevivido a ese accidente —dijo Tom.

Sam era la única persona que no parecía afectada por la fuerza destructiva de la ola. En una sala llena de personas que habían hecho del mar la ambición y los objetivos de su vida, y conocían de primera mano lo peligrosa que podía ser una ola monstruosa, resultaba difícil imaginar por qué él, entre todas las personas, se mostraba tan

desinteresado por la ola.

—Elise, ¿puedes volver a la última parte? Sólo que, esta vez, ¿puedes centrarte en Luke?

—Claro, ¿por qué? —respondió ella.

—Hay algo extraño en su cara. Casi como si supiera que íbamos a ver esto. —Sam sonrió, sorprendido por lo que había visto—. Echa un vistazo.

—Sin problema. Tú eres el jefe —Elise pulsó el play.

Esta vez el vídeo se centraba por completo en el rostro de Luke. Detrás de la burbuja protectora de cristal, sus ojos estaban abiertos de terror. Pero también había algo más.

—Páusalo ahí —dijo Sam.

El rostro de Luke se dibujó en un contorno rígido. A pesar de su confianza al enfrentarse a una muerte segura, había algo más. Tenía los labios curvados hacia arriba.

—¿Por qué parece estar feliz? —Tom fue el primero en verlo.

—Está más que feliz. He visto esa mirada antes. Ese hombre está orgulloso de algo. Casi parece como si lo hubiera conseguido. Sea lo que sea —Sam asintió a Elise—. Muy bien, continuemos.

La cabeza de Luke se quedó mirando la ola, y en la fracción de segundo que transcurrió antes de que el Mirabelle desapareciera por completo, ocurrió algo más.

—¿Alguien más se ha dado cuenta de que nuestro amigo se ha hecho más bajito? —preguntó Sam.

Nadie dijo nada.

Elise volvió a reproducir el vídeo. Fotograma a fotograma. Ahora era evidente. El hombre se estaba encogiendo o su cápsula de seguridad se estaba hundiendo. En el último fotograma antes de que se destruyera la cámara, ya no se veía la cabeza de Luke.

Tom dio unos golpecitos con el bolígrafo en un papel que tenía delante.

—Entonces, ¿crees que Luke podría haber sobrevivido? ¿Es posible que la cápsula de seguridad fuera un sumergible para un solo hombre que salió disparado hacia abajo como el asiento eyectable de un avión?

Sam sonrió.

—Lo que digo es que puede que Luke no sea la víctima después de todo.

Capítulo XXI

El diminuto submarino se balanceaba en la superficie del agua. Su burbuja de cristal en forma de cúpula estaba abierta. El único ocupante estaba sentado con los pies medio dentro y medio fuera mientras contemplaba la vista de tierra en el horizonte. Detrás de su rostro sin afeitar y su pelo despeinado, se formó una sonrisa. Lo había visto, como un espejismo, durante las últimas cuarenta y ocho horas. Cada vez que la marea lo acercaba lo suficiente como para nadar, cambiaba y lo arrastraba de nuevo mar adentro. Ahora, por fin, se estaba acercando lo suficiente como para poder llegar si intentaba nadar.

Diseñado como dispositivo de seguridad para utilizarlo en caso de tormenta, el submarino se había separado automáticamente de la nave principal y se había hundido hasta los nueve metros, donde podía estabilizarse a pesar de la ola monstruosa. Luke Eldridge había maniobrado entonces para alejar el pequeño sumergible de los restos del Mirabelle en caso de que ELLOS vinieran a buscarlo. Su nave funcionaba con un pequeño motor eléctrico. Era suficiente para ajustar su profundidad y desplazarse varios kilómetros, pero no tenía ni de lejos batería suficiente para llegar a la orilla.

Luke había examinado cuidadosamente las corrientes y se había posicionado para aumentar la probabilidad de llegar a tierra firme. Podría haberse limitado a salir a la superficie y ponerse en contacto con su apoyo en tierra utilizando su teléfono por satélite. Pero pensó que una vez que alguien ha intentado matarte, lo mejor es dejar que siga creyendo que ya estás muerto.

Al menos hasta que supiera quiénes eran realmente sus enemigos y estuviera en condiciones de enfrentarse a ellos. Así que, en vez de eso, había esperado su momento, viviendo de raciones de emergencia, hasta que las corrientes le habían llevado lo suficientemente cerca como para alcanzar la orilla.

Temeroso de que la rápida y poderosa corriente del golfo fuera a alejarlo aún más de la costa de Florida, Luke había malgastado el suministro de energía que le quedaba al sumergible. Ahora estaba cerca. Hace dos días, con un fuerte viento del este, estaba seguro de que llegaría a tierra. Luego, con el cambio de marea, se vio arrastrado de nuevo hacia el exterior.

Pero ahora estaba a punto de tocar tierra.

A mediodía ya estaba lo bastante cerca como para nadar hasta la orilla. Recogió su bolsa de lona impermeable, que contenía su smartphone por satélite y un conjunto de ropa limpia. Abrió

manualmente las válvulas de entrada de agua y el submarino volvió lentamente a su posición de flotación neutra. Pasaron casi veinte minutos antes de que la escotilla quedara inundada por el agua de mar y luego toda la nave desapareciera bajo el agua y se hundiera como una piedra. No podía permitirse el riesgo de que alguien encontrara el submarino varado en la orilla. No tardarían en establecer la conexión natural: seguía vivo.

Agarrando su bolsa de lona con ambas manos, como si fuera un flotador, Luke nadó hacia la orilla. Normalmente, habría sido fácil nadar, pero los días de confinamiento en el diminuto sumergible le habían atrofiado los músculos de sus brazos y piernas, que por lo demás eran fuertes. Había calculado mal la fuerza de la corriente que había justo antes de las rompientes.

Luke se obligó a respirar y nadar a través de la grieta. Las olas suelen estar formadas por un canal más profundo excavado en la arena por el flujo de agua que regresa de la playa. La mayoría de la gente se ahoga intentando luchar directamente contra ella, mientras que la mejor forma de enfrentarse a una rompiente es nadar con relativa facilidad a través de la corriente.

No tenía miedo de ahogarse. La preocupación de Luke era más bien que, en su estado de debilidad, no tuviera la resistencia necesaria para llegar a la orilla.

Agarrándose a su flotador, pataleó lo más fuerte y lo más que pudo. En dos o tres minutos había cruzado y se había asentado en el lado tranquilo de la corriente. Con la cabeza justo por encima del agua, la playa parecía ahora muy lejana.

Apretando los dientes, empezó el largo y lento trayecto nadando hasta la orilla. Cronometrándose, pataleó durante diez minutos y luego descansó un minuto. Al final de la tercera vuelta, su bolsa se enganchó en una ola rompiente. Agarrándose al asa mientras lo arrastraban por debajo, Luke cabalgó sobre la malla de cal hasta la playa.

Luego miró al cielo. Se preguntó si ELLOS le estaban observando. Luke se obligó a caminar hasta la arena seca. Donde enseguida se desplomó aliviado.

Capítulo XXII

Luke abrió el cierre de la bolsa impermeable.

Sacó el dinero y la ropa limpia que guardaba dentro, y un único sextante de latón: una antigüedad sentimental más que un tesoro real. Quemó su carnet de identidad, sus tarjetas de crédito y su smartphone: los tres únicos registros de su supervivencia. Y luego volvió a guardar los objetos de valor en la bolsa de lona. Ya había desconectado su teléfono por satélite. ELLOS lo estarían vigilando. Si eran tan poderosos, llegarían a sus líneas telefónicas.

Luke suspiró.

Le quedaba un largo camino por recorrer. Anduvo hasta el final de la playa y le hizo señas al primer coche que vio. Era un BMW. El conductor le ignoró y siguió su camino. Veinte minutos después se acercó otro coche. Una furgoneta Volkswagen Kombi verde. Luke levantó el pulgar y el conductor se detuvo junto a él.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó el conductor. Parecía que acababa de hacer surf. Llevaba pantalones cortos y no llevaba camiseta. Su largo pelo rubio le colgaba sobre los hombros. A un lado, una chica rubia y atlética aún llevaba el bikini.

—Me encantaría —Luke esbozó su sonrisa más amable.

—Sube.

Luke abrió la puerta del acompañante. La chica se acomodó en el asiento del medio para que él tuviera sitio para sentarse. Toda la parte trasera de la furgoneta se había convertido en una especie de dormitorio.

—Yo soy Veronika y él Kristof —dijo la chica rubia con un marcado acento alemán.

Luke le ofreció la mano.

—Me llamo Ryan. Gracias por ayudarme.

—¿Adónde te diriges? —preguntó Kristof.

—Cualquier lugar de la ciudad está bien. Mañana me dirijo a la Costa Oeste en autobús.

Kristof admiró su pequeña bolsa de lona impermeable.

—Viajas ligero. ¿Necesitas recoger algo más?

—No. Esto es todo —Luke sonrió a la joven pareja alemana. Tenía una sonrisa sincera y un mentón hendido profundamente formado que le daba el aspecto de un modelo o una estrella de cine. El tipo de persona en la que la gente tendía a confiar sin motivo aparente.

—Éste es tu día de suerte. Estamos a punto de dirigirnos al oeste. Dentro de unos días tenemos que reunirnos con unos amigos en California, así que va a ser un viaje bastante rápido. Estaremos

encantados de llevarte, si quieres venir con nosotros.

Luke volvió a sonreír. Era su día de suerte.

—Sería estupendo.

Capítulo XXIII

Condujeron durante dos días por la interestatal 10. Los tres conducían por turnos. Veronika tocaba la guitarra y los tres cantaban viejas canciones clásicas de rock y fumaban yerba.

Cuando llegaron a California los tres se habían hecho buenos amigos. Aunque sólo los unía principalmente el consumo de drogas ilegales y el viejo rock and roll. Habían viajado juntos unos cinco mil kilómetros en una pequeña furgoneta. Eso crea un vínculo.

Kristof le miró cuando entraron en el extremo sur de California.

—¿A qué vienes?

—Por negocios que tengo en Los Ángeles —dijo Luke.

—¿De verdad? No pareces alguien que viaja por negocios.

Luke se quedó mirando al joven. A pesar de su aspecto retro de los sesenta, era un hombre inteligente. Un ingeniero informático de Berlín, a quien sólo se le puede engañar hasta cierto punto. Kristof le ofreció otro porro encendido. Luke lo tomó e inhaló hondo.

—He cometido un error.

—¿Qué clase de error?

—Nos ofrecieron mucho dinero por algo que habíamos creado. Mi socio pensó que era un buen trato y lo aceptó, mientras que yo me negué. Al parecer, el precio de la negativa era la muerte. Intentaron matarme y estuvieron a punto de hacerlo.

—Vaya, ¿alguien te está cazando? —Kristof se apartó del volante para mirarle.

—Mira la carretera. Ya nadie me busca. Creen que estoy muerto.

—Genial. ¿Qué necesitas en California?

Luke dio una profunda calada a la yerba del hippy para relajarse antes de hablar.

—Necesito recoger algo.

—De acuerdo, genial. Te ayudaremos. ¿Dónde está?

—Está en un lugar llamado Valle de la Muerte.

Capítulo XXIV

Condujeron la pequeña furgoneta Kombi hasta la entrada del Parque Nacional del Valle de la Muerte. Era el lugar más caluroso y seco de Norteamérica. Luke se apeó. —Gracias por traerme —dijo amablemente, cerrando la puerta del coche.

Kristof lo miró como si estuviera cometiendo una locura.

—¿Vas a estar bien aquí? Estás muy lejos de todo.

Luke asintió con la cabeza.

—No me pasará nada. Volveré mañana por la mañana.

Kristof asintió, todavía con preocupación en sus ojos.

—Nos veremos entonces.

—Gracias.

Con su bolsa de lona echada sobre los hombros como una mochila, un gran sombrero tejano y poco más, Luke se adentró en el desierto. Empezó a escalar las dunas de arena que parecían el oleaje interminable de los mares, y continuó hasta el horizonte.

Caminó durante horas y horas.

En lo alto de una cresta, sacó el sextante de su bolsa de lona e hizo una lectura del sol. El sextante estaba roto, con una desviación de cinco grados. Por lo que él sabía, siempre había estado así.

Sólo había servido para hacer más seguro su escondite del tesoro.

Cualquiera podría encontrar «X marca el punto» utilizando un GPS. Pero muy poca gente podría averiguarlo basándose en las coordenadas de un sextante antiguo, especialmente uno que estuviera desviado cinco grados.

Tomó la lectura. Sonrió. Se estaba acercando. Llegaría antes del anochecer. Subió otra duna, siguió otra y se detuvo. Luke hizo una última lectura y empezó a cavar.

Cavó vorazmente en la arena, como si estuviera a punto de encontrar agua. Cavó más y más hondo, hasta que su pala golpeó metal.

Se detuvo.

Sonriendo, retiró con cuidado la arena de la parte superior y luego separó la caja de la tierra. Luke golpeó la cerradura oxidada con el filo de la pala. Saltaron chispas durante un instante y la cerradura se soltó. La abrió rápidamente.

En su interior había un millón en metálico empaquetado en fajos de billetes de cien dólares. A su lado, una magnum 44 con varios cartuchos. Por último, y lo más preciado entre su tesoro, en un pequeño fajo de billetes estaba su nueva identidad. Un pasaporte y un carné de conducir. Años atrás, había pagado a un hombre que

trabajaba para el Departamento de Tránsito para que buscara en sus registros a un hombre que coincidiera con su aspecto facial, alguien que en ese momento estuviera soltero y desesperado.

Ryan Thomas había cumplido esos criterios.

Aquel hombre también necesitaba dinero desesperadamente para pagar las facturas médicas de un tipo raro de cáncer que probablemente le llevaría a la bancarrota antes de matarle. Luke se había reunido con el desafortunado hombre y le había ofrecido pagar todos sus gastos médicos, con la condición de que, una vez muerto, Luke pudiera quedarse con su identidad.

Luke examinó la foto del pasaporte. Era asombroso su parecido. Podrían haber sido gemelos. Sonrió. Luke Eldridge estaba muerto.

Ahora era Ryan Thomas. Un hombre con un secreto que una federación de personas poderosas de todo el mundo, incluidos políticos, había matado para mantener. Luke sólo tenía un nombre en la lista de responsables del ataque contra él. Pero no era difícil imaginar quién tenía más que perder con su descubrimiento. Una de las mentes más brillantes de la Tierra, con dinero en efectivo y una nueva vida. De algún modo, averiguaría exactamente quién estaba detrás de la oferta.

Sonrió.

Y entonces ELLOS iban a descubrir que algunos muertos hacen algo más que hablar.

Capítulo XXV

El zumbido constante de los potentes motores diésel gemelos del Maria Helena se redujo al ralentí. Sam contempló las espectaculares aguas azules que rodeaban las islas Bimini. Como una joya en la Corriente del Golfo, pocas islas retuvieron la imaginación de tantos durante tanto tiempo. Leyendas: las islas Bimini las creaban como en una fábrica de magia. Las más grandes estaban ligadas a ellas de algún modo. La Fuente de la Juventud, las Ruinas de la Atlántida, las Piedras Megalíticas. Todo estaba allí.

Y todo había sido desmentido.

Sam se quedó mirando las aguas centelleantes. La Fuente de la Juventud resultó tener altos niveles de litio, lo que proporcionaba a la gente un elevador natural del estado de ánimo. En cuanto a la Atlántida, Sam ya había estado en el Templo de Poseidón, y éste no era. Extensos estudios geológicos y análisis minerales de las Piedras Megalíticas demostraron que eran formaciones calizas naturales, aunque únicas.

Pero Sam conocía un hecho extraño sobre las leyendas. A veces se basan en una pizca de verdad. A menudo un detalle minúsculo o una verdad oculta. Los Antiqui Nautae eran esa verdad. No estaba seguro de porqué se aferraba a esa creencia, pero tenía pensado demostrarlo.

Sam bajó a la piscina lunar del Maria Helena. Rápidamente conectó su botella de una sola inmersión a su dispositivo de control de flotabilidad, abreviado BCD. Abrió el regulador y lo giró medio clic hacia atrás para evitar que se enganchara la junta. Tomó la computadora de buceo y confirmó 210 BAR de presión de aire. Sería una inmersión poco profunda. Menos de cuatro metros. No hacía falta doble botella.

Tom terminó su propia comprobación.

—Hasta que me traes a un lugar limpio para hacer una inmersión recreativa. ¿Estás preparado?

Sam pasó los brazos por el chaleco y cerró las correas de velcro.

—Recógenos aquí dentro de una hora, Matthew.

—Entendido. Vigilaremos la zona. También conseguiré ese estudio del agua en el área que querías.

—Gracias.

Elise le entregó una bolsa de buceo sellada.

—Asegúrate de colocar una en la parte superior de cada piedra, en ambos extremos de la Carretera de Bimini, si quieres una lectura precisa de la velocidad y el peso del agua. El peso nos es más útil que la velocidad. Como sabes, las olas grandes rara vez son más rápidas

que las olas normales. Pero las olas grandes tienen mayor masa. Si aquí se forma una ola de treinta metros, estos medidores de profundidad leerán de repente un aumento masivo.

Sam asintió con la cabeza. Abriendo la bolsa, examinó los pequeños parches cilíndricos que ella le había dado.

—Claro —dijo, mientras metía los pies en las aletas y miraba a Tom—. ¿Estás listo para encontrar respuestas?

Tom sonrió.

—Me basta con un buen chapuzón en un día como hoy. Pero no me importaría encontrar lo que buscas.

Sam se ajustó la máscara de buceo y se colocó el regulador de aire en la boca. Luego se inclinó hacia atrás, cayendo por el lateral de la piscina lunar al mar azul que había debajo.

Capítulo XXVI

Sam marcó su posición con el GPS y confirmó que estaban en la piedra más al suroeste de la carretera de Bimini. Después consultó su reloj. Eran las 9:20 a.m. Habrían terminado antes de las 10:30. Llamando la atención de Tom, señaló con el pulgar hacia abajo, en señal de que iba a iniciar la inmersión.

Era una inmersión poco profunda en aguas cálidas. Sam simplemente llevaba pantalones cortos y su equipo de buceo. Estaba contento. Fue una inmersión muy libre, casi como bucear desnudo. En cuanto miró hacia abajo, se imaginó que los grandes bloques rectangulares de piedra caliza eran el comienzo del camino de losas amarillas de Oz. Se preguntó si este camino conduciría a un lugar aún más extraño una vez revelados sus secretos. Un minuto después, estaba arrodillado encima del bloque rectangular más al suroeste.

Colocó el primero de los puntos de datos en el centro de la piedra. Una única luz roja parpadeó intermitentemente, mostrando que la información recogida se estaba transmitiendo. Veyron ya estaba colocando una nueva boya de retransmisión para recibir y transmitir la información colectiva a través de satélites.

Había siete piedras similares que formaban el extremo suroeste de la carretera de Bimini. No tardaron mucho en colocar todos los puntos de datos y confirmar que se habían colocado correctamente. A continuación, Sam ascendió hasta una profundidad de metro y medio y se reunió con Tom.

Delante de su amigo descansaba una máquina de flotación neutra con forma redola de pelota por un lado, y un monitor de computadora por el otro. Tom se agarró despreocupadamente a un asa lateral con la mano izquierda, estudiando la pantalla.

El aparato se llamaba Ecosola Multihaz Kongsberg EM3003D. Era un sistema multihaz portátil para aguas poco profundas, con 508 haces que proporcionaban una prospección de muy alta resolución. Las ecosolas multihaz emiten un abanico de haces sonoros al fondo marino para escanear con gran detalle una amplia franja del lecho marino. En comparación con las ecosolas convencionales, que dirigen un único haz de sonido al lecho marino directamente debajo de un barco, las multihaz muestran más detalles y reducen enormemente el tiempo de prospección.

Al inspeccionar la zona a una profundidad de metro y medio, Sam esperaba desarrollar un análisis 3D preciso de la carretera de Bimini sin que el oleaje de la superficie interrumpiera el proceso. Una vez estudiada la zona, su genio informático, Elise, iba a pasarla por un

programa informático de hidrología oceánica y determinar qué tipo de movimiento del agua sobre las estructuras de la carretera de Bimini podría provocar una ola monstruosa.

Tom apretó el pulgar contra el dedo para formar la señal de «okey».

Sam asintió con la cabeza y señaló que estaba listo para iniciar el proceso de encuesta. Tom pulsó un interruptor y unas olas silenciosas barrieron la pantalla del monitor. Los dos iniciaron su recorrido de medio kilómetro a lo largo de la singular formación pétrea en dirección noreste. La carretera de Bimini medía aproximadamente 90 metros de ancho y 480 metros de largo.

Las aguas cristalinas permitieron inspeccionar fácilmente la zona durante la primera inmersión. En el lado noreste de las extrañas formaciones rocosas, Sam se sumergió hasta los cuatro metros y colocó otra serie de puntos de datos en cada una de las rocas calizas. Tras confirmar que había cubierto cada bloque del lado noreste, volvió a la superficie, donde Tom ya lo esperaba.

Tom se quitó el regulador de la boca y respiró el aire caliente de la superficie.

—No sé si has encontrado alguna de las respuestas que buscabas, Sam, pero debo darte las gracias por encontrar una razón para que volvamos a bucear aquí por cuenta de la empresa.

—De nada.

A lo lejos, el María Helena se volvió hacia ellos. Tom sonrió.

—Ahí viene nuestro transporte.

Capítulo XXVII

Un par de minutos después, el barco se detuvo junto a ellos. Sam le entregó sus aletas a Matthew y empezó a subir por la escalerilla de embarque de popa.

—¿Has encontrado algo de interés en tu reconocimiento del puerto exterior?

Matthew le devolvió las aletas cuando Sam llegó a cubierta.

—No. No había ni un solo naufragio ni ninguna otra prueba de barcos destruidos por olas monstruosas anteriores.

—Por supuesto que no. ¿Por qué lo habría?

—Me dijiste esta mañana que registrara la zona. ¿No querías encontrar otros naufragios para poder demostrar tu teoría? —Sam se deshizo de su equipo de buceo y empezó a secarse con una toalla—. No, ya sé dónde alcanza su cenit la ola monstruosa. En ese punto encontraremos un cementerio de naufragios.

Matthew parecía sorprendido.

—¿Dónde?

—Aquí —dijo Sam sacando las cartas del Almirantazgo—. Donde han sido alcanzados recientemente los cuatro navíos. Creía que era obvio.

—Entonces, ¿qué buscabas aquí?

Sam miró a lo largo de varias imágenes sencillas del informe del sonar y luego señaló lo que buscaba.

—Un bote de remos volcado y una boya meteorológica.

Matthew miraba a su jefe como si se hubiera vuelto completamente loco.

—¿Ibas detrás del bote de remos volcado?

—Bueno. No, técnicamente, me interesaba más la boya meteorológica. No es de la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica. Lo cual quiere decir que es una de las suyas.

—¿De quién exactamente? —insistió Matthew.

—No estoy seguro, pero si aceptamos al pie de la letra que alguien ha estado creando artificialmente estas olas monstruosas, entonces tiene sentido que necesiten un medio para comunicar exactamente cuándo una ola ha pasado por esta sección.

Tom colgó la toalla en la barandilla tras volver a la superficie después de hacer dos inmersiones.

—Bueno, no vi nada que indique que haya sido creada por el hombre.

—Nunca he dicho que pensara que fuera obra del hombre —replicó Sam—. No, la carretera de Bimini ha sido estudiada exhaustivamente

tanto por arqueólogos como por buceadores recreativos. No me cabe ninguna duda de que era una formación rocosa natural, aunque extraña.

—¿Pero sigues pensando que se utilizó para crear olas monstruosas?

—Creo que los antiguos que utilizaban esta zona para robar a los náufragos se dieron cuenta hace mucho tiempo de la aparición naturalmente inusual de olas al pasar por ella.

—Pero ya llevamos aquí varias horas. No he visto que se forme ninguna ola.

—No, pero piensa en el tipo de condiciones que podrían hacerlo.

—Se necesitaría un oleaje mayor. Y que viniera del norte.

—Y si así fuera, muy pocos buceadores, recreativos o profesionales, querrían estar cerca de esa pared. Aunque no creara olas monstruosas.

Capítulo XXVIII

El trazador de rumbo del GPS situaba al María Helena a 32 kilómetros al oeste de la carretera de Bimini. Superpuestas en el mapa digital había tres marcas que representaban la ubicación precisa de cada uno de los cargueros cuando fueron alcanzados por la ola monstruosa.

Sam puso la mano izquierda sobre el hombro de Matthew.

—Este es el lugar. Llévanos a gatas y prepárate para iniciar una búsqueda circular por el lecho marino.

Matthew soltó con cuidado los dos aceleradores.

—Recibido.

Las vibraciones del motor, que se sentían a través del suelo de acero bajo sus pies, cesaron y el agudo rugido de los motores diésel gemelos se redujo a un sordo murmullo. A través de las grandes ventanas del puente, Sam podía ver el agua azul oscuro que llegaba hasta el horizonte en todas direcciones. El oleaje era casi totalmente llano.

—Cuesta creer que un lugar como éste haya hundido recientemente dos enormes cargueros, causado a otro daños suficientes para que sólo sirva de chatarra y arrasado el Mirabelle, ¡ganador de la Circunnavegación Extrema de los Cuarenta Rugientes! —dijo Sam.

A su lado, Matthew estudiaba el radar de largo alcance y los informes meteorológicos. El hombre era meticuloso cuando se trataba de la seguridad. Entonces sus ojos se desviaron de un horizonte a otro, como si esperara que una ola monstruosa les alcanzara en cualquier momento.

—¿Estás bien? —preguntó Sam.

—Claro —respondió Matthew—. No me creo toda esa basura de que una ola monstruosa mató a gente, pero no se puede negar la evidencia de que algo provocó el hundimiento de esos barcos. Es posible que el responsable siga por aquí, y no quiero correr riesgos con el María Helena y mi tripulación.

—Comprendo —Sam sabía que su patrón no era propenso a la superstición. Simplemente estaba siendo precavido. Y lo que era más importante, Sam se dio cuenta de que Matthew le estaba dando una advertencia—. A la primera señal de problemas, nos largamos.

—Muy bien, señor.

La puerta de babor del puente se abrió. Era Veyron.

—Se ha desplegado la ecosola multihaz. Estamos listos para iniciar la búsqueda.

Sam dio dos pasos hacia la derecha, donde Elise estudiaba el

Modelo Digital del Terreno asistido por computadora, que había empezado a tomar las primeras oleadas de imágenes para construir un modelo tridimensional del fondo marino.

—Gracias, Veyron.

Las ecosolas multihaz, como otros sistemas de sonar, transmiten energía sonora y analizan la señal de retorno que ha rebotado en el fondo marino o en otros objetos. Los sonares multihaz emiten olas acústicas directamente desde debajo del casco de un barco para producir una cobertura en forma de abanico del fondo marino. Estos sistemas miden y registran el tiempo que tarda la señal acústica en viajar desde el transmisor al fondo marino y de vuelta al receptor. Los sonares multihaz producen una «franja» de sondeos para garantizar la cobertura total de una zona. El área de cobertura en el fondo marino depende de la profundidad del agua, normalmente de dos a cuatro veces la profundidad del agua.

—Bien, Matthew, comencemos la búsqueda circular —dijo Sam, mirando a Elise.

Matthew empujó lentamente los dos aceleradores hacia delante.

—Fijando el centro trazado por GPS e iniciando recorridos circulares. ¿Estás contento con cinco nudos?

—Sí.

Sam estudió las imágenes en 3D del lecho marino. Era una nueva incorporación a su avanzado sistema de equipos de topografía submarina. Le impresionó la calidad de las imágenes de más de veinte metros bajo la superficie.

El lecho marino era en su mayor parte llano y arenoso. Desde luego, el cementerio de naufragios que Sam había esperado no estaba bajo su quilla. Si su teoría sobre los Antiqui Nautae era correcta, esta zona del fondo marino debería estar plagada de naves hundidas.

La ciencia del descubrimiento bajo el mar era tanto un arte como un testimonio de la paciencia de una persona. La tediosa perspectiva de trabajar horas y horas durante días y días, contemplando nada más que un fondo marino en blanco, amenazaba a Sam.

Pasaron casi dos horas antes de que encontraran su primer naufragio.

El monstruo surgió del fondo marino en dos secciones casi idénticas del casco, de cuarenta metros de largo, en una grotesca imagen de destrucción. Superpuesta sobre el fondo arenoso del océano, por lo demás estéril, la imagen del navío podía verse con tal claridad que podía leerse el nombre del barco, grabado en el lateral del casco: El Argonauta.

Sam respiró hondo.

—Era un carguero, que transportaba sobre todo pequeñas importaciones digitales de China. Se perdió hace tres semanas. Su

tripulación no pidió ayuda. Simplemente desapareció. Hubo una búsqueda, pero nadie supo nada de ella desde que salió de China.

Tom se quedó mirando el casco. Parecía más bien que había sido alcanzado por un torpedo.

—Ahora sabemos lo que ha pasado.

—Muy bien, marquemos con el GPS la ubicación final del Argonauta. Sus dueños querrán saber qué le ha pasado —dijo Sam.

—¿Quieres que haga otro circuito para que puedas verla mejor? —preguntó Matthew.

—No, gracias —Sam anotó en su carta de navegación la ubicación exacta del Argonauta—. Continuemos con la cuadrícula de búsqueda. Si estoy en lo cierto, deberíamos encontrar naves mucho más antiguas aquí abajo.

Matthew volvió a empujar el acelerador hasta la mitad. El María Helena tomó velocidad.

—Recibido, Sam.

Al final del día, se habían encontrado los otros dos cargueros —el Tahila y el Arkansas—, pero no se avistaron señales de naufragios más antiguos.

—Ése es el final de la luz solar —dijo Matthew—. Hemos cubierto un radio de ocho kilómetros desde el lugar conocido donde fue alcanzado el Tahila. ¿Qué quieres hacer?

Sam estudió la cuadrícula circular de la zona que habían inspeccionado. Era extensa. Habían cubierto mucho terreno. Luego miró el mapa en 3D en el que estaba trabajando Elise.

—Continuaremos durante la noche. Nos dividiremos en turnos de cuatro horas con equipos de dos. De momento sólo tenemos mi teoría y el hecho de que algo sigue hundiendo grandes cargueros en la zona. Si no averiguamos qué es y lo detenemos, la navegación en la región se paralizará.

Tom miró las cartas de navegación.

—¿Dónde quieres buscar? Ya hemos cubierto cualquier zona razonable cercana al lugar de las olas monstruosas. ¿Qué te hace estar tan seguro de que encontraremos esos pecios del siglo XVII?

—Porque acabo de darme cuenta de que mis cálculos estaban muy equivocados. Los cargueros medían casi noventa metros de largo.

—¡Por supuesto! —Veyron fue el siguiente en comprenderlo—. Con ese tamaño, los barcos se arrastrarían mucho más que las goletas del siglo XVII y los Man o'Wars.

—¿Qué significa? —preguntó Tom.

—Las embarcaciones del siglo XVII estarán más atrás, hacia la carretera de Bimini —dijo Sam.

Capítulo XXIX

El María Helena se dirigió de nuevo hacia el este. La tierra que había debajo estaba vacía y el lecho marino carecía de todo salvo de vida marina natural. A Sam no dejaba de sorprenderle que bajo el vasto océano yaciera un mundo vacío y monótono. Se veían pocos cambios en el fondo arenoso a lo largo de varios kilómetros.

Y entonces la hilera empezó a resaltar un objeto hecho por el hombre. Era mucho más pequeño que los anteriores, casi como si la mayor parte ya estuviera enterrada. Quizá por cuatro siglos de arena y escombros.

Entonces apareció otro. Seguido de un tercero y un cuarto.

—¡Dios mío! —dijo Matthew con reverencia.

—Caballeros, creo que acabamos de dar con el coto de caza de los Antiqui Nautae.

Apareció un quinto barco naufragado. Éste parecía mucho más grande que los barcos anteriores de la zona.

—Veyron, ¿podemos aumentar la claridad de esa imagen? —preguntó Sam.

Veyron pulsó el teclado y una ola gris cruzó la pantalla del monitor, aumentando su claridad. Al tercer intento, la imagen se volvió nítida.

—¿Qué te parece?

Tom suspiró cuando la imagen se hizo visible.

Delante de él estaba la silueta perfecta de un hombre de guerra británico.

—Necesitaremos pruebas de su antigüedad. Si son anteriores al siglo XVII, entonces mi teoría es cierta. Si son más recientes que eso, entonces volveremos a creer en algún tipo de fenómeno natural —Sam sonrió—. ¿Quieren seguir viendo el vídeo o vamos a sumergirnos en la cosa real?

Capítulo XXX

El María Helena echó el ancla a cuarenta metros de profundidad. A cinco kilómetros al oeste de la carretera de Bimini, se hundió en las aguas tranquilas y la cadena del ancla se aflojó en el agua en calma. Bajo su quilla se encontraban las tumbas de hasta dos docenas de veleros del siglo XVII.

Hoy, el oleaje parecía casi inexistente. El barómetro marcaba alto. Casi no había viento. Sam estudió una serie de gráficos sinópticos.

—No parece el tipo de lugar en el que uno espera que le mate una ola monstruosa.

—Nadie espera que le mate una ola monstruosa —se apresuró a señalar Matthew—. A ese respecto, si estás tan seguro de que la carretera de Bimini está causando de algún modo inexplicable estos sucesos, ¿es prudente que ancle aquí el María Helena?

—He dejado una serie de puntos de datos a lo largo de la carretera de Bimini. Si ocurre algo y empieza a formarse una ola monstruosa, enviará un mensaje urgente. Elise está controlando los datos que llegan y te avisará inmediatamente.

—Nos vendrá muy bien. Ahora estamos anclados. ¿Cuánto tiempo esperas que tarde en levar anclas y escapar? —Matthew hizo una pausa. Tragó saliva—. En cuanto a eso, ¿a dónde esperas que escape?

—Es probable que la ola tarde hasta cuatro minutos en alcanzarnos aquí —respondió Sam—. Y mi recomendación sería dirigirnos hacia el sur. Es la dirección más rápida para salir del peligro.

Capítulo XXXI

Sam estaba de pie junto a la piscina lunar, examinando su máscara de buceo. Integrada en el casco del María Helena, la piscina lunar parecía más bien algo sacado de una vieja película de James Bond. Aparte de su aspecto atractivo, tenía un propósito mucho más útil. Permitía alojar sus dos submarinos en un lugar protegido, al tiempo que facilitaba el acceso para botarlos. En la sección de popa de la sala había una cámara hiperbárica, un recordatorio solemne y constante de los riesgos que entrañaba la inmersión en aguas profundas.

Veyron entró en la habitación. Tenía a su lado un bloc de notas con cálculos de inmersión.

—El fondo marino está aproximadamente a cuarenta y dos metros por debajo de nosotros. Con tanques gemelos deberías tener un tiempo de fondo de cuarenta minutos. He dejado un par de tanques individuales en la directriz a tres metros —sus ojos se movieron entre ambos hombres—. Pero que no los sorprenda más allá del tiempo de visita. Existe por seguridad, no para que dispongan de esos minutos extra para disfrutar de la inmersión.

—Entendido —dijeron Sam y Tom a la vez. Eran buceadores profesionales. Cada uno conocía su propio límite hasta la última bocanada de aire. A veces habían sobrepasado ese límite por necesidad, pero ninguno planeaba hacerlo intencionadamente.

Con dos botellas de inmersión conectadas por un colector de titanio frente a él, Tom volvió a prepararse para la inmersión.

—Apuesto a que encontraré pruebas de su antigüedad antes que tú.

—Ah, sí —respondió Sam. Una sonrisa confiada e irónica curvó sus labios—. ¿Qué te apuestas?

Tom hizo una pausa.

—Te apuesto una semana de vacaciones.

Sam calculó el peso necesario para mantener una flotabilidad neutra y luego se ajustó firmemente el cinturón a las caderas.

—Mi padre es el dueño de la empresa. Puedo marcharme cuando quiera.

—Claro que sí —su voz era sarcástica—. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste vacaciones de verdad?

Sam se encogió de hombros.

—Me gusta mi trabajo.

—Yo también, pero en cualquier caso te quitaré esa semana de permiso. Y para zanjar la cuestión, te invitaré a una cerveza al final de esta inmersión.

—Trato hecho.

Sam subió los tres escalones y se sentó en el borde de la piscina lunar.

—¿Estás preparado para hacerlo?

—Vámonos.

Sam se colocó la máscara de buceo completa y respiró un par de veces para asegurarse de que el regulador funcionaba correctamente. Luego se dejó caer hacia delante y se metió en la piscina. Se acomodó en el primer marcador, a tres metros por debajo de la superficie, y estudió su computadora de buceo. Leía trescientos bar en cada uno de sus depósitos. Esto confirmó que estaban llenas. Accionó su pulpo de emergencia, el regulador amarillo diseñado como reserva para un compañero de inmersión o en caso de que se dañara el principal. Salió una gran serie de burbujas que se dirigieron a la superficie.

—Todo funciona a mi lado. ¿Cómo estás, Tom?

—Estoy bien.

Sam dio un par de patadas con las aletas y se agarró al cable guía. A su lado estaban los tanques gemelos que Veyron les había dejado.

—Muy bien, comencemos el descenso.

Capítulo XXXII

A treinta metros, Sam detuvo su descenso y se quedó mirando la fosa común de naufragios. Había visto en el reconocimiento que había al menos una docena de barcos en la zona, pero de algún modo todo parecía mucho más notable cuando lo mirabas con tus propios ojos.

—Menudo espectáculo —dijo Tom.

Sam sintió que los pelos de su piel se erizaban de asombro. Era un monumento a lo débil que era la humanidad en el océano.

—Ya lo creo.

Examinó varias de ellas antes de decidir hacia cuál nadar. Algunas parecían perfectamente intactas. La particularidad del agua salada es que conserva la madera. A pesar de llevar allí más de cuatrocientos años, algunos naufragios parecían recién hundidos.

Algunos estaban de costado. Un par tenían el casco partido en dos, presumiblemente al ser golpeados por una ola monstruosa. Otros estaban medio enterrados en la arena. Y entonces vio lo que quería.

Un hombre de guerra británico.

Se había hundido con la quilla hacia abajo y descansaba para siempre sobre un banco de arena a una profundidad de cuarenta y dos metros. El casco parecía perfectamente intacto. Los tres mástiles seguían en pie, aunque el aparejo se había desgastado hacía tiempo.

—¡Ésa! —Sam la señaló—. El Man o'War británico. Tengo que verla. Parece impecablemente intacta.

Estaban mirando hacia su costado de estribor.

—Pensé que dirías eso.

Sam los había estudiado mucho por interés cuando estaba en la universidad. El diseño del Man o'War desarrollado por Sir John Hawkins, tenía tres mástiles, cada uno con tres o cuatro velas. El barco podía tener hasta cincuenta y cinco metros de eslora y hasta ciento veinticuatro cañones: cuatro en la proa, ocho en la popa y cincuenta y seis en cada costado. Todos estos cañones requerían tres cubiertas de artillería para alojarlos, una más que cualquier barco anterior. Su velocidad máxima de navegación era de quince a dieciséis kilómetros por hora.

Nadaron hacia él y descendieron otros seis metros. El barco era enorme. Era difícil creer que algo hecho de madera hace tantos años pudiera ser tan grande y capaz en el mar. Sam hizo lentamente un círculo alrededor de la proa.

Un vistazo a babor demostró por qué se había hundido. En su proa de babor se abría un enorme agujero de unos tres metros. Sam apuntó al interior con su potente linterna. Una solitaria anguila gigante le

sonrió con sus afilados dientes y se escabulló.

—¿Vamos?

Tom puso la mano en el borde del casco roto y tiró. La madera no se movió ni un milímetro. A pesar de llevar siglos en el fondo del mar, su madera había mantenido su resistencia. Luego consultó su propia computadora de buceo y respondió:

—Claro. Tenemos otros veinticinco minutos a esta profundidad. No nos alejemos demasiado.

—De acuerdo.

Sam ató el extremo de su carrete de alambre guía fluorescente a la entrada. Y luego entró en la grieta gigante del lateral del casco, desapareciendo en su interior.

Capítulo XXXIII

Sam siguió la abertura hasta llegar a la segunda bahía de cañones. Era un nivel poco profundo, de no más de metro y medio de altura desde el suelo hasta el techo. Los cañones seguían allí, como si aún estuvieran esperando para disparar.

Pasó rápidamente la segunda bahía de cañones y se dejó caer en la tercera. Nadó rápidamente. Ya había elegido su destino.

—¿Adónde se dirigen tan deprisa? —preguntó Tom.

—A la bodega de popa.

—¿Qué guardaban en la bodega de popa?

—El barco es de oro —Sam lo dijo como un niño que explora un tesoro enterrado.

—Creía que querías salir con la nave, no saquearla.

—Podemos hacer las dos cosas, ¿no?

Descendió hasta el sexto piso. Y lo siguió todo lo que pudo. Una sólida trampilla les cerró el paso. Sam miró a su alrededor en busca de algo pesado. Una sola bala de cañón había rodado hasta la habitación que había detrás de él. Se dio la vuelta y la alcanzó. El aumento de peso causó estragos en su flotabilidad, y ajustó cuidadosamente su chaleco para compensar.

Sam volvió a la escotilla. Lanzó lentamente la vieja bala de cañón contra ella. La escotilla se hizo añicos al impactar.

El cieno se había removido y la visibilidad era inferior a un par de metros. Sam entró en la sala tanteando con las manos en busca de algún obstáculo. Encontró algo sólido y se detuvo para ver qué era.

—Tom, he encontrado el cofre del tesoro.

Tom nadó detrás de él.

—Gracias por levantar todo el cieno.

No había forma de que pudiera quitarlo. Sam tenía que abrirla. Clavó su cuchillo de buceo en el lateral de la cerradura. Se rompió de inmediato. Luego la abrió con las manos.

Detrás de él, Tom iluminó con su linterna directamente el viejo cofre del tesoro.

Estaba vacío.

Capítulo XXXIV

Sam comprobó su computadora de buceo. Había utilizado un poco más de Heliox de lo que debería. A menudo utilizaba la mezcla de oxígeno y helio en inmersiones en aguas profundas que, de otro modo, serían propensas a complicaciones causadas por la saturación de nitrógeno. Sacudió la cabeza ante la lectura. No debería haber entrado en el pecio sin una planificación previa, pero siempre había querido bucear en un Hombre de la Guerra británico.

—¿Cómo están tus niveles de gas? —preguntó Sam.

—Bien, pero no nos entretengamos.

—De acuerdo, te seguiré.

Sam observó a Tom nadar más allá de la escotilla dañada. Esperó a que la despejara y lo siguió. Siguió la luz de inmersión de Tom por las dos cámaras verticales por las que habían entrado. Y entonces cayó algo. Por lo que pudo ver, era parte de la estructura de madera que sostenía las puertas de la bahía de los cañones. No importaba lo que fuera, lo que importaba era que ahora caía hacia él y enviaba millones de diminutas partículas de cieno a su alrededor. Todo el naufragio se convirtió en una tormenta blanca.

—¿Estás bien, Tom? —preguntó Sam.

—Yo estoy bien. ¿Y tú?

—Estoy bien, pero el lugar es ahora un completo apagón.

Sam pasó la mano por la guía fluorescente hasta que se detuvo. Inspeccionó cuidadosamente el extremo cortado. Algo lo había cortado en dos. Sam alumbró con la linterna. El pánico y la claustrofobia aumentaban rápidamente. Preparó su carrete de emergencia, atándolo al trozo de madera que había justo debajo de él. Si iba a perderse, se aseguraría de poder volver al menos al punto de partida.

—¿Estás bien, Sam?

Era la voz tranquilizadora de Tom. Preguntó como por casualidad por qué tardaba tanto. Tom era mejor buceador de naufragios de lo que Sam lo sería nunca, pero aun así, el hombre sabía exactamente lo peligrosa que era la situación.

—Sí, estoy bien. Esto es un completo lodazal. Y me han cortado el cable guía.

—Vuelvo a por ti. He encendido mi luz estroboscópica. Avísame cuando puedas verlo.

Sam se dejó ascender. Tanteando con cuidado la nave.

—Recibido.

Unos instantes después, su mano atravesó una abertura. Tom la

agarró y tiró de él. El agua de arriba estaba mucho más clara.

—Gracias —dijo Sam.

Una vez fuera del Man-O-War, los dos se dirigieron rápidamente hacia la superficie. Se detuvieron en la marca de los tres metros para cambiar a las botellas de repuesto y realizar una parada de descompresión de seguridad.

—Olvidé tomar una muestra de la madera para poder datar con carbono la nave —maldijo Sam.

Tom sonrió.

—Yo no me preocuparía por eso. He encontrado esto.

Tom abrió la mano. Sam la miró. Algo brillaba en su interior: una moneda de oro fechada en 1721.

Capítulo XXXV

Sam se quitó las botellas de buceo y se despojó del traje de neopreno. Elise entró por la puerta.

—Vas a querer ver esto. He terminado de hacer cálculos basados en el movimiento del agua sobre la carretera de Bimini.

—¿Y qué has encontrado?

—Sé cómo se utiliza para crear olas monstruosas —respondió Elise —. Sígueme a la sala de misiones. Mi portátil está preparado y te enseñaré los informes de hidrología y predicción de olas.

Sam se levantó para seguirla.

—¿Cómo?

—Por interferencia constructiva —respondió.

Tom se puso un cuello en V.

—¿Qué demonios es eso?

—La física básica subyacente que hace posibles fenómenos como las olas monstruosas es que las distintas olas pueden viajar a velocidades diferentes, por lo que pueden 'apilarse' para formar olas mayores —empezó a explicar Sam mientras subían las escaleras—. La interferencia constructiva permite que dos olas se unan y formen una ola resultante de mayor, menor o igual amplitud.

Elise entró en la sala de misiones y se sentó.

—En términos básicos, cada ola viaja a velocidades ligeramente diferentes. Si comparten una frecuencia similar, pueden apilarse unas sobre otras. En la naturaleza, no es un hecho especialmente inusual que se combinen dos olas, pero en raras circunstancias, tres o más olas se combinan entre sí. El resultado es que la altura final de la ola es exponencialmente mayor.

—Bueno, pero ¿cómo cambia algo de esto la carretera de Bimini?

Elise respiró hondo. Tragó saliva.

—Porque acabo de ejecutar un software de predicción de olas sobre el fondo marino recreado, incluida la carretera de Bimini, basándome en el estudio submarino que Tom tuvo la amabilidad de obtener para mí.

—¿Y los resultados? —preguntó Sam.

—Los extraños bloques rectangulares que forman la carretera de Bimini sirven para ajustar la velocidad de las olas. Frenan las más rápidas y aceleran las lentas hasta que todas las olas se alinean.

Sam sonrió.

—Eso lo demuestra. La carretera de Bimini está creando artificialmente olas monstruosas.

Elise parecía satisfecha de sí misma.

—¿Quieres verlo?

—Por supuesto —respondió Sam.

Elise pulsó el play, y la predicción de olas generada por computadora mostró que las olas fluirían desde el noreste, a lo largo del norte de la isla de Bimini y chocarían contra la carretera de Bimini. Con un oleaje limitado, la cosa cambiaba muy poco la altura posterior de las olas. Pero al aumentar el oleaje, la fuerza que golpeaba la carretera de Bimini aumentaba exponencialmente la altura de la ola.

—Muéstrame una proyección con dos metros de oleaje —dijo Sam.

Elise hizo clic en la computadora, tecleó la altura inicial de la ola y pulsó «play». El oleaje aumentó a tres metros una vez que golpeó la carretera de Bimini.

—Bueno, ¿qué tal tres metros?

Los dos observaron la proyección. Ahora producía una ola de seis metros.

Sam no estaba convencido de que fuera una ola mortal.

—De acuerdo, sube seis metros. A ver qué pasa.

Observó cómo el programa asistido por computadora seguía su curso. Sam contuvo la respiración. Tragó saliva. Y luego dijo:

—Eso de ahí es una ola monstruosa de treinta metros.

—Tenías razón —respondió Elise.

—Sólo desearía que no fuera así.

Tom parecía preocupado.

—Odio reventar tu burbuja, pero si esto es cierto, ¿por qué las olas monstruosas se han convertido recientemente en un problema en la zona?

—Puedo responder a eso —contestó Elise—. Le falta una piedra angular.

—¿Qué piedra angular? —preguntó Sam.

Le entregó una foto de una piedra rectangular muy grande.

—Éste es el aspecto que habría tenido.

A continuación, Elise le entregó la imagen ecográfica de toda la zona, con una marca delante de las primeras piedras rectangulares que formaban la carretera de Bimini.

—Habría llegado hasta allí. Sin ella, las olas nunca coinciden. Pero una vez que incluyes la piedra angular, las olas entonces coinciden todas.

—¿Pero no hay señales de una piedra angular cerca de la isla de Bimini Norte? —se quejó Sam.

—¡Los Antiqui Nautae! —dijo Tom—. Debían de tener la piedra angular. Cuando necesitaban aumentar el tamaño del oleaje, simplemente la colocaban en el agua. Y por eso, cuando desaparecieron hace cientos de años, también lo hicieron las olas

monstruosas.

—Sólo que ahora han vuelto a empezar —juró Sam.

—Y mi suposición es que alguien ha encontrado recientemente la piedra angular.

Capítulo XXXVI

Sonó su teléfono por satélite. Contestó inmediatamente.

—Sam Reilly al habla.

—Sr. Reilly, soy el capitán Miller del Global Star. Tengo algo que creo que te va a interesar. ¿Podemos hablar?

Sam se sentó a un lado de la mesa.

—Claro, ¿qué tienes?

—Es el Global Star. Acaban de empezar a retirar parte de la quilla de acero. Digamos que los daños son mucho mayores de lo que cabría esperar de una sola ola monstruosa. Creo que vas a querer echarle un vistazo.

—De acuerdo. ¿Dónde dijiste que estaban recuperando la nave para chatarra?

—Fort Lauderdale.

—De acuerdo, volaré esta tarde. Llevaré a Veyron, mi ingeniero jefe. Quizá él vea algo que tus chicos no vean.

Capítulo XXXVII

Sam sobrevoló el Global Star, que se alzaba desamparada sobre el duro pedestal del astillero de chatarra. El orgullo de la flota de cargueros de su padre, destruido por un suceso aparentemente aleatorio. Incluso a treinta metros de altura, Sam podía ver la magnitud de los daños. Ya habían retirado la quilla exterior, el metal endurecido diseñado para mantener intacto el casco en caso de chocar contra un iceberg u otra colisión catastrófica.

En este caso, se había despegado para revelar el alcance de los daños en el interior del casco. En el interior, no sólo se habían dañado los mamparos principales, sino que el metal interior parecía haber sido corroído por algún tipo de ácido fuerte.

—¿Qué demonios provoca algo así? —preguntó Sam, e inclinó el helicóptero para que Veyron pudiera ver mejor los daños.

—Parece como si alguien hubiera utilizado un océano de ácido duro para disolver su fuerza. Vamos, bájanos. Vamos a echar un vistazo a esta pobre señora.

Sam asintió con la cabeza y se volvió para aterrizar. Colocó con cuidado el helicóptero Sea King en un descampado con vistas al desguace. Tras esperar a que los rotores se asentaran, apagó cuidadosamente el sistema.

Un hombre del desguace salió a su encuentro mientras caminaban hacia el Global Star. Sam le miró y lo asimiló todo con la mirada. El tipo parecía todo un estereotipo de tejano amable, hasta el sombrero de diez galones y el revólver que llevaba en el lado derecho del cinturón. Tenía una gran sonrisa que hacía juego con su rotundo estómago.

—¿Señor Reilly?

—Ése soy yo —dijo Sam, extendiendo la mano derecha—. Éste es Veyron, mi ingeniero jefe.

El hombre la sacudió.

—Me llamo Donald Richardson. Soy el ingeniero naval encargado de hacer pedazos este desdichado barco para convertirlo en chatarra —el hombre hablaba con un lento acento sureño—. Aunque debo hacerte saber que no siento ningún placer al hacerlo. Estoy seguro de que era un barco precioso antes del accidente.

—¿Cómo va todo? —preguntó Sam—. El capitán Miller me dijo que habías hecho algunos descubrimientos interesantes mientras desmontabas la quilla del casco. Dijo que había algunas cosas que tenía que observar por mí mismo.

—Sígueme. Puedo informarte mientras caminamos —Don los

examinó a ambos, como si estuviera juzgando qué clase de gente había venido a investigar su obra—. Escucha, ¿cuánto te ha contado el capitán Miller sobre lo que hemos encontrado aquí?

—Sólo que tenemos que observarlo nosotros mismos.

—Tienes razón —respondió Donald.

El perímetro estaba cercado por una alambrada con un rollo de alambre de espino encima. Se detuvieron ante la puerta principal. Don tecleó el código en un teclado electrónico y los dejó pasar a ambos.

—Nosotros mismos hemos tenido unos cuantos accidentes inexplicables desde que recibimos esta nave. Se ha convertido en todo un problema. Nuestra mano de obra está formada principalmente por trabajadores inmigrantes, sobre todo mexicanos. Ya sabes lo que eso significa cuando hay supersticiones de por medio.

Sam negó con la cabeza. No tenía ni idea de qué estaba hablando aquel hombre.

—Perdona, ¿a dónde quieres llegar?

—Trabajadores inmigrantes. Mexicanos. Son gente muy supersticiosa —Don los miró a ambos y les guiñó un ojo, como si supieran exactamente a qué se refería—. Así que ya ves que esta racha de mala suerte está causando un verdadero revuelo. En definitiva, nos encantaría deshacernos del maldito barco.

Veyron miró a Sam a los ojos con una de esas caras que decían: deja en paz a ese tipo, está claro que no va a decir nada útil, así que mantén la boca cerrada.

Don continuó.

—Todos intentamos averiguar qué le ha pasado realmente a esta nave para causar un daño tan irreparable.

—No lo entiendo. Creía que los daños en el casco eran consistentes con una colisión frontal importante, probablemente un muro de agua de unos treinta metros de altura. ¿Ahora dices que no fue eso lo que causó los daños?

—No, eso es más o menos así, al menos a primera vista. Pero ahora que hemos empezado a desmontar el forro, vemos extraños daños internos en los mamparos.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Veyron.

—Gran parte del metal ha sido dañado por algún tipo de ácido fuerte. Aún tengo que enviar parte del acero a un metalúrgico para obtener respuestas definitivas, pero creo que está claro que algo ha corroído una parte importante de las entrañas de la nave.

—¿Podría haber sido algo que llevaban como carga?

—Eso es lo que pensé al principio. Pero los cuadernos de bitácora del Global Star nos dicen que llevaba un cargamento de coches. He hablado con el capitán Miller y me asegura que es imposible que ni él ni nadie a bordo llevara un cargamento privado de ácido.

—¿Alguien podría haberlo escondido? —sugirió Sam.

—No lo suficiente como para causar este tipo de daños.

Sam subió otro juego de escaleras de andamio y se detuvo.

—¿Qué crees que lo causó entonces?

—Ni idea. Al capitán Miller le pareció que podrías ayudarnos con ello —sonrió, como condescendiente—. Dijo que tenías una especie de sexto sentido cuando se trataba de naufragios.

Veyron sonrió.

—Sam ha participado en varias recuperaciones de naufragios. Es el mejor del juego. Si hay algo que encontrar aquí, lo encontraremos.

—¿Así que pensamos que lo que dañó la nave era ácido? —preguntó Sam.

—No estamos pensando nada en este momento. Sólo pensamos que todo esto es bastante inusual, en mi opinión —al llegar a la altura de la cubierta inferior, Donald abrió la puerta y entró en el casco de la nave—. Ahora dime, ¿te habló el capitán Miller de la maldita fosforescencia?

—Sí, dijo algo de que estaba radiante la noche de la colisión.

—Supongo que lo habría sido, con todas esas turbulencias, pero no me refiero a eso. Hablo del problema con la fosforescencia desde que nos hicimos con la nave.

—¿Tienes algún problema con el plancton? —se podía oír el ridículo en la voz de Veyron.

—No es plancton, eso seguro —Don se obligó a sonreír. Era evidente que esperaba una respuesta semejante de los hombres enviados para obtener respuestas—. Vengan conmigo y les enseñaré la sentina. Parece que parte del agua de aquella terrible ola acabó en las entrañas del barco. Les gustará verlo con sus propios ojos.

Caminaron por los oscuros túneles que se abrían a la sala de máquinas. Pasaron junto a las enormes turbinas y siguieron caminando hacia abajo. Una serie de cables con iluminación rodeaban las pasarelas.

Sus pies repiqueteaban al pisar las rejillas de acero que formaban las escaleras de trabajo internas, utilizadas por el personal de mantenimiento para comprobar la sentina y acceder a los motores a distintas alturas. Al final de la última, llegaba a un final repentino a unos tres pisos por encima de la sentina, lo que le daba el aspecto de un gigantesco mirador.

—Esto servirá, caballeros —Don se detuvo y apagó las luces.

—¿De qué se trata esto?

—Espera un poco. Verás lo que tengo que enseñarte.

Capítulo XXXVIII

Sam forzó la vista intentando distinguir algo en la oscuridad, pero no le llegaba ninguna luz. Podía oír la respiración agitada de Donald, el ingeniero naval con sobrepeso que le había conducido al interior del oscuro casco.

—De acuerdo, mira esto —dijo Don.

Un momento después se oyó el sonido de un gran chapoteo, cuando algo cayó en el agua de la sentina. El agudizado sentido del oído de Sam en plena oscuridad amplificó los ecos del chapoteo al rebotar en el reducido casco de acero. Se esforzó por distinguir una imagen, pero no vio nada.

Veyron encendió su linterna.

—Muy bien, Sr. Richardson, ¿de qué va todo esto?

Donald se encogió de hombros.

—No estoy seguro, debe de haber muerto.

—¿Qué ha muerto? —preguntaron Sam y Veyron al unísono.

—El plancton fosforescente que vive en esta sentina.

—¿Nos has traído aquí para ver el plancton? —preguntó Sam.

—Sé lo que estás pensando, pero te digo que esto no era un plancton cualquiera. Esta cosa brillaba más fuerte que nada que haya visto jamás. Era como plancton con esteroides, y no se comportaba con normalidad.

Sam se estaba frustrando.

—¿Qué quieres decir con eso? El plancton no hace nada ni se comporta de ninguna manera. Simplemente va a la deriva en el océano a merced de las corrientes.

—Le está haciendo cosas a este casco. No puedo probarlo, pero si tuviera que apostar, diría que algo en el plancton corroe el casco.

—¿Has hecho pruebas con el material? Ya sabes, ¿tomaste el plancton y lo colocaste en un recipiente metálico para ver qué hace?

—Claro que sí.

—¿Y cuáles fueron los resultados?

Donald sonrió, estúpidamente.

—Nada. No hizo nada.

—Entonces, el plancton se comportó con normalidad.

—Sí, pero eso no prueba que fuera normal.

—Si no prueba exactamente eso, ¿qué crees que prueba, Sr. Richardson? —preguntó Veyron.

Donald apretó los dientes. Parecía un hombre que estuviera esperando para contar la parte más increíble de la historia, sólo para detenerse en el último momento, tras haber pensado mejor cómo

sonaría. Entonces, derrumbándose por la necesidad de desahogarse, dijo:

—Sólo que el plancton no quería perder su recipiente de agua de mar.

—Interesante —respondió Sam—. Haremos algunas pruebas en el agua a ver qué encontramos.

—¿Qué crees que encontrarás con el plancton muerto? —preguntó Veyron, sin poder o querer ocultar su escepticismo.

—No tengo ni idea, pero la única similitud entre la historia contada por cada capitán, cuyo barco fue golpeado por esta ola monstruosa, fue su reflexión de que el plancton era más brillante de lo que había sido nunca.

—Ya hemos acordado que sería razonable que la fosforescencia fuera radiante en la estela de una ola tan potente. ¿Por qué estás tan dispuesto a creer una teoría tan ridícula? —preguntó Veyron.

—Porque en el pasado he visto respuestas más inverosímiles a las preguntas.

Donald se rió para sus adentros.

—Gracias por el voto de confianza.

Sam abrió su mochila y sacó un kit de muestreo. Luego bajó por la escalera de acero y se arrodilló junto al agua de la sentina. Con un vaso de cristal, extrajo doscientos mililitros de agua de mar de la sentina.

—No te dejes llevar demasiado. Estoy de acuerdo con Veyron, es una posibilidad remota, pero haré algunas pruebas y seguiré la única pista que tenemos hasta ahora. Oye, pareces muy convencido de todo esto. ¿Hay algo más que te haga pensar que el plancton es de algún modo diferente?

—Mira. Lo entiendo. Crees que estoy loco, pero haz las pruebas. Te digo que hay algo diferente en este material —el hombre sudaba. Parecía nervioso cerca del agua de la sentina. Se agitaba constantemente, y cuando Sam le pidió que le ayudara con el agua, dio un paso atrás—. No, gracias, señor. Si no le importa, esperaré aquí.

—Continúa, como has dicho, ya pensamos que estás loco. Así que no hay razón para que te detengas donde estás ahora. Puedes llegar hasta el final con tu historia.

—De acuerdo —jugueteó con unas notas de papel—. Recuerda que sólo te estoy contando los hechos. Aquí tenemos una gran mano de obra mexicana y, como sabes, pueden ser propensos a la superstición. Francamente, todos estaríamos contentos una vez desguazado este barco.

Sam le aseguró que todo iría bien.

—Continúa.

—Hace unos días uno de mis soldadores, Juan González, se cayó en esa sentina —Donald señaló el agua oscura y sin vida—. Unas horas más tarde le apareció una terrible erupción por todo el cuerpo y por la tarde tenía un intenso dolor de cabeza, seguido de un rápido deterioro de su capacidad para mantenerse despierto. Llamaron a una ambulancia y, cuando llegaron, tuvieron que ponerle un tubo en la boca para que pudiera respirar. A las seis de la tarde ya estaba en el hospital y lo llevaron a que le hicieran una resonancia magnética, ¿conoces una de esas máquinas de imágenes?

Sam asintió con la cabeza.

—Continúa.

—A los cinco minutos de la prueba, empezó a tener convulsiones y los médicos tuvieron que pararla. Entonces todos sus síntomas parecieron desaparecer y a la mañana siguiente era como si nunca hubiera pasado nada.

—¿Han completado la resonancia magnética?

—Claro que sí. Esperé hasta la mañana y lo envié a través de la misma máquina con algunas drogas a bordo para evitar que encajara de nuevo.

Sam estaba deseando que el hombre fuera al grano.

—¿Qué mostró la resonancia magnética?

Donald sacudió la cabeza con compasión.

—Tiene un tumor cerebral de grado IV. Probablemente no vivirá hasta finales de mes. Nunca había tenido síntomas. Vaya mierda de suerte, ¿eh?

Capítulo XXXIX

Tom se sumergió hasta treinta metros. A su lado, Genevieve reservó su energía y su reserva de aire quedándose totalmente inmóvil. Los dos contemplaron el gran banco de arena del fondo marino. Allí había al menos una docena de embarcaciones y quizá otra docena en los alrededores.

—Es como ver una tienda de caramelos y que te digan que hagas fotos y marques la ubicación de cada tipo de piruleta. Luego te dicen que, si eres un buen chico, podrás probarlos dentro de unos días —se quejó Tom.

Gen hizo una foto del cementerio de naufragios. Probablemente era la mayor colección de restos de naufragios del siglo XVII jamás encontrada junta.

—Dicen que la visión es el alimento del alma. Yo diría que es todo un festín lo que tenemos aquí.

—Buena observación —Tom le mostró una pizarra de inmersión. Un único triángulo marcaba la Bonaventure que él y Sam habían explorado. Tom lo marcó—. Bueno, ya está uno: Sam quiere que documentemos el resto. Empezaremos por el lado oeste y avanzaremos lentamente hacia el este.

—Entendido.

Ella nadó delante de él, dando patadas ansiosas con las aletas. Tom la siguió. Documentaron un total de dieciséis naufragios antes de que llegara el momento de ascender de nuevo a la superficie. Tom siguió la figura ágil de Genevieve, que nadaba hacia la cima de un banco de arena como una ninfa acuática.

Genevieve se detuvo en lo alto del banco de arena y se quedó mirando la estructura de madera que había debajo.

—¿Es eso lo que creo que es?

Tom sonrió.

—Creo que es el trimarán del estúpido óleo de Sam.

Capítulo XL

Sam pasó la mano por el interior del mamparo cilíndrico de la proa del gigantesco carguero. Debía de tener casi treinta centímetros de diámetro. Antes era perfectamente recto, pero ahora tenía una sola curva hacia la mitad. Luego, en la base, donde estaba fijado al casco del barco con dieciséis pernos gigantes, lo habían empujado con tanta fuerza que ahora salía por la parte inferior del casco, dejando un enorme agujero por el que corría el agua de mar.

A lo largo del casco se formó una línea clara donde había llegado el agua del mar. Ahora drenado, todo lo que estaba por debajo de esa línea parecía haberse derretido, mientras que todo lo que estaba por encima parecía normal.

—¿Qué te parece? —preguntó Sam.

Veyron miró las marcas de la pared.

—No lo sé, pero es difícil refutar las pruebas; puede que me haya equivocado antes.

—¿Equivocado sobre qué?

—Pensaba que esto debía proceder del interior de la nave. Una fuga de ácidos fuertes almacenados como carga, pero ahora parece que esto va a desmentir esa teoría.

Sam echó un vistazo entre el tajo de la proa, por donde se había roto el mamparo, y la sentina principal. Las marcas mostraban claramente que algo había entrado por un extremo y había fluido hacia el otro. Fuera lo que fuera, había causado los daños.

—Vino del exterior, ¿verdad?

Veyron suspiró.

—Eso parece.

—¿Empiezas a dar crédito a toda esa teoría de que el plancton estaba detrás de todo?

—No.

—¿Pero dijiste que esto lo causó lo que fuera que entró por ese hueco del mamparo?

Veyron sonrió.

—Sí, pero nunca dije que fuera agua de mar lo que fluyó por allí.

—Por supuesto que era maldita agua de mar. ¿Qué otra cosa se consigue cuando se hace un agujero en el casco de un barco en mar abierto?

—He estado pensando en eso. —Veyron bajó por la escalerilla y se puso en cuclillas sobre el compartimento de la sentina, ahora vacío—. ¿Recuerdas que cuando volamos dije que los daños parecían como si el Global Star hubiera sido golpeado por una pared sólida y no por

una ola monstruosa sobre la que la nave hubiera intentado al menos cabalgar?

—Sí, pero una ola monstruosa puede moverse como un sólido muro de agua.

Veyron levantó las manos para indicarle a Sam que le diera un segundo para terminar.

—¿Y si el Global Star colisionara con otra nave?

—Es uno de los cargueros más grandes del planeta. Debe de haber chocado contra alguna nave bastante grande para que le cause este tipo de daños. —Sam le miró. La teoría del plancton maligno empezaba a parecer más aceptable.

—Piénsalo. La Ley del Mar establece que, mientras estén navegando, debe haber una guardia en cubierta en todo momento. Pero todos sabemos que con la invención del GPS y los Sistemas de Identificación Automática, que siguen la dirección de los grandes buques, la mayoría de los cargueros modernos están totalmente automatizados. Su tripulación rara vez está en cubierta, y mucho menos al timón. ¿Cuántas veces has oído que un carguero llega al muelle y le avisan de que un pequeño yate o una lancha motora están arrugados en su proa?

Sam frunció el ceño. Él mismo lo había visto una vez. Había sido un yate Catalina de doce metros. El capitán del carguero ni siquiera se había dado cuenta de que había chocado contra la embarcación y había seguido navegando, sin saber que la tripulación se ahogaba bajo su monstruosa proa.

—Bien, entonces, ¿por qué el capitán Miller teje una historia tan diferente?

—Porque un suceso así nunca sería considerado un accidente por la Junta de Seguridad Marítima. Sería un acto de negligencia grave y ambos capitanes de barco perderían sus matrículas.

—Bueno, ¿qué pasó con la otra nave?

—No lo sé. Quizá se hundió. ¿O pudo escapar cojeando?

—De acuerdo, digamos que aceptamos este concepto fantasioso —dijo Sam—. ¿Cómo explicaría entonces todo esto por qué tenemos este metal ridículamente dañado?

—Porque fuera lo que fuera lo que transportaba la otra nave, seguro que era altamente corrosivo. —Veyron tiró de un trozo del casco que había junto a él para demostrarlo. Se rompió una sección entera de un metro de ancho por medio de alto. Los diminutos surcos y las secciones rotas del metal se hundían profundamente en la chapa como si las termitas se la hubieran comido—. ¿Soy yo o parece que toda la nave ha sido devorada por las termitas?

Sam tomó el metal y lo apretó. Sus manos atravesaron el metal. Lo aplastó como si fuera un trozo de panal.

—No tengo ni idea. Tú eres el ingeniero, dímelo tú.

—No necesitas un ingeniero. Necesitas un metalúrgico. Soy muchas cosas, pero eso no lo soy.

—Entonces búscame uno.

Capítulo XLI

Sam rompió el metal hueco en trozos más pequeños hasta que pudo llevar uno sin demasiados problemas. Él y Veyron continuaron abriéndose camino hacia la popa del carguero a través de las entrañas de su casco interno. Había que subir y bajar varias series de escaleras interiores para llegar por encima de las barreras estancas. Sam observó que en la base de las barreras, donde el agua de mar debería haber sido detenida por los grandes compartimentos metálicos, se había fundido en el fondo un agujero de casi tres metros de ancho por medio metro de alto, como si el agua de mar se hubiera estado comiendo el camino para llegar al punto más bajo de la sentina.

Lo más extraño, pensó, era por qué el ácido no había fundido por completo el casco exterior. Desde luego, el casco no era más resistente.

Sam subió el último tramo de escaleras para superar el tercer compartimento estanco. Justo cuando iba a iniciar el descenso al siguiente, vio que cuatro obreros retiraban despreocupadamente los cables de la pasarela.

—Hola, caballeros —dijo Sam.

Observó cómo los hombres le escrutaban. Sus ojos mostraban respeto y también miedo. Donald les había dicho antes a Sam y a Veyron que todo el personal estaría dispuesto a ayudarles en lo que necesitaran. Los hombres asintieron con la cabeza y siguieron trabajando. Demostraron claramente que no descuidaban sus obligaciones.

—¿Tienen un metalúrgico por aquí? —preguntó Sam.

—Sí, señor —respondió el más bajo de los cuatro hombres.

—Bien —Sam levantó el metal alveolado que había arrancado del casco—. Necesito que le lleves esto y que haga un análisis de lo que ha causado estos agujeros. ¿Puedes hacerlo?

El hombre parecía asustado.

Sam intentó entregárselo.

—Es muy importante.

—Sí, por supuesto, señor —El jornalero mexicano sujetó el metal con la punta de los dedos y fuera de su cuerpo, como si pudiera hacerle daño si permitía cualquier contacto con la piel.

Sam le vio darse la vuelta y empezar a subir corriendo por las escaleras de acero y atravesar una escotilla abierta. Sam se volvió hacia Veyron mientras seguían bajando las escaleras aproximadamente a media nave—. ¿Soy yo, Veyron, o ese hombre parecía asustado?

—Eso es quedarse corto —Veyron silbó—. ¿Viste las pupilas de sus ojos? Eran tan grandes que parecían platos de cena. El hombre parecía realmente aterrorizado ante el metal hueco. Era como si todo aquello fuera a cobrar vida y matarle a él y a su familia.

—Por un momento pensé que iba a darse la vuelta y abandonar su trabajo, pero obviamente pensó mejor en los dólares americanos que le hace ganar.

Había muy poco nuevo que aprender examinando el resto del barco. Estaba muy claro que lo que entró en el barco por la proa, se abrió camino lentamente hacia la popa fundiéndose a través de cada uno de los compartimentos estancos.

Sam y Veyron llegaron a la sentina principal a las cinco menos cuarto de la tarde. Era la misma que Donald les había mostrado y que contenía el espeluznante plancton verde. Un trabajador mexicano colgó una gran cinta tejida en forma de ojo en el lateral del mirador principal. Ya había otras tres iguales colgadas alrededor de la enorme sala. Al mismo tiempo, otra persona vertió algo de una bolsa grande en el agua de la sentina.

Sam se volvió hacia el capataz, que parecía estar planificando el trabajo para mañana.

—¿Cómo va todo?

—Es mucho trabajo, pero es lo que hacemos aquí —El hombre sonrió. Era estadounidense, más bajo que la media y de complexión enjuta, presumiblemente debido a años de duro trabajo. Le ofreció la mano y dijo—: Adrian Sanders. Tú debes de ser Sam Reilly.

Sam le dio la mano.

—Sí, y él es Veyron, mi ingeniero jefe.

—Encantado de conocerle, señor —respondió volviéndose para estrechar la mano de Veyron.

—¿Qué crees que ha pasado aquí? —preguntó Sam con indiferencia.

Adrián negó con la cabeza.

—No me pagan para resolver eso. Sólo para despojar a la pobre nave de todo lo valioso.

—Aun así, debes tener alguna idea —insistió Sam.

—He visto muchos barcos buenos acabar en este astillero. Cada uno siendo desmantelado para chatarra, pieza a pieza. En la mayoría de los casos, nos parece lo más probable.

—La Navaja de Occam —señaló Veyron.

Adrian tomó otra nota en su carpeta.

—¿Qué?

—Significa que cuando hay dos hipótesis, la más sencilla es la correcta la mayoría de las veces.

Adrián sonrió.

—Exacto.

—¿No te crees toda esa superstición de que el plancton es maligno? —preguntó Sam.

—No, este barco fue golpeado por una ola descomunal. Su tamaño debería haberle permitido hundirla, pero no lo hizo. Así de sencillo.

Sam señaló al mexicano que había terminado de atar su figura tejida de un ojo al mirador.

—¿Qué hace ese hombre?

—Se llama «mal de ojo». Son amuletos mexicanos de la buena suerte. Creen que les mantendrá a salvo.

—¿Y el otro tipo, el que vertía lentamente esos productos químicos en la sentina?

—Se llama «Curandero». Un curandero tradicional mexicano —Adrián sonrió. Era evidente que pretendía ser condescendiente—. La bolsa contiene un brebaje de pociones naturales y hierbas que supuestamente alejan el mal.

Sam sonrió.

—A mí me huele a cloro

Adrián se rió.

—Sí, ¡pues nada como un poco de ciencia para ayudar a potenciar las habilidades de un antiguo curandero!

—Estuvo aquí ayer, ¿no?

—Sí, ¿cómo lo sabías?

—Porque Donald nos dijo que el plancton bioluminiscente que tiene a todo el mundo tan preocupado, ayer estaba vivo.

—Todos están muy asustados por esta cosa. Dicen que aquí hay maldad. Y esto lo está purificando.

Sam se echó a reír.

—¿A Donald no le importa dejar entrar a los curanderos en su astillero?

—¿Importarle? ¿Bromeas? Él les paga.

—¿De verdad?

Adrián se quedó serio un momento.

—Por supuesto. Cuanto antes declaren muertos estos curanderos a los espíritus malignos, antes se centrarán nuestros trabajadores en lo que tienen que hacer.

Capítulo XLII

Aquella noche, Sam se alojó en una habitación de un motel local. Era bastante barata, pero serviría al propósito y les permitiría a él y a Veyron descansar un poco antes de la mañana.

Su cabeza acababa de tocar la almohada. Era blanda y, después del día que acababa de tener, Sam no tardó en dormirse. Apenas había alcanzado ese profundo estado de sueño cuando empezó a sonar su celular. Quería ignorarlo, pero su ética de trabajo le decía que contestara a la maldita llamada.

Un vistazo al teléfono mientras aceptaba la llamada le mostró que era Ryan, el biólogo y técnico de laboratorio a quien había enviado la muestra de agua de mar de la sentina.

—¿Has recibido la muestra que te envié?

—Sí, pero parece que se ha contaminado.

—¿Contaminado... déjame adivinar, cloro?

—Sí, pero también había algo más.

—¿Qué?

—Silicio.

Sam se sentó en un lado de la cama.

—¿Qué demonios estaría haciendo eso ahí?

—Se utiliza normalmente en chips de computadora para microprocesadores. Entre otras cosas. ¿Quizá la nave lo llevaba en la bodega? —sugirió el biólogo.

—Sé para qué se utiliza el silicio, pero no se me ocurre ninguna razón por la que el agua de mar estuviera contaminada. ¿Y el plancton está muerto? ¿Sabes algo?

—Sin duda ha sido modificado genéticamente, pero cómo y por qué no lo sé. Necesitaremos una muestra viva para saber más. Consíguemela y te daré algunas respuestas.

Capítulo XLIII

Tom respiraba con facilidad mientras iniciaba el descenso hacia el cementerio de naufragios. Eran exactamente las 6:30 de la mañana. Habría buceado antes si Matthew se lo hubiera permitido. En lugar de dormir, había pasado la noche preparándose mentalmente para la inmersión. De algún modo, sentía una profunda expectación por saber que estaba a punto de encontrar respuesta a una de las preguntas más largas que atormentaban a Sam Reilly. No todos los días podía mostrarle la respuesta a su amigo.

A su lado, Genevieve observaba con confianza su medidor de inmersión mientras descendían. Llevaba buceando menos de un año, pero era buena por naturaleza en todo lo que hacía. Con una mente analítica, podía comprender las complejas fórmulas y la ciencia que había detrás del buceo en aguas profundas. En los dos años transcurridos desde que Sam la había subido a bordo del María Helena, probablemente había realizado más inmersiones de las que la mayoría tiene oportunidad de hacer en toda su vida. Aun así, una inmersión en un pecio de cuatrocientos años a cuarenta y ocho metros no es algo que deba tomarse a la ligera.

Tom comprobó su manómetro. Acababan de alcanzar los treinta metros. Miró a Genevieve. El blanco de sus dientes destacaba detrás de su máscara de buceo transparente de cara completa y sus pupilas dilatadas casi se tragaban enteros sus ojos azules, de expectación.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien.

Encendió la linterna hacia abajo. Cuando el haz de luz salió disparado hacia el fondo del mar, Tom pudo distinguir la imagen de la primera proa de un barco naufragado. Aún no podía saber si era el que buscaba.

Tom siguió descendiendo hasta que se detuvo a cuarenta metros, cuando apareció a la vista el antiguo trimarán.

—Vaya, qué espectáculo, ¿eh?

—Todo en la pintura al óleo de Sam estaba mal, ¿verdad? —dijo Genevieve.

—Eso parece.

La pintura al óleo hacía poca justicia al viejo y gallardo buque de guerra. El artista había captado el hecho de que estaba construido con tres grandes troncos de árbol, que se utilizaban para cavar, como canoas de gran tamaño. Pero ahí se acababa la exactitud de la representación.

Sus enormes cascos triples estaban al menos medio enterrados por

los siglos de arena, pero aun así no era difícil captar el enorme tamaño de la embarcación. A diferencia del simplista aparejo tribal que Tom había esperado, el trimarán de Antiqui Nautae parecía haber sido construido por expertos carpinteros a escala monumental. Los tres cascos estaban hechos de monstruosos troncos de árbol. Seguramente Sequoias. Un descubrimiento sorprendente, dado que el naufragio yacía en la costa este, mientras que las Sequoias sólo se habían encontrado en la costa oeste de California. Esto significaba que los Antiqui Nautae o bien habían navegado desde la costa oeste, lo que implicaría pasar por el extremo sur de Sudamérica, o bien había trasladado los troncos de los árboles gigantes por tierra. Una hazaña, igualmente imposible dadas sus herramientas preoccidentalizadas.

Tom adivinó que cada uno de los tres cascos medía al menos nueve metros de diámetro y casi sesenta metros de eslora, lo que lo convertía en el barco más grande de su época, teniendo en cuenta que los Barcos del Tesoro chinos estaban todos destruidos o desmantelados para entonces. Entre cada par de cascos había otros cuatro troncos de árbol. Aunque unos cientos de años de crecimiento marino habían cubierto cualquier posible conexión, Tom ya se imaginaba que los antiguos carpinteros habían unido cada una de las enormes estructuras utilizando recortes recíprocos para que encajaran como un rompecabezas, lo que las hacía sumamente resistentes.

A su lado, Genevieve tomó varias fotografías del antiguo buque de guerra.

—¿Estás preparado para verla más de cerca? —preguntó Tom.

—Claro.

Tom descendió lentamente hasta posarse justo encima de la proa del primero de los tres cascos. Colocó con cuidado la mano sobre el casco. Se sentía robusto a pesar de los años que había pasado en el fondo. Había percebes y otras formas de vida marina que ahora habían hecho su vida en el casco, pero no se echaba de menos la fuerza de la embarcación original.

Apretó la mano de Genevieve y sonrió. Ambos reconocieron que estaban explorando algo muy especial.

—Hagamos un reconocimiento de la parte superior y luego veremos si podemos sumergirnos dentro.

—Entendido.

Una inspección rápida del barco mostró que tenía en total sesenta y siete metros de eslora y casi cuarenta y tres metros de manga. El casco central tenía casi ochenta metros de largo y probablemente más de doce metros de diámetro. Al final de cada uno de los cuatro cascos laterales había aberturas por las que aún se podía penetrar. Curiosamente, el mayor de los tres cascos no tenía ningún punto de entrada en sus secciones de proa o popa.

Tom iluminó con su linterna el interior de la abertura de popa de estribor. Descendía casi metro y medio antes de convertirse en un largo túnel. Parecía como si los antiguos marinos hubieran tallado la entrada y el túnel en el viejo tronco del árbol. Sin juntas ni uniones, el barco habría sido excesivamente resistente.

Genevieve hizo lo mismo y, metiendo la cabeza por la abertura, alumbró el túnel con la linterna. Parecía que podía llegar hasta el otro extremo de la nave. Sin entrar más, no podía saber si había más túneles cruzando la proa.

—¿Vamos? —preguntó ella.

—Todavía no. Vamos a terminar de inspeccionar el casco y luego estableceremos un cable guía, un plan de entrada y salida, así como un punto de retorno. Luego veremos qué encontramos dentro.

—Está bien —sonaba como una niña decepcionada.

Tom dio una patada con las aletas y se dirigió hacia el centro del trimarán.

En el centro del casco central se había tallado una abertura en la madera y un timón gigante aún se erguía orgulloso.

Tom agarró la enorme manivela.

—¡Habrán hecho falta cinco hombres sólo para dirigir esta cosa!

—Todo este tiempo Sam ha estado hablando de cómo la simple tribu fue capaz de vencer a los piratas, a los barcos europeos y al Hombre de Guerra británico mediante el uso de las olas monstruosas. Mientras tanto, acabamos de descubrir que los Antiqui Nautae eran probablemente marineros más avanzados que ellos en aquella época.

—¿Esto desmiente la teoría de Sam sobre la ola monstruosa?

—No, pero podría debilitarla. Por ejemplo, un trimarán como éste estaría muy bien construido para superar un oleaje inestable. Sería una trampa fantástica. Atraer a sus naves atacantes a la zona y luego, cuando abrieran las compuertas de sus cañoneras, golpearlas con una marea oceánica tan inestable que seguramente quedarían anegadas. Con sus cañones ahora inutilizados, los Antiqui Nautae podrían venir y abordarlos con facilidad.

El resto de la cabina central parecía casi vacía.

—¿Y ahora dónde? —preguntó.

Tom consultó su computadora de buceo.

—Nos queda un tiempo de fondo de treinta y cinco minutos. ¿Quieres ver qué hay dentro de esos dos cascos exteriores?

—Claro que sí.

Tom aseguró la línea guía verde brillante al borde del casco. En su chaleco guardaba una directriz roja de emergencia para clavarla inmediatamente si perdía el contacto con la línea principal.

—Nadaré a través primero. Si todo está despejado cuando llegue al otro lado, te avisaré para que pases. Si no vuelvo a salir, no vengas a

buscarme: sólo pondrás en peligro la vida de los dos.

—Entendido.

Tom iluminó el túnel con su linterna. Estaba completamente oscuro por dentro. Como un túnel ferroviario en desuso, tenía la espeluznante sensación de que en su interior se ocultaban fantasmas. Los de los viejos marineros, sus enemigos y, simplemente, el miedo a lo que acecha.

Pero esos son sólo temores de tontos. Ahí dentro no hay nada más que peces.

Tom entró en el largo túnel, donde encendió la linterna y forzó la vista para ver todo lo que podía.

Una aparición verde pálido de ojos brillantes le devolvió la mirada.

Capítulo XLIV

Tom sacudió la cabeza intentando apartar la visión de su mente. Como un niño, sintió que se dejaba llevar por la imaginación. A aquellas profundidades, y dentro de un túnel oscuro y estrecho, era fácil dejarse engañar por los ojos. Se le aceleró el pulso y se sintió ofuscado. Pateó las aletas lenta y continuamente para acercarse a la extraña imagen.

Estaba dentro de una pequeña alcoba. Quizá lo bastante grande para que un hombre adulto pudiera agacharse en su interior. Como un espejismo, la aparición aparecía constantemente más distante cuanto más se acercaba, hasta que la visión desapareció por completo. En su lugar había una pequeña espada, cuya empuñadura era totalmente de oro.

Tom la recogió. Era mucho más ligera de lo que esperaba. La examinó y descubrió que la empuñadura dorada estaba hueca. Cientos de pequeños agujeros se habían extendido por toda la empuñadura. Era como si algo se la hubiera comido.

—¡Mierda!

En su oído, Tom oyó la voz de Genevieve.

—¿Estás bien?

—Gen, tienes que entrar aquí y echar un vistazo a esta cosa —dijo Tom, olvidando el protocolo de inmersión y arrastrándola al interior del estrecho túnel antes de llegar al otro lado.

Vio la luz de su linterna moverse en la distancia. Un minuto después estaba junto a él en el túnel confinado. Tom levantó la vista hacia ella. Ella miraba fijamente la espada corta con una reluciente empuñadura dorada.

—¿Eso es oro? —preguntó.

—Eso parece —Tom se la entregó—. Pero no sabría decirte qué le hizo esas marcas.

Ella examinó el metal precioso.

—¿Hay criaturas marinas que puedan corroer así el metal?

—Que yo sepa, ninguna, pero no soy biólogo. Puede que Sam sepa algo. Es posible, admitámoslo: hay un montón de criaturas raras que viven en las profundidades de los océanos del mundo.

Ella lo miró.

—¿Y ahora qué?

—Ahora saldremos de este túnel —Tom se volvió para seguir avanzando—. No debería haberte traído hasta haber llegado al otro lado.

El túnel resultó tener algo menos de cincuenta y cinco metros de

longitud, y a excepción de una pequeña cantidad de vida marina y la espada dorada, el lugar estaba completamente vacío. Tom esperó a que Genevieve llegara hasta él.

—¿Qué te parece?

—Creo que es mucho oro.

Tom se echó a reír.

—Olvídate del oro. Quédate a bordo del María Helena y descubrirás que Sam Reilly siente cierta atracción por la materia. Sólo que, en su caso, la materia parece tener más afinidad con él que al revés. ¿Y la inmersión?

—¿Y qué? —Ella se encogió de hombros—. Ha sido bastante sencillo.

Tom comprobó su computadora de buceo.

—Bien. Tenemos otros veinticinco minutos de fondo. ¿Quieres probar el otro casco?

—Por supuesto, ¿quizás encontremos más oro?

—Nunca se sabe —Tom dio una patada a sus aletas y se dirigió hacia el centro del trimarán. Al borde de la vieja bañera dejó caer la espada con su empuñadura dorada.

—¿Qué haces?

—Pesa demasiado. No me la voy a llevar.

—¿Qué? ¿La vas a dejar ahí?

—Claro. ¿Por qué, te preocupa que alguien se la lleve? —Tom se volvió y nadó hacia el segundo casco exterior sin esperar su respuesta.

—Establece la pauta de inmersión.

—¿Quieres ir primero esta vez?

—Claro.

Comprobó su computadora de buceo. Ella había utilizado más Heliox que él, pero aún le quedaba mucha reserva. Si este casco se parecía en algo al primero, sería fácil atravesarlo a nado. Nada complejo.

—Bueno, si tienes algún problema, detente donde estás e iré a buscarte.

Ella le devolvió la sonrisa. Sus ojos azules, llenos de una burla infinita.

—Estaré bien.

Y luego desapareció dentro del casco. Tom vio cómo su luz brillaba distante y luego desaparecía por completo. Esperó en silencio. Y entonces su voz llegó tranquilizadora a través de la radio.

—Aquí hay otra alcoba.

—¿Algo dentro?

—No. Ésta está vacía.

Más silencio.

—De acuerdo, estoy llegando al final del túnel. Ya veo la salida.

—De acuerdo. Nadaré detrás de ti.

Tom nadó con confianza por el túnel excavado. Iluminó con su linterna el hueco. Confirmando la apreciación de Gen, no había nada. El lugar estaba vacío. Dio una patada con las aletas y en pocos minutos llegó al otro lado, poco después de Genevieve.

Le saludó a la salida.

—¿Ahora dónde?

—Ahora tomamos nuestro oro y volvemos a la superficie. Nos quedaremos sin Heliox si seguimos jugando.

—Muy bien —empezó a dar patadas enérgicas con las aletas, mientras nadaba hacia la cabina central—. Te echo una carrera.

Tom pateó despreocupadamente las piernas. Parecía que nadaba más despacio que ella, pero su metro ochenta y cinco de estatura significaba que no tenía que esforzarse tanto para llegar a la cabina antes que ella. Sintió su mano en el hombro.

—Bien, Tom, ¿dónde está?

—¿Dónde está qué?

—¡El oro!

Tom iluminó con su linterna el lugar donde había dejado el oro. Estaba completamente en blanco. Una pequeña marca en la vieja madera, donde el mango dorado la había arañado, era la única prueba de que la había dejado allí. Dirigió cuidadosamente la luz hacia la parte inferior de la piscina central. La madera seguía siendo sólida y había poca vida marina adherida. Si el oro se hubiera caído, habría destacado como un faro.

—No tengo ni idea.

—No me digas eso, Tom. ¿Dónde está?

Un ligero escalofrío de fantasma le recorrió la espina dorsal cuando Tom recordó la imagen del espectro verde del interior del casco que le había estado mirando fijamente.

—No sé.

Capítulo XLV

Sam y Veyron fueron recibidos por Donald cuando se acercaron al desguace.

—Buenos días, caballeros —dijo con su acento sureño.

—Buenos días, Don. ¿Alguna novedad durante la noche?

Sacudió la cabeza.

—No, ¿esperabas algo?

—No especialmente. Sólo espero —respondió Sam.

—¿Cuál es tu plan para hoy?

—No nos quedaremos mucho tiempo —dijo Sam—. Probablemente sólo demos un último paseo. A ver si algo nos da respuestas. Quiero volver al María Helena esta tarde. Tenemos otro trabajo que hacer. Si el Global Star no puede darnos respuestas, tendremos que llevar nuestras preguntas a otra parte.

Comenzó lentamente el largo y engorroso ascenso por las escaleras casi verticales.

—¿Todavía crees que no ha sido un suceso aleatorio? —preguntó Veyron.

—No estoy seguro de lo que creo —Sam se quedó mirando los restos de la superestructura—. No es que esté más allá de mi capacidad creer que una ola monstruosa pueda destruir una nave tan grande. Creo que el problema que tengo para creer algo de esto es que ésta sería la cuarta nave destruida en menos de tres meses, procedente de la misma zona.

—Vaya coincidencia, pero esperemos que no tengamos más hasta dentro de cincuenta años...

—Eso espero.

Cuando llegaron a la cubierta, Donald se volvió y dijo:

—Muy bien, caballeros. Aquí es donde voy a tener que dejarlos. Me espera un día muy ajetreado.

—Bueno, gracias de nuevo —respondió Sam.

Veyron vio marcharse a Donald.

—¿Qué opinas de él?

—¿Creo que oculta algo y que en realidad está detrás?

—Sí.

—No creo que sea lo bastante brillante para ese tipo de cosas. No, creo que viene a trabajar y ya está. Pero alguien es responsable de esto y estoy decidido a averiguar quién.

Sonó su teléfono. Lo tomó antes del segundo timbrazo.

—¿Diga?

—¿Sam? Soy Marcus.

—¿Sí? —Sam no podía pensar en nadie que conociera con ese nombre.

—Soy metalúrgico en Fort Lauderdale. Me enviaste un trozo de acero de un barco para que lo examinara.

Sam dejó de caminar para poder concentrarse.

—Ah, claro. Marcus. ¿Qué has encontrado?

—El metal no ha sido tocado por un ácido.

—¿De verdad? ¿Qué ha podido causar ese daño entonces?

—No lo sé. Si tuviera que aventurar una estúpida suposición, diría que te has encontrado con las primeras termitas del mundo que se concentran en el metal en vez de en la madera.

—Es una locura.

—Deberías ver esta cosa con un microscopio. Hay millones y millones de agujeros diminutos en el metal. También cortes limpios, como si las hormigas lo hubieran masticado.

Capítulo XLVI

Sam tomó prestado el coche de Donald, una camioneta Dodge, y condujo varias manzanas para que él y Veyron pudieran ver al metalúrgico en persona. La cámara de seguridad les siguió mientras se acercaban al taller. Un hombre calvo de estatura y complexión medias salió a su encuentro.

—Hola, ¿eres Marcus? —preguntó Sam ofreciéndole la mano.

—Sí. Tú debes de ser Sam Reilly

Sam asintió.

—Este es Veyron. Es mi ingeniero jefe a bordo del María Helena.

—Pasen. Les enseñaré lo que tenemos.

La cámara de seguridad les siguió hasta el interior del edificio.

—¿Tienes más ideas sobre lo que podría estar causando esto? —preguntó Sam.

—¡Ninguna, pero esto te va a encantar! —Marcus le entregó el acero alveolado que había enviado el día anterior para que lo analizaran—. ¿Qué te parece?

Sam lo sostuvo en sus manos. Lo movió un poco.

—¿Qué te parece? Es la misma pieza que te envié.

—En realidad, es la misma pieza que me enviaste: menos dos libras.

—¿Qué quieres decir con «menos dos libras»?

—Quiero decir que corté un par de rebanadas finas para examinarlas y luego pesé el resto. Cuando llegué esta mañana, la tomé y me di cuenta enseguida de que había perdido parte de su peso. Naturalmente, la volví a poner en la balanza y confirmé lo imposible. Casi un kilo para ser exactos. Esta mañana la he dejado todo dentro de un cubo lleno de alcohol desnaturalizado. Pensé que sería mejor matar a los bichos que tuviera dentro, antes de demolieran mi cobertizo.

A Sam le pareció lógico.

—¿Y? ¿Qué ha pasado?

—Bueno, no salió nada. Pero ahora parece que el peso sigue siendo el mismo. Así que es un comienzo.

Sam sonrió con impaciencia. Aquí todo el mundo parece ser supersticioso.

—¿Puedo verlo con un microscopio?

Marcus colocó un pequeño trozo del acero alveolado bajo el microscopio.

—Eche un vistazo usted mismo, Sr. Reilly.

Sam se inclinó. Cerró el ojo izquierdo y miró a través del ocular. Con la mano derecha ajustó el enfoque de la lente.

—Es lo más extraño que he visto en mucho tiempo. —Sam hizo un gesto a Veyron para que echara un vistazo—. ¿Qué te parece esto?

Veyron echó un vistazo rápido y respondió.

—Bueno. ¿Qué te he dicho? Te has encontrado la primera termita de la historia que come acero.

Capítulo XLVII

Sam y Veyron fueron recibidos por Donald cuando se acercaron al desguace.

—Buenos días, caballeros —dijo con su acento sureño.

—Buenos días, Don. ¿Alguna novedad durante la noche?

Sacudió la cabeza.

—No, ¿esperabas algo?

—No especialmente. Solo espero respuestas —respondió Sam.

—¿Cuál es tu plan para hoy?

—No nos quedaremos mucho tiempo —dijo Sam—. Probablemente solo demos un último paseo. A ver si algo nos da respuestas. Quiero volver al María Helena esta tarde. Tenemos otro trabajo que hacer. Si el Global Star no puede darnos respuestas, tendremos que llevar nuestras preguntas a otra parte.

Comenzó lentamente el largo y engorroso ascenso por las escaleras casi verticales.

—¿Todavía crees que no ha sido un suceso aleatorio? —preguntó Veyron.

—No estoy seguro de lo que creo —Sam se quedó mirando los restos de la superestructura—. No es que esté más allá de mi capacidad creer que una ola monstruosa pueda destruir una nave tan grande. Creo que el problema que tengo para creer algo de esto es que esta sería la cuarta nave destruida en menos de tres meses, procedente de la misma zona.

—Vaya coincidencia, pero esperemos que no tengamos más hasta dentro de cincuenta años.

—Eso espero.

Cuando llegaron a la cubierta, Donald se volvió y dijo:

—Muy bien, caballeros. Aquí es donde voy a tener que dejarlos. Me espera un día muy ajetreado.

—Bueno, gracias de nuevo —respondió Sam.

Veyron vio marcharse a Donald.

—¿Qué opinas de él?

—¿Crees que oculta algo y que en realidad está detrás?

—No creo que sea lo bastante brillante para ese tipo de cosas. No, creo que viene a trabajar y ya está. Pero alguien es responsable de esto y estoy decidido a averiguar quién.

Sonó su teléfono. Lo tomó antes del segundo timbrazo.

—¿Diga?

—¿Sam? Soy Marcus.

—¿Sí? —Sam no podía pensar en nadie que conociera con ese

nombre.

—Soy el metalúrgico en Fort Lauderdale. Me enviaste un trozo de acero de un barco para que lo examinara.

Sam dejó de caminar para poder concentrarse.

—Ah, claro. Marcus. ¿Qué has encontrado?

—El metal no ha sido tocado por un ácido.

—¿De verdad? ¿Qué ha podido causar ese daño entonces?

—No lo sé. Si tuviera que aventurar una estúpida suposición, diría que te has encontrado con las primeras termitas del mundo que se concentran en el metal en vez de en la madera.

—Es una locura.

—Deberías ver esta cosa con un microscopio. Hay millones y millones de agujeros diminutos en el metal. También cortes limpios, como si las hormigas lo hubieran masticado.

Sam quería respuestas, no más preguntas.

—¿Alguna idea de qué podría causar este tipo de daño al acero?

Marco negó con la cabeza.

—No. Ninguna. Llevo casi treinta años estudiando los metales y la corrosión. Nunca he visto nada que se parezca ni remotamente a esto al microscopio.

Veyron agarró a Sam por el hombro y le susurró.

—Ya hemos visto suficiente. Alguien nos ha estado mintiendo, y acabo de darme cuenta de cómo vamos a averiguar quién.

Sam se volvió hacia Marcus.

—Gracias por tu ayuda. Creo que ya hemos visto bastante.

Marcus les siguió hasta la entrada de su taller.

—Si descubres qué ha causado esto, por favor, házmelo saber.

Sam prometió mantenerle informado.

Cuando salieron por la puerta y volvieron a la camioneta Dodge, Sam se volvió hacia Veyron y le dijo:

—¿De qué va todo esto?

—Sabes muy bien que lo que acabamos de ver no lo ha provocado ninguna ola monstruosa ni tampoco un cargamento de ácidos fuertes. Alguien ha estado moviendo algo que no debía y eso significa que lo ha estado encubriendo. Y creo que acabo de darme cuenta de cómo podríamos averiguar quién.

Veyron llamó a Donald y le explicó lo que quería ver. Le dijo que volvería a bordo del Global Star siniestrado en menos de una hora.

Sam dobló la esquina y sonrió. Fuera hacía un día cálido y por fin estaba llegando a alguna parte. Se alegró de ver que Veyron por fin se acercaba a una respuesta.

—¿Qué has encontrado?

—Fue la cámara del circuito cerrado de televisión la que nos siguió cuando entramos en el taller.

—¿Y qué?

—El Global Star está equipado con más de cien cámaras diseñadas específicamente para garantizar que su tripulación no está robando a tu padre, pasando narcóticos de contrabando o transportando otro tipo de contrabando a bordo —explicó Veyron—. Me di cuenta de que una serie de cámaras de circuito cerrado de televisión a bordo del Global Star nos seguían mientras examinábamos su casco ayer.

—¿Quieres ver las grabaciones del evento?

—Eso si es que hubo una ola monstruosa.

—¿Todavía no te lo crees?

—Ni por un minuto. Creo que alguien ha intentado pasar algo de contrabando a bordo. O que el capitán llevaba equipo ilegal. Incluso algún tipo de arma, algo capaz de atravesar el metal. Nuevas tecnologías. Algo que se escapó o se filtró y destruyó la nave.

—¿Empiezas a creer en toda esta teoría del plancton modificado genéticamente?

—¡De ninguna manera, sea lo que sea, puedo prometerte que no tiene nada que ver con el plancton y su estúpida y espeluznante luz fosforescente!

Sam aparcó la camioneta y empezó a subir ansiosamente los varios tramos de escaleras de acero hacia el puente. Veyron silbó alegremente para sí mientras pasaba la mano por las barandillas de acero, que presentaban daños similares a los del casco, pero ni de lejos tan extensos. A Sam le recordaba a esos extraños médicos forenses de la tele que tararean mientras realizan una autopsia.

Veyron continuó subiendo las escaleras. A pesar de su sólida complexión, el hombre nunca parecía falto de aliento.

—Son las grabaciones de seguridad las que me interesan.

—¿Crees que todo fue causado por un sabotaje?

—No. Aunque tampoco lo he descartado. —Veyron subió otro tramo de diez peldaños y luego pasó la mano por otro mamparo derretido—. Sea lo que sea lo que ha causado este tipo de daños en el acero, puedo prometerte que no ha sido agua salada... ¡ni plancton fosforescente, para el caso!

—No, claro que no.

—Así que le pedí a Donald que se reuniera conmigo allí arriba para revisar las grabaciones de seguridad de la bodega. Apuesto a que alguien se llevó alguna carga adicional de la que tu padre no es consciente. Fuera lo que fuera esa carga, le hizo un lío de acero en la nave.

—Una cosa es cierta. El plancton fosforescente nunca ha hecho daño a nadie.

Sam buscó el picaporte de la puerta que conducía al puente de mando de cinco pisos de altura, en la sección de popa del Global Star.

Su mano no llegó a alcanzarla. En su lugar, la puerta se abrió de golpe y Donald salió corriendo a recibirles. Parecía emocionado y sin aliento.

—Genial, ya estás aquí. No te vas a creer lo que acabo de ver en las imágenes del circuito cerrado de televisión.

—¿Qué? —preguntaron Sam y Veyron al unísono.

—¡Ese asqueroso plancton de mierda intentó matar a Juan González!

Capítulo XLVIII

—Creía que no eras creyente, Donald —Sam se apresuró a recordarle que pensaba que todos los trabajadores mexicanos eran paranoicos y supersticiosos.

Donald se metió los pulgares en el cinturón. Le sonrió como si fuera idiota. Luego, con su lento acento sureño, respondió:

—Empecé a comprobar las imágenes de CCTV de la bodega de carga. Se trataba de un cargamento masivo de coches europeos procedentes de Alemania, como muestran los cuadernos de bitácora del capitán Miller. Luego miré en otras zonas del barco. La sala de máquinas, los compartimentos de sentina, etc. Cualquier lugar en el que alguien pudiera esconder toneladas de ácidos duros.

—¿Y qué has visto? —preguntó Veyron.

—Nada. Todas parecían vacías, como se suponía. Pero entonces me quedé pensando...

—Vamos —dijo Veyron.

—Entonces pensé: si el circuito cerrado de televisión ha estado funcionando constantemente desde que el barco zarpó del puerto de Hamburgo, Alemania, entonces...

—Continúa. ¿Qué has encontrado? —dijo Sam.

—Entonces pensé que podría haber captado lo que le pasó a Juan. Ya sabes, el soldador que dije que se cayó a la sentina.

Donald pulsó play para que pudieran ver el circuito cerrado de TV y decidir por sí mismos si el trabajador había sido agredido o no.

La grabación de CCTV mostraba al trabajador del desguace preparándose para arrancar un motor diésel. Se disponía a bombear el agua de mar restante del casco. Terminó de perforar un agujero en el lateral del casco, luego introdujo un tubo en el agua de sentina y lo conectó a la bomba diésel. Luego pasó por el agujero el otro extremo de una segunda manguera desde la bomba.

No fue hasta que el trabajador fue a encender la bomba cuando ocurrió algo inusual. El agua de la sentina empezó a hincharse hasta inundar la rejilla de acero sobre la que estaba. Una pequeña ondulación de líquido verde iridiscente rezumó de la sentina y se deslizó sobre la rejilla donde el trabajador mexicano intentaba ahora poner en marcha la bomba.

Le llegó a los pies, donde estaba parado. Un momento después resbaló y cayó al agua de la sentina. Aterrorizado, el hombre salió a toda prisa de la sentina. Subió por la escalera y salió corriendo de la habitación.

Donald detuvo el vídeo.

—No ocurre nada más después de eso. Juan nunca volvió a su trabajo. —Luego se volvió hacia los dos—. Bueno. ¿Qué les parece? Creían que ya lo habían visto todo, ¿no?

Sam negó con la cabeza.

—No tengo ni idea, pero si no te conociera mejor diría que ese plancton acaba de impedir que tu hombre los bombee.

—Desde luego, parece que le han atacado.

—No sé cuál es la conexión, pero diría que es bastante obvio que este plancton está detrás de ello de algún modo.

—No hay duda, Sam: esos cabrones han intentado matar al hombre.

—La cuestión es ¿por qué?

—No, sabemos que iba a bombearlos al dique seco, lo que los habría matado. La verdadera cuestión es cómo.

—Sí, bueno, hasta que no encontremos una muestra viva, no tendremos forma de probarlo de ninguna de las maneras. Una cosa es segura. Esto no fue un accidente al azar, y eso significa que tampoco lo fueron las olas monstruosas. No sabemos quién las causó. Ni por qué. Ni cuándo se producirá la próxima. Pero sí sabemos que solo pueden formarse en un lugar, así que será mejor que hagamos algo para impedirlo.

—O prepárate para oír hablar del próximo desastre.

Capítulo XLIX

Tom había esperado unas frustrantes ocho horas a que se asentaran sus niveles de nitrógeno residual. Preparó con impaciencia su equipo de buceo para poder volver al antiguo trimarán. El oro seguía allí abajo. Estaba seguro de ello. Y esperaba encontrarlo antes de tener que explicarle a Sam que acababa de perder una pequeña fortuna en oro en el fondo del mar. Además, quería averiguar más cosas sobre el antiguo trimarán. Aún tenía un montón de preguntas sin respuesta.

¿Quiénes eran los Antiqui Nautae? ¿De dónde proceden?

Matthew entró en la sala de buceo.

—Pronto oscurecerá. Preferiría que esperaras hasta la mañana. Es más seguro.

—Estamos buceando en un pecio a cincuenta metros. Siempre está oscuro —respondió Tom.

Matthew sonrió con condescendencia.

—Y hay hombrecillos verdes que viven allí con los que hay que lidiar.

—Nunca he dicho que hubiera hombres, sólo uno, y no tengo ni idea de dónde vive. Además, ya admití que la agradable aparición verde debía de ser producto de mi imaginación —miró a Genevieve—. Quiero ir a buscar ese oro antes de que otro hombre verde se lo lleve; ¿aún estás dispuesta a acompañarme?

Genevieve se ató las botellas gemelas de Heliox a la espalda, apretando firmemente las correas de velcro del chaleco a la altura de la cintura.

—Matthew, ¿estás seguro de que no había otra embarcación en 32 kilómetros y de que el sonar mostró que estuvimos solos durante toda la inmersión?

—Cierto.

—Bien. Entonces el oro sigue ahí —Genevieve echó mano de la Pértiga para Tiburones, una pistola de gas a alta presión que se utiliza para derribar a los tiburones que se vuelven un poco demasiado curiosos—. Quiero ese oro y no creo en cosas terroríficas en la noche. Pero por si acaso, estaremos preparados.

—Como quieran —Matthew tomó un juego de repuesto de botellas de buceo Heliox—. Con Veyron y Sam fuera, se van a meter en un problema si cometen un error. Dado que es su segunda inmersión en ocho horas, quiero que se lleven una segunda botella cada uno y monten un campamento de seguridad en el trimarán.

Tom miró a Matthew. El hombre era, con diferencia, el más conservador a bordo. ¿No se da cuenta de que Sam y yo buceamos por

debajo de los 150 metros el año pasado? Comparado con aquello, éste es un entorno relativamente seguro.

—No nos pasará nada. Pero por si acaso, llevaré los depósitos de repuesto. ¿Estás lista, Genevieve?

—Siempre estoy preparada —este comentario tan descarado obtuvo una leve sonrisa y las cejas levantadas de ambos hombres. Típico de Genevieve.

Realizaron un rápido descenso. Aterrizaron justo detrás de la bañera central y el casco medio del antiguo trimarán. Tom echó un vistazo rápido a Genevieve. No había burbujas de más. Bien, sin fugas.

—Bienvenidos de nuevo. El trimarán está justo donde lo dejamos.

—Lástima que el oro no lo sea.

Tom dejó los depósitos gemelos Heliox de repuesto en la cubierta.

—Lo encontraremos. No se preocupen. ¿Nunca han perdido nada antes?

—Sí, las llaves de mi coche. Pero nunca he perdido oro por valor de unos cien mil dólares.

—No, es verdad. Para mí también será la primera vez —reconoció Tom—. Basta con retroceder un poco y, por lo general, recuperas las llaves del coche, ¿verdad?

Genevieve desplegó sus largas pestañas y sus ojos azules brillaron con un azul intenso.

—A mí no. La última vez me costó doscientos dólares y tres meses de espera para que el fabricante me enviara repuestos.

Tom se echó a reír.

—Bueno, te alegrará saber que generalmente tengo mejor suerte que eso.

Se movió por encima de la gran abertura del casco que formaba la cabina central. Tenía aproximadamente tres metros de ancho, cuarenta de largo y cinco de profundidad. Tom iluminó casualmente con su linterna los bordes y el suelo. Sus ojos escudriñaron la más mínima astilla en la madera donde había depositado por primera vez la espada dorada. No había señales de que se moviera. Ni siquiera había ningún lugar donde pudiera caerse. La había colocado sobre un trozo de madera perfectamente nivelado.

—¿A quién llamas para sustituir algo un poco más valioso que unas llaves? —preguntó Tom.

—Creía que habías dicho que lo encontrarías.

—Lo hice.

—Entonces, ¿dónde está? —bromeó.

Tom volvió a iluminar la cabina con la linterna. Había muy poca vida marina adherida a las estructuras de madera. Ningún lugar donde pudiera haber caído el oro. Definitivamente, ningún lugar en el que pudiera desaparecer. El oro debería captar el reflejo de la linterna

como un faro. Se acercó más a la cabina y pasó la mano por el borde.

—No tengo ni idea.

Genevieve le siguió. Empezando por el extremo opuesto, pasó la mano por la estructura de madera. Tom llegó lentamente al final de su lado sin encontrar nada. Volvió a mirar a Genevieve. Ella se había detenido.

—¿Por qué te detuviste? —preguntó.

Empujó la mano con más fuerza y el lado de la pared de madera se rompió. Su mano se deslizó dentro de la zona hueca que había tras la pared. Hasta el hombro.

—Porque creo que acabo de encontrar una abertura a otro nivel.

Capítulo L

El corazón de Tom saltó al galope. Conocía esa sensación. La había sentido cuando Sam y él encontraron el tesoro perdido de Atlantis. Tenía respuestas. La cubierta estaba hueca. Había otro pasadizo bajo ellos. El oro debía de haber caído a través de él. Se acercó a Genevieve.

—¿Puedo echar un vistazo? Debe de haber una forma de entrar.

Ella nadó un poco hacia atrás.

—Adelante.

Empezó a dar golpecitos en el borde de la madera y luego palpó la abertura. Tiró de ella y toda una sección de la pared de aproximadamente metro y medio de alto por metro y medio de ancho empezó a moverse. No se rompió. El crecimiento de la vida marina parecía mantenerla intacta. Pero era evidente que tenía la forma de una puerta.

—¿Qué te parece a ti?

—Es una puerta.

—Eso es lo que creo. Lo que confirma que hay otro nivel en este naufragio. Mi suposición es que los Antiqui Nautae guardaban su carga más preciada en su bodega más profunda.

Tom utilizó la parte trasera de una pequeña palanca para romper varios percebes del borde de la posible puerta. Siempre llevaba una cuando buceaba en pecios: le servía para acceder y, lo que era más importante, para liberarse si se quedaba atascado. Introdujo el borde de acero en el hueco hasta que pudo meter la punta de la palanca. Luego la introdujo con fuerza en la brecha y forzó la palanca.

Toda la puerta se abrió.

Iluminó el interior con su linterna. Un gran túnel corría horizontalmente hacia el casco exterior.

—¡Estamos dentro!

Tom miró la cara de Genevieve. Sus ojos azules brillaban de deseo. Él también había visto ese deseo muchas veces. Según su experiencia, el ansia de oro sólo es superada por una cosa en el planeta: el encanto del tesoro de un naufragio.

—¿Hasta dónde crees que llega esto? —preguntó.

—Ni idea, pero vamos a averiguarlo.

Tom ató su guía verde de inmersión primaria a la antigua caña del timón, dentro de la cabina, y empezó a nadar por el túnel. Al igual que los túneles del casco, había muy pocos cambios y nada que los obstruyera. Cuando llegó al final del túnel, en el punto donde probablemente se encontraba el casco exterior, todo el túnel giró en

ángulo recto y descendió unos tres metros. Los grabados en el lateral de la madera mostraban los restos de una escalera que los Antiqui Nautae utilizaron en su día.

Tomó su guía principal e hizo un par de bucles sobre el borde de la escalera.

—De acuerdo, ya puedes pasar, Genevieve. Hay otro nivel por debajo de nosotros. Voy a descender y te diré si es seguro que me sigas.

—Recibido.

Observó un momento hasta que pudo ver el resplandor de su LED acercándose. Entonces descendió al nivel inferior del casco exterior. Tragó saliva, igualando la presión de sus oídos a la nueva profundidad. El túnel giraba a la izquierda y parecía seguir la longitud del casco. Era una inmersión fácil. Al tener la puerta de acceso cerrada todos aquellos años, nunca se había desarrollado vida marina en las paredes del interior del casco. Seguía en las mismas condiciones que hace cientos de años.

Tom nadó hacia el final de la misma. A unos veinte metros de distancia, giró a la izquierda en otro ángulo de noventa grados.

—Genevieve, ¿cómo estás?

—Bien. Puedo distinguir tu luz al final.

Tom comprobó la tensión de su directriz verde.

—Bien, parece que vuelve a serpentear hacia el casco medio. Te esperaré cuando llegue al casco medio.

—De acuerdo, entendido.

Tom nadó por el túnel horizontal hasta que se abrió en una gran sala rectangular. Una mesa de comedor, que parecía haber sido tallada en el tronco original de secuoya utilizado en el casco, ocupaba toda la longitud de la habitación. Tenía al menos doce metros de largo. A lo largo de la mesa había sólidos bancos. Por alguna razón, la imagen le hizo pensar en una sala llena de vikingos sentados allí, comiendo animales recién sacrificados con sus propias manos. En el otro extremo de la sala había otro túnel que conducía probablemente al casco exterior del otro lado.

Una luz brillante parpadeó detrás de él.

Giró la cabeza para mirarla.

—Bienvenida al comedor del Antiqui Nautae.

Genevieve paseó su luz por la habitación.

—Parece vacía.

—Parece que vivieron sencillamente mientras estuvieron en el mar —Tom sonrió—. Vamos. Veamos dónde acaba esto. Parece extraño construir un túnel que serpentea, a menos que estuvieran protegiendo algo.

—Te seguiré —dijo ella.

Tom nadó por el túnel que les llevó al nivel inferior del primer casco exterior. Serpenteaba hacia la derecha. Lo siguió hasta el final. Volvió a girar hacia el casco central. Tom continuó hasta que se abrió en la mayor de las salas. Y lo más singular.

Al principio pensó que se parecía al comedor vikingo, sin la mesa. Luego se fijó en las salidas. Había al menos cincuenta dentro de la sala, cada una de ellas lo bastante grande como para que un adulto se arrastrara por ella. Abajo, cuando su propia luz llenó la sala, se dio cuenta de la profunda acumulación de sedimentos en el suelo. A diferencia del resto de la nave, que en su mayor parte estaba limpia, aquí el suelo tenía sedimentos profundos.

Tom nadó hasta el centro de la habitación y fijó su guía de buceo verde al techo utilizando un tornillo manual para sujetarla a la madera.

—Genevieve, cuidado con las aletas en esta sala. El sedimento es enorme y tendrás un desmayo muy rápido si lo pateas.

—De acuerdo, entendido.

Luego esperó a que entrara su conocida luz LED.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Dirigió su luz sin rumbo por la habitación. No había ningún tesoro ni nada que justificara su largo viaje a la cámara secreta. Y entonces se fijó en las salidas.

—¡Dios mío, debe de haber cuarenta salidas de túnel!

—Acabo de contar cincuenta y tres.

Capítulo LI

Le miró a la cara, buscando respuestas.

—¿Pero por qué harían tantas entradas?

—Mi mejor suposición es que esta sala la utilizaban los Antiqui Nautae para defenderse de los abordajes como último recurso. Probablemente se retirarían aquí. Los atacantes les seguirían, sin esperar demasiado desafío, ya que se les permitiría continuar por los túneles vacíos. Entonces, cuando entraran en esta sala, los guerreros estarían escondidos dentro de cada uno de estos pasadizos adicionales y saldrían para masacrarlos —Tom dirigió su luz hacia el sedimento que había debajo—. Quizá sean los restos de sus últimas víctimas.

—Entonces, ¿qué pasó con los guerreros?

—No lo sé. Quizá se equivocaron. Quizá hubo una segunda oleada monstruosa y los sorprendió. ¿Quién sabe?

Volvió a mirar alrededor de la extraña habitación.

—¿Y ahora qué?

—Revisemos estos pasadizos. Quizá uno de ellos nos lleve a alguna parte —atornilló una guía secundaria azul en el techo de madera—. Quiero que salgas de la línea primaria y dirijas una secundaria para que no acabemos con varias líneas superpuestas mientras estemos aquí.

Genevieve asintió con la cabeza en señal de comprensión.

—Claro.

Tom dividió la habitación por la mitad. Un lado para él y el otro para ella. Entonces empezó a abrirse paso metódicamente a través de la serie de aberturas. La mayoría simplemente giraban sobre sí mismas y volvían a la misma habitación. Otras no eran más que una alcoba lo bastante grande como para esconder a un par de hombres.

Frustrado, Tom volvió al punto de partida decepcionado.

—Aquí no hay nada, Genevieve. Todo se utilizó como sala de exterminio. No hay ningún tesoro secreto. Una historia interesante, pero nada más. Es sólo una sala vacía.

Silencio.

—¿Me oyes? —preguntó Tom.

Más silencio.

Tom apagó la linterna. Se veía un débil resplandor. Parecía lejano. Era de color verde claro, en lugar del brillante resplandor del LED. Tom cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos, inseguro de que la luz no se debiera a que sus ojos aún se estaban adaptando a la oscuridad total.

El resplandor seguía allí, pero estaba muy lejos. Sin ninguna otra

luz, una cerilla destaca como el sol. Del mismo modo, el diminuto resplandor verde se convirtió en un faro. Tom empezó a nadar hacia él. Su corazón se aceleró y sintió que respiraba el Heliox mucho más deprisa de lo que debería a aquella profundidad. Conscientemente, se esforzó por ralentizar su ritmo respiratorio. Pateó las aletas como si estuviera compitiendo con algún mal desconocido hasta la línea de meta.

El túnel era largo. Y luego se curvó en una pronunciada dirección hacia la izquierda. La luz parecía mantener la distancia con él, por muy rápido que nadara.

—Genevieve, si puedes oírme enciende tu luz estroboscópica.

La radio crepitó.

Descendió otros tres metros mientras el túnel descendía. Había un tercer nivel en el trimarán. Tom tragó saliva para igualar la presión de sus oídos.

—¡Genevieve! ¿Puedes oírme?

Más crujidos de radio.

El nuevo nivel era muy estrecho. Casi demasiado pequeño para que él pudiera pasar con su musculoso físico de uno noventa y noventa kilos. Con sus dos botellas, apenas pudo avanzar. Su intuición de buceador le dijo que no avanzara más. Más adelante, el limo había sido removido recientemente, llenando todo el túnel de antiguas partículas de polvo. Ya no podía ver más que unos centímetros delante de él. Pero era la prueba que Tom necesitaba. Genevieve debía de haber pasado por este lugar.

En contra de su instinto, continuó adentrándose en el limo blanco.

—Gen, ¿puedes oírme?

Más crujidos. Esta vez, seguidos de una palabra que pudo entender perfectamente.

—Socorro.

—¡Genevieve!

—¡Tom! Creo que tengo problemas.

Nadó más rápido. Sus tanques gemelos arañaban ahora las paredes del diminuto túnel.

—Debo de haberme roto la guía. Intenté dar la vuelta, pero parece que tomé la dirección equivocada. Ahora he llegado a un callejón sin salida e intento por todos los medios esperar que ese término no resulte ser la verdad sobre mi destino. Estoy atrapado.

Delante de él, el cieno antiguo se había acumulado como un enjambre frenético de langostas en el que su visión apenas podía penetrar.

—Estoy bastante seguro de que puedo verte más adelante. No te muevas. Y, por el amor de Dios, deja de dar patadas con las aletas, estás haciendo volar todas las partículas de cieno. Apenas puedo ver

nada.

—Me he detenido. El túnel es tan estrecho que no podría patear aunque quisiera.

Contra toda seguridad, entró ciegamente. Estaba oscuro a pesar de haber vuelto a encender la luz. De hecho, la luz empeoraba su visión. Era como encender las luces largas de un coche cuando se conduce con niebla espesa. Volvió a apagarla y regresó el familiar resplandor verde claro.

Por fin la luz se hacía más fuerte.

—¡Genevieve!

—¡Socorro! —Su voz sonaba aguda. Apresurada. Casi frenética.

Tom aumentó el ritmo. Si es que eso era posible. Entonces el resplandor verde se convirtió en la cálida luz de un LED. Delante de él, vio la parte trasera de una sola aleta. Estaba completamente inmóvil. Dios, ¿está muerta? Entonces se movió ligeramente.

—Genevieve.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy justo detrás de ti. ¿Crees que podrás dar la vuelta con mi ayuda?

—No, mis botellas de buceo nunca me dejarán girar. Es demasiado estrecho.

Tom comprobó su computadora de buceo. Había utilizado más Heliox del que debía porque la había perseguido.

—Nos estamos quedando sin Heliox. ¿Puedes avanzar más?

—No. Hay una puerta. Es de bronce o algo metálico. He intentado empujarla, pero no se mueve en absoluto. Probablemente podría echarla abajo si pudiera darme la vuelta, cosa que no puedo.

Tom se impulsó hacia delante ayudándose de la parte posterior de su aleta. Dirigió la linterna hacia la puerta. Puso la palanca en la mano de Genevieve.

—Toma, prueba esto.

La agarró y empezó a hacer palanca para abrir la puerta. No se movió en absoluto.

—El latón es más pesado de lo que esperaba. Ni siquiera sabía que los Antiqui Nautae sabían fabricar latón.

Tom se esforzó por ver la puerta. La iluminó directamente con la linterna. La luz le rebotó como un espejo.

—Eso no es latón. Creo que es oro.

Capítulo LII

Genevieve intentó durante un par de minutos romper la puerta.

—Bien, es hora de un nuevo plan. No voy a ser capaz de crear la fuerza suficiente para romper esta puerta.

Tom miró su computadora de buceo. Le quedaban unos diez minutos de Heliox. Y aún tenían que salir del antiguo trimarán.

—Voy a ver si puedo colarme entre vosotros para alcanzarlo.

—Es imposible que quepas.

Tom se quitó con cuidado el chaleco del pecho.

—No pienso llevarme las botellas de buceo —luego se quitó lentamente las botellas gemelas. Era difícil, y para alguien de su tamaño, Tom era sorprendentemente ágil en el espacio reducido. Aún le costaría darse la vuelta, pero podría colarse por la puerta—. Necesito que gires de modo que mires hacia arriba, hacia mí.

—¿Por qué?

—Porque, para que te supere, voy a tener que perder mis botellas de buceo —Tom se acercó a ella y tomó su computadora de buceo. Tenía menos de la mitad de Heliox que él—. Nos estamos quedando sin Heliox. Menos mal que Matthew me hizo traer un tanque gemelo extra.

Maniobró lentamente para ponerse frente a él.

—Lástima que esté de nuevo en cubierta.

Tom se acercó un poco más a ella. Esta era la parte peligrosa. Si se quedaba atascado ahora, ambos morirían por su error.

—Atravesaremos esta puerta y luego encontraremos un lugar donde dar la vuelta. Confía en mí.

Desconectó las botellas de buceo de la mascarilla. Decenas de burbujas de Heliox residual desaparecieron del extremo del tubo, con un silbido. Contuvo la respiración y se volvió con calma hacia Genevieve. Ya sin el estorbo de sus propios tanques gemelos, pudo apretarse directamente sobre ella. Conectó su fuente secundaria de gas a su propia mascarilla. Expulsó la pequeña cantidad de agua que había en el tubo. Y luego inhaló profundamente Heliox.

Tom podía ver su luz. Podía oír el sonido profundo y mecánico de su respiración demasiado Heliox. Pero no podía verle la cara mientras intentaba apretujarse sobre ella. El antiguo limo se había agitado tanto que parecía un millón de estrellas de oro cuando la luz rebotaba en las diminutas partículas.

Sus cuerpos se apretaron con fuerza. Tom se arrastró ligeramente hacia delante. Sus brazos temblaban, sólo ligeramente, el único signo externo de miedo que mostraba. Estaban atrapados al final de un

antiguo túnel dentro del casco del trimarán, compartiendo el único sistema Heliox, a una profundidad de cincuenta metros.

El tipo de cosa que asustaría a los mejores buceadores de pecios.

Tom sintió que su mascarilla rozaba la de ella. Con cuidado de no dañarla, forzó la vista para ver. Estaban cara a cara, con las máscaras apenas separándoles.

Genevieve abrió los ojos. Eran azules y le miraban con algo parecido a la adoración. Y también había algo más. Le sorprendió: ¿era deseo?

—Tom, ¿te das cuenta de que tienes unos ojos color avellana preciosos? Tienen pequeños destellos verdes.

La afirmación le escandalizó.

—Gracias, creo —Tom se apretó más hacia delante—. Te daré la oportunidad de verlos mucho mejor una vez que atravesemos esa maldita puerta y volvamos a bordo del María Helena.

Sintió que volvía a ponerle la palanca en la mano.

—¿Puedes alcanzar la puerta con esto?

El túnel era tan estrecho que Tom sólo podía respirar superficialmente. Empujó la palanca contra el lateral de la puerta. El duro acero dobló parte de la fina capa de oro que cubría la puerta de madera. Si tuviera más espacio para moverse, Tom estaba seguro de que podría atravesarla. Empujó con más fuerza hasta que el filo de la palanca se abrió paso. Tom intentó abrir la puerta. Su brazo no podía moverse lo suficiente como para hacer la palanca necesaria para influir en la puerta.

Tom no comprobó su suministro de Heliox. No tenía por qué hacerlo: sabía que se agotaría en cuestión de minutos.

Entonces sus ojos notaron algo más. Estaba sujeto al costado de la pierna izquierda de Genevieve. Lo vislumbró, pero no pudo verlo bien. Entonces recordó que ella lo había fijado allí cuando hablaban de vencer a su fantasma verde y de bucear con armas adecuadas. Deslizó la mano derecha por la pierna de ella. Tom sintió cómo el traje de neopreno se estiraba sobre su muslo firme mientras deslizaba la mano hacia abajo. Ella no se movió ni un milímetro. Hasta que llegó a lo que quería: el palo de tiburón.

—Oye, que haya dicho que me gustan tus ojos no te da derecho a... —se detuvo en seco.

Tom acababa de disparar el palo de tiburón a quemarropa contra la puerta.

Diseñado para detener a un tiburón blanco que se acercaba, el Shark Stick era básicamente una escopeta modificada. Cargada con una vaina de cartucho Winchester 30:30 orientada hacia atrás, y luego cebada con una vaina del 38 Especial en la boca para sujetar el cebo, la vaina llena de pólvora ardiente era propulsada hacia el objetivo al

disparar. La explosión de la boca del cañón causa el daño, ya que el gas a alta presión se introduce en la carne del objetivo.

Tom buscó los restos de la puerta. No había ninguno, pero algo más le devolvió el brillo.

—¡Mierda! —dijo Tom.

Sintió que Genevieve tiraba de él hacia atrás.

—¡Vaya! ¿Es eso lo que creo que es?

Tom nadó hacia el interior.

—Creo que sí. Y probablemente valga más de lo que tú o yo ganaremos en una docena de vidas.

Capítulo LIII

Sam se había pasado la tarde viendo horas y horas de grabaciones de CCTV desde un portátil en el despacho del capataz. Observaron los daños iniciales causados al barco por lo que parecía claramente una ola monstruosa. Era de noche, pero la ola verde parecía un muro de agua turbia.

El vídeo terminó y Sam miró el reloj. Se acercaban las siete de la tarde y estaba oscureciendo. Cerró el portátil.

—Bien, ya he visto suficiente. Deberíamos volver al María Helena. Hasta que sepamos más a qué nos enfrentamos, deberíamos destruir la carretera de Bimini. Como mínimo, bloquear la carretera de Bimini antes de que se forme otra ola monstruosa.

—De acuerdo —respondió Veyron.

Sam bajó las escaleras y atravesó la verja. Vio acercarse al capataz, Donald. Le estrechó la mano calurosamente.

—Debo agradecerle su hospitalidad. Será mejor que volvamos al María Helena.

Donald le miró a los ojos.

—Averigua qué coño era esa cosa y de dónde venía. Y luego asegúrate de matar a cualquier otro de su especie.

—Te avisaremos en cuanto lo sepamos.

Sam se dirigió hacia el helicóptero Sea King. Los últimos rayos de sol se ocultaban en el horizonte. El cielo estaba despejado y el aire era un poco más fresco de lo que había sido durante todo el día. Esta noche saldrían las estrellas. Desbloqueó la puerta lateral de la cabina y subió al asiento del piloto.

Sam miró a Veyron.

—Necesitamos una forma de predecir cuándo se forma otra ola monstruosa. Entonces podremos idear un plan para destruir lo que demonios fuera esa cosa verde. Como mínimo, podremos mantenernos fuera de su camino.

Veyron sonrió.

—Quizá podamos.

Sam encendió los interruptores eléctricos principales. El motor del Rolls Royce empezó a zumbar mientras la pala giratoria comenzaba a girar en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿En qué estás pensando?

—El plancton brilla con bioluminiscencia en respuesta al movimiento, ¿verdad?

—Sí, se cree que es una respuesta primitiva a un depredador. Lo que viene a comérselos, ahora refleja la luz y, en consecuencia, se

convierte en la presa de algo más grande. ¿Por qué?

—Porque eso significa que la luz que se crea cuando se forma una ola monstruosa, o más exactamente, cuando el grupo de lo que demonios sean estas cosas, se juntan, se formará un gran resplandor. Mi predicción es que esa luz será lo suficientemente grande como para ser vista desde el espacio, o desde luego desde un satélite en tiempo real que las esté buscando.

—¡Por supuesto, tienes razón! —Sam agarró el teléfono e hizo una llamada.

—¿Qué haces?

Sam ignoró la pregunta.

—¡Matthew! Soy Sam.

—Oye Sam, ¿ha habido suerte con tu investigación sobre el Global Star?

—Algunas pistas. Te lo explicaré todo cuando vuelva a la nave, pero antes necesito que hagas algo por mí.

—Adelante.

—Necesito que hagas que Elise piratee los satélites locales que haya sobrevolando y busque una luz resplandeciente cerca de la carretera de Bimini.

—Bueno, voy a hacer que lo haga ahora. ¿De qué se trata todo esto?

—Es sólo una corazonada, pero de algún modo el plancton brillante parece estar relacionado con las olas monstruosas. Si estoy en lo cierto, debería haber un cúmulo inusualmente grande en algún lugar al este de la carretera de Bimini, algo lo bastante grande y brillante como para que nuestros satélites puedan detectarlo fácilmente, antes de que se forme otra ola monstruosa.

Sam soltó el colectivo, que ajustó el ángulo de las palas del rotor principal, y el helicóptero despegó en el aire. Estaban a cuarenta minutos de vuelo del María Helena, pero algo en su interior le decía que cuanto antes volviera a bordo, mejor.

—¿Sigues ahí, Sam? —preguntó Matthew.

—Adelante, Matthew. ¿Qué tienes?

—Elise está entrando en la bahía al este de la carretera de Bimini. No hay nada evidente. Allí está todo oscuro.

—Mira a tu alrededor, a ver si hay algo más al este. Prueba hasta unos treinta kilómetros.

—Bueno, vamos a ver. ¿Qué tenemos? —dijo Matthew—. Espera un momento. Creo que hemos encontrado algo.

—¿Qué pasa?

—¡Oh, mierda! Parece una bahía de fuego resplandeciente, o mil millones de luciérnagas juntándose. No tengo ni idea de lo que están haciendo, pero parece que pululan juntas como hormigas.

—Creo que sé lo que están haciendo allí. Matthew, tienes que irte, ¡ahora mismo!

—¡Jesús, se está encendiendo otra vez!

—Matthew, tienes que salir de ahí.

—¡Tom y Genevieve están en una inmersión nocturna!

—¿Están a punto de salir a la superficie? —preguntó Sam.

—Deberían estarlo, pero aún no sabemos nada de ellos. Entraron en un naufragio y no han vuelto a salir. Ahora no podemos comunicarnos con ellos.

—¿Lleva Tom consigo una reserva de Heliox para cuando salga?

—Sí, insistí en que se llevara dos tanques gemelos de Heliox como reserva. Actualmente están en la cubierta del barco hundido.

—Entonces no te preocupes por él. Es el mejor buceador de pecios del planeta. Si tiene un suministro secundario de gas, puedes contar con que cuidará de Genevieve y de sí mismo.

—¡Mierda! Elise dice que su boya marcadora acaba de registrar el paso de una ola de treinta metros sobre la carretera de Bimini.

—¡Hacia el sur, lejos del epicentro!

Capítulo LIV

Matthew abrió ambos aceleradores al máximo y giró el timón para que el María Helena se dirigiera hacia el sur. Los suaves motores gemelos Rolls Royce de cuarenta y cuatro mil caballos de potencia entraron en acción.

—Tom y Genevieve van a tener que cuidarse un rato.

A su lado, Elise miraba la imagen de su portátil. Parecía como si enjambres y enjambres de hormigas furiosas corrieran en la misma dirección: hacia María Helena. Cada grupo de diminutos puntos brillantes convergía colectivamente en el mismo punto, donde un gigantesco charco incandescente se hinchaba como el enorme vientre de una bestia.

—Si no hacemos algo rápido, sugiero unirnos a ellos. Es mejor estar bajo la superficie que sobre ella cuando esta cosa golpee. Perderemos el barco, pero Sam puede venir a recogernos del agua —su voz era tranquila. Hablaba desde la lógica y la ciencia, no desde el miedo.

—Espero que no lleguemos a eso, pero lo tendré en cuenta. ¿Cuánto tiempo calculas que tenemos?

—Si deduzco correctamente de tu conversación con Sam, cada uno de estos puntos brillantes representa algo que va a empezar a moverse hacia nosotros.

—Eso es lo que piensan Sam y Veyron.

—¿Y al pasar sobre la carretera de Bimini a toda velocidad crearán una ola monstruosa?

—Eso es lo que nos preocupa.

Elise caminó hacia él en el puente y colocó con cuidado su portátil a su lado. Matthew escaneó rápidamente la imagen del satélite.

—¿Dirías que el rebaño acaba de empezar a moverse?

—¡Oh, mierda! —Matthew puso la mano en ambos aceleradores, con la esperanza de que, al hacerlo, pudiera sacar algunos caballos más de los preciosos motores gemelos. Su mano temblaba con las vibraciones. Se alegraba de que Veyron no estuviera a bordo: el ingeniero lo habría matado por abusar de los motores de la nave—. ¿Puedes calcular el tiempo hasta el impacto?

—Estoy trabajando en ello.

A su lado, Elise tecleaba rápidamente datos en su portátil. Sus dedos martilleaban la información con la gracia y la sensibilidad de un concertista de piano ejecutando un rápido staccato. Entonces se detuvo y se quedó mirando la respuesta.

Matthew se volvió hacia ella. Su habitual actitud de superioridad y

confianza se vio quebrantada por los acontecimientos.

—Bueno, no me dejes en suspenso. ¿Cuánto tiempo tenemos?

—¡Menos de cinco minutos!

—¡Mierda! —Matthew agarró el micrófono de a bordo—. Todos a bordo del María Helena. Estamos a punto de ser golpeados por una ola monstruosa. Cerrad todas las escotillas y preparaos para el impacto.

Elise se cruzó de brazos y observó cómo los diminutos puntos brillantes del monitor de su portátil se movían hacia ellos.

—¿Crees que nos alcanzará? —preguntó.

Elise sonrió y él sólo pudo ver sus dientes blancos y perfectos. Se quitó las gafas con cuidado, las guardó en su funda rígida y luego en el bolsillo. Matthew se quedó mirándola a la cara. Era la primera vez que la veía sin gafas, revelando sus asombrosos ojos esmeralda, que delataban su asombroso intelecto. Probablemente era la persona más inteligente que había conocido. A veces parecía totalmente matemática y carente de emociones.

Ésta fue una de esas veces.

—Por supuesto que nos alcanzará la ola que se aproxima, en poco más de cuatro minutos. No podemos hacer nada para escapar de esa ola. La cuestión, Matthew, es si el María Helena podrá sobrevivir a esa colisión.

A diferencia de ella, Matthew no tenía ni idea de la respuesta. No existía ninguna fórmula matemática para determinar si un barco sobreviviría al gran golpe de una ola. Su corazón se aceleró. No quería morir. Y no quería que Elise muriera. Había sido una agradable inclusión a bordo del María Helena. Aunque era poco más que una niña de poco más de veinte años, era intensamente profesional y capaz. Y lo que era más importante, había aportado cierto sentido de la maravilla a la vida a bordo, y una especie de juventud y vivacidad. Aunque actuaba como una empollona, era constantemente divertida. Era como tener a bordo a la niña más inteligente que existía. Los demás querían cuidarla y enseñarle cosas.

Él quería tranquilizarla como haría con un niño diciéndole que todo iba a ir bien, pero ella era demasiado lista para eso. Era la persona más joven que había obtenido un doctorado en matemáticas en Harvard: sabía cuándo le mentían.

Matthew le entregó un chaleco salvavidas.

—Toma, ponte esto.

Metió la cabeza por la abertura y se ató el resto de la chaqueta a la cintura.

—Supongo que entonces es un no. Lástima, empezaba a gustarme tu barco.

—Todavía no nos han hundido —dijo Matthew.

Se quedaron mirando la ola brillante que se acercaba en la pantalla

de la computadora.

—¡Ahí viene!

Por delante del puente, Matthew vio acercarse el imponente muro de agua. En un instante supo con la misma precisión matemática de Elise que estaban condenados. No había desenlace en el que el muro de agua no les ahogara por completo.

Un instante después, la ola monstruosa se partió en dos. A cada lado del María Helena se alzaba un muro de agua de al menos treinta metros de altura. Y luego les pasó de largo.

Elise le miró fijamente. Por primera vez, su rostro mostraba miedo.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Matthew la abrazó mientras veía desaparecer la ola.

—¡No tengo ni puta idea!

Capítulo LV

Tom iluminó con su linterna la habitación que había al otro lado de la puerta destruida. La habitación era pequeña en comparación con las demás del trimarán, pero lo bastante grande como para que Tom y Genevieve pudieran darse la vuelta. Tal vez tres metros por tres metros para formar una habitación perfectamente cuadrada, de no más de metro y medio de altura.

—Está llena de oro y tesoros.

La más prominente de todas ellas era un águila dorada posada sobre su propio armazón dorado que les miraba con las alas desplegadas hacia arriba. Medía casi treinta centímetros de altura y mantenía las alas extendidas algo más de treinta centímetros. Cuando la luz la alcanzó, varios puntitos de luz dorada rebotaron en la pared de detrás, formando una constelación celeste desconocida. Había tres montones de soberanos de oro repartidos por la habitación. Tom agarró algunas monedas y pasó las manos por ellas. Tenían las caras de los monarcas de Gran Bretaña, Portugal, España y Francia. La fecha más reciente que pudo encontrar era mil setecientos setenta y dos.

Tom dejó que las monedas cayeran entre sus dedos.

—Supongo que las historias eran ciertas. Esos tipos cazaban de verdad los barcos occidentales.

Genevieve señaló hacia su computadora de buceo. Estaban desesperadamente escasos de Heliox y Tom seguía compartiendo su gas.

—Hasta que los Antiqui Nautae se equivocaron y murieron en su búsqueda del tesoro. No cometamos el mismo error. Volveremos más tarde para esto.

—Sí, me parece bien —Tom agarró el águila real de su percha. Le pesaba en la mano y se la aseguró al cinturón de buceo junto al resto de los pesados plomos. Algo le decía que era importante y no estaba dispuesto a dejarla atrás. Aumentó el gas de su chaleco para compensar el peso y volver a la flotabilidad neutra—. Espera aquí hasta que me conecte a mi propio equipo de buceo y luego sígueme. Si pierdes de vista mi luz, avísame inmediatamente.

—Entendido.

Tom desconectó el tubo de gas secundario de Genevieve de su propia mascarilla. Luego contuvo la respiración mientras nadaba hacia sus botellas de inmersión. Trabajó con rapidez y eficacia mientras volvía a conectar sus propios tanques. Y luego respiró profundamente Heliox.

—De acuerdo, ya podemos irnos.

Tom pateó sus aletas a un ritmo lento pero continuo. Se debatía entre el equilibrio de intentar reducir el tiempo hasta llegar a los depósitos de repuesto y utilizar una cantidad excesiva de Heliox por el esfuerzo. Nadó con confianza por el cieno revuelto.

—Pasa la mano por el lateral del túnel y sigue adelante. Aquí no hay espacio suficiente para que te des la vuelta aunque quisieras, y mucho menos por accidente.

—De acuerdo.

Tom nadó verticalmente hacia el siguiente nivel y salió a lo largo de la compleja sala de exterminio. Giró la linterna a su alrededor buscando el camino por el que habían entrado originalmente. Según sus recuerdos, había cincuenta y tres salidas. Y sólo una que le llevaba a la superficie. A primera vista, todas parecían idénticas. Entonces su luz captó la directriz verde original que había utilizado al entrar en la ruina. Tom señaló con la linterna el lugar donde la guía había estado atornillada a la madera.

—Ahí está. Sujétate a la guía y vámonos.

Levantó la computadora de buceo para que Tom pudiera verlo. Quedaban menos de veinte BAR. No lo suficiente para llegar a la cubierta abierta.

—Creo que se me ha acabado el tiempo.

—No, no lo harás —Tom contuvo la respiración mientras desconectaba su propio depósito y sustituía el depósito casi vacío que Genevieve estaba utilizando. Luego, agarró el depósito casi vacío de ella y lo volvió a conectar al suyo. Luego le sonrió—. Nos vemos en el punto de seguridad.

—Buena suerte.

Tom nadó por la abertura que conducía al largo túnel. Al final del mismo, llegó a la sala vikinga. Respiró larga, lenta y profundamente. Era una disciplina diseñada para utilizar cada pizca de oxígeno almacenado en el Heliox, al tiempo que ralentizaba su ritmo cardíaco y su necesidad metabólica. Siguió el siguiente túnel hasta que llegó al final. Intentó inspirar, pero ya no había gas que respirar. Sopló lentamente mientras ascendía al nivel superior. Luego nadó por el largo túnel hasta que le ardieron los pulmones. Giró a la derecha y siguió el túnel corto hasta la abertura de la cabina central y salió a mar abierto.

Tom podía ver las botellas gemelas de buceo a unos diez metros de él, pero su visión empezó a oscurecerse. Sabía exactamente lo que estaba ocurriendo. Su cerebro estaba falto de oxígeno y ya no podía dar sentido a lo que veía. Siguió pateando las aletas, pero era inútil: ya no podía ver. Tom oyó la voz de Genevieve, pero no le encontraba sentido. Estaba al borde de la inconsciencia.

Y luego respiró hondo. El gas del interior de su máscara de buceo

fluía con facilidad. Se sentía frío y dulce. ¿Estoy muerto esta vez? Tom había estado cerca antes, cuando otras inmersiones habían salido mal, y sabía que, cuando te acercas a la muerte, normalmente hay un período de calor y euforia.

Entonces abrió los ojos. No, no los había abierto, ya estaban abiertos. Sólo que ahora podía distinguir algo. ¿O a alguien? Su visión era borrosa y estaba llena de una luz verde. Su amigo verde había vuelto. Tom no podía distinguir bien el cuerpo, pero sí la cara. Le sonreía. La misma cara. Tenía la misma barbilla hendida distintiva bajo su sonrisa misteriosamente amable. Ahora sabía que estaba alucinando.

Poco a poco, el verde se convirtió en la cálida luz del LED de Genevieve. Se arrodilló junto a él e intentó mirarle a la cara a través de la máscara de buceo. Tom la tranquilizó con una sonrisa.

—Me alcanzaste las botellas de buceo de repuesto —no era una pregunta. Simplemente una afirmación.

—Sí. Me dijiste que estarías bien. Y te creí... hasta que dejaste de moverte. Así que pensé que sería mejor ayudarte un poco.

Tom hizo una mueca cuando recuperó toda la sensibilidad.

—Gracias.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele mucho la cabeza, pero aparte de eso viviré. Comencemos el ascenso —Tom dirigió su luz hacia donde debería haber estado la cadena del ancla del María Helena, pero no estaba allí —. ¡Mierda!

Genevieve consultó su computadora de buceo.

—¿Qué pasa?

Tom señaló el lugar donde debería haber estado la cadena del ancla del María Helena.

—Parece que el María Helena nos ha abandonado.

Capítulo LVI

—¡María Helena, María Helena, adelante! —gritó Tom en su radio de inmersión.

No hubo respuesta.

Genevieve se acercó más.

—¿Por qué se irían?

—No tengo ni idea —Tom intentó contactar de nuevo con la nave —. María Helena, ¿recibes nuestras transmisiones?

Silencio.

—¡Matthew, contéstame, cabrón!

Más silencio.

—Muy bien, Genevieve, comencemos nuestro ascenso. No vamos a obtener ninguna respuesta aquí abajo.

—De acuerdo.

A los diez metros, Tom esperó diez minutos para descomprimir. Luego, subiendo a la superficie, dijo:

—A ver si averiguamos por qué nos han abandonado.

La cabeza de Tom apenas despejó la superficie cuando lo vio. Una ola, al menos a treinta metros de altura, si no más, e irradiando un verde brillante. Se dio la vuelta y volvió a meter la cabeza bajo el agua. Agarrando el dispositivo de control de la flotabilidad de Genevieve, Tom presionó la válvula de escape de aire, enviándola de vuelta hacia el fondo.

—¡Rápido, tenemos que volver a sumergirnos!

—¿Qué pasa?

—¡Ola canalla!

Por encima de ellos les seguía la aparición verde. A quince metros, los dos dejaron de bucear y miraron hacia atrás. El agua espumosa parecía haber desaparecido.

—Creo que ya ha pasado —dijo Genevieve.

—Sí, pero si la María Helena sobrevivió o no, no lo sé.

Los dos nadaron de nuevo hacia la superficie. No había nada a su alrededor. La única luz que quedaba eran los millones de estrellas visibles sobre ellos y hasta el horizonte.

—Bueno. Puede que la espera sea larga.

El mar parecía inusualmente tranquilo. Con el dispositivo de control de la flotabilidad inflado, Tom se relajó, flotando de espaldas, y se quedó mirando las estrellas. Eran tan hermosas como abundantes. Tom sacó el águila dorada de su cinturón de buceo y la sostuvo contra el cielo nocturno.

—Puede que estemos aquí un tiempo, Genevieve. Será mejor que lo

disfrutemos.

Ella siguió su ejemplo y flotó de espaldas en el agua casi en calma, mirando hacia arriba.

—Se me ocurren sitios peores para tener que esperar.

—¿Qué haces con eso?

—Intento encontrarle sentido.

Ella se rió.

—¿Mirando las estrellas?

—Sí. Sólo puedo suponer que se trata de una especie de mapa celeste. Espero que nos conduzca al lugar donde vivieron una vez —Tom observó su rostro. Estaba resplandeciente de interés—. ¿A quién quiero engañar? Espero que nos conduzca a su verdadero escondite del tesoro.

—¿Por qué estás tan seguro de que es un mapa?

Tom nadó un poco más cerca de ella para que su cara descansara junto a la de ella. Lo bastante cerca como para sentir su cálido aliento en la mejilla. Luego levantó el águila dorada en el aire para que los diminutos agujeros de las alas se extendieran por el cielo.

—¿Ves estos puntitos?

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que representan una constelación de estrellas. Una vez que llegues a un punto en el que todos los agujeros estén alineados con las estrellas directamente encima de ti, estarás sobre el lugar deseado, sea cual sea.

—¿Pero ninguno de esos agujeros coincide con ninguna de las estrellas de nuestro cielo?

Tom bajó el águila.

—Yo también me he dado cuenta —sostuvo el águila junto a ella y señaló directamente una serie de agujeros—. Mira éstos. Creo que representan la Cruz del Sur.

—¿Lo que significa que los Antiqui Nautae vivían en el hemisferio sur?

—Exacto.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Tom se dio cuenta de que Genevieve seguía apoyando la cabeza en su pecho. Se había acercado aún más, si eso era posible. Aquello le sorprendió. Genevieve siempre había sido una especie de enigma a bordo del María Helena. Era amable y cariñosa con todos, pero también había dureza en ella. Una especie de dureza arraigada que iba más allá de su exterior. Tom la rodeó con los brazos por comodidad. Esperó a que ella mostrara su desagrado y, cuando no lo hizo, la abrazó.

No tardó en hacer nuevos amigos, pero esas amistades nunca superaron la etapa superficial. Tras dos años a bordo, se había negado a hablar de su vida anterior. Una cosa era cierta: se había esforzado

mucho por eliminar cualquier antecedente de ella, y no tenía intención de salir con nadie ni de acercarse lo suficiente a nadie, de ambos sexos, como para renunciar a su pasado. Sam lo sabía. Tom estaba seguro de ello. Sam investigaba cuidadosamente a todos los que formaban parte de su equipo a bordo del María Helena. Sólo aceptaba a los mejores y más brillantes en cualquier campo y estaba dispuesto a pagar mucho dinero para asegurarse de que eso era todo lo que recibía. Elise era probablemente la mejor minera de datos del mundo y Sam habría utilizado su talento para descubrir la verdad sobre el pasado de Genevieve. Fuera lo que fuera, Sam debía de aprobarlo, porque la había mantenido a bordo. Cuando Tom le preguntó si estaba soltera, Sam se rió y le dijo que, de todas las personas que había a bordo, ella era la única de la que estaba seguro que no estaba interesada en una relación.

Sam la había traído a bordo hacía dos años, después de que respondiera a un anuncio en el que se buscaba una chef de calidad, que estuviera dispuesta a vivir en el mar y en cualquier parte del mundo, y que aceptara participar en otras tareas mientras estuviera a bordo. Todos se dieron cuenta enseguida de que no sólo era una chef gourmet de tres sombreros, sino que destacaba en cada nueva habilidad que aprendía. También se dieron cuenta de que tenía un repertorio único de habilidades que no figuraban oficialmente en su currículum, como artes marciales, combate cuerpo a cuerpo y entrenamiento con armas, lo que sugería una historia en el ejército. Pero nadie sabía para qué país.

Tom suspiró. No debía tentar a la suerte.

—¿Cuál es tu historia, Genevieve? Sé que no siempre fuiste una chef brillante.

—No, siempre he sido una chef brillante. Cocinar era algo natural para mí desde que era pequeña —le sonrió; había incertidumbre en ella, como si estuviera decidiendo si estaba preparada para contar su historia.

Debería haberlo dejado en paz. Pero estaban a la deriva en el Atlántico en plena noche. No tenían forma de saber si el María Helena había sobrevivido, y si no lo había hecho significaría que nadie vendría a buscarlos por la mañana. Así que Tom insistió.

—¿Qué más te resultó fácil?

Ella lo miró. Tom se preguntó si había notado la más leve lágrima; podría haber sido fácilmente agua de mar.

—Matar a la gente.

Era el tipo de cosas que la gente decía en broma. Sólo que ella no bromeaba.

—¿A quién has matado?

—Había mucha gente. Pero recuerdo a cada uno de ellos. Trabajé

para un hombre que había sobrevivido al Gulag en Rusia. ¿Conoces los campos de exterminio?

Tom asintió con la cabeza. Había leído un libro sobre ello hacía años.

Genevieve continuó.

—Me adoptó cuando era muy joven. Me enseñó cosas. Trabajó con mi talento natural y empecé a matar gente. Ahora estoy fuera, pero es un pasado que es mejor ocultar.

Genevieve giró entonces la cabeza y le besó. Al principio fue tentativo. Luego, cuando sus labios se separaron, se volvió más apasionado. Respondían a los deseos del otro con avidez, hasta que ella se apartó de repente y lo miró fijamente.

—Realmente tienes unos bonitos ojos color avellana.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Tom. Se le formó una gran sonrisa en la cara, como la de un adolescente que acaba de llegar a primera base con su compañero de baile.

—Porque antes me salvaste la vida —sonrió seductoramente—. Y porque siempre lo he deseado. Ah, y por cierto. Si se lo cuentas a alguien, tendré que matarte.

En el horizonte brilló una nueva luz. Tom se apartó de Genevieve y se preparó para sumergirse de nuevo. La luz podría haber sido otra ola monstruosa. Entonces oyó el familiar sonido de las palas del rotor del Sea King girando. Se cernía directamente sobre ellos. Veyron abrió la puerta lateral y se asomó. El ruido era espantoso, pero a través de él apenas pudieron distinguir las palabras de Veyron.

—¿Quieren que los lleve a algún sitio?

Capítulo LVII

—¡Sam Reilly, ¿qué miras tan tonto? ¿No has visto antes a una mujer guapa? —dijo Genevieve.

Sam giró la cabeza mientras se reía. Luego esperó a que Veyron cerrara la puerta antes de tomar altura.

—Me alegro de que estén bien.

—Nosotros estamos bien, pero ¿y María Helena y los demás? —preguntó Tom.

—Están bien. No estoy seguro de cómo lo han hecho, pero parece que la ola monstruosa no les ha alcanzado.

Veyron observó la baliza de señalización del María Helena en el GPS. Sam asintió con la cabeza y siguió la baliza direccional que los llevó hacia el sur. Y entonces la radio empezó a hacer ruido. La voz de la persona que estaba al otro lado quedó oculta por la fuerte estática. Veyron ajustó la radio y esperó a que quien estuviera al otro lado volviera a transmitir.

—Mayday, Mayday. Aquí el Mississippi. Somos un superpetrolero que transporta dos millones de barriles de crudo. Nos ha dañado una ola monstruosa y nos estamos hundiendo. Por favor, si alguien puede oírnos, necesitamos ayuda inmediata.

—Mississippi. Este es el Rey del Mar Mikey. Charlie. Charlie. Uno. Cinco. Prestaremos toda la ayuda posible. Por favor, confirma tu localización.

—Cuarenta kilómetros al este del norte de la isla de Bimini. —Luego leyó en voz alta sus coordenadas GPS precisas.

Sam no tuvo que mirar un mapa. Era exactamente el mismo lugar de los otros ataques recientes.

—Entendido, Mississippi. ¿Cuántas vidas hay a bordo?

—Cinco tripulantes y dos civiles.

—Mississippi, nos dirigimos a tu ubicación para prestarte ayuda. ¿Cuál es el estado de tus compartimentos de aceite?

—Uno está comprometido y se ha iniciado un incendio en cubierta. El resto están actualmente seguros.

Sam miró a Veyron, que tecleó las coordenadas en el GPS y luego trazó su distancia.

—Podemos llegar en doce minutos.

—¿Y nuestro combustible? —preguntó Sam.

—Deberíamos estar en condiciones de recoger a los pasajeros y luego regresar al María Helena. Será mejor que pongamos el María Helena en movimiento hacia la nave siniestrada, para que podamos acortar el tiempo de vuelo en el viaje de regreso.

Sam pulsó el botón de la radio.

—Mississippi, llegaremos a tu posición en doce minutos.

—Gracias.

Sam pasó entonces el VHF al canal cuarenta y cinco, donde el María Helena había mantenido un canal de comunicaciones abierto con él.

—María Helena.

—¿Adelante, Sam? —fue Matthew quien respondió a la llamada.

—Nos dirigimos a cuarenta kilómetros al suroeste de la isla de Bimini para prestar ayuda al Mississippi, un superpetrolero que transporta dos millones de barriles de crudo. Cuando rescatemos a la tripulación y a los pasajeros, nos vamos a quedar sin combustible. ¿Puedes dirigirte en esa dirección?

—Entendido, vamos para allá.

—Mississippi, soy Sam Reilly, Director de Proyectos Especiales de la nave María Helena. Tengo al María Helena dirigiéndose en tu dirección para llevarte a remolque. ¿Tienes autoridad para aceptar el formulario abierto de Lloyds?

Silencio.

—Mississippi. ¿Aceptan el formulario abierto de Lloyds?

Más silencio.

—Mississippi, ¿lees?

—Nave de rescate. El fuego se está extendiendo al puente. Por favor, daos prisa.

Sam negó con la cabeza.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Tom.

Sam inclinó el helicóptero hacia la izquierda.

—¿Quieres decir que aún voy a ofrecer mis servicios?

Genevieve se inclinó hacia delante en el helicóptero.

—¿Ah, sí?

—¿Qué? —Sam se encogió de hombros—. ¿Tienes idea de cuáles son los gastos generales para dirigir el María Helena? Muchas de las leyes contra el saqueo nos prohíben ganar mucho más que una fracción del valor de cualquier tesoro que descubramos.

Genevieve le miró con horror.

—¿Qué ibas a hacer si te hubiera dicho que no?

Sam sonrió.

—Tom, por favor, informa a Genevieve de la primera regla del mar.

—Prestar ayuda a cualquier persona que se encuentre en el mar en peligro de perderse.

Capítulo LVIII

Sam rodeó al Sea King sobre el petrolero siniestrado. Su compartimento de petróleo de proa se había partido y el petróleo ya se estaba derramando en el océano. El petróleo se había incendiado en la cubierta y las llamas irradiaban con tal fuerza que bien podría haber sido de día en el exterior.

—Sea King, estamos en el puente de popa. Por favor, date prisa, aquí va a hacer calor muy rápido —dijo una voz por la radio.

Sam miró el puente elevado de casi cinco pisos de altura. En su techo había siete personas agitando los brazos frenéticamente.

—Entendido, Mississippi —respondió Sam. Luego se volvió hacia sus otros pasajeros—. Cambio de planes, Tom. Prepara la balsa salvavidas. Voy a tener que arrojarlos a todos al mar. No hay forma de que sobrevivan para que haga un segundo viaje por los pasajeros restantes.

—Entendido —Tom maniobró la pesada balsa salvavidas hinchable hasta el lateral del helicóptero. Luego abrió la puerta lateral.

Sam giró a la derecha y voló a quinientos metros del superpetrolero siniestrado. Tom arrojó la balsa salvavidas por la puerta lateral. Chocó contra el agua, rompiendo instantáneamente su bidón de refresco, lo que hizo que el aire comprimido la inflara en cuestión de segundos.

—De acuerdo. Todos fuera.

Sam observó cómo cada uno de ellos descendía rápidamente del helicóptero. Tom fue el último en saltar. Miró hacia él.

—¿Tienes una radio portátil para contactar con el María Helena?

—Yo me encargo. Ve tú.

—Hasta pronto. —En cuanto vio desaparecer a Tom, Sam levantó el colectivo, devolviendo el helicóptero al aire.

En cuarenta segundos se acercó al puente del Mississippi. El calor sobre el aceite ardiendo creó una corriente ascendente artificial. Sam luchó con los controles mientras intentaba llevar el helicóptero hacia la sección de popa del superpetrolero. Las llamas estaban muy por delante de la enorme nave, pero sabía que no sería por mucho tiempo. Con aquella cantidad de petróleo, tenía el potencial de arder con consecuencias mortales.

Llevó el helicóptero hasta que se detuvo justo encima del puente elevado. Tom había dejado abiertas las dos puertas laterales, lo que permitía una carga inmediata.

—¡Suban!

Sam mantuvo la mano izquierda en el colectivo del helicóptero, un

dispositivo utilizado para cambiar el ángulo de las palas del rotor principal, aumentando o disminuyendo así la sustentación. A medida que la gente se amontonaba dentro, lo elevaba con cuidado, aumentando así su sustentación y compensando el peso adicional.

Giró ligeramente la cabeza hacia la izquierda para poder calcular el peso medio de cada persona que subía a bordo. Había seis hombres y una mujer. La última persona en subir, Sam predijo que era el capitán del barco. El hombre tenía una barba blanca recortada a juego con el resto de su pelo, y ojos de color avellana oscuro. Se parecía a todos los demás capitanes de barco que Sam había conocido, pero fueron sus ojos los que le dijeron a Sam que aquel hombre estaba al mando. Parecía destrozado. Acababa de hacer perder una fortuna a la compañía y, como consecuencia, nunca más se le confiaría el mando de un barco así.

Las predicciones de Sam se confirmaron inmediatamente.

—Soy John Bates. Capitán y último del barco.

Sam tiró fuertemente hacia atrás de su colectivo, girando simultáneamente la mano izquierda para aumentar el acelerador. Quería hasta el último trozo de potencia para alejarse del buque abandonado. Luego giró el joystick a la derecha y el Sea King se alejó del Mississippi. Sam se volvió hacia un lado y saludó al hombre.

—Encantado de conocerle, capitán Bates.

—Le aseguro que me alegro mucho más de conocerle, Sr. Reilly.

Sam sonrió. Su reputación era prolífica en el mundo de la navegación, y el hombre lo había reconocido al instante.

—¿Están todos bien?

—Sí, pero nos queda el resto de casi dos millones de barriles de crudo que siguen vertiéndose en el océano. La pérdida no sólo va a afectar mucho a la empresa, sino que tú y yo sabemos cuánto daño causará esa cantidad de petróleo al ecosistema de la zona.

Sam miró al mar. El petróleo ya se había extendido por la superficie a lo largo de casi cuatrocientos metros. Sería la peor catástrofe petrolífera que afectaría a la costa estadounidense desde el desastre de Deepwater Horizon en el Golfo de México. No dijo nada. No podía hacer nada más al respecto.

—Dadas las circunstancias, Sr. Reilly, estoy bastante seguro de que la empresa estaría dispuesta a aceptar el formulario abierto de Lloyds.

Sam vio cómo una nueva llama alcanzaba la enorme mancha de aceite, haciendo saltar el fuego por la superficie como un diabólico diablillo del infierno. Entonces explotó la cubierta superior. Las llamas envolvieron el resto de la cubierta.

—Eso es muy grande por su parte, pero me temo que realmente no veo que podamos hacer nada al respecto ahora. Creía que todos estos petroleros modernos estaban obligados a llevar incorporados sistemas

de redundancia diseñados para evitar que el petróleo se derramara durante una colisión.

—Tienes razón, lo son. Tenemos un sistema de espuma de última generación. Pulveriza una mezcla de espuma ignífuga y además provoca una reacción química que hace que el aceite se solidifique en una barrera naturalmente ignífuga.

Sam miró la enorme marea negra, ahora bien encendida, que rodeaba al petrolero del Mississippi.

—No parece que haya funcionado.

—Poco después de nuestra colisión inicial con la ola monstruosa y mientras estábamos en proceso de control de daños, se produjo una explosión en mitad de la nave. Debió de cortar el cableado interno. De lo contrario, nuestro dispositivo de espuma se habría disparado y no tendríamos este desastre.

—¿Hay alguna otra forma de activarlo?

—Sí. Hay una opción manual situada en varias estaciones de trabajo repartidas por la nave. Si pudieras llegar a la más cercana al agujero de la nave, podrías cerrar eficazmente toda la fuga. No es que importe ahora.

—¿Por qué no?

—Porque sería imposible alcanzarlo.

Los ojos azules de Sam brillaban con infinitas posibilidades.

—¿Cómo de imposible?

—Bueno, dado que ahora toda la cubierta superior está en llamas, no hay forma de llegar a las válvulas de seguridad. Es decir, a menos que te apetezca nadar bajo las llamas de la superficie durante unos ochocientos metros hasta llegar al agujero del casco.

—No sé si me apetece. Pero no lo llamaría imposible. ¿Cuántos barriles de crudo dices que lleva?

—Dos millones de barriles.

Sam sonrió.

—Es mucho petróleo si puedo salvarlo.

El hombre negó con la cabeza.

—Es una locura incluso contemplar la posibilidad de volver a la nave.

Pero el hombre no se daba cuenta de la suerte que tienen algunos locos.

Capítulo LIX

Sam aterrizó en el helipuerto situado en la cubierta de popa del María Helena. Tom salió a su encuentro mientras las palas del rotor iniciaban su tedioso proceso de deceleración. Genevieve estaba a su lado, más cerca de lo que Sam esperaba. No como si fueran pareja, sino como si, por él, hubiera eliminado la barrera de seguridad del espacio personal que normalmente mantenía. Matthew debía de haberlos sacado del agua minutos después de dejarlos allí.

Tom se sacudió la mano derecha mientras bajaba de la cabina.

—¿Han bajado todos?

—Sí. Tuvimos suerte —respondió Sam.

—Siempre lo haces.

Sam empezó a caminar hacia la sala de buceo. Veyron se le acercó.

—Ven conmigo. Tenemos trabajo que hacer. Tú también, Tom.

Tom le siguió.

—Veyron: ¿qué sabes de los sistemas de espuma de cubierta fija y de los solidificadores de aceite?

—Según SOLAS, sé que todos los petroleros están obligados a disponer de sistemas automatizados de espuma en cubierta fija —Veyron miró a lo lejos la cubierta en llamas del Mississippi—. Éste parece no estar equipado con uno.

—Sin embargo, el capitán me asegura que está equipado con uno. Dice que las líneas de control se cortaron durante la colisión inicial. ¿Crees que miente?

—Es posible, pero muy mala suerte. Yo diría que ser el cuarto carguero en otras tantas semanas que es destruido por una ola monstruosa con una probabilidad de «una entre tres trillones» ya dice algo de la suerte de este capitán.

Genevieve le dio a Sam un vaso de agua fría. Luego le susurró a Tom:

—¿Qué es SOLAS?

—Es la convención que rige la Seguridad de la Vida en el Mar —respondió Sam—. Y quiero saber si el Mississippi cumplía sus obligaciones y sólo tuvo mala suerte, o si simplemente se negó a obedecerlas.

Veyron respondió por él.

—Es posible que el sistema se haya roto. Habrá una investigación; de un modo u otro, la verdad saldrá a la luz. Así que no hay razón para que el capitán mienta.

Sam se detuvo en la sala de planificación de inmersiones, frente a la piscina lunar, en el quinto nivel bajo las cubiertas del María Helena.

Se sentó y sacó un bolígrafo y un trozo de papel.

—Bien. A ver. Háblame de los solidificadores de aceite.

—¿Qué quieres saber? —Veyron, como todo buen ingeniero, necesitaba datos concretos.

Sam se cruzó de brazos.

—Se suponía que el Mississippi tenía instalado un sistema de última generación dentro de cada compartimento de petróleo. El sistema debía impedir que el petróleo se filtrara al océano.

—Yo diría que no funcionó —respondió Veyron.

—No. El capitán me ha dicho que a algún lumbreras, en su máxima estupidez, se le ocurrió pasar los cables que controlaban los solidificadores junto con los que controlaban el sistema de espuma de la cubierta fija —Sam miró a Veyron y a Tom. Genevieve ya se había marchado. Ambos parecían incrédulos—. El capitán dice que el sistema puede activarse desde el interior del casco. Así que la pregunta es: ¿hasta qué punto podría funcionar este sistema en nuestra situación actual?

Tom se dio cuenta.

—No, no lo ves. Ya veo lo que quieres. La cuestión es totalmente discutible: toda la cubierta del Mississippi está ahora en llamas.

Sam descruzó los brazos.

—Eso he oído. Pero ambos sistemas pueden activarse desde el interior del casco. El casco se ha visto comprometido y no sólo pierde aceite, sino que también hace agua. Eso significa que hay un punto de acceso perfectamente bueno en algún lugar debajo de todo ese horno; si supiéramos de alguien capaz de acceder a una nave desde diez metros por debajo.

—¡Debes de estar loco! —dijo Veyron.

—Transporta trescientos millones de galones de petróleo crudo. Es mucho petróleo que podemos evitar que destruya el océano. Además, el capitán me ha dicho que sus propietarios han accedido amablemente a la Forma Abierta de Lloyds.

Veyron negó con la cabeza.

—Eso es una locura, incluso para ti.

Capítulo LX

Sam descargó los esquemas del Mississippi en la tableta de su computadora, que llevaba en todas sus inmersiones. Si conseguía llevar a cabo esta locura, no quería descubrir que la había fastidiado porque había activado el sistema equivocado, o no había podido localizarlo del todo.

Preparó su equipo. Una sola botella de inmersión. De fibra de carbono y hecho a medida para amoldarse a su torso. A diferencia de un tanque convencional, éste lo llevaba envuelto a su alrededor en lugar de como un gran cilindro en la espalda. Le ofrecería cierta protección si colisionaba con los bordes letalmente afilados de la abertura cicatrizada del casco. Lleno hasta trescientos BAR, le proporcionaría casi dos horas de respiración a poca profundidad. Sam sabía que no necesitaría ni de lejos tanto tiempo. Si lo hiciera, ya habría fracasado.

Su plan era llevar un Sea Scooter 6000 con propulsión de inmersión Bi-Jet hasta el superpetrolero siniestrado. Dependiendo del tamaño de la rotura de su casco, quizá tuviera suerte y pudiera entrar directamente. Si no, tendría que deshacerse del Scooter Marino y hacerlo a la antigua usanza. De cualquier modo, sería la forma más rápida de llegar. Matthew le había avisado de que la mancha de petróleo ardiente de la superficie estaba ahora a casi un kilómetro y medio del Mississippi.

Sam se colocó el casco integral sobre la cabeza e inspiró. Miró su computadora de buceo. Había gas de sobra. Todos los sistemas parecían estar en orden.

Pulsó el botón de la radio «Pulsar para hablar».

—Matthew, ¿a qué distancia de la marea negra estamos?

—Estarás en condiciones de sumergirte en aproximadamente un minuto.

—Bien —Sam se dirigió hacia la piscina lunar. Metió las piernas en el agua.

Tom entró en la habitación y se sentó a su lado. Sam miró a su amigo. Estaba equipado para bucear y llevaba su propio Scooter Marino en la mano izquierda.

—¿Te importa si me uno a ti?

—¡Por Dios, Tom! Creía haberte dicho que era una idea estúpida y que no quería arriesgar tu vida.

Tom se colocó el casco sobre la cabeza y lo bloqueó en su sitio.

—¿Mi vida... me tomas el pelo? Sabes que sólo estoy aquí para evitar que te mates. ¿Cuántas veces tengo que salvarte la vida para

que aprendas a tenerme cerca?

Sam empezó a quejarse.

—Creía que estábamos en paz...

—Ni empieces. Voy contigo. No hay razón para que te regodees en todo este heroísmo. Por no mencionar que necesito una parte de los beneficios de dos millones de barriles de crudo más que tú.

Sam sabía que a Tom le importaba menos que a él la recompensa económica, pero de todos modos estaba agradecido de no estar haciendo esto por su cuenta.

—Gracias.

—De nada —Tom sacó un pequeño tubo de plástico del bolsillo del pecho. Estaba lleno de algún tipo de líquido transparente—. Veyron me dijo que te diera esto.

—¿Para qué demonios?

—Dijo que si volvíamos a encontrarnos con ese plancton verde brillante, tomáramos una muestra. No dijo para qué, y yo no pregunté. Estáis todos tan locos como los demás.

Sam se echó a reír.

—Me alegro de que pensara en el futuro.

—¿Lo sabías?

—Sí. Te lo explicaré cuando tengamos éxito.

Capítulo LXI

Sam se dejó caer al agua. Con flotabilidad negativa, se hundió hasta tres metros en cuestión de segundos, y luego puso en marcha el Scooter Marino. Encendió su sistema de propulsión de doble chorro y lo condujo diagonalmente hacia abajo hasta los nueve metros. Fijó un rumbo de 340 grados noreste, hacia el superpetrolero averiado.

—¿Estás listo, Tom?

—Estoy justo detrás de ti —respondió Tom. Pronunció sus palabras lentamente y con una tranquila seguridad—. Te seguiré.

—Bien, pues allá vamos.

Sam tiró hacia atrás con el acelerador de la mano derecha. El Scooter Marino aceleró rápidamente a medida que los dos sistemas de propulsión a chorro alcanzaban su velocidad máxima. Sobre él, la superficie se oscureció como si acabara de inundarla una oscura nube de tormenta. Sólo que ésta tenía un extraño resplandor anaranjado y ocasionales estallidos azules de llamas intensamente calientes.

—Adiós a nuestra capacidad de salir a la superficie —dijo Tom. Luego, un momento después, como si estuviera mencionando la previsión meteorológica, añadió—. De aquí en adelante, bien podríamos estar en una inmersión prolongada en una cueva.

Sam comprobó el velocímetro situado en el centro del Sea Scooter. Marcaba sesenta y cinco kilómetros por hora. No es poca cosa para un submarinista agarrado a dos chorros subacuáticos.

—No me preocupa tener que salir a la superficie. Es lo que hay bajo la superficie y dentro de ese barco lo que me preocupa.

Delante de él se veía el gigantesco casco del superpetrolero. Sam pudo oír la voz tranquilizadora de Tom a través de la radio.

—Al menos no tendrás que esperar demasiado para ver cuánto tienes que preocuparte por eso.

Sam se detuvo a unos quince metros y miró al monstruo.

—No, supongo que ésa es una ventaja.

Tom se detuvo a su lado. En la parte delantera de cada uno de sus Sea Scooters, un transductor SONAR enfocaba el casco. Montado en la pantalla, por encima de los propios paneles de instrumentos del Scooter Marino, había una representación visual del movimiento del agua y de los materiales que había más adelante. Incluía la forma básica y el contorno de la estructura del casco del barco.

El casco estaba plagado de fracturas y aberturas. Delante de Sam, la pantalla mostraba el movimiento del líquido que fluía hacia el interior del casco como marcas azules con flechas apuntando hacia arriba. Donde fluía hacia el exterior, la computadora lo mostraba en

rojo.

—Busca uno de los más grandes que fluya hacia dentro. Supongo que cualquier flujo hacia fuera es petróleo y hacia dentro es agua de mar.

A su lado, Tom estudiaba el flujo de agua. Sólo había una fuga importante de aceite, pero varios agujeros abiertos por los que entraba agua de mar. Señaló el más cercano.

—¿Qué te parece ése?

Sam la estudió un momento.

—¿Crees que cabrá alguien de tu talla?

La herida de acero abierta en el casco del Mississippi no tenía más de metro y medio de diámetro. En el borde izquierdo sobresalía una pequeña sección como el lateral de una lata abierta. No era el punto de entrada más grande que podían ver, probablemente sólo el tercero, pero era con diferencia el más cercano a la fuga de petróleo, y adonde tenían que llegar para activar los sistemas de seguridad.

—Me colaré.

—De acuerdo, apuntaremos a ése.

Sam miró a Tom. Con uno noventa de estatura y ochenta kilos de músculo, apenas parecía que sus hombros pudieran pasar. Sería como enhebrar una aguja a gran velocidad.

—Recuerda que se va a acumular una presión infernal a través de ese punto. Como el desagüe de una bañera, toda el agua de mar circundante competirá por entrar. Si golpeas un borde del casco, estarás muerto antes de darte cuenta de tu error.

Tom sonrió.

—Entonces será mejor que no me equivoque.

El tipo de afirmación, hecha por cualquier otra persona, y Sam la habría confundido con exceso de confianza y estupidez. Pero en el caso de Tom, era simplemente el subproducto de toda una vida de buceo.

—De acuerdo, hagámoslo.

El agua cercana al tajo afilado como una cuchilla giraba al acercarse a la abertura en un torrente de potente agua marina. Sam abrió el acelerador. Y su Scooter Marino cobró vida, conduciéndole rápidamente hacia la herida abierta en el casco.

Capítulo LXII

El Scooter Marino tiraba en multitud de direcciones mientras Sam luchaba por mantenerlo en el rumbo de la abertura. Las corrientes eran poderosas y seguían intentando desviarlo de su rumbo. Le tiró ligeramente hacia la izquierda, haciéndole conducir hacia el casco y no hacia la abertura. Cortó el acelerador eléctrico.

Derrapaba lateralmente hacia la abertura. A dos metros del tajo, abrió el acelerador al máximo y el Sea Scooter entró a toda velocidad por el diminuto agujero. Como enhebrar una aguja.

Dentro, el agua del mar giraba y giraba en potentes remolinos, intentando consumir el casco vacío. Las burbujas salían a la superficie, mientras el agua competía con el aire del interior por el espacio. Sam salió lentamente a la superficie. Su cabeza asomó por encima del agua.

La habitación estaba totalmente a oscuras, salvo por el LED que Sam llevaba en el hombro. Encendió una barra luminosa naranja de tipo militar y toda la habitación se iluminó. Sam estudió rápidamente su entorno. El techo estaba a nueve metros por encima de él y, a su juicio, el fondo del casco estaba otros seis metros por debajo. Era estrecho, quizá de sólo tres metros de ancho. Probablemente era un compartimento de seguridad entre los depósitos de petróleo. Menudo compartimento de seguridad: las puertas estancas seguían intactas.

El gas del interior del compartimento estaba caliente. Lo suficiente para que respirar resultara incómodo, pero aún no letal. Eso, si era aire. Sam ya había sido informado de que cada compartimento de las cubiertas inferiores del Mississippi había sido bombeado con gas inerte para reducir el riesgo de combustión. El petróleo en sí es muy difícil de inflamar, pero sus vapores de hidrocarburos son explosivos cuando se mezclan con el aire en determinadas concentraciones. En consecuencia, Sam llevó suficiente suministro de aire para aguantar hasta que estuviera fuera del superpetrolero.

—De acuerdo, Tom, te toca a ti.

—Bien hecho, Sam. Ahora te enseñaré cómo se hace.

El agua del interior del casco había subido tanto que Sam pudo pisar una rejilla de acero que formaba la plataforma de una serie de escaleras. Nadó hasta un lado de la misma y se puso de pie. Arriba buscó la gran manivela roja utilizada para los desbloqueos manuales que controlaban el sistema de espuma de la cubierta fija y el sistema de solidificación.

Los localizó casi de inmediato. Estaban situados directamente encima de él. Tres escaleras separadas eran todo lo que le separaba de alcanzarlas. Sería una subida fácil. No esperó a Tom. Si aquellos

fuegos alcanzaban el compartimento principal del aceite, la nave aún podría volar en pedazos. Le preocupaba que Tom entrara en el agujero de la nave. Sus bordes eran afilados como el borde de una lata abierta. Un error y Tom estaría muerto. No podía hacer nada si algo salía mal.

Así que se concentró en escalar.

Mano sobre mano, Sam subió dos peldaños cada vez. Respiraba más hondo mientras trabajaba y la temperatura ambiente aumentaba drásticamente cuanto más se acercaba al techo. Había visto las llamas desde arriba más de veinte minutos antes; Sam sabía que la cubierta que tenía encima estaba bien envuelta en llamas. Y las llamas alimentadas por petróleo arden extremadamente calientes.

Un ligero crujido resonó en la cubierta superior.

Aumentó el ritmo a pesar de la sensación de quemazón en los músculos. En el tercer nivel se situó encima de la rejilla y examinó las palancas gemelas. Una era roja con anillos azules y la otra negra con anillos amarillos. Tiró primero de la azul, con la esperanza de activar el sistema de espuma de la cubierta fija, y después de la negra, para activar el solidificador de aceite.

Esperó un sonido. Cualquier cosa que le asegurara que había funcionado.

Por encima crepitaban llamas.

Seguido de silencio.

Tom asomó la cabeza por encima de la superficie del agua.

—Estoy en, Sam.

—Estupendo. Ya he activado los desbloqueos manuales de los sistemas de seguridad. Pero no tengo ni idea de si se han activado ya.

—No sabremos nada hasta que salgamos.

Sam se acercó al borde de la plataforma en la que estaba.

—Me pregunto si podremos llegar a la siguiente sección desde aquí. Me sentiría mejor si supiera con certeza que hemos activado con éxito los sistemas de seguridad.

Tom empezó a nadar en la superficie hacia la rejilla de acero.

—Sí, dame un segundo para salir de aquí y alcanzarte.

Sam intentó replicar, pero sus palabras no llegaron a Tom. Una gran explosión en lo alto ahogó su voz. Toda la nave se estremeció. Sam se movió hacia un lado para apuntalarse. Y entonces se derrumbó la cubierta de arriba.

Sam contempló horrorizado cómo se desprendía parte de la cubierta, una sección de acero aún en llamas de casi cuatro metros de largo por otros ocho de ancho. El acero cayó al agua, donde Tom era completamente vulnerable.

Volvió a chocar violentamente contra el agua, lanzando vapor al aire. Sam volvió a mirar por encima de él. La espuma entraba por la abertura. Había funcionado: el sistema de seguridad de espuma fija se

había activado. Debajo, los restos humeantes y el vapor ardiente sustituían al lugar donde Tom había estado nadando en la superficie.

Capítulo LXIII

Sam bajó por las escaleras. Medio deslizándose, medio cayéndose. Llegó al primer peldaño de la tercera escalera y se detuvo. El agua había subido tanto que casi cubría toda la tercera escalera. Sam sumergió la cabeza en el agua, intentando ver alguna señal de Tom. Borboteaban burbujas por todas partes y salía vapor del acero al rojo vivo. El agua de mar, antes fría, estaba ahora caliente al tacto.

—¡Tom, dime que estás vivo!

Silencio.

Sam no esperó respuesta. Saltó al agua, soltó aire de su chaleco y se hundió hasta el fondo del casco. Los restos de la cubierta de acero descansaban en un ligero ángulo, unos veinte grados a su izquierda. Algo había impedido que quedara plana al llegar al fondo redondeado del casco. Se formaron burbujas de aire junto al borde del acero al convertir el agua de debajo en vapor, que ahora fluía como la espuma turbia que se encuentra en los rápidos de aguas bravas por el borde y hasta la superficie.

Recorrió algo más de medio circuito de la cubierta dañada antes de verlo bajo el borde afilado de la cubierta rota. Difícil de distinguir desde cualquier distancia debido a las burbujas, Sam sólo lo había notado porque cambiaba el contorno natural del flujo de burbujas. De cerca, pudo confirmar exactamente lo que era: el Sea Scooter de Tom, aplastado hasta unos ocho centímetros de grosor.

—Tom, ¿puedes oírme? —dijo.

Más silencio.

Sam alumbró con la linterna bajo la cubierta. Allí no había nada. Desde luego, no había señales del cuerpo de Tom. Eso tiene que contar para algo. Sam volvió a la superficie. Exploró la zona de arriba abajo. Seguía sin haber señales de Tom.

A punto de zambullirse de nuevo, sintió una mano en el hombro derecho y se volvió.

Tom le devolvió la sonrisa.

—¡Estás vivo! —dijo Sam, agarrándolo por el hombro.

Tom no respondió. Sam frunció el ceño. Unos instantes después, Tom le entregó una pizarra de buceo. En ella estaban las palabras: «Mi radio se ha estropeado».

Sam asintió con la cabeza y contestó.

—Ya veo. Vámonos de aquí.

Tom sacudió la cabeza. Garabateó en la pizarra de buceo: «No puedo irme. Sea Scooter muerto. No puedo nadar contra corriente».

Sam lo comprendió inmediatamente.

—¿Y si te remolco?

—¿Me tomas el pelo? Saldría por detrás como un remolque. Con tus habilidades al volante, prefiero arriesgarme nadando por mi cuenta.

—¿Quieres esperar a que cese el fuego o a que el barco se hunda por completo?

Tom empezó a escribir un nuevo mensaje. Le interrumpió una segunda fuerte explosión. Esta vez, aceite ardiendo empezó a derramarse en su compartimento. Tom tachó el mensaje y se limitó a escribir: «Probemos a tu manera».

Capítulo LXIV

Sam agarró los aceleradores izquierdo y derecho de la Sea Scooter y Tom sujetó sus grandes manos a los tobillos. Lo hacía engorroso a más no poder, pero Sam esperaba que la potencia total de la propulsión bi-jet del Sea Scooter lo superara. Sam maniobró lentamente la nave a través de la multitud de restos caídos que ahora había dentro del casco.

Al principio fue cauteloso, y entonces oyó la violenta sacudida de otra explosión. Instintivamente aceleró el paso. Desviándose hacia la izquierda para esquivar dos grandes cadenas de acero colgantes, quiso prepararse para avanzar lo más recto posible hacia la abertura del casco.

—¡Otra explosión! —gritó Tom.

El sonido del metal desgarrándose y luego cayendo le siguió inmediatamente. Sam renunció a su plan original de intentar una aproximación más larga, pero más recta, a la salvaje abertura de la nave. Ahora la veía directamente debajo y a su izquierda. El agua tumultuosa y caótica seguía fluyendo por la abertura relativamente diminuta a un ritmo endiablado.

Sam oyó el chapoteo cuando el acero que tenía encima golpeó el agua. Luego sintió una sensación de aplastamiento cuando Tom le apretó ambos tobillos.

—¡El tiempo se acaba! —gritó Sam.

Apuntó con el Sea Scooter hacia abajo y abrió ambos aceleradores al máximo. Sintió la embestida del agua de mar que se precipitaba sobre él como el choque de un pequeño camión. Fueron sacudidos hacia la derecha. Sam corrigió la dirección hacia la izquierda. Y entonces llegaron a la abertura: un tajo de metro y medio por metro y medio en el lateral del casco de acero.

El Scooter Marino se vio obligado a ir a gatas. La presión aumentó y Sam no estaba seguro de que fueran a conseguir atravesarla o de que saldrían disparados hacia el metal que caía. Enzarzado en una poderosa batalla entre la presión exterior y el potente sistema de propulsión bi-jet, Sam se arrastró a través de la abertura.

La presión cambió entonces. Detrás de él, los grandes restos de acero provocaron una ola expansiva directamente detrás de él. Fue suficiente para cambiar la batalla por el poder, y de repente el Scooter Marino tenía las de ganar.

Salieron disparados por la abertura. Un instante después estaban fuera del fuerte tirón hacia el agujero. Ya liberado, el Scooter Marino embistió como un toro al que se deja salir por una puerta.

Sam suspiró aliviado.

—Tenemos que recorrer medio kilómetro para despejar la superficie manchada de petróleo —dijo Sam—, y estaremos a salvo. De vuelta a la María Helena como héroes. Lo hemos conseguido. Una vez más hemos logrado lo imposible.

Sonrió.

—Este va a entrar en los libros de récords de la buena suerte.

Y entonces se les acabó la buena suerte.

Capítulo LXV

Sam volvió a respirar. Era difícil. El aire era de algún modo más espeso y resistente. Se obligó a respirar despacio y a llenar los pulmones.

Miró detrás de su hombro derecho. Le faltaba el borde del exoesqueleto de la escafandra autónoma. Debía de habérselo clavado en el borde afilado del casco roto del Mississippi. Por encima de él, la superficie manchada de petróleo se extendía más allá de lo que su visión podía abarcar.

A la tercera respiración, estaba completamente inconsciente. Ni siquiera podía compartir con Tom porque todo su sistema se había dañado, y ya no tenía dónde conectar el regulador secundario de Tom.

Sam espiró lentamente con los labios fruncidos. Hace unos cinco años, ganó la competición internacional de buceo libre en el Agujero del Diablo. Claro que entonces se había entrenado para ello, y lo que estaba en juego no era la vida o la muerte.

Mantuvo ambos aceleradores totalmente abiertos y el Scooter Marino chilló hacia la superficie despejada. Sam no tenía forma de llevar la cuenta del tiempo transcurrido, pero podía sentir cómo la euforia y el delirio se apoderaban de él.

Entonces vio la superficie despejada más adelante.

Condujo en diagonal para salir disparado por la superficie. En pocos segundos se quitó el casco y respiró profundamente varias veces aire fresco. Sólo que el aire no era fresco. Estaba lleno de humo y aceite. Pero era suficiente para mantenerlo con vida.

Tom se quitó el casco y examinó la sección que faltaba de la escafandra del exoesqueleto de Sam.

—Te dije que eras un pésimo conductor. Tuve que emplear toda mi fuerza para evitar que me lanzaran contra el borde de la abertura, y yo mismo me abrí como una lata de sardinas.

Sam sonrió.

—Oye, si no hubieras destrozado por descuido tu propia moto, no habría tenido que salvarte el culo. Pero me alegro de que estés vivo.

Tom miró los restos humeantes del Mississippi.

—Hay más humo del que recuerdo, pero no veo tantas llamas. ¿Crees que ha funcionado?

—Sé que fue así. La espuma volaba por todas partes a través de la abertura de la cubierta. Creo que acabamos de hacer un milagro para el medio ambiente local. —Sam pasó las manos por una protuberancia de su chaleco salvavidas. Recordó el vaso científico que le había dado Veyron—. Pero hay un problema. No he podido encontrar nada de ese

plancton verde fosforescente que Veyron quería que consiguiera. Lo que significa que no estamos más cerca de averiguar cuál es la causa.

Tom le sonrió. Sacó algo del bolsillo de su chaleco y dijo:

—¿Quieres decir algo de esto?

Capítulo LXVI

Amanecía cuando se apagó el último de los fuegos a bordo del Mississippi. Los solidificadores de petróleo hicieron su trabajo impidiendo la salida de más petróleo, lo que significaba que lo que quedaba sólo podía arder durante un tiempo. En la cubierta, el sistema fijo de rociado de espuma ahogó la vida de las últimas llamas.

En conjunto, fue probablemente la mejor respuesta a una casi catástrofe con un superpetrolero en el último siglo. También fue la más afortunada. Veyron y Tom habían cruzado antes en el Sea King para aparejar un cabo de dieciséis pulgadas a través del agujero de gato del Mississippi. El grueso cabo, utilizado para remolcar y amarrar, parecía diminuto comparado con el enorme superpetrolero. Se habían coordinado con Matthew y permanecieron allí mientras el María Helena se ponía en marcha.

Sam había hablado con los propietarios de la compañía petrolífera, que habían dispuesto que un astillero de Florida sacara el Mississippi del agua. También habían dispuesto que un buque cisterna seco se reuniera con el María Helena frente a la costa para decantar el petróleo restante antes de que el Mississippi fuera sacado del agua para ser reparado.

Sam permaneció en el María Helena para gestionar la logística de la limpieza del petróleo perdido. Los daños habían sido insignificantes teniendo en cuenta la cantidad potencialmente catastrófica de petróleo a bordo. Los propietarios de la empresa iniciaron sus planes de gestión de riesgos.

Eran casi las diez de la mañana y aún no había dormido. El Mississippi estaría remolcado al menos otras veinticuatro horas. Sam sonrió para sí. Por fin podría dormir un poco. Se duchó y estaba a punto de meterse en la cama cuando volvió a sonar el teléfono.

—¿Estoy hablando con el Sr. Sam Reilly? —Era la voz de una mujer. Cálida y segura. Y de algún modo familiar para él. Aunque no podía estar seguro de dónde situarla en concreto.

—Sí, ¿quién es? —respondió Sam.

—Me llamo Vanessa Croft.

—Sé quién eres. Acabas de ser el candidato demócrata a la presidencia.

—No sé si dado. Fue toda una pelea, pero sí, me presento a presidente.

Sam sonrió.

—Debes de ser una mujer muy ocupada, senador. ¿En qué puedo ayudarte? —Sam fue cortante, pero no poco amable.

—He oído hablar de lo que hiciste con el petrolero del Mississippi. Salvaste muchas vidas. Tanto en el barco como en las zonas circundantes. Por lo que me han dicho, toda la región podría haber sido destruida muy fácilmente si no hubierais llegado cuando lo hicisteis.

—De nada. Pero no me des demasiado crédito. He conseguido un gran porcentaje del remanente de casi dos millones de barriles de crudo. Han aceptado el formulario abierto de Lloyds; no te preocupes, seré bien compensado por mis esfuerzos.

—No seas ridículo, jovencito. Sé quién eres. Esa cantidad de dinero significa poco para ti. Lo hiciste porque querías salvar el medio ambiente de las catastróficas posibilidades de perder los dos millones de barriles en el océano.

Por supuesto que un político sabe distinguir cuando alguien miente. Debe de haber contado bastantes de las suyas como para saber una.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora? —insistió.

—Salgo para agradecerte personalmente tu ayuda. Y luego te diré exactamente lo que puedes hacer por mí y por tu país.

Capítulo LXVII

La senadora Vanessa Croft miró el superpetrolero averiado que había debajo. El helicóptero militar le proporcionó una vista de águila del desastre evitado al hacer un circuito desde arriba. Ella había insistido en obtener la información de primera mano. Sus ojos castaños oscuros, muy abiertos por la emoción, estudiaron los restos que ahora remolcaban.

El propio casco tenía una serie de ligeras ondulaciones que empezaban en la proa y se desplazaban unos dos tercios a lo largo del casco. Al principio se preguntó si formarían parte de la ingeniería naval del Mississippi para aumentar su resistencia. Entonces cayó en la cuenta. El casco había sido golpeado con una fuerza tan monumental que todo él había empezado a doblarse y a concertarse sobre sí mismo. Había varias grietas pequeñas donde el casco ya no podía soportar la fuerza de la flexión. La cubierta estaba negra. Las marcas de quemaduras alcanzaban toda la eslora del barco y casi la mitad del puente elevado hacia su popa.

Al menos veinte ingenieros habían sido trasladados a la nave y estaban trabajando abajo para garantizar que se mantuviera a flote el tiempo suficiente para que se decantara el petróleo. Observó cómo se movían caóticamente por la cubierta.

Sintió que se le aceleraba el corazón al pensar en su primera declaración a la prensa. *Los héroes seguían trabajando furiosamente para salvar el océano*. Los dioses de las elecciones le habían sonreído amablemente y le habían proporcionado una historia que la llevaría a la Presidencia. Ella nunca habría podido permitirse ese tipo de publicidad con su propio presupuesto.

Vanessa sabía que un buen candidato era votado por el amor de la nación, pero es más probable que un candidato sea votado por el odio de una nación. Canaliza ese odio y las turbas te llevarán directamente a la cima. La única diferencia de su circunstancia, en contraste con la de muchos dictadores, era que, en este caso, las turbas tenían derecho a estar enfadadas, y ella era la buena que iba a hacer las cosas bien de nuevo.

El helicóptero se acercó al barco que remolcaba al Mississippi. Parecía más grande que un remolcador. Más bien parecía un rompehielos, readaptado para otro fin -aunque el qué, nadie podía adivinarlo con sólo mirarlo. El barco era azul cielo con la cubierta gris. En un lateral del casco aparecían las palabras *María Helena*, y debajo, *Deep Sea Projects*. Tenía un gran puente elevado situado hacia la mitad de la nave, y una popa totalmente plana. Un único

helicóptero se alzaba orgulloso amarrado al helipuerto. No tenía ni idea de qué tipo de helicóptero y tampoco le importaba. Detrás, una marca con la letra H indicaba que era capaz de soportar dos helicópteros.

En definitiva, resumió que el navío era demasiado orgulloso para ser un remolcador de gran tamaño y demasiado modesto para ser el juguete de un multimillonario. Por supuesto, ella ya sabía quién era el propietario. La propia Secretaria de Defensa había ocultado intencionadamente su propósito. Cualquiera que fuera el proyecto en el que participaba Sam Reilly, así como la tripulación que empleaba, estaban envueltos en un oscuro manto de secretismo y en una especie de inmunidad tácita frente a la observación del gobierno. Podría haber adivinado que, bajo su apariencia de remolcador, el María Helena contaba con algunos de los equipos submarinos más avanzados del mundo.

El helicóptero entró en tierra. Cuando las palas del rotor se posaron, se fijó en un joven que esperaba en la entrada del puente principal. Llevaba una camisa blanca con cuello en V, pantalones cargo y no llevaba zapatos. Una mirada le dijo que aquel hombre era atlético y había pasado su vida al aire libre. Llevaba una sonrisa despreocupada que ella reconoció al instante.

Era el héroe que iba a darle la Presidencia.

Capítulo LXVIII

Sam la observó salir del helicóptero. Era alta, pero no demasiado. Tal vez uno setenta o uno ochenta. Delgada sin estar por debajo de su peso. Llevaba un polo azul liso y vaqueros sobre botas de cuero. Llevaba un pequeño botón de la bandera estadounidense sobre el pecho derecho. Le daba el aspecto realista de alguien que va a hacer un trabajo, más que a competir por el puesto de presidente.

Se acercó directamente a él. Su paso era seguro. Su postura era erguida y enérgica. Sam pensó que podría haber sido militar o, al menos, haber pasado algún tiempo realizando tareas externas que le exigieran mantener su físico. Definitivamente no era una burócrata ni una chupatintas, decidió. Sam no recordaba mucho sobre su pasado. Había ignorado intencionadamente gran parte de las noticias y la propaganda sobre las primarias. Por lo que a él respectaba, hasta que los partidos no hubieran elegido a sus candidatos, los candidatos le estaban haciendo perder el tiempo a él y a los demás, cuando cada uno tenía su propio trabajo que hacer.

—¿Señor Reilly? —preguntó ella, ofreciéndole la mano—. Soy la senadora Vanessa Croft.

La agarró. Tenía un apretón de manos firme, pero no agresivo.

—Sí, señora. Bienvenida a bordo.

—Gracias. Es un placer conocerte. Creo que yo, junto con el pueblo estadounidense, tenemos contigo una gran deuda de gratitud. Arriesgaste tu vida por el medio ambiente. ¿Hay algo que pueda ofrecerte a cambio?

Sam sonrió.

—De nada, pero no hay nada que puedas ofrecerme que no tenga ya. Sólo doy gracias por haber tenido suerte y no haber sufrido otra terrible catástrofe petrolífera que destrozara nuestra costa.

—Deberías ser reconocido y recompensado por tus esfuerzos.

—Olvídalo. Los propietarios aceptaron la Forma Abierta de Lloyds, lo que significa que tengo derecho a un porcentaje del valor del barco y de todo lo que transportaba. Da la casualidad de que transportaba casi dos millones de barriles de crudo. Dado que estaba ardiendo y a punto de perder toda su bodega, solicitaré al menos el cincuenta por ciento de su valor. Seré bien compensado.

—Sé quién eres Sam Reilly, esa cantidad de dinero no significa nada para ti. Lo hiciste porque querías salvar el medio ambiente y estoy aquí para elogiarte por ello.

Sam volvió a sonreír. —Así que ha conocido a mi padre. Seguro que le ha dado dinero para su campaña. Acompáñame a la Sala de

Misiones y te informaré sobre esas olas monstruosas. Seguro que eso es mucho más importante para ti que hacer un espectáculo sobre un héroe.

En la Sala de Misiones, Sam le acercó una silla, pero ella la rechazó. En vez de eso, prefirió permanecer de pie mientras examinaba una foto de un yate de carreras navegando. El yate estaba escorado hacia un lado y en el otro había varios hombres y dos niños.

—Éste debía de ser tu padre. Parece que tenía una edad parecida a la tuya ahora. Tú y él se parecen mucho a una edad similar. Y eso significa que uno de estos chicos es un joven Sam Reilly. El otro debe de ser tu hermano. —Dejó de hablar mientras observaba su rostro—. Lo siento mucho. Había olvidado tu tragedia familiar.

El hermano de Sam, Danny, había perdido la vida intentando protegerle durante una regata de Sídney a Hobart cuando aún eran niños. Sam había pasado mucho tiempo intentando huir del océano y, cuando por fin se dio cuenta de que era imposible, se pasó los años siguientes intentando recrear los acontecimientos de aquella noche, de alguna manera en busca de una respuesta, por qué Danny había perdido la vida y él no.

—No pasa nada. Fue un accidente. Los dos éramos jóvenes y demasiado confiados. Mi hermano murió intentando mantenerme a salvo. Era mejor hombre de lo que yo nunca fui, y desde entonces he pasado todos los días intentando estar a la altura del hombre en el que él debería haber tenido la oportunidad de convertirse.

—Creo que estaría orgulloso de lo que eres. —Dejó de sonreír por primera vez desde que había llegado. Miró la siguiente foto, con expresión pensativa—. He perdido a alguien cercano a mí. A mi hijo. Eso cambia a una persona. Les da la oportunidad de ser mejores de lo que nunca podrían haber sido, si les hubieran dado la vida que querían. Si hubieran sido normales. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, señora. —Y Sam lo hizo. Se había arriesgado para conseguir cosas que nunca habría conseguido si su hermano siguiera vivo. La muerte de Danny le había cambiado de un modo que no podía medirse. Se veía a sí mismo con un propósito más elevado que su propia gratificación inmediata.

Se volvió hacia él.

—Ésta es la quinta ola monstruosa que hemos tenido en las últimas cinco semanas. Creo que estabas a punto de decirme por qué este suceso, supuestamente extremadamente raro, sigue hundiendo nuestras naves.

Capítulo LXIX

En la sala de misiones del María Helena, Sam pasó por el tedioso proceso de explicar todos los acontecimientos que habían conducido a su actual evaluación de las repentinamente frecuentes olas monstruosas. Empezando por la queja de su padre de que había perdido tres cargueros en un mes, hasta la pérdida de su antiguo amigo del instituto, Luke Eldridge. Le habló de los Antiqui Nautae y de las pruebas de que una vez utilizaron la carretera de Bimini para crear olas grandes y antinaturales que luego utilizaron para atacar a los barcos occidentales durante el siglo diecisiete.

Vanessa escuchó atentamente. Se detuvo unos segundos. Quizá diez. Había trabajado en política durante los últimos ocho años, pero antes había sido científica. Vanessa sabía cómo asimilar información compleja y separar las partes relevantes de las que carecían de sentido. Entonces levantó la vista.

—¿Crees que el plancton fosforescente ha sido modificado genéticamente para crear agua en movimiento, que luego golpea la carretera de Bimini haciendo que aumente de altura y forme una ola rebelde perfectamente vertical?

—No —la respuesta de Sam fue inmediata—. El plancton es a la deriva por definición, lo que significa que necesita el movimiento del agua del mar para llevarles nutrientes o a ellos nutrientes. Pero estoy seguro de que intervienen en el proceso. Quizá atraen a criaturas más grandes que luego se desplazan por la carretera de Bimini creando el movimiento necesario para crear la ola, bajo un oleaje ya de por sí caótico.

—Eso me parece bastante descabellado.

Sam dio un golpecito en el escritorio.

—Yo también. Como ya he dicho, lo único que sé es que la historia de una fosforescencia asombrosamente brillante antes y durante la ola rebelde ha sido descrita por el capitán de cada barco alcanzado por una ola rebelde en las últimas seis semanas.

—El plancton bioluminiscente no siempre brilla. Se necesita energía para fabricar las sustancias químicas que les permiten brillar. Sería un desperdicio de esa energía brillar durante el día, igual que estarías desperdiciando pilas si utilizaras una linterna en un día soleado. Normalmente se utiliza como respuesta a un depredador. En teoría, la luz se enciende, iluminando al depredador más grande, que entonces se convierte en la presa.

—Así pues, la pregunta es: Si el plancton bioluminiscente está asustado, ¿dónde está su depredador?

—Exacto —sonrió, con su sonrisa de política más engreída—. Por supuesto, ni siquiera me importa quién era su depredador. Lo que quiero es detener esas olas rebeldes, y por lo que me cuentas, parece bastante sencillo: sólo tenemos que destruir la carretera de Bimini.

Sam sonrió. Le gustaba la acción en lugar de la retórica y le sorprendía encontrarla en un político.

—Sí.

—Algunos lo verán como una pérdida terrible para la historia de la región, pero a mí me preocupan mucho más los vivos en este momento.

—No podría estar más de acuerdo. De hecho, ayer organicé la salida de una barcaza de Florida. En ella había tres enormes bloques de hormigón. Lo bastante grandes como para actuar de muro de contención en la punta de la carretera de Bimini. Nunca más se producirá una ola rebelde.

Le sonrió amablemente.

—Bueno, Sr. Reilly, veo que tienes la situación bajo control. Te dejo con ello. Me voy a hacer una declaración a la prensa y a sacar el máximo partido de esta historia para mi campaña, mientras tú vas a salvar el día en secreto.

—Gracias, señora —Sam se alegró de librarse de ella. Había algunas cosas que tenía que hacer para resolver este problema actual que requerirían un manejo delicado o años de trámites burocráticos. Y no tenían años. Técnicamente, no le correspondía aprobar la destrucción de la carretera de Bimini. Estaba dentro de la jurisdicción del gobierno de la Mancomunidad de las Bahamas. Y tardaría años en aprobarse. Sabía que cuanto menos se enterara su propio gobierno, mejor. El mejor tipo de negación plausible es el que los gobiernos realmente desconocen.

Se dio la vuelta, a punto de marcharse.

Sam se levantó para acompañarla a la salida.

—Por cierto, has llegado muy rápido —era casi una acusación.

Sonrió. Como todos los políticos, tenía la respuesta preparada antes de que nadie hubiera desarrollado la pregunta.

—Sí, me dirigía a hablar en Miami; irónicamente, se suponía que iba a pronunciar un discurso sobre los problemas de la industria petrolera.

—Supongo que pronunciarás ese mismo discurso, ahora con el telón de fondo de algunos animales marinos muertos, asfixiados por el petróleo derramado.

—¿Está mal utilizar las vívidas imágenes de una catástrofe cercana para resaltar un mensaje al pueblo estadounidense?

—Depende. ¿Cuál es el mensaje?

—Que tenemos que invertir en tecnologías y fuentes de energía

futuras si queremos sobrevivir en este planeta.

—¿Es eso lo que hace el gobierno estadounidense? —era la segunda vez que se enfrentaba a su postura en cuestión de minutos.

Sonrió. Consciente de sus quejas sobre la postura del gobierno ante el calentamiento global y las fuentes de energía alternativas.

—Lo será si me convierto en el próximo Presidente de los Estados Unidos de América.

Sam estaba a punto de dar su opinión, cosa que rara vez hacía sobre política.

En su lugar, Elise entró en la Sala de Misión.

—Sam, Veyron acaba de poner la muestra del agua de mar resplandeciente bajo el microscopio. Los dos vais a necesitar verlo.

Capítulo LXX

Sam siguió a Elise por tres tramos de escaleras hasta la bodega de popa del María Helena, donde estaba su laboratorio científico. Ni él ni la senadora Croft hablaron. Ambos se limitaron a seguirla. La sala era grande. Aproximadamente seis metros de ancho por diez de largo. En el centro había una serie de mesas rectangulares a una altura cómoda para trabajar de pie. No había sillas en la sala. Sobre las mesas había siete microscopios con varios portaobjetos alineados y tres placas de Petri. Una computadora portátil estaba abierta y en proceso de calcular algo; el temporizador indicaba que quedaban otros once minutos. Sam la reconoció como la laptop de Elise.

Veyron les ignoró mientras se acercaban. Su ojo derecho firmemente clavado en el extremo de un microscopio. Su mano izquierda daba golpecitos en la mesa. El resto de su cuerpo estaba rígido, como paralizado. Sam conocía esa mirada. Sólo la había visto una vez: cuando había aceptado sacrificar su submarino más preciado para salvar la vida de más de mil trabajadores mexicanos.

Al apartar la vista un momento para colocar un nuevo portaobjetos en el microscopio, Veyron se dio cuenta de que Sam y la senadora Croft habían entrado. Tenía la mandíbula ligeramente apretada, pero por lo demás podría haber sido cualquier otro día de trabajo. Sam había aprendido hacía tiempo que Veyron solía ser difícil de leer y que estaba más acostumbrado a relacionarse con sus máquinas que los demás miembros de María Helena. Sam esperaba haber malinterpretado hoy la postura de Veyron.

Su impresión inicial se confirmó un instante después. Veyron ignoró cualquier galantería o reconocimiento de su llegada y se limitó a empezar con su problema.

Veyron colocó un nuevo portaobjetos bajo el microscopio.

—¡Mira lo que ha creado un idiota! Diría que es una hermosa obra de ingeniería, si no fuera tan completamente letal.

Sam se inclinó para poder mirar por el ojo del microscopio. Con la mano derecha ajustó la lente para enfocar.

—Así que es fitoplancton —dijo Sam con un entusiasmo incómodo —. Hay dos tipos principales de fitoplancton, o algas que utilizan la fotosíntesis para crecer: los dinoflagelados y las diatomeas. —Sam siguió explicando, basándose en su experiencia en biología marina, para que todos estuvieran en la misma página—. Los dinoflagelados utilizan una cola en forma de látigo, o flagelos, para desplazarse por el agua y sus cuerpos están cubiertos de conchas complejas. Las diatomeas también tienen conchas, pero están hechas de una sustancia

diferente y su estructura es rígida y está formada por piezas entrelazadas. Las diatomeas no dependen de los flagelos para desplazarse por el agua, sino de las corrientes oceánicas.

Vanessa perdió su fachada de paciente control.

—Los científicos creen que la Noctiluca parpadea para sobresaltar o ahuyentar a sus depredadores. La bioluminiscencia también podría atraer a depredadores más grandes para que se coman a los depredadores de la Noctiluca. Ya hemos pasado por esto, ¿cuál es el nuevo descubrimiento?

Sam suspiró.

—Sigo buscando. Parecen normales.

—¿Lo hacen? ¿Cuántos flagelos ves? —preguntó Veyron.

Sam aumentó el aumento e intentó enfocar un solo dinoflagelado. Luego contó.

—¡Santo cielo, hay ocho!

Veyron puso la mano en el hombro de Sam.

—Sí.

—¿Así que estamos ante dinoflagelados, con ocho flagelos para la propulsión?

—Así es —confirmó Veyron.

Vanessa señaló lo que todos los presentes estaban pensando.

—Han sido modificados genéticamente para moverse y propulsarse más rápido.

—Eso es lo que estoy pensando —respondió Veyron—. Pero ni de lejos lo suficientemente rápido como para crear una ola rebelde. En cambio, tengo una teoría que Elise confirmó mediante modelización informática.

—Bueno, no me dejes en suspenso —dijo Vanessa.

—Estos dinoflagelados utilizan sus ocho flagelos para unirse a otros. Son trepadores.

—¿Escalada? —preguntó ella.

—Imagínatelo: una pared de agua y plancton de cien o doscientos metros, unida en estado sólido. —Veyron esperó lo suficiente para que ella cerrara los ojos y se lo imaginara.

Vanessa cerró los ojos.

—De acuerdo, entendido.

—Ahora, imagina que el plancton se soltara simultáneamente en un lado de la pared, mientras que la parte posterior de la pared mantuviera su integridad estructural.

—Podrían apuntar específicamente a la dirección del movimiento del agua de mar.

—Exacto. Pero incluso esto por sí solo sólo causaría un chapoteo infernal. Quienquiera que diseñara estas cosas aún necesitaría la carretera de Bimini para formar la forma de la Ola Pícara.

—De acuerdo, Sam me ha dicho que se ha encargado de bloquear permanentemente la carretera de Bimini, lo que evitará que esto sea problema de nadie. ¿Estás de acuerdo, Veyron?

Veyron ignoró su pregunta.

—Aún no he terminado con el espectáculo. —Agarró una jeringa precargada e inyectó un solo microlitro, o una milésima de mililitro, en el portaobjetos—. Ahora mira cómo crecen, Sam.

—El fitoplancton es famoso por su capacidad de procrear si se dan las condiciones adecuadas, es decir, calor, luz solar y nutrientes. Como organismo unicelular, se multiplica por división celular, dividiéndose en dos células cada veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Puede cubrir rápidamente kilómetros de agua marina en cuestión de semanas.

—Sólo mira —dijo Veyron.

Sam respiró hondo.

—Oh, mierda. Tenemos un problema, ¿no?

Capítulo LXXI

Las células dinoflageladas, que de otro modo estarían inactivas, cobraron vida. La división celular comenzó inmediatamente. Sólo que no se dividían cada veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Se dividían rápido, muy rápido. Ni siquiera podía empezar a calcular a qué velocidad.

—Es muy rápido, ¿verdad? —dijo Sam.

La computadora de Elise dejó de intentar realizar el cálculo.

—Mi computadora me dice que se están multiplicando a un ritmo de uno cada cuatro minutos.

—Eso no puede estar bien —dijo Sam.

—Al menos no de forma natural —convino Veyron—. No, alguien ha entrado intencionadamente en el ADN y ha cambiado el código.

—¿Por qué querría alguien acelerar la evolución?

—Es una forma más rápida de ver la respuesta de un organismo a un estímulo externo —respondió la senadora Croft—. Antes de la política fui científica medioambiental. A menudo utilizábamos ratones, cuya esperanza de vida es sustancialmente más corta que la nuestra, para comprender su respuesta fisiológica a lo largo de muchas generaciones. De ese modo, podíamos obtener en cinco años resultados que nos llevarían más bien quinientos si estuviéramos observando a seres humanos.

—Bien, entonces quien haya hecho esto quería aumentar la velocidad del ciclo evolutivo del plancton, pero ¿para estudiar qué? —dijo Sam.

La senadora Croft se puso a su lado.

—¿Me permites?

—Claro, echa un vistazo. A ver qué te parece.

—¿Quizás simplemente querían producir en masa las criaturas modificadas genéticamente para poder crear una ola rebelde? —sugirió Vanessa.

—Eso es lo que pensamos al principio —respondió Veyron—. Por desgracia, la razón es mucho más peligrosa. Teníais razón en una cosa. Intentaban acelerar la evolución, pero no por la razón que ambos soponen.

—¿Y entonces? —insistió Sam.

Veyron sacó la diapositiva del microscopio actual y la colocó en otro.

—Intentaban alcanzar el siguiente nivel de evolución del plancton. Aproximadamente un millón de peldaños por encima de su escala natural de evolución. Intentaban fabricar un arma que pudiera

destruir el mundo.

Sam sintió el cosquilleo de la muerte en la columna vertebral cuando empezó a comprender exactamente lo que estaba ocurriendo.

—Precisamente, ¿qué había dentro de ese líquido que les diste de comer?

—Una combinación de varios oligoelementos, como oro, plata, platino y arena común o, más exactamente, silicona —Veyron lo estudió para ver si reaccionaba—. Ahora, échale un vistazo con un microscopio electrónico.

Sam miró por el visor. Sus peores temores se confirmaron.

—Tienes que estar de broma. Eso es imposible.

Capítulo LXXII

Sam quería gritar. *Había nanopartículas moviéndose dentro de la célula*. Era imposible. Las investigaciones que había leído sugerían que faltaban al menos treinta o cuarenta años para que existiera este tipo de tecnología. Las nanopartículas no se movían simplemente de un lado a otro, sino que lo hacían con un propósito. Realizaban una tarea.

Pero, ¿qué tarea? Le llevaría meses examinar adecuadamente la tecnología. No era un experto, e incluso Veyron necesitaría la ayuda de un especialista para comprender cómo funcionaba. El hecho era que funcionaba. Alguien había descifrado el código. No tenía sentido, si alguien podía desarrollar semejante tecnología, ¿por qué la utilizaría para crear olas rebeldes? Si querían riquezas, las tendrían. Todos los capitalistas de riesgo del mundo estarían ofreciéndose a invertir miles de millones en nanotecnología funcional. En cambio, la comunidad científica no la reclamaba.

Corriendo libre y matando gente.

Siguió examinando lo que veía, intentando determinar una razón que lo hiciera falso. Un truco de la mente. Cualquier cosa para desacreditar lo que era imposible. Ciencia ficción, nada más. Ajustó el microscopio electrónico, buscando respuestas. Recordando sus días de ciencias básicas en el MIT, su profesor de química le explicó una vez que uno de los problemas del estudio de las moléculas era el hecho de que son muy, muy pequeñas. Lo de pequeñas, por supuesto, es un eufemismo. Al medir partículas y moléculas, se refería a los nanómetros y a la masa molecular. Los nanómetros, *abreviados nm*, eran mil millonésimas partes de un metro de longitud, y la masa molecular se refería a la cantidad de electrones dentro de un átomo.

Resulta que, con la luz, no puedes ver cosas más pequeñas que su longitud de ola: simplemente la atraviesa. La luz visible tiene longitudes de ola comprendidas entre 400 nm para el azul y 700 nm para el rojo, por lo que con ella sólo puedes ver cosas de este tamaño o mayores.

Las nanopartículas suelen tener un tamaño aproximado de 10 nm, algunas más grandes y otras más pequeñas. Sólo puedes verlas con diversos tipos de microscopios electrónicos, que utilizan un haz de electrones acelerados como fuente de iluminación. Como la longitud de ola de un electrón puede ser hasta 100.000 veces más corta que la de los fotones de luz visible, el microscopio electrónico tiene un poder de resolución mayor que un microscopio óptico y puede revelar la estructura de partículas mucho más pequeñas. El acuerdo actual entre los grupos que establecen las normas científicas es que la escala de 1 -

100 nm define el rango de tamaño de una nanopartícula. Por debajo de 1 nm puede excluirse para evitar llamar partícula a los grupos de átomos, pero la bibliografía contiene referencias a partículas de menos de 1 nm.

Cuando observó el fitoplancton unicelular a través de un microscopio estándar, Sam sólo vio las estructuras de la célula, no las nanopartículas que funcionaban en su interior. Esto se debía a que los dinoflagelados tenían entre 1 y 4 milímetros de longitud, fácilmente visibles utilizando la longitud de ola natural de la luz, mientras que las nanopartículas tenían una longitud muy inferior a 100 nm.

Sam entrecerró el ojo derecho, intentando distinguir qué tarea estaban consiguiendo dos pequeños movimientos de nanopartículas.

—No lo entiendo. ¿Qué ocurre después de la división celular?

—¿Qué es lo que no entiendes? —respondió Veyron—. Los dinoflagelados se dividen como lo harían normalmente, produciendo dos células a partir de una. Al final, normalmente después de ocho divisiones, la célula original pierde su integridad y muere, mientras que las otras siguen reproduciéndose. Es una proliferación natural.

—Lo entiendo —dijo Sam—. Sabes que fui biólogo marino en una época, ¿verdad? Se llama mitosis. Durante la cual, una célula madre duplica todo su contenido, incluidos sus cromosomas, y se divide para formar dos células hijas idénticas.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Veyron sin ocultar la frustración en su voz.

—La célula que estoy observando tiene nanopartículas complejas en su interior. De la finalidad de las cuales aún no tengo ni idea, pero aun así, alguien tardaría semanas o meses en construir tales partículas en un laboratorio. Entonces, ¿qué ocurre con ellas cuando la célula se divide?

Veyron dio un golpecito en la mesa. Volvió a sentir ansiedad.

—Los nanobots se reproducen con ellas.

Capítulo LXXIII

—¡Han encontrado el santo grial! —gritó Sam—. ¿Me estás diciendo que quienquiera que los haya creado ha encontrado una forma de autorreplicar nanobots?

—Eso es precisamente lo que te estoy diciendo.

Uno de los principales problemas que tienen los científicos para hacer utilizable la nanotecnología es que, debido a su tamaño microscópico, sería necesario que un gran número de ellos trabajasen juntos para realizar alguna tarea específica. Una teoría consiste en fabricar suficientes nanobots para que trabajen colectivamente y consigan un objetivo común, del mismo modo que las abejas o las hormigas consiguen un objetivo para su reina, que de otro modo sería imposible individualmente.

El número de nanopartículas individuales necesario para construir nanomáquinas capaces de funciones como la detección, la comunicación, la navegación, la manipulación de otras partículas, la locomoción y la computación, sigue siendo una incógnita en el ámbito de la teoría. De hecho, la ciencia y la tecnología están aún potencialmente a cientos de años del nivel de ingeniería detallada necesario para fabricar máquinas tan diminutas. El obstáculo siempre ha sido que el tiempo que se tardaría en construir la primera es considerable, pero el tiempo que se tarda en construir la segunda, y la tercera, y así sucesivamente, es el mismo. Fabricar millones hace que un proyecto así sea imposible debido a la insuperable cantidad de tiempo que se necesita para hacerlo.

Sam negó con la cabeza.

—¡Han creado la fabricación molecular mediante replicadores de alimentación libre!

—¿Replicadores de alimentación libre? —El senador Croft fue el primero en intervenir—. ¿Quieres decir que buscan nutrientes en la naturaleza?

—Sí —respondió Sam—. Necesitan materiales para replicarse. Al igual que la luz solar, el calor y los nutrientes orgánicos que necesita su fitoplancton huésped, los nanobots necesitarían materiales como silicona, oro, plata y platino, además de otros oligoelementos. Para que las condiciones fueran las adecuadas para que estas criaturas simbióticas proliferaran en el número necesario, como una floración de algas, tanto los nanobots como el fitoplancton tendrían que reunir las condiciones perfectas.

—No fue un accidente que chocara contra el Global Star, fue tras la carga —dijo Veyron.

—¿Qué quieres decir? Llevaba un cargamento de coches alemanes.

Veyron colocó un papel delante de Sam.

—Aquí está el manifiesto de la nave Global Star. Estaba lleno de coches alemanes de alta gama. Audis, BMW, Mercedes. ¿De qué están llenos?

—Asientos de cuero e insignias con nombre demasiado caras —respondió la senadora Croft, sin ocultar el sarcasmo en su voz.

—Microchips —dijo Elise.

Veyron miró a Sam.

—¿Recuerdas cómo los tabiques de acero que dividían el casco del Global Star fueron carcomidos por algo? Los nanobots no estaban canibalizando el acero, estaban creando aberturas para pasar a los cascos de almacenamiento, que contenían los vehículos y, lo que es más importante, sus microchips. Necesitamos saber qué transportaban las otras naves.

Sam se levantó.

—Haré una llamada a mi padre y te daré las respuestas.

Buscó el teléfono en el bolsillo izquierdo del pantalón corto y subió las escaleras hasta la cubierta trasera del María Helena. Necesitaba estar solo. Podía oír el esfuerzo creciente de los motores diésel gemelos del barco. Sam miró detrás de la cubierta de popa. El mar estaba en calma y el superpetrolero, arrastrado por el cable de remolque, se deslizaba por el agua.

Luego pulsó el botón de llamada.

Su padre, James, descolgó al primer timbrazo.

—Hola Sam, ¿has encontrado ya a alguien que pague mis cargueros averiados?

—No. Es una larga historia, pero he encontrado la causa de las olas y sigo buscando a quien las creó. Pero tenías razón: alguien las fabricó.

—¿Qué necesitas? —respondió su padre, rápido al grano.

Sam se acercó al otro lado de la cubierta y se quedó mirando el agua cristalina. Era una mala costumbre cuando estaba estresado.

—Necesito saber qué transportaban los otros dos cargueros.

—Nada importante. Desde luego, nada que nadie fuera a salvar tras su hundimiento, si es eso lo que quieres decir.

—No, pero necesito saber qué enviaban exactamente —respondió Sam.

—El Tahila llevaba un cargamento de microchips y el Arkansas unos dos millones de smartphones a bordo —James hizo una pausa—. Dime, ¿crees que todo esto tenía que ver con el terrorismo industrial? No iban a por mí. Intentaban manipular el lanzamiento del nuevo smartphone o las acciones tecnológicas.

—No, no lo sé. Te diré exactamente de qué se trata en cuanto lo

haya parado.

—De acuerdo, hazlo, por favor. Por cierto, buen trabajo salvando al Mississippi. He oído que has conseguido que los propietarios acepten el formulario abierto de Lloyds. Debe de haber sido un buen día de paga. Bien hecho.

—Gracias, papá. Tengo que irme.

Sam bajó corriendo las escaleras, de tres en tres.

—Tenías razón, Veyron —Sam volvió a deslizar el teléfono en el bolsillo—. Están buscando comida para aumentar su número y poder colonizar. Sus ataques han sido calculados y precisos. Sabían qué naves tenían los materiales que necesitaban.

—¿Qué llevaban? —preguntó el senador Croft.

—¡Microchips y smartphones!

Elise sonrió.

—Todos pensáis que estos nanobots tienen como objetivo naves concretas y planean derrocar el mundo. Eso no es posible —Elise miró a Veyron, contando con su mente de ingeniero para respaldarla—. Estamos hablando de programación básica y ecuaciones matemáticas. Cosas como: tensar flagelos y relajar flagelos. Acciones y vías sencillas que conducen a una toma de decisiones aparente. No hablamos de inteligencia artificial.

—Hundieron barcos que transportaban coches, microchips y smartphones. ¿Y crees que no son inteligentes?

—Simplemente siguen una programación básica. Además, acaban de intentar hundir un petrolero. Dime una razón que les beneficiara. En todo caso, si hubieran tenido éxito, el petróleo se habría derramado en el océano, destruyendo el plancton y la vida marina a cientos de kilómetros.

La sala se quedó en silencio.

Elise era, con diferencia, la persona más joven a bordo, pero su mente excepcionalmente analítica fue la primera en señalar el fallo evidente de su forma de pensar.

Sam oyó los pasos apresurados de alguien que bajaba las escaleras. Era Matthew. Sam echó un vistazo a su rostro cabizbajo.

—¿Qué pasa?

—La barcaza se hundió a tres kilómetros de la carretera de Bimini. No hubo supervivientes.

Capítulo LXXIV

Sam estrelló uno de los vasos de nanobots contra el suelo. Fue una reacción instintiva, y se arrepintió de haberlo destruido casi de inmediato. Había encargado a la barcaza que trasladara los bloques de hormigón. Ni siquiera había dicho a la tripulación por qué quería que tiraran los bloques de hormigón a la carretera de Bimini. Ahora estaban muertos y era culpa suya.

—Eso lo confirma. Están mucho más avanzados de lo que creíamos. Tenemos que destruir la carretera de Bimini y luego encontrar su nido.

—¿Crees que asesinaron a la tripulación de la barcaza para proteger la carretera de Bimini? —preguntó Elise.

—Sí —respondió Sam.

Elise hizo clic en el icono de un satélite de su computadora portátil. Se desplazó hacia abajo hasta que la imagen del tiempo presente mostró la isla de Bimini Sur. Luego aumentó la imagen hasta que pudo ver los restos destrozados de la barcaza a unos seis metros de profundidad.

—¿Cómo podían saber que les habías ordenado bloquear la carretera de Bimini?

—No tengo ni idea, pero las pruebas son claras.

—Lo que significa que está declarando formalmente la guerra —la senadora Croft adoptó inmediatamente un aire de autoridad—. Estoy harta de esto. Voy a hacer una llamada al Departamento de Defensa. Cuando la carretera de Bimini haya recibido unos mil proyectiles antibúnker, aquí no volverá a haber una ola rebelde.

Sam se levantó. Abrió la boca para hablar. Luego la cerró y volvió a sentarse, tras haber pensado mejor su argumento.

Ella le sonrió.

—No te preocupes, no vamos a apropiarnos de ella. Nadie sabrá nunca que acabamos de erradicar un antiguo yacimiento en aguas extranjeras. Además, si se inicia una guerra con nuestros vecinos, al menos es un adversario que podemos ver a simple vista. ¿Alguien tiene algún problema con eso?

—No, tenemos que destruirlo antes de que se haga más fuerte y se pierdan más vidas —asintió Sam.

—Bien —la senadora Croft se puso en pie—. Sr. Reilly, una vez que la carretera de Bimini esté destruida y le hayamos quitado los dientes a esta bestia, le estaría muy agradecida si pudiera ayudarme localizando su nido, para que podamos destruirla por completo.

Capítulo LXXV

Al día siguiente, el María Helena se acercó al puerto principal de Florida. Tres remolcadores se dirigieron hacia ellos y tomaron el control del superpetrolero averiado Mississippi. Liberado de sus tareas de remolque, el María Helena fue conducido al puerto local para repostar y aprovisionarse. Tom regresó al María Helena en un runabout local, después de haber supervisado el remolque del Mississippi durante todo el viaje desde el puente del barco siniestrado.

Sam estiró las piernas dando un paseo hasta una cafetería al final del muelle. Tom le acompañó en el paseo. Era un grasiento comedor de veinticuatro horas, acostumbrado a atender las necesidades de los trabajadores del muelle y a garantizar grandes cantidades de tocino fresco, huevos y rico café a todas horas. Se sentaron en un reservado. Sam pidió algo grande y grasiento del menú. Ignoró la cafetera. Empezó a poner a Tom al corriente de su descubrimiento sobre los nanobots, de su teoría de que las máquinas simbióticas tenían un nido y se preparaban para colonizar. Por último, terminó contándole que la senadora Croft había dispuesto que bombardearan la carretera de Bimini.

Al terminar, Tom llenó su taza con una segunda rola de café solo y sonrió.

—Entonces, supongo que ya no tengo que preocuparme de que me hagas bucear por la carretera de Bimini.

—No. Pero tenemos trabajo que hacer.

—¿Quiere que encuentres el nido? —adivinó Tom.

—Siguen ahí fuera. Y evolucionan rápidamente. Ahora mismo son inofensivos, pero en el futuro podrían encontrar la forma de volver a atacar.

—Entonces, ¿cómo los encontramos?

—De la misma forma que la última vez. A Elise se le ha dado el control de una serie de satélites específicamente para buscarla —dijo Sam.

—Hay mucho mar que cubrir.

—Elise ha desarrollado un programa para buscar específicamente plancton de crecimiento rápido y fosforescencia.

—¿Y una vez que lo encontremos?

—Veyron está desarrollando un plan para matar a las máquinas microscópicas.

Capítulo LXXVI

Dos semanas después, no habían encontrado ningún indicio de la colmena de nanobots. Se habían recogido muestras de plancton vivo en más de cuarenta lugares del océano Atlántico, centrándose en las zonas a lo largo del ecuador, donde las condiciones eran perfectas para la proliferación del plancton. Se observaron tres floraciones de algas inusualmente grandes, pero todas dieron negativo en nanopartículas.

A las ocho de la mañana, Sam convocó a todo su equipo en la sala de misiones para discutir su siguiente paso. Se sentó a la cabecera de la mesa. Era rectangular y él se sentó al final de la misma. Valoraba la opinión de todos a bordo, pero su trabajo consistía en recibir la mejor información y luego tomar una decisión con ella. Elise fue la última persona en sentarse.

—Bueno, ¿existe la posibilidad de que los nanobots simplemente hayan perecido? —preguntó.

—Sí. Es sorprendente, pero no imposible —Veyron encendió el retroproyector. Deslizó la mano por el portátil y abrió un documento. En la pared, se abrió una imagen de estadísticas—. Tengo cuatro muestras de nuestra propia colmena de nanobots que el Sr. Bower recuperó del Mississippi. La primera es la más saludable. Como puedes ver, le he proporcionado tanto nutrientes orgánicos para el plancton huésped como materiales de construcción para que los nanobots los utilicen. La colmena se está multiplicando rápidamente y, como consecuencia, he podido utilizarlos regularmente para realizar más pruebas para ver cómo destruirlos.

Sam miró los números. Había pasado de ser una colmena de un gramo hace dos semanas a tener ahora una masa de cuatro kilogramos. Y eso sin tener en cuenta que Veyron había estado obteniendo de esa colmena sus nanobots de muestra para experimentar con ellos.

—Es una imagen aterradora.

Veyron continuó.

—En la segunda muestra, sólo he proporcionado nutrientes para el plancton y ningún bloque de construcción para los nanobots.

—Eso es más prometedor —dijo Tom—. El plancton no se ha multiplicado en absoluto.

—Técnicamente, Sr. Bower, el plancton ha seguido multiplicándose cada veinticuatro o cuarenta y ocho horas como lo haría en condiciones normales. Sin embargo, los nanobots simplemente se han trasladado de células más viejas y débiles a células más jóvenes. Un

gramo de nanopartículas, sin más materiales de construcción, sólo puede pesar un gramo.

Sam asintió con la cabeza. El concepto tenía sentido, aunque le sorprendió un poco ver los resultados por primera vez.

—Ahora, en la tercera muestra, he privado al plancton de nutrientes orgánicos —Veyron sonrió—. Esto es interesante. También demuestra lo peligrosas que pueden ser estas máquinas. ¿Alguien quiere adivinar si el número de plancton ha aumentado o disminuido?

—Disminuyeron —respondió Elise—. Es la misma ecuación que la de los nanobots sin materiales de construcción. No pueden reproducirse sin los materiales y, por lo tanto, como colectivo nunca podrán llegar a ser más de lo que eran al principio. Dado que el proceso de mitosis celular requiere energía —que obtienen canibalizando sus propias proteínas para utilizarlas como bloques de construcción—, cada intento de multiplicarse conduciría inevitablemente a una reducción del número total de células.

—Correcto, pero sólo parcialmente. Tenías razón en cuanto a que el número de células era ligeramente inferior, pero te sorprendería saber que la colmena se hizo más fuerte. ¿Alguien puede adivinar por qué?

Hubo una hilera de cabezas temblorosas por toda la sala.

Veyron sonrió y pulsó el botón de reproducción de la pantalla de su computadora.

—Se trata de una grabación digital de las células dividiéndose sin nutrientes adicionales.

El plancton empezó a atacarse entre sí. Los nanobots determinaron rápidamente las células más fuertes y eliminaron las más débiles. No esperaron a que la mitosis proporcionara células muertas de las que hurgar; simplemente mataron a las células débiles para obtener sus materiales. Al final, aunque se había perdido parte del plancton, la colmena de máquinas no había disminuido. De hecho, las células restantes funcionaban ahora mejor que antes.

—¿Y la cuarta muestra? —preguntó Sam.

—En la cuarta muestra privé al único gramo de nanobots y plancton tanto de nutrientes orgánicos como de materiales de construcción.

Sam sonrió al ver los resultados.

—Toda la colmena se extinguió.

—Morirse de hambre es una putada —dijo Tom.

—Bueno, volvamos a la pregunta original. ¿Creemos que la colmena principal está muerta? —insistió Sam.

—No —respondió Veyron—. Aunque dije que era posible, es muy poco probable. La cuestión es cuánto acceso tienen a las condiciones óptimas de crecimiento, como calor y luz solar, y si pueden obtener

nutrientes orgánicos y materiales de construcción.

Elise conectó su portátil de forma inalámbrica al proyector. A continuación abrió un documento titulado Informes Meteorológicos - Atlántico.

—Si te fijas en el tiempo, la temperatura media del agua del mar ha subido dos grados Fahrenheit en las regiones que rodean nuestro último avistamiento conocido de la colmena a lo largo de 800 kilómetros. Son las condiciones perfectas para que prolifere el plancton.

—De acuerdo, tienen las condiciones adecuadas, pero ¿tienen nutrientes orgánicos? —insistió Sam, buscando una razón, cualquier cosa que pudiera hacerles creer que la colmena estaba realmente destruida.

—No hay motivos para pensar que no los tengan —Elise mostró imágenes de tres grandes floraciones de algas en la zona—. Todas ellas son crecimientos de plancton que han proliferado hasta niveles peligrosos, lo que sugiere que el agua marina está actualmente repleta de crecimiento orgánico.

—¿Hay alguna posibilidad de que hayan matado a la colmena? —dijo Tom, esperanzado.

Veyron se rió al pensarlo.

—Elise, saca a colación las localizaciones de las recientes floraciones de algas.

El retroproyector mostraba una zona que abarcaba la apertura del Golfo de México, hacia las Bahamas y tan al norte como las Bermudas.

—Sabes que si hubiéramos asfixiado las zonas de aquí y aquí con las algas, todo lo que estuviera al sur de la isla de Bimini habría quedado asfixiado —señaló Veyron.

—Bien, es un «sí» muy grande. Pero puede que hayamos tenido suerte —Sam se volvió hacia Elise—. Quiero seguir vigilando esta cosa. Lo veo como si fuera un incendio forestal. Puedes apagar el noventa y nueve por ciento, pero es ese otro uno por ciento el que provoca incendios puntuales.

—Entendido. También es importante recordar que, aunque estamos privando a los nanobots de materiales de construcción con la destrucción de la carretera de Bimini, son capaces de seguir replicándose canibalizándose a sí mismos. En teoría, podrían permanecer inactivos durante años y entonces nuestra suerte podría cambiar cuando se hunda una nave que lleve microchips, momento en el que los nanobots volverían a pulular.

Era un pensamiento aterrador.

Sam se levantó, dando por terminada la reunión.

—De acuerdo, quiero mantenerme al tanto de este asunto. Que nadie abandone hasta que estemos seguros de que están muertos.

Matthew fue el siguiente en levantarse.

—Ahora que volvemos al juego de la espera, ¿dónde quieres que lleve al María Helena?

—Ya que lo mencionas, Matthew, me gustaría acercarme a la fuente original. Y ya que estamos allí, me gustaría aprovechar para bucear en el trimarán naufragado del Antiqui Nautae.

Capítulo LXVII

Los dos motores del María Helena se detuvieron. La poderosa nave navegó con su impulso durante unos cuatrocientos metros antes de quedar completamente a la deriva. El tintineo de la cadena del ancla corriendo por su bodega sustituyó al sonido del motor. Al cabo de unos minutos, el sonido cesó y el barco viró mientras el ancla mordía su mordedura.

Sam bajó las escaleras y entró en la sala de buceo. Ya habían abierto las puertas de la piscina lunar, y Tom estaba preparando su equipo de buceo.

—Pareces feliz —dijo Tom.

—Debería estarlo. Por fin voy a poder bucear en este barco. Después de años diciéndome que mi teoría era una locura, tú has podido sumergirte en él antes que yo. Aun así, me hace mucha ilusión verlo de primera mano.

—Y si te sirve de algo, estoy deseando sumergirme en ella contigo.

Sam escribió un número en su pizarra de buceo y se la entregó a Tom.

—Ah, y hay otra cosa de la que alegrarse. Los propietarios del Mississippi, deseosos de evitar la formalidad de acudir al Tribunal de Lloyd, aceptaron pagar el cincuenta por ciento del valor del barco y la carga. A los precios de hoy.

Tom miró la cifra.

—¿Ganaste veinte millones con el proceso?

—No, esa es tu parte de la recompensa —Sam vio cómo la cara de su amigo se quedaba en blanco—. Verás, la nave era uno de los tres transportes de crudo ultra grandes que quedaban. Sólo el barco, teniendo en cuenta la depreciación por desgaste, estaba valorado en cien millones. Luego teníamos el valor de los dos millones de barriles de crudo a bordo. A precios conservadores, un barril de crudo cuesta cincuenta dólares. Ahí tienes otros cien millones.

—¿Nos dieron cien millones de dólares por ser estúpidos y arriesgar nuestras vidas? —preguntó Tom, sacudiendo la cabeza.

—Sí. Fue excepcionalmente estúpido por nuestra parte, debo reconocerlo. Pero ahí lo tienes. La ventaja de la Forma Abierta de Lloyds. Rescatamos el barco y dejamos que los tribunales decidan cuánto valor merecemos. En este caso, el valor siempre iba a ser alto. Los tribunales habrían tenido en cuenta el coste de no salvar el superpetrolero, incluido el coste de limpiar el vertido. En cuanto empezaran a tenerlo en cuenta junto con el importante riesgo para la vida y para nuestro propio barco, los tribunales estaban obligados a

darnos un porcentaje bastante alto. Así las cosas, los propietarios hicieron la oferta antes de que se presentara ante los asesores del Lloyd's.

—¿Y aceptaste la primera oferta que te hicieron?

—Claro que sí. ¿Por qué, querías más de veinte millones?

—No, ahora que lo pienso, ¿por qué me dieron tanto?

—No te emociones demasiado. Le di a cada uno de los otros miembros de la tripulación cinco millones y ni siquiera tuvieron que arriesgar sus vidas.

—Es una gran noticia, porque perdí cerca de un millón de dólares en oro la última vez que buceé en el trimarán del Antiqui Nautae.

Sam se rió.

—De verdad, no lo habías mencionado.

—Sí, bueno, los dos hemos estado algo ocupados desde que volviste a recogernos a Genevieve y a mí del agua —Tom le entregó a Sam el águila real que había encontrado en el antiguo escondrijo del trimarán—. La encontramos en lo más profundo de la bodega del trimarán. Como un alijo seguro, estaba cerrado tras una puerta formidable. Creo que conduce a su antigua patria o a su tesoro. Tiene varios agujeros que se alinean con constelaciones estelares.

—¿Sabes adónde conduce?

—No. Las estrellas no están en el hemisferio norte.

—¿Los antiguos venían de Sudamérica?

—Eso parece. Desde luego, el hemisferio sur —Tom miró al águila real, pensativo—. Tuvimos un incidente cuando buceamos en el antiguo trimarán.

—¿De verdad? —Sam sintió curiosidad—. También hemos tenido unos cuantos desde entonces. ¿Qué ha pasado?

—No me vas a creer, pero vi algo ahí abajo. Algo que no era real. Y se llevó el oro que encontramos.

—¿Hay alguna posibilidad de que lo hayas extraviado?

—¿Una gran pieza de oro? —Tom se rió—. Debía de valer un millón de dólares. Tú podrías extraviar algo así, pero para nosotros, simples mortales trabajadores, sabía exactamente dónde lo había dejado.

—¿Hay alguna posibilidad de que alguien haya estado siguiendo nuestros descubrimientos?

—¿Te refieres a otro barco?

—No es raro que los saqueadores de tumbas o los cazadores de reliquias nos sigan cuando saben que estamos detrás de algo. Nada les impediría entrar y recoger los restos.

—Lo he comprobado con Matthew. No había otro barco en treinta kilómetros. También comprobé el registro del sonar: a excepción de algunos peces grandes, nada había estado por debajo del María Helena

durante toda nuestra inmersión.

—De acuerdo, pues vamos a encontrarlo. Y si no, me dijiste que había una fortuna en oro ahí abajo. Así que vamos a cobrar nuestra segunda paga por un trabajo bien hecho.

Capítulo LXXVIII

Sam siguió a Tom hasta la abertura del interior de la cabina del antiguo barco. Con su guía verde de inmersión primaria atada al antiguo timón, se adentró en los restos del naufragio. Avanzó en zigzag por una serie de pequeños túneles, descendiendo lentamente. Vio lo que parecía ser el comedor de los antiguos, seguido de una sala de emboscadas, muy probablemente utilizada como último recurso para destruir a los invasores.

Tom iluminó con su linterna el más pequeño de los túneles individuales.

—Su escondite del tesoro está aquí abajo. Se estrecha bastante. Te dejaré ir primero. No hay desviaciones en el túnel. Síguelo hasta el final y llegarás al tesoro, no hay pérdida.

Siguiendo el pequeño túnel mientras descendía otros tres metros, Sam tragó saliva, aliviando el ligero aumento de presión que sentía en el oído medio. Daba vueltas sobre sí mismo antes de enderezarse en una sección imposiblemente estrecha.

Más adelante, vio un tenue resplandor de luz. Podía tener un ligero tinte verde. Lo más probable era que se tratara de algún tipo de pez que viviera en el fondo. Sam continuó. La luz aumentó hasta que la zona de delante parecía como si alguien hubiera encendido la luz.

Llevaba su Powerstick Tiburón en la mano derecha. Listo para usar en cualquier momento. Recordó lo que su antiguo sargento instructor le había dicho años atrás: «Tu arma no te sirve de nada si no la tienes en la mano y lista para disparar en todo momento». Fuera lo que fuera lo que hacía brillar aquello, Sam no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Sam pasó junto a los restos de la antigua puerta que Tom había destruido semanas antes. La habitación estaba ahora completamente iluminada por el resplandor.

Sin duda era de color verde.

Y se erguía como un hombre gigante. Los rasgos de su rostro eran casi creíbles, pero el resto se parecía más a una aparición que a algo vivo.

—Así que éste es el fantasma de Tom. El corazón de Sam se aceleró mientras lo observaba durante un minuto.

Oyó las burbujas del regulador de Tom.

—¡Dime que puedes ver eso! —dijo Tom.

Sam empuñó su Shark Power Stick. Listo para disparar. Su dedo derecho del gatillo ejercía la más mínima presión sobre el mecanismo.

—Puedo verlo. Sea lo que sea.

La criatura verde le sonrió. Tenía un rostro amable. El resto del cuerpo tenía una estructura limitada, pero la cara era clara. Tenía ojos, nariz, orejas y boca, debajo de la cual había una barbilla profundamente hendida. La sonrisa tenía algo terriblemente familiar.

Eso cambia la cara del enemigo. Incluso cuando se dio cuenta de ello, Sam no podía creer que fuera cierto.

Luego desapareció.

Y también el oro.

—¡Juro que estaba todo aquí cuando nos fuimos!

—No me preocupa el oro. Ahora mismo, me preocupa más llegar vivo a la superficie. Vamos.

Capítulo LXXIX

Sam alcanzó la superficie de la piscina lunar sin decir una palabra a Tom. Se quitó las aletas, sujetándolas con la mano izquierda, y subió la escalera hasta la sala de inmersión. Una vez allí, se quitó la máscara de buceo, la botella y el cinturón de lastre antes de sentarse.

Tom echó la máscara en un cubo de agua fresca y se sentó a su lado.

—Entonces, ¿quieres contarme tu teoría? Porque sé que tienes una. No te quedas así de callado a menos que tengas una respuesta bastante mala a algo. De lo contrario, sigues haciendo más preguntas. Entonces, ¿cuál es?

Sam abrió la cremallera de un bolsillo de su muslo derecho y sacó su tableta de buceo. Miró su tableta, tecleó lo que buscaba y pulsó buscar. Examinó pacientemente los resultados. Pensativo. Sólo confirmaban su persistente sospecha. Le entregó la tableta a Tom.

—¿Se parece esto a tu fantasma?

—¡Dios mío! Es exactamente lo que parecía. ¿De dónde lo has sacado?

—De la base de datos de estudiantes con logros ejemplares en el MIT. Es la foto más reciente que se conoce del profesor Luke Eldridge, el hombre asesinado.

Capítulo LXXX

Tom se secó con una toalla y se puso una camiseta. Esta noticia estaba a punto de cambiarlo todo. Hasta hacía unos minutos, sabían quién era su enemigo: alguien que quería a Luke Eldridge muerto. Tenían la esperanza de que la colmena de nanobots hubiera sido destruida, pero la aparición de la resplandeciente figura verde demostró que esa esperanza era vana.

Veyron y Elise bajaron por la escalera de acero y entraron en la sala de inmersión. Tom les miró a la cara mientras se acercaban.

—Demasiado para nuestras largamente esperadas vacaciones —dijo.

Sam les dio entonces la mala noticia. Se lo tomaron bien. Ninguno de los dos parecía especialmente sorprendido al descubrir que los nanobots habían evolucionado para sobrevivir. Es natural.

Al final, Sam dijo:

—¿Entiendes lo que esto significa?

—¿Que compartíamos el mismo espacio reducido con un trillón de máquinas microscópicas diseñadas para matarnos? —respondió Tom.

—Bueno, ahí está eso. Además, los nanobots ya no están confinados en la superficie. El plancton se desplaza naturalmente por la superficie. Sólo se hunden hasta el fondo cuando mueren.

—Y si no se limitan a la superficie, significa que van a ser mucho más difíciles de encontrar —dijo Elise—. Hasta ahora hemos podido encontrarlas porque por la noche aparecen claramente en las imágenes de satélite. No es de extrañar que no hayamos podido encontrarlos. De día están disfrutando del calor del sol y de noche se hunden en una cueva o algo para esconderse.

Sam se secó el pelo con una toalla.

—Lo que significa que tendremos que encontrar una cueva en algún lugar cercano.

—¿Por qué cerca? —preguntó Veyron.

Sam sonrió. Sabía que tenía una mano ganadora.

—Porque algunos de estos nanobots estaban buscando materiales dentro del antiguo trimarán, y sabemos que sus flagelos sólo les permiten hacer pequeños movimientos. Si están buscando la colmena primaria, deben de estar cerca.

—¿Podrían estar dentro de alguno de los cascos? —preguntó Tom.

—No, a menos que haya unos veinte cargueros ahí abajo de los que no sepamos nada —respondió Elise—. Piénsalo. Su colmena era lo bastante grande como para crear una ola capaz de hundir un carguero. Eso significaba que debían tener el mismo peso que varios cargueros

sólo para crear la ola.

Matthew entró en la habitación.

—¿Qué me he perdido?

—La colmena está viva y ahora puede esconderse bajo el agua.

Matthew parecía desconcertado.

—Vaya inconveniente. Iba a pedir un permiso.

Tom sonrió.

—Yo también, colega, yo también.

Sam miró a Matthew.

—Hace aproximadamente un mes, realizaste un escaneo con sonar de todo este fondo marino, intentando confirmar el número y la ubicación de los naufragios. ¿Viste rocas salientes o cuevas? ¿Algo que pudiera proporcionar refugio a la colmena primaria por la noche?

—Está todo en la base de datos de la nave. Se lo daré a Elise y ella podrá hacer que su sistema busque un lugar adecuado para su nido.

Capítulo LXXXI

Tom entró en su camarote, dispuesto a acurrucarse en la cama. Solo eran las cuatro de la tarde, pero, si querían encontrar el nido de la colmena, tendría que bucear durante la noche para poder visualizar los nanobots. Aún recordaba el viejo mantra de sus días en el Cuerpo: duerme cuando puedas, porque nunca sabes cuánto tiempo puede pasar hasta la próxima vez que tengas la oportunidad.

Se puso los pantalones cortos y encendió el aire acondicionado. Se puso en marcha y funcionó con un zumbido molestamente ruidoso, más parecido al de dormir junto a un mecánico afinando el motor de un coche. Tom lo soportó porque el casco de acero que recubría sus aposentos irradiaba la temperatura exterior, lo que hacía que el interior superara los treinta y ocho grados centígrados. Aun así, no era lo ideal.

Tom se recostó sobre la espalda. Se subió una sábana ligera hasta los hombros y cerró los ojos. Dos segundos después, varios golpes fuertes resonaron en la puerta. Su ritmo era casi agresivo. Tom se levantó, se acercó y abrió la puerta.

Era Genevieve.

Entró y cerró la puerta sin hablar. Tom la miró y sonrió. Tenía el pelo oscuro, corto y ordenado, lo que le daba el aspecto de una elfa. Ojos azules. Pestañas largas. Nada de maquillaje. Tez morena. Su aspecto era impresionante.

Llevaba pantalones cortos vaqueros y una camiseta blanca de tirantes. Como todos los demás a bordo, iba descalza. Quería hablar, pero no sabía qué decir. Habían estado tan ocupados desde la noche en que el Mississippi había sufrido daños, cuando ella le había besado, que no habían vuelto a hablar desde entonces, a excepción de los deberes normales.

Cerró la puerta y se quitó la camiseta de tirantes por encima de la cabeza. Luego se desabrochó el sujetador, mostrando unos pechos grandes y redondeados con pezones pequeños. Lo miró fijamente. Sus ojos azules le provocaban deseo. Permaneció en silencio mientras se desabrochaba los calzoncillos y se los quitaba en un solo movimiento.

Estaba completamente desnuda ante él, tan inimaginablemente hermosa como había soñado. Su piel era suave y vibrante, su figura ágil y atlética. Tenía múltiples cicatrices por todo el cuerpo. Algunas podían deberse a accidentes naturales; otras, a su pasado. Tom fue lo bastante prudente como para no preguntar por ellas.

Genevieve le sonrió. Era seductora y disipaba cualquier duda sobre quién tenía el control. Entonces se acercó a él.

—Si le cuentas esto a un alma, te mataré.

Capítulo LXXXII

A las dos de la madrugada, Tom se encontraba a medio camino entre el sueño y la satisfacción ideal. Si se dejaba llevar, quedaría inconsciente en cuestión de segundos, pero el placer de abrazar el cuerpo desnudo de Genevieve era casi demasiado delicioso para desperdiciarlo. Podía sentir los latidos de su corazón contra sus pechos desnudos. Su aroma era divino. Tom deseaba que aquel momento durara para siempre.

Sin embargo, la suerte tenía otros planes.

Sólo llamaron a la puerta.

—Se acabaron las vacaciones. Veyron acaba de encontrar el nido de la colmena.

Tom se incorporó. Encendió la luz de su cama y miró a Genevieve. Se sorprendió al descubrir que su cuerpo lánguido parecía aún más sexy de lo que recordaba. Se despertó inmediatamente.

—Buenos días, Sam. ¿Dónde me quieres? —preguntó.

—Sala de inmersión. Veyron ha ideado un plan. Nos sumergimos en quince minutos.

—De acuerdo, nos vemos allí.

Genevieve le pasó las manos por los brazos hasta enlazarlas con las de él.

—Buenos días —susurró.

Tom le sonrió. Se alegró de que siguiera allí.

—Buenos días —dijo. Rodó ligeramente sobre ella y se deslizó por la cama hasta que sus miradas quedaron a la misma altura. Los ojos azules de ella se limitaron a observarle en silencio. Tom le besó los labios. Lentamente al principio. Con suavidad y delicadeza. Luego la ternura dio paso al deseo. Ella abrió la boca y la lengua de él la exploró con avidez. Su mano derecha soltó la de ella y la bajó hasta el hueco de la parte baja de su espalda.

Entonces se detuvo.

—Tengo que irme.

—Espera. Un beso más —exigió ella, rodeándole el cuello con el brazo libre.

Volvió a besarla. Largo y apasionado. Terminó mordiéndole con firmeza el lateral del labio, pero sin la fuerza suficiente para sacarle sangre.

Se echó hacia atrás, sorprendido.

—¿Qué carajo?

Sonrió.

—Si se lo cuentas a alguien, te mataré de verdad. Por mucho que

adore tus hermosos ojos color avellana.

Capítulo LXXXIII

El Sea Witch II era un submarino Triton 36.000/3 de color amarillo brillante. Se erguía junto a la piscina lunar sobre sus cascos gemelos. A Sam le recordaba a un aerodeslizador futurista. Tenía dos cascos amarillos gemelos y una gran cúpula de cristal de borosilicato en el centro que albergaba hasta tres submarinistas. Dos asientos para el piloto en la parte delantera de la burbuja, y un pasajero apiñado detrás para formar la forma de una V. La cúpula proporcionaba una visualización de 270 grados. El cristal único se había construido lentamente durante casi ocho meses, utilizando boro en lugar de cal sodada, lo que le daba la inusual propiedad de comprimirse sobre sí mismo mientras se sumergía. La ventaja de ello era que la cúpula de burbujas aumentaba su durabilidad cuanto más se adentraba. Sobre el papel, este submarino era capaz de alcanzar profundidades de once mil metros, la misma profundidad de la Fosa de las Marianas.

Esta noche, Sam tenía poca necesidad de una resistencia de casco tan extrema. Su profundidad máxima sería de unos veinte metros. Su misión consistía en localizar la colmena de plancton híbrido nanobot mortal. Cuando estuvieran seguros de haber encontrado el peligroso nido, pondrían en práctica el plan de Veyron para destruirlo; solo esperaba que Veyron tuviera razón en su teoría.

Los cables y los ganchos estaban sujetos al submarino, listos para maniobrarlo y lanzarlo al agua. Sam sintió que el submarino se movía cuando se sentó en el asiento del piloto. A su izquierda, en la silla del copiloto, Tom había iniciado el procedimiento de puesta en marcha. Detrás de ambos, Veyron comprobaba a mano los cálculos de su teoría. Sam miró a los otros dos hombres.

—¿Estamos listos para poner este submarino en el agua?

—Estoy bien —dijo Veyron.

Tom encendió las luces de marcha.

—Todos los sistemas funcionan bien. Estamos listos.

Sam pulsó el radiotransmisor.

—María Helena, aquí Sea Witch II, estamos listos para el despegue.

—Recibido, Sea Witch II. Buen viaje y buena caza —fue Matthew quien respondió, con su voz monótona y profesional, reconfortante en su familiaridad.

Sam se movió ligeramente en su asiento mientras el Sea Witch II se mecía ligeramente en el agua del mar. Se apoyó en el joystick, que seguía en posición de bloqueo.

—María Helena, estamos listos para soltar el amarre y comenzar nuestra inmersión —dijo Sam.

—Recibido. Soltando el ronzal —respondió Matthew—. Ah, y Matthew, asegúrate de que Elise rastrea la zona. Si la colmena huye, quiero que esté preparada para rastrearla. Ha tardado demasiado en encontrarla, para perderla ahora.

—Está al tanto. Buena suerte.

Sam accionó el interruptor de lastre. El agua empezó a inundar los depósitos, mientras las burbujas de aire salían a borbotones a la superficie.

—Muy bien, caballeros. Vamos a hacerlo.

El Sea Witch II se sumergió hasta una profundidad de dieciocho metros. Sam detuvo la entrada de agua y la niveló en flotabilidad neutra. En un visor situado en la parte delantera de la cúpula, una pantalla de GPS se superponía a los mapas de sonar del fondo marino. Ya se había introducido la ubicación de la cueva y se había marcado con la palabra «cueva». Estaba a unos cuatrocientos cincuenta metros de distancia, casi directamente al norte de su posición actual. Sam no quería arriesgarse a acercar más al María Helena, por si sobresaltaba a la colmena y la hacía huir antes de que estuvieran en condiciones de hacer algo al respecto. Entonces puso en marcha las hélices delanteras, situadas en cada extremo de los cascos gemelos. Zumbaron silenciosamente mientras se dirigían hacia la cueva.

Tom sonrió.

—¿Estás seguro de que es ahí donde están?

—Bastante seguro —respondió Sam—. Elise encontró la entrada a esta cueva en nuestra base de datos a partir de nuestro estudio por sonar de la zona hace un mes. La entrada tiene casi nueve metros de ancho por tres de alto. Es rectangular y casi parece hecha por el hombre. Creemos que podría ser la entrada a una enorme caverna submarina. Hasta dónde llega, estamos a punto de averiguarlo.

Veyron accionó tres interruptores distintos en la parte trasera del submarino. Los interruptores eran verdes y habían sido adaptados recientemente al Sea Witch II. Empezó un nuevo sonido. Era un zumbido eléctrico. Suave al principio, luego fue aumentando progresivamente de decibelios.

Tanto Sam como Tom le devolvieron la mirada.

Veyron les devolvió la sonrisa, disculpándose.

—Lo siento, había que hacerlo.

Sam se encogió de hombros. Los ingenieros podían hacer lo que quisieran con su submarino siempre que también estuvieran dentro de él. Y Veyron no era un ingeniero cualquiera. Era un líder mundial en mecatrónica y sumergibles.

Tom señaló el fondo del mar. Se inclinaba gradualmente hacia arriba.

—¿Alguna razón por la que nos hayas llevado a dieciocho metros

cuando nuestro objetivo son diez? ¿Por qué? ¿Tienes miedo de que nos vean llegar?

—Sí, así es.

Tom suspiró. Se enfrentaban a un arma desconocida que no necesariamente podían ver. Nadie tenía ni idea de cuánto sabía sobre el entorno que la rodeaba. Lo único seguro era que, hasta ahora, seguían subestimándola.

—Oye, solo por curiosidad. Una vez que encontremos el nido de la colmena, ¿cuál es tu plan para destruirla?

Sam aumentó su profundidad en tres metros para adaptarse a los contornos naturales del lecho marino.

—A Veyron se le ocurrió la solución.

—Pues no me lo ocultes. ¿Qué tenemos?

—Cuando Veyron y yo estábamos a bordo del Global Star, escuchamos una historia del capataz de la chatarrería. El hombre nos contó cómo uno de los trabajadores se cayó en la sentina que contenía el plancton bioluminiscente. El trabajador se quejó de que el plancton intentó matarle. Le salió una erupción. Pronto quedó inconsciente. Cuando los médicos le sometieron a una máquina de resonancia magnética, empezó a tener un ataque. Cuando lo probaron más tarde, no pudieron encontrar nada fuera de lo normal, a excepción de un tumor cerebral que no sabía que tenía.

Tom se removió incómodo en su asiento.

—Es cierto, recuerdo que me contaste la historia. Pensé que no había pasado nada. El tipo tenía una lesión cerebral o epilepsia o algo así.

Veyron se removió en su asiento.

—Sí, era un tumor cerebral.

—Bueno, ¿cuál es la relevancia? —preguntó Tom.

—Bueno, hasta que no descubrimos que había nanobots que vivían simbióticamente con el plancton, Veyron no se dio cuenta de lo que pasaba —dijo Sam.

Tom respiró hondo.

—Por supuesto, la resonancia magnética es un superimán. Habría desnudado y matado a cada uno de los nanobots. Probablemente el tipo los metabolizó y los expulsó en los días siguientes.

—Exacto —Sam hojeó una serie de papeles, buscando algo—. Así que lo que realmente necesitábamos era una máquina de resonancia magnética portátil y muy grande.

Veyron sonrió.

—Creo que se llama pulso electromagnético, o PEM para abreviar. Y yo he tenido uno conectado a la parte delantera del Sea Witch II.

Capítulo LXXXIV

La boca de la cueva se abrió ante ellos y Sam pilotó el Sea Witch II hacia el interior.

—Ahora solo tenemos que ver si tu teoría es correcta.

La caverna estaba completamente a oscuras. Parecía como si las paredes absorbieran la pequeña cantidad de luz que había delante del Sea Witch II.

Tom dirigió un foco hacia el suelo de la cueva. La luz le devolvió el reflejo. Era como si la dirigiera hacia un espejo. Entonces sus ojos se calmaron mientras apuntaba la luz ligeramente hacia un lado para que no se reflejara directamente en el lecho marino metálico.

—Dime que no es lo que creo que es.

Veyron se dirigió hacia la parte delantera del submarino.

—No. No son nanobots vivos. No puedes verlos, recuerda. Incluso en grandes cantidades, ves el plancton, no las máquinas microscópicas.

—Entonces, ¿qué demonios es eso? —preguntó Sam, señalando hacia el suelo plateado que había bajo la cueva.

Veyron tragó saliva. Fuerte.

—¿Recuerdas cuando probamos la colonia más estable en una placa de Petri? Lo que descubrimos fue que una de cada cien células de plancton no se divide correctamente, lo que provoca la muerte del nanobot.

Tom escrutó la luz a lo largo del fondo marino. La superficie metálica parecía continuar eternamente. Hundió un brazo mecánico en el fondo marino. Estaba cubierto de millones de pequeñas esferas metálicas, tan pequeñas como para caber en la palma de la mano de una persona. Todo el fondo marino del interior de la caverna estaba lleno de ellas, y la caverna era enorme. La siguió hasta el final e incluso entonces, se le alargó la vista para ver si realmente terminaba allí.

—¿Estás diciendo que esas esferas son nanobots muertos?

—Sí —respondió Veyron—. Por alguna razón parecen unirse como esferas. Debe de haber unos cuantos miles de ellas unidas para formar cada esfera.

Tom miró hacia arriba, hacia el oscuro vacío que había encima. El techo parecía absorber la luz.

—Si hacen falta miles de nanobots muertos para hacer una esfera y solo muere uno de cada cien, ¿me estás diciendo que hay al menos un millón de veces esas putas criaturas encima de nosotros?

Sam encendió los enormes focos.

—¡Mierda! ¿Adónde se han ido todos?

Capítulo LXXXV

Todo el techo de la monstruosa caverna estaba completamente vacío. No se veía ni un solo resplandor de bioluminiscencia. El fondo marino brillaba al reflejar las potentes luces. Sam dio una ligera ráfaga de potencia a los motores del casco izquierdo. El Sea Witch II giró lentamente hacia la derecha. De algún modo, todo el lugar parecía ahora más aterrador que cuando estaban seguros de que contenía a su enemigo.

Nadie habló.

En el lado más alejado de la caverna, la altura del tejado ascendía aún más. En su parte superior y por encima del agua, Sam pudo distinguir una cubierta de acero. Era como si alguien hubiera llegado aquí desde la superficie. Aunque solo fuera eso, proporcionaba los medios para que una persona pudiera ver el nido de cerca sin necesidad de equipo de buceo.

Veyron retiró la cubierta de seguridad de plástico que cubría un interruptor rojo y lo accionó hacia abajo. El tono del intenso zumbido cambió a un aullido mucho más agudo, seguido de una serie de ecos ondulatorios que lastimaron sus oídos. El pulso electromagnético se activó. Los focos de la parte delantera del sumergible y el resto de sus instrumentos se apagaron por completo.

Y la caverna volvió a llenarse de oscuridad.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó Sam.

La burbuja del submarino estaba completamente a oscuras, pero Sam podía oír la voz de Veyron.

—Por si era una trampa. No quería que me descubrieran aquí. Además, quería estar seguro de que no había ningún rezagado que fuera a repoblar la colonia.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos con las luces? —preguntó Sam.

Veyron le dio una palmada en el hombro.

—Tranquilízate. La ola PEM dura menos de un minuto.

—¿Y luego vuelve la luz?

—Debería servir.

A su lado, Tom se revolvió en el asiento del copiloto.

—Y hasta entonces estamos sentados como patos ciegos.

Veyron se echó a reír.

—¿Ves algún resplandor verde fuera de nuestra burbuja?

Sam miró en silencio a su alrededor, en un mundo desprovisto de toda luz. Un momento después, la energía volvió a sus controles. Se encendió la retroiluminación de una serie de instrumentos. Los faros se encendieron. Con cuidado, dio la vuelta a la nave para situarse

frente a la entrada.

Donde la luz del exterior de la caverna brillaba en verde.

Capítulo LXXXVI

Sam puso los motores eléctricos a su máxima velocidad y el Sea Witch II aceleró hacia la abertura. La alcanzó y sus ojos empezaron a adaptarse al extraño color. Era parecido a la bioluminiscencia verde, pero no exactamente igual.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Veyron se removió hacia adelante en su asiento.

—Eso, amigo mío, es otro submarino.

Sam se acercó a él. Todo él brillaba en verde. Tom apretó los dientes.

—¿Esto es sensato? Nos preparamos para luchar contra un gazillón de máquinas microscópicas, no contra otro submarino.

—No pasa nada, Tom, yo también lo dudo mucho —respondió Sam.

—Bien, ¿qué piensas hacer? ¿Subir directamente y luego pedirle al piloto que suba a la superficie para tomar un café y charlar?

Sam se acercó al submarino.

—No es mala idea. ¿Por qué no?

Era un submarino de forma similar al Sea Witch II, con dos pequeños cascos y una cúpula en forma de burbuja que protegía al piloto. Solo que el que tenían delante era apenas lo bastante grande para su único ocupante.

No estaban a más de seis metros de distancia y Sam podía ver claramente al hombre que ocupaba el asiento del piloto. Había algo familiar en él. Utilizando la señal de pulgar hacia arriba del buzo, pidió al otro submarinista que subiera a la superficie. El hombre devolvió el gesto y elevó lentamente el submarino a la superficie.

Sam expulsó el agua que quedaba del lastre del Sea Witch II y empezó a salir a la superficie.

—Ves, Tom, no ha sido tan difícil.

Tom sacudió la cabeza.

—Será bueno verlo.

El Sea Witch rompió la superficie de las aguas tranquilas. Sam abrió la escotilla y subió al casco izquierdo del submarino. Tom y Veyron le siguieron. Esperaron menos de un minuto a que saliera el hombre del segundo sumergible. Era alto, de pelo castaño, con una sonrisa amable y un grueso mentón hendido que algunas mujeres considerarían atractivo.

Sam sonrió. Había pasado mucho tiempo.

—Me alegro de verte, Luke. Tienes mucho mejor aspecto del que me habían hecho creer. Será mejor que subas a bordo. Hay mucho que

explicar.

Capítulo LXXXVII

Sam subió a bordo del submarino de Luke. Estrechó la mano de su antiguo amigo del instituto y luego le pasó una cuerda para atar los dos cascos de los submarinos.

—Me alegro de verte. ¡Y estás vivo! —dijo Sam.

Luke agarró la cuerda.

—Yo también me alegro de verte.

—Éste es Tom Bower, mi Director de Proyectos de Aguas Profundas. Y éste es Veyron Blanc. No tiene relación con el supercoche: es mi ingeniero jefe.

—Encantado de conoceros a los dos —Luke les estrechó la mano afectuosamente—. He oído que has estado ocupado, Sam. ¿Has encontrado un avión nazi perdido o algo así? Luego, encontraste los restos de una vieja nave en un país del otro lado del planeta... ¿dónde era... Austria?

—Australia —le corrigió Sam.

—Eso es —Luke sonrió cálidamente—. Localicé Atlantis... y luego la volví a perder. Vaya. Es bueno ver que has estado utilizando esa aguda mente tuya, y no sólo para despilfarrar la fortuna de tu padre.

—Gracias. A propósito de eso. He oído que tú también has estado ocupado. ¿Quieres contarme tu historia y qué hacías aquí esta noche?

—Por supuesto. Puede que lleve algún tiempo.

Tom miró con curiosidad la pintura brillante que cubría el submarino. Parecía una fosforescencia de color apagado.

—Luke, tengo que preguntarte, ¿a qué se debe esa pintura?

—¿Quieres decir por qué brilla mi submarino? —una sonrisa infantil apareció en su rostro.

Tom asintió con la cabeza.

—Sí.

—Tranquiliza al plancton —Luke enrolló la cuerda suelta.

—No. Tienes que estar de broma —se quejó Sam—. El plancton no brilla para sentirse bien. Brilla para disuadir a los depredadores.

—Sí, estoy de acuerdo. No sé por qué funciona. Pero sí sé que antes de que perdiéramos el control sobre ellos, destruían literalmente cualquier submarino amarillo que entrara en la caverna. No sé por qué, pero lo hacían. Dejamos de perder submarinos cuando los hicimos brillar con fosforescencia. Raro, ¿eh?

—Sí, poco de esas criaturas parece tener sentido —convino Sam.

Veyron empezó a bajar de nuevo a la cabina del Sea Witch.

—Voy a llamar al Maria Helena. Aún tenemos que encontrar adónde fue la colmena.

—Te lo aseguro —dijo Luke.
Todos le miraron.
—Si la caverna está vacía, significa que han salido a cazar.

Capítulo LXXXVIII

Una luz brillante anunció la llegada del María Helena. Sam subió a Luke a bordo para hablar en profundidad.

—Podemos subir tu submarino a bordo si quieres.

—No, gracias, tengo que volver a la caverna para reunir más pruebas. Será necesario si queremos ganar esto.

—Como quieras. Puedes amarrar junto al María Helena y al menos comer algo mientras averiguamos qué pasa.

Luke se acuclilló en la cubierta lateral del María Helena y ató su submarino a su costado.

—¿Dónde quieres que hablemos?

—Podemos ir a la terraza trasera. Es privado y puedes hablar libremente. ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias. Tomaré un café fuerte. Negro. Si tienes.

Sam entró en el puente.

—Eh, Matthew, cuando veas a Genevieve, ¿puedes pedirle que nos traiga dos cafés fuertes y negros?

—Lo haré, jefe.

—Estaremos en la cubierta de popa.

Luke volvió a comprobar sus cabos y siguió a Sam por la cubierta lateral hasta la cubierta de popa. Se detuvo a mirar el Sea King.

—Es un barco precioso con un helicóptero llamativo a juego. Parece que te has divertido. Bien por ti.

—Últimamente no. Hemos tenido un problema. Uno que me trajiste intencionadamente para solucionar. Así que puedes ponerme al corriente. Elise, una de mis tripulantes —es una especie de genio de la informática— está rastreando la zona con vigilancia militar por satélite. Buscando sus luces brillantes. Puede que tengamos que ir en cualquier momento si ella las encuentra.

—Bien. Dile que busque despolarizaciones eléctricas intermitentes.

—¿Quieres decir como la descarga en una nube de tormenta?

—Precisamente. Cada plancton produce carga eléctrica a través de la energía cinética. Si no puede ver su resplandor bioluminiscente, debería detectar un área de ocho kilómetros con múltiples descargas eléctricas.

—De acuerdo, gracias. Se lo haré saber.

Sam entró para dar la propina a Elise. Regresó un par de minutos después. Luke se había detenido en la sección más a popa del barco y miraba hacia el mar en calma. Miró a Sam, sonrió y le dijo:

—¿Desde cuándo sabes que estoy vivo?

Capítulo LXXXIX

Sam respiró hondo. Sonrió.

—Tuve un presentimiento cuando vi el vídeo de tu supuesta muerte. Parecía que te movías hacia abajo. No fue eso, sino tu sonrisa. Ni siquiera fue el hecho de que parecieras tranquilo. Era el hecho de que parecías orgulloso. —Sam negó con la cabeza—. No era más que una corazonada hasta que Tom me habló del fantasma verde que había conocido. Y entonces, cuando lo vi con mis propios ojos, supe que estabas implicado de algún modo.

—No es lo que piensas —le tranquilizó Luke.

—Nunca pensé que lo fuera. Cuéntamelo.

—Timothy Locke, Benjamin White y yo llevamos casi veinte años hablando de la necesidad de aprovechar el poder del océano. Lo sé desde que era niño. Si alguna vez íbamos a ser realmente autosostenibles como especie, necesitábamos captar parte de la energía del océano. Hace unos cinco años, había llegado el momento de actuar. Habíamos llegado al momento perfecto en la historia de la civilización. Timothy Locke tenía los conocimientos y el poder para fabricar pequeñas máquinas, Benjamin White era un experto en los movimientos de los océanos y yo había pasado toda mi vida estudiando fuentes de energía alternativas y convencionales. Lo he estudiado todo, desde los paneles solares, los parques eólicos y los generadores de olas, hasta los conductores nucleares y de torio.

Luke se detuvo cuando Genevieve llegó con sus cafés. Ella los dejó, dejó una cafetera de café solo y se marchó en silencio sin decir una palabra. Luke la miró marcharse.

—Es bastante despampanante, ¿verdad?

—Olvídalo, viejo verde. Ella no está interesada.

—¿En hombres?

Sam se encogió de hombros.

—En cualquiera.

Luke no había cambiado con la edad. Siempre se le había considerado un donjuán: atractivo, inteligente, divertido y locuaz con las mujeres, de un modo que a ellas nunca parecía molestarles. Y, por lo que Sam sabía, les caía bien. Por supuesto, probablemente había sido la causa de sus tres divorcios.

Luke sonrió cuando por fin aceptó que Sam no iba a darle más información.

—De acuerdo, ¿dónde estaba?

—Eres un experto en el desarrollo de energías limpias.

Luke bebió un pequeño sorbo de café. Después de todo, eran las

cuatro de la madrugada.

—Ninguna de esas fuentes era ilimitada ni estaba exenta de daños. Incluso los parques eólicos requieren grandes cantidades de minería para obtener los materiales necesarios para su construcción. Los generadores de olas destruyen la vida marina local y requieren el uso de petróleo, que se filtra de forma natural en el océano, para su mantenimiento. En muchos sentidos, los reactores nucleares y de torio parecen la única solución viable a largo plazo, con el único gran inconveniente de nuestra incapacidad para eliminar los residuos.

—¿Así que creaste un enjambre de nanobots con la intención de destruir a la humanidad? —interrumpió Sam.

Luke sonrió de buen humor.

—Así que lo contemplamos desde una perspectiva totalmente distinta: nos planteamos criar una especie que trabajara simbióticamente con la naturaleza para producir energía. Energía cinética, en pequeñas cantidades, absorbida a través de los movimientos naturales del mar, cubriendo billones y billones de células de plancton.

—Bueno, ¿hasta dónde llegaste antes de que alguien se ofreciera a matar tu investigación?

—Tardamos más de un año en construir cincuenta nanobots. La mera practicidad de semejante empresa nos hacía imposible continuar sin la capacidad de aumentar la producción sustancialmente. Aunque quisiéramos, moriríamos de viejos antes de poder construir una colonia relevante.

Sam ya había oído antes este argumento contra la nanotecnología.

—¿Así que buscaste al plancton para que las cultivara por ti?

—Sí. Como sabrás, ciertos plancton procrean mediante la división celular. En su nivel más básico, las células fabrican una réplica exacta de sí mismas. Está dentro de su ADN: los códigos de construcción de todas las células. Así que pensamos: ¿por qué no reprogramar el ADN con nanotecnología?

—Porque hasta el momento en que lo observé con un microscopio electrónico creía que era imposible —dijo Sam.

—Yo también, pero Timothy Locke me aseguró que se podía hacer. De hecho, ni siquiera le preocupaba cómo hacerlo. Para él, estaba relacionado con los códigos informáticos. Y codificar era algo que se podía hacer a cualquier nivel. Lo que le preocupaba era nuestra capacidad para producir números sustanciales.

—¿Por qué? Si pudo reprogramar el ADN para incluir la nanotecnología y las células del plancton se dividen cada veinticuatro a cuarenta y ocho horas, la población debe crecer rápidamente.

—Lo hacen, pero no lo bastante rápido. Tienes que darte cuenta de que el tipo de plancton que utilizábamos tenía un ciclo vital completo

de ocho días. Eso significaba que, aunque duplicábamos la colonia cada veinticuatro a cuarenta y ocho horas, perdíamos una generación entera cada diez días.

—¿Y cómo lo superaste?

—Modificamos genéticamente el plancton, aumentando la velocidad a la que se dividía. Si se cumplían todos los requisitos, como calor, nutrientes y bloques de construcción para las nanopartículas, las células se multiplicarían ahora cada dos a cuatro horas.

Sam frunció el ceño.

—Sí, Veyron me lo enseñó. Nos preguntábamos por qué alguien haría eso.

—Pero no sólo produjo más plancton simbiótico. El proceso acabó teniendo un efecto secundario inesperado.

Una pequeña ola se acercó al costado del barco. Sam retrocedió para evitar el chapoteo.

—¿Cuál fue el efecto secundario?

—Aceleró el ciclo vital y las generaciones del plancton.

—¿Para qué serviría eso?

—Es una vieja teoría de la evolución. Verás, si te adhieres a las teorías actuales sobre la evolución aprendes que todo evoluciona mediante respuestas generacionales a estímulos externos. Por ejemplo, en un pequeño sistema de cuevas de Bolivia, cierta raza de peces quedó atrapada en una oscuridad total. A medida que la especie evolucionó para sobrevivir sin luz, sus ojos se hicieron cada vez más pequeños hasta que los peces de las cavernas actuales ya no tienen ojos. En su lugar, desarrollaron sensores parecidos a bigotes en el borde de la boca que captan movimientos diminutos.

Sam asintió con la cabeza. Había leído sobre el Pez Cueva boliviano en la universidad, pero seguía sin ver la relevancia de su nanocreación.

—¿Qué ha pasado?

Luke terminó su café e inmediatamente se sirvió otro.

—Acortamos el ciclo generacional del plancton y aumentamos su ritmo de evolución.

Capítulo XC

Sam empezó con su segunda taza de café. Era inusual en él, pero también lo era esta historia.

—Aumentaste su ritmo de evolución. Pero, ¿cuánto evoluciona el plancton? —Sam seguía sin sentir que llegaba a ninguna parte.

Luke sonrió pacientemente.

—Resulta que bastante. Además, tienes que recordar que no se trataba sólo de plancton. Ahora compartía su ADN con los nanobots, que servían para un punto básico. Estaban diseñados básicamente para crear energía cinética al moverse con el oleaje del océano.

—¿Cómo almacenaban la energía?

—No lo eran. Aún no habíamos llegado a ese punto. Lo único que queríamos saber era que se podía producir la energía. Teníamos varias teorías sobre cómo capturar luego esa energía, pero todo el programa estaba aún en pañales.

—¿Y la colonia crecía y evolucionaba? —insistió Sam.

—Sí. Increíblemente rápido —Luke respiró hondo, tragó saliva y luego continuó—. Empezamos en una pequeña isla privada de las Bahamas, utilizando un pequeño lago. Cada día llevaba más nutrientes y bloques de construcción al lago. Pronto se reunirían conmigo en el embarcadero, como carpas que esperan a ser alimentadas. Con el tiempo, se hicieron amigas mías como alguien que las alimentaba.

Sam tiró por la borda lo que quedaba de su café, ahora frío.

—¿Me estás diciendo que esta cosa ha desarrollado inteligencia artificial?

—No. La Inteligencia Artificial pasó de moda tras el cambio de milenio. Demasiados inversores de capital riesgo se quemaron con lo que se suponía que era capaz de hacer. Hablamos del término Respuesta Predictiva. Aquí es donde las máquinas se diseñan para imitar la apariencia de la función cognitiva aplicando una serie de respuestas a preguntas de sí y no para resolver un objetivo común. Tienes que recordar que éstas seguían siendo una serie de máquinas que realizaban tareas muy básicas de forma colectiva para lograr un objetivo común. Como por ejemplo: «Muévete aquí cuando baje el hombre y consigue comida».

—¿Ninguna de las teorías de la IA resultó posible? —preguntó Sam.

—Claro que sí. Sólo que los científicos que pedían el dinero a los capitalistas de riesgo llevaban unos treinta años de investigación de menos.

—¿Y aun así construiste un prototipo que funcionaba?

—Sí y no. La evolución aceleró el proceso de su inteligencia imitada, pero no habíamos tenido en cuenta el simple hecho de que el plancton está vivo. Unicelulares o no, todos los seres vivos comparten un deseo común: quieren sobrevivir. Fue después de que la colonia hubiera sobrevivido un año cuando las cosas empezaron a ponerse superraras.

Capítulo XCI

Sam miró la luz de las estrellas, que se desvanecía en el crepúsculo del amanecer. Ahora las posibilidades eran ilimitadas.

—Bien, cuéntame cómo se pusieron raras las cosas.

Luke se sentó. Parecía cansado, pero al mismo tiempo frustrado, porque necesitaba desahogarse y aún le quedaba trabajo por hacer antes de terminar.

—Porque un día bajé al lago y la colonia empezó a levantarse del agua y a tomar forma.

—¿El fantasma verde que vimos? —preguntó Sam.

Luke se quedó mirando el agua oscura.

—Ah, ¿has conocido a uno de ellos?

—¿Uno de ellos? ¿Quieres decir que hay otros?

—Sí. Al principio no, pero con el tiempo se multiplicaron. Les gustaba imitar cosas. Pronto copiaron mi forma general y, con el tiempo, fueron capaces de realizar tareas sencillas, como crear la forma de mis ojos y de mi cara. Al final era como si estuviera mirando un reflejo, aunque un poco más verde.

Sam le miró. Parecía a punto de llorar.

—¿Qué ha ido mal?

—Necesitábamos dinero. Habíamos reunido nuestro capital inicial nosotros mismos. Timothy fue uno de los más perjudicados. Tuvo que vender su casa para poner la parte que le correspondía. Creo que quería pedirnos un préstamo, pero tenía demasiado orgullo. Además, todos pensábamos que teníamos algo entre manos. Era nuestra gran oportunidad.

En el horizonte, Sam observó una estrella fugaz que corría hacia la Tierra.

—De acuerdo, ¿y de dónde has sacado la financiación para continuar? Habría pensado que con ese tipo de historia tendrías capitalistas de riesgo intentando arrojarte dinero.

—De ninguna manera. Ya no. Demasiados puentes rotos con la nanotecnología. A nadie le interesaba. Después de todo, ¿qué habíamos creado realmente? Una máquina microscópica que podía crear una sola cara a partir del agua. Nadie conocía ningún uso concreto para eso. No, necesitábamos aumentar el tamaño de la colonia para poder empezar a avanzar hacia la producción de energía.

—¿Pero alguien financió tu investigación?

—Un amigo nuestro conocía a una persona que podía conseguirnos el dinero que necesitábamos. De hecho, podía conseguirnos toda la financiación que necesitáramos, porque acababan de descubrir

exactamente lo que podían hacer con unas máquinas que hacían que el agua del mar subiera y bajara por el aire.

—¡Querían un arma! —Sam negó con la cabeza.

—Por supuesto que sí. Si de verdad quieres financiación para investigación y desarrollo, diles que uno de los usos de tu estudio será crear un arma. Lástima, de verdad. La raza humana es tan predecible.

—¿Sabías quién hacía la oferta?

—No. Era una empresa de armamento de alta tecnología. Probablemente con sede en Estados Unidos, pero quién sabe. Nuestro amigo nos aseguró que sólo vendían a países amigos.

—¿Ibas a crear el arma más destructiva del mundo y aceptaste la palabra de tu amigo de que ellos no iban a venderla a naciones no amigas?

Luke se levantó y se paseó un poco. Parecía inseguro sobre si le permitirían o no abandonar la nave.

—Sólo queríamos la financiación. Según nuestro contrato, nos pagaban por el producto. Cualquier otro dato colateral obtenido en el proceso era un extra. Nos engañamos a nosotros mismos pensando que estábamos produciendo una máquina que podría alimentar al mundo, haciendo que la mayoría de las guerras fueran superfluas. Guerras que, como sabes, se libran por la energía.

Sam suspiró.

—Creía que se peleaban por la religión.

—No, sólo lo decimos para que la gente acepte mejor la locura. No pestañeamos cuando un país masacra a sus minorías, a pesar de nuestros ideales cristianos sobre los que se supone que se fundó América. Pero si semejante atrocidad afectara a nuestros oleoductos, a nuestra producción de petróleo o de gas, entonces pongamos botas sobre el terreno.

Sam había estado en Afganistán. Aunque hubiera estado allí por las razones correctas, sabía que Luke decía la verdad. ¿Le habría importado tanto a su gobierno si no hubiera afectado al libre flujo de petróleo y gas?

—Bueno, entonces querías salvar al mundo al mismo tiempo que ofrecías el arma perfecta para destruirlo.

Luke se rió.

—No creas que me he perdido la ironía. Lo entiendo. Y al fin y al cabo, no te mentiré: yo también quería ganar dinero de verdad.

—Bueno, te acostaste con un traficante de armas. No era una buena idea, pero te salió bien la investigación, así que ¿dónde salió mal?

—Cuando no conseguimos fabricar el arma.

Capítulo XCII

Sam se levantó.

—¿No has podido presentar el arma?

—Sí. Más ironía, ¿eh? —replicó Luke—. Podíamos hacer que el plancton subiera y bajara su altura en el agua, pero no teníamos forma de controlar la dirección del agua una vez que caía. De hecho, cuando lo intentábamos, simplemente volvía a salpicar suavemente, sin crear apenas una ondulación. Como he dicho, eran máquinas sencillas. Nada que ver con las películas de ciencia ficción.

—¿Y qué le has dicho a tu patrocinador? —preguntó Sam.

—Les dije lo que querían oír. Necesitábamos más tiempo. Estábamos haciendo grandes progresos, pero llevaría tiempo y dinero. —Entonces los ojos de Luke se abrieron de par en par al parecer recordar algo fantástico—. Y entonces empezó la magia.

—¿Qué magia?

—Pasamos tanto tiempo trabajando en el arma que dejamos de investigar soluciones energéticas. Entonces, un día observamos una única esfera metálica.

—¿Como los millones que encontramos dentro de la caverna? —preguntó Sam. Su interés aumentó.

—Sí.

—¿Y esas bolitas metálicas? Debía de haber millones de ellas.

El asombro desapareció de los ojos de Luke.

—Ésos son los que causaron todo este problema en primer lugar.

—¿Pequeñas bolas metálicas? —Sam se mostró incrédulo.

—Los llamamos Elixir Ocho. En realidad era un juego de palabras con varias cosas. Son baterías construidas con torio. Como un altar a sus antepasados, se producen cada vez que termina el ciclo vital de ocho días del plancton. Parece que a los nanobots les gusta producirlas. No sé por qué. No les veo ninguna finalidad. Y, desde luego, los nanobots no parecen utilizarlas. Pero, aun así, los producen y los almacenan aquí.

—¿Pilas diminutas? —confirmó Sam.

—Son las baterías más potentes que el mundo ha visto jamás. Una de esas esferas daría energía a tu submarino durante toda su vida. —Luke suspiró—. ¿No lo ves? De eso se trata. Alguien de las compañías petrolíferas vino a hacernos una oferta para comprar la investigación. Querían comprar las líneas de investigación y anular su uso. Yo también estuve a punto de caer en la tentación de la oferta. Era de veinte mil millones de dólares. Es mucho dinero para alguien como yo. Incluso para alguien como tú.

Sam sonrió ante el ataque. Su padre era uno de los hombres más ricos que existían.

—Bueno y ¿por qué no aceptaste su oferta?

—Iba a hacerlo. De verdad, no tienes ni idea de lo cerca que estuve. La tecnología valía diez veces más si podíamos aprovecharla. Pero la investigación lleva su tiempo. La política entra en juego y lo siguiente que sabes es que has malgastado el resto de tu vida intentando conseguir algo que sólo servirá para hacer ricos a tus nietos.

—Y evitar que la raza humana se destruya a sí misma.

—Bueno, también está eso.

—¿Y qué te detuvo?

—Fue la persona que enviaron a negociar en su nombre la que me hizo cambiar de opinión. Me sentí muy insultado por su atrevimiento. Al final, no podría vivir conmigo mismo si aceptaba. Por supuesto, no podía hacerlo sin que fuera obvio que acudiría a los medios de comunicación por ello. Y si lo hacía, el mundo de esta persona iba a cambiar. Esta persona representaba a un conglomerado de magnates del petróleo de todo el mundo. Poderosa y protegida, esta persona convenció a los demás miembros de mi equipo para que utilizaran mi propia creación para matarme.

—De acuerdo. ¿Quién es la persona? —preguntó Sam.

Luke negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo decírtelo. No hasta que tenga la última prueba. Cuando la tenga, te lo contaré todo. Entonces podremos hacerles pagar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sam.

—He venido a ver si mi creación había regresado.

—¿Regresado? —Sam parecía confuso—. ¿Conocías este lugar?

—Claro que sí. Lo mandé construir hace cuatro años para proteger mi colonia.

Capítulo XCIII

Sam entró en el puente. Elise le echó un vistazo.

—Acabo de recibir un aviso de que se está formando otra ola rebelde.

—¿Dónde? —Sam se colocó detrás de ella.

—Cinco kilómetros al norte de aquí.

—Matthew, ¿algún barco en la zona?

Matthew miró el registro IAS de naves a menos de treinta kilómetros en su GPS.

—Sólo uno. Un guardacostas. Y lleva a bordo al senador Croft.

—¡Mierda, están intentando matarla!

Miró a Luke.

Luke dijo:

—Vete. Sálvale la vida, tengo que conseguir más pruebas y luego te veré en Washington dentro de unos días.

Tom se sentó en el asiento del piloto del Sea King y accionó el interruptor principal.

Sam subió al asiento del copiloto.

—Una pregunta más.

—Dispara —respondió Luke.

—¿Quién era tu biólogo marino?

—¿Quién? —Luke parecía un poco nervioso, como si Sam le hubiera sorprendido mintiendo.

—Para establecer una relación simbiótica entre el plancton y los nanobots, debías contar con un biólogo marino. Sólo quería saber quién.

—Tienes razón, éramos cuatro los que trabajábamos en el proyecto. Cada uno de nosotros era un líder en su campo, que se unió para que esto funcionara. Pero la cuarta persona debo mantenerla en secreto hasta que tenga pruebas. Es una cuestión de vida o muerte que haga esto bien mientras ELLOS sigan creyendo que estoy muerto.

—¿Por qué se hacía llamar Peter Flaherty?

—No puedo decirlo. Al menos, todavía no.

—¿Quieres venir conmigo a Washington? Estoy a punto de ir a ver a la Secretaria de Defensa. Ven conmigo, vamos a desvelar todo esto.

—De acuerdo, pero primero tengo que hablar con alguien y recoger algunos documentos antiguos. Cuando acabe me reuniré contigo allí. Necesito pruebas antes de poder decir quién hizo la oferta. Sé que fue en nombre de las grandes petroleras, pero hay algo más. Mucho más. Podría haber aceptado que las grandes petroleras estuvieran detrás de esto, pero esto va mucho más allá de la simple corrupción financiera.

—De acuerdo, nos vemos dentro de dos días, en Washington.

Capítulo XCIV

El senador Croft observó cómo el capitán del buque guardacostas recibía el mensaje de radio del María Helena.

—¿Otra ola rebelde? —El capitán lucía una expresión de preocupación—. Está en rumbo directo de colisión con nosotros. Senador Croft, tiene que despegar. Nos informan de que se aproxima otra gran ola rebelde. Deberíamos poder capearla, pero no podemos arriesgarnos a que te maten.

No había necesidad de decírselo dos veces para salvar el pellejo.

—Por supuesto.

Volvió a subir al helicóptero militar. El piloto accionó unos interruptores y el motor zumbó. Treinta segundos después, las grandes palas rotativas empezaron a girar. Lentamente al principio, luego un poco más deprisa.

A lo lejos, donde momentos antes había estado el oscuro horizonte, divisó la luz resplandeciente. Era verde. Le cortó la respiración. Sabía exactamente lo que era. Se desabrochó el cinturón y tocó al piloto en el hombro.

—Esa cosa viene a por nosotros. Ponnos en el aire. Ahora mismo.

El piloto giró la cabeza. Vio la ola brillante que se movía hacia ellos a un ritmo lento y tentador, como si jugara con ellos.

—Haré lo que pueda, señora.

Dio unos golpecitos en el monitor de RPM. Confirmó que la velocidad de las palas del rotor principal había alcanzado su velocidad mínima de despegue. Tiró del colectivo y despegaron, inclinándose casi inmediatamente hacia la izquierda y alejándose de la ola.

Segundos después, la ola rebelde destruyó la embarcación de la Guardia Costera como si fuera un juguete de baño. El piloto levantó el helicóptero.

Vanessa observó cómo la ola gigante alcanzaba su punto álgido. Iba a estar cerca de alcanzarlos. Delante, vio que el altímetro del helicóptero marcaba treinta y ocho metros. ¿Será suficiente? Vio cómo la ola fluía bajo ellos y el agua llegaba a menos de medio metro. Suspiró profundamente aliviada.

Y entonces, una cresta siguiente rozó el costado del helicóptero.

Capítulo XCV

El helicóptero sumergió sus patines en el agua. Los rotores principales siguieron girando. Por un segundo, Vanessa pensó que el helicóptero iba a salir despedido. En lugar de eso, la ola pareció tirar de él hacia abajo.

Un instante después, el helicóptero, al no poder mantener la sustentación, se inclinó hacia la izquierda. Los rotores principales cortaron el agua del mar, lanzando al aire un rocío de agua verde y brumosa.

Y entonces todo su mundo se oscureció cuando la cabina fue envuelta por la ola. El sonido fue espantoso. El potente motor rugió y luego explotó cuando el agua fría del mar alcanzó el punto interno de combustión. El parabrisas delantero se hizo añicos.

No había forma de saber la dirección hacia la superficie. Todo estaba oscuro. No era más que una muñeca de trapo. Vanessa luchó con el cinturón de seguridad, que finalmente cedió a la frenética presión de sus manos, que lo desgarraban.

Le dolía el pecho, pero no recordaba por qué. En su estado de pánico, ni siquiera se dio cuenta de que había pasado casi medio minuto desde la última vez que respiró.

Tanteó el camino hasta el lateral del helicóptero. Las puertas seguían cerradas. Deslizó las manos por todo el espacio oscuro hasta que una de ellas alcanzó el pestillo de desbloqueo de emergencia. Tiró de él. No respondió. Cambió de posición, lo que le permitió hacer más palanca sobre la palanca, y volvió a tirar del pestillo.

Las explosiones de gas reventaron y la puerta desapareció.

Aún estaba oscuro. Y no tenía ni idea de por dónde había que subir. Nadó a través de la puerta abierta y tiró de la palanca de su chaleco salvavidas.

Se infló al instante.

Un instante después, su cabeza atravesó la superficie del agua.

Capítulo XCVI

Tom sobrevoló el lugar donde se suponía que estaba la embarcación de la Guardia Costera. El agua, antes verde brillante, había vuelto a su estado oscuro natural. La colmena debía de haber regresado a aguas más profundas.

Sam comprobó el GPS. Contemplando el oscuro paisaje marino, supo la verdad. Había llegado demasiado tarde. La ola rebelde había vuelto a matar. No quedaba nada en la superficie. El barco, sus balsas salvavidas, todo se lo había llevado al fondo del océano.

Acababa de perder la esperanza cuando vio una cabeza que se balanceaba sobre el agua. Estaba sujeta a un chaleco salvavidas amarillo. Por un instante se preguntó si la persona ya estaría muerta. Entonces empezó a mover las manos. Se volvió hacia él.

Reconoció el rostro de inmediato. La senadora Vanessa Croft tenía un rostro difícil de olvidar.

Tom bajó el helicóptero hasta que sus patines quedaron a unos seis metros por encima del agua. Un poco más abajo y la presión descendente de los rotores probablemente la ahogaría.

Sam salió de la cabina y se dirigió arrastrando los pies a la parte trasera del helicóptero. Deslizó la puerta corredera para abrirla y enganchó un aro salvavidas al cabrestante. Comprobó que la senadora Croft había seguido lo que hacía. Luego la arrojó al agua junto a ella.

No esperó a que la invitaran. Inmediatamente se la colocó sobre la cabeza y la rodeó con los brazos.

—Sí, Tom. Está bien. Voy a poner en marcha el cabrestante.

Frente a él, Tom se preparó para soportar el peso adicional en los mandos del helicóptero. A continuación, Sam pulsó la flecha roja que apuntaba hacia arriba y el cabrestante empezó a tirar del cable hacia dentro. Treinta segundos después, puso los pies en los patines y Sam la arrastró hacia la cabina principal.

Ella le sonrió.

—Me alegro de verle, Sr. Reilly. Esta vez sí que te debo una. —Sus ojos recorrieron el helicóptero y volvieron hacia el mar desolado—. ¿Dónde están los demás?

—Me temo que eres la única superviviente que hemos encontrado, señora.

Capítulo XCVII

A las ocho de la mañana del día siguiente, Sam Reilly entró en el despacho de la Secretaria de Defensa en Washington D.C. Explicó todo lo que había descubierto y lo que había hecho. Explicó lo de la nanotecnología simbiótica incrustada en el plancton y cómo había llegado a ser mucho más avanzada de lo que había pensado en un principio. Que habían intentado destruirlo cerca de la Bahía Mosquito, donde parecía tener una colmena. Y cómo la había perdido.

Al final de su perorata, miró a la Secretaria de Defensa. Le sorprendió que le hubiera dejado hablar tanto tiempo. Aún conservaba el mismo pelo rojo oscuro de siempre. Sus ojos verde esmeralda parecían ligeramente fatigados por la tensión de la responsabilidad, pero a su rostro no le faltaba nada de la belleza que había ostentado durante sus otros cuarenta y cinco años de vida. Mantenía permanentemente el ceño fruncido en lugar de sonreír. De algún modo, incluso ésta también parecía tan hermosa como siempre había sido.

—Bueno, Sr. Reilly, sin duda has tenido un mes muy ajetreado. Ahora, dime para qué has venido hasta Washington D.C. para preguntarme. Dudo mucho que te guste tanto nuestra última candidata demócrata. Puede ser bastante coqueta con hombres más jóvenes en privado, pero me han dicho que se ha refrenado desde que consiguió la nominación. Así que no puedes haber venido simplemente a recibir su felicitación formal por haberla rescatado, ¿qué quieres saber?

—Señora Secretaria. Estoy hablando de un arma capaz de destruir América. Inutilizará nuestra capacidad para defendernos, aplastará nuestra economía mediante la destrucción de nuestras rutas marítimas y consumirá a nuestro pueblo con el miedo, el hambre y la inutilidad. Es un arma totalmente automatizada, y creo que elige específicamente sus objetivos. Al principio pensábamos que hundía barcos al azar, ahora sabemos que los ha elegido a todos por una razón muy concreta. Ahora mismo está jugando una partida de ajedrez, y el objetivo final es la aniquilación total de América.

—No, no. He oído lo que has dicho sobre la maldita arma. Ahora, por el amor de Dios, jovencito, ¿qué has venido a preguntarme?

—Eres la Secretaria de Defensa de un país con el mayor presupuesto militar del mundo. Te asesoran innumerables personas que han dedicado su vida a defender América. La CIA, el FBI, la lucha contra el terrorismo y la Seguridad Nacional, todos ellos te suministran información. Debes tener alguna idea de quién es el

responsable. Señora Secretaria, estamos en guerra, sólo que no sabemos quién es nuestro enemigo.

Se acercó a él. Le miró fijamente. Con cara de burla.

—Dios mío, realmente no lo sabes, ¿verdad?

—¿Saber qué?

—Quién pagó la investigación y el desarrollo, claro.

Le miró directamente a los ojos. Lo suficientemente cerca como para que él pudiera oler su perfume. El calor de su aliento. Los pequeños destellos de sus ojos esmeralda. Y las pecas de sus mejillas, que se había esforzado en cubrir con maquillaje. Su corazón se aceleró. Sam se había preguntado a menudo si la odiaba o la amaba más. Desde luego, se sentía obligado por ella. Ella le había comisionado y le había convertido en el hombre que era. Lo sacó del Cuerpo y lo entrenó para sus proyectos únicos. Lo hizo por su país, pero nunca se habría quedado si no hubiera sido por ella.

—Entonces, ¿quién pagó la investigación y el desarrollo para fabricar olas rebeldes?

Ella le miró. Su expresión seria no cambió. Se bajó las gafas como haría un profesor antes de reprender a un niño malo.

—Lo hicimos, Sr. Reilly. Encargamos su investigación y desarrollo. Cuando mató a su creador, perdimos el control del mejor avance tecnológico que ha conseguido el Departamento de Defensa desde la bomba atómica.

Sam estaba realmente sorprendido.

—¿Para qué queríamos un artefacto tan espantoso?

Ella sonrió. Era condescendiente y, al mismo tiempo, le pareció entrañable.

—¿Un fenómeno natural capaz de destruir toda una flota naval de una sola vez? Piénsalo, no sólo podríamos acabar con armadas enteras, sino ¿dónde se encuentran las ciudades más grandes de todo el planeta?

—¿Cerca del agua?

—Exacto, así podríamos arrasar grandes ciudades con un arma así.

—Bueno, lo hemos financiado. ¿Qué carajos ha salido mal?

—No funcionó. A pesar de la investigación y el desarrollo por valor de casi cien mil millones de dólares, el proyecto resultó inviable.

—¡Bueno, alguien ha descubierto cómo hacerlo!

—Sí, y vamos a necesitar que averigües a quién vendieron sus investigaciones, antes de que se utilicen para paralizar nuestras rutas marítimas y lleven a nuestra nación a un callejón sin salida. Quiero que te pongas en contacto con Vanesa, ahora que te llevas tan bien con ella. Averigua quién más participó en la investigación original y a quién se le ocurrió que podría estar interesado y ser capaz de comprar el producto.

—¿Senador Croft? —Sam parecía perplejo—. ¿Qué sabe ella de la investigación?

—Todo. En primer lugar, fue la senadora que presionó a favor de la investigación propuesta. Supuse que lo sabías.

Sam juró.

—Nunca me dijo nada de eso. Lo que significa que me mintió: ella está detrás de esto.

—Samuel.

—¿Sí?

—¿Has seguido las elecciones?

Sacudió la cabeza. Aún aturdido por el último engaño.

—No. ¡He estado intentando salvar el pellejo de todos! No tengo tiempo para seguir las estúpidas elecciones. ¿Por qué me importa qué político entra y mantiene el actual statu quo de mentiras y engaños?

—Porque el senador Croft está a punto de convertirse en nuestro próximo Presidente.

Las palabras le golpearon como el tiro de gracia. No podía creer lo que estaba oyendo. Croft le había traicionado, jugando directamente con su generosidad. La había mantenido al tanto, y todo el tiempo había estado planeando los ataques.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

La Secretaria de Defensa le miró. Sonrió perversamente y dijo:

—Ahora encuéntrame las pruebas. Dámelas a mí y sólo a mí. No quiero que se corra la voz de que tenemos problemas con nuestro propio gobierno. Por Dios, la reacción si el público en general supiera que gastamos cien mil millones en la investigación de un arma devastadora, que ahora se utiliza para tenernos como rehenes, sería terrible. Por no hablar de que lo ha orquestado nuestro próximo Presidente.

Capítulo XCVIII

Sam no podía creer lo que había oído.

—¡Pero Luke Eldridge se dedicaba a las fuentes de energía alternativas! Me dijeron que había descubierto una nueva fuente de energía. Algo tan abundante que las compañías petrolíferas se habían unido y le habían ofrecido a él y a sus socios algo del orden de veinte mil millones de dólares para aplastar las líneas de investigación. Me dijeron que por eso lo mataron.

—Lo que te dijeron era falso. Le dimos cien mil millones de dólares para construir un arma que podría hundir toda una armada. Piensa en ello. Era un gran experto en manipulación medioambiental. Empleaba a oceanógrafos, hidrólogos, meteorólogos. Si alguien podía construir una ola rebelde, era Luke Eldridge. Y una ola rebelde podía acabar con toda una armada de un solo golpe. Todo marinero sabe que el océano es más grande que cualquier barco, y nosotros íbamos a adueñarnos del océano.

—¿Qué ha ido mal?

—Acudió a nosotros tras dos años de investigación y nos dijo que tenía problemas. Los nanobots tenían problemas para mantener sus códigos de programación.

—Por supuesto que sí. Simplemente no disponíamos de la tecnología para fabricar dispositivos tan complejos. Te habrá estado dando sus ideas sabiendo que Defensa tiene un presupuesto ilimitado.

—No. Sus ideas eran sencillas. La programación debía ser sencilla. Codificarían los estados sólido y fluido del ser. Un dispositivo de radio activaría su control de densidad y varios kilómetros de flagelos de plancton de crecimiento rápido se tensarían de repente. Se crearía un muro de agua. Entonces, otra ola de radio transmitiría un mensaje para decir a los nanobots que se desactivaran, haciendo que el agua volviera a ser fluida.

Sam recordó que Veyron aportó una teoría similar.

—Y eligiendo qué lado dejar inactivo primero, podía manipular la dirección de la ola.

—Precisamente.

—Pero en algún momento evolucionó. Decidió que no sólo le gustaba pasar del estado sólido al fluido. Quería más. Y ahora está en guerra con nosotros, y posee la mayor parte de la costa este de América.

Ella apretó la mandíbula.

—Sí, y me gustaría que nos lo devolvieras.

—¿Me estás tomando el pelo? Después de todo esto, ¿quieres

capturarlo para poder continuar con tu investigación y desarrollo?

No dudó en su respuesta.

—Si supieras que la bomba atómica está ahí fuera, ¿la ignorarías y esperarías que desapareciera? ¿O gastarías hasta el último dólar en asegurarte de que eres tú quien la empuña?

Era la retórica militar común que Sam había oído durante toda su carrera. Los vencedores tienen las armas más grandes, nuevas y mejores. Naciones enteras se han arruinado con ese concepto. Es un ciclo que se autocumple. Cada país gasta más en su ejército, lo que significa que sus vecinos tienen que seguir su ejemplo por miedo a quedarse atrás. Era la prueba de que la humanidad se guiaba por el miedo. Y si nunca aprendió a evolucionar desde esa postura, pensó Sam, probablemente no merecía sobrevivir.

No estaba seguro de dónde encajaba él en esta postura, pero en cualquier caso, tenía mucho trabajo que hacer si la raza humana quería sobrevivir a esta rola.

—Adiós, Señora Secretaria.

Capítulo XCIX

La senadora Croft tomó el teléfono de su despacho y marcó un número de memoria. Sonó tres veces antes de que contestara un hombre.

—Hola.

—Timothy, ¿dónde has estado? Llevo todo el día intentando llamarte.

—He estado ocupado reuniendo a los universitarios para que voten, eso es todo. He oído que vas en cabeza. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —parecía preocupado.

—¡Tu creación Frankenstein acaba de intentar matarme, joder!

—Dios mío. Lo siento, Vanessa. Jesús, ¿dónde estabas?

—¡Al este de Fort Lauderdale en un buque de la Guardia Costera, haciendo campaña en el lugar del casi desastre del superpetrolero Mississippi! Timothy, ¿por qué querría siquiera atacar un barco de la Guardia Costera?

Timothy la ignoró.

—¿De verdad? Creía que habías destruido la carretera de Bimini.

—Así es. Desde luego, no me habría acercado a la zona si pensara que tus desgraciados podrían formar una ola rebelde sin la carretera de Bimini.

—No pueden, que yo sepa.

—¿Qué ha ido mal?

Silencio.

A pesar de ser una de las mentes más brillantes de la Tierra, el profesor de nanotecnologías de setenta y seis años estaba demasiado conmocionado para hablar.

—¡Dios mío! Timothy, son tu creación, ya no tienes control sobre ellos, ¿verdad?

Empezó a hablar y se detuvo en seco.

—No, destruyeron un par de cargueros antes de que pudiera detenerlos. Al principio pensé que estaban trabajando con su simple programación, pero cuando eliminaron el tercer carguero, me di cuenta de que estaban eligiendo sus objetivos, aumentando su número y librando literalmente una guerra contra todas las demás vidas del océano.

—¿Pero aún tenías suficiente control como para llevarles a apuntar al petrolero?

—Sí, pero eso fue más suerte que control real. En aquel momento aún me engañaba a mí mismo haciéndome creer que tenía el control. Al rodear la nave con naves más pequeñas, los nanobots supusieron

que era su mayor amenaza.

—¿Y dónde están ahora?

—La colmena se ha vuelto a mover. Pensé que las había perdido después del petrolero. Volvimos a la carretera de Bimini y no descubrimos ni rastro de su bioluminiscencia única. Durante unos días pensé que se habían extinguido de forma natural. Siempre era una gran posibilidad. Cuando pasó una semana y no tuvimos noticias de más accidentes, esperaba que estuvieran muertas, pero ahora me dices que fueron tras tu barco.

—Sí. ¡Mi nave! ¿Por qué demonios habrían venido a por mi barco? Era más pequeña que la mayoría de las naves del océano, ¿qué le hizo venir a por nosotros?

—Hay una posibilidad... una muy pequeña... Lo siento, no te va a gustar mucho.

Se paseó por su despacho.

—¿Qué?

—Existe la posibilidad de que vinieran a por ti específicamente.

—Yo, ¿cómo coño sabían que estaba a bordo? Y lo que es más importante, ¿por qué coño habrían venido a por mí?

—Cuando las programé originalmente, incluí la conectividad inalámbrica en su programación, para que pudieran trabajar como un colectivo y para que pudiéramos dirigirlas hacia una nave concreta mediante transmisiones inalámbricas.

—¿Y? Creía que habías dicho que el sistema no funcionaba desde que los utilizamos para matar a Luke.

—No lo ha hecho. En realidad, eso no es técnicamente correcto. Parece que han recibido nuestros mensajes, pero en lugar de actuar en consecuencia, los han ignorado.

—¿Ignorándolas? Creía que habías dicho que eran máquinas excesivamente simples.

—Sí, pues parece que mis máquinas simples se han emparejado con las mentes colectivas del resto del plancton simple de una forma que nunca hubiéramos podido predecir.

—Bien, ¿entonces qué importa que sigan siendo inalámbricos?

—Significa que están recibiendo nuestros correos electrónicos. Están en el mismo canal secreto que utilizamos tú y yo.

—¿Me estás diciendo que saben que te envié la orden de destruirlos tras el fiasco del petrolero, para que Sam Reilly pudiera salvar el día?

—Sí, y también sabían que estabas a bordo del buque guardacostas Florida II.

—¡Tus criaturas intentaron asesinarme! —parecía furiosa—. No me importa cómo lo hagáis, pero quiero que las cierren, antes de que esto se convierta en un desastre natural para el que no pueda ofrecer una

solución al pueblo estadounidense. Dios mío, ¿te das cuenta de lo que ocurriría si se cerraran todas las rutas marítimas a los puertos estadounidenses?

—Estoy a punto de asumir el cargo al borde de la peor catástrofe de la historia.

—Lo siento, Vanessa. Lo siento mucho. Nunca quise que nadie saliera herido.

Oyó sus sollozos de fondo y colgó.

Timothy Locke ya no le era útil.

Capítulo C

Sam recogió a Luke delante del Aeropuerto Nacional Ronald Reagan de Washington. Había alquilado un coche discreto. Un Toyota Prius. Había cientos de ellos en el Capitolio. Todos intentando parecer que hacían lo correcto, mientras a nadie le importaba una mierda lo que le costaba al medio ambiente. Comparados con los otros coches que le gustaba conducir, eran aburridos. Pero la imitación de las masas es la mejor forma de camuflaje.

Abrió la puerta y Luke subió. Sam pisó el acelerador y el coche se alejó en silencio.

—Dime que tienes pruebas contundentes sobre tu comprador.

Luke sonrió.

—Ya lo tengo. Pruebas irrefutables.

—Bien, porque ayer me enteré de que te financiaba el Departamento de Defensa.

Luke se quedó callado. Tragó saliva.

—Nunca estuvimos trabajando específicamente en fuentes de combustible. Trabajábamos en un contrato para construir un arma para el Departamento de Defensa de EE.UU. que nos mantuviera a la vanguardia durante el próximo siglo de guerras.

—¿Estabas construyendo una ola rebelde?

—Sí, pero pensábamos que estábamos muy lejos; al parecer, no tanto como creíamos —evidentemente, no se le escapó la ironía.

—¿Qué pasa con el Elixir Ocho? Creía que todo esto era porque cabreaste a la industria petrolera.

—Elixir Ocho fue un descubrimiento secundario. Uno que resultaría mucho más valioso que cualquier cosa que pudiéramos producir para el ejército. Dije la verdad cuando afirmé que los nanobots los crearon y forraron con ellos la superficie de su nido. Nunca pude averiguar por qué. Luego, cuando probé una y descubrí que era una compleja célula de batería basada en torio capaz de proporcionar billones de horas AMP, supe que nos había tocado el gordo. En términos de investigación, nos acababa de tocar la lotería. Dos veces.

—¿Quién hizo la oferta?

—Creía que lo sabías.

—Sígueme la corriente.

—Senadora Vanessa Croft.

Sam suspiró.

—¡Te refieres al Presidente electo!

Capítulo CI

Sam se detuvo en el arcén de la Avenida Pensilvania. La Casa Blanca se alzaba orgullosa a lo lejos. Encendió las luces de emergencia y aparcó el coche.

—Enséñame exactamente lo que tienes.

Luke metió la mano en su bolso. Una bandolera de cuero que se ve en los campus universitarios. Dentro sacó una serie de documentos.

—Lo tiene todo dentro.

Sam hojeó rápidamente las fotografías, los registros financieros y los nombres de las personas implicadas. Algunas personas poderosas estaban implicadas en la Oferta. Toda la financiación se remontaba a la campaña electoral de una persona: Vanessa Croft.

—Nunca se trató de salvar el planeta. Vanessa Croft quería el billete. Utilizó todo esto para financiar su campaña. Está en la cama con la Industria Petrolera. No es de extrañar que venciera a los republicanos en una victoria aplastante. ELLOS habían comprado a ambos bandos.

Luke tenía lágrimas en los ojos.

—No, creo que ella quería ayudar al mundo. De hecho, todo esto surgió de la venganza. Cuando se dio cuenta de que no podía cambiarlo simplemente aportando pruebas de una forma mejor de hacer las cosas, Vanessa descubrió que la única forma de influir realmente en el mundo sería a través de la política. Y si realmente quería marcar una diferencia sustancial, tendría que llegar a la cima.

—Así que vendió su alma al diablo con la esperanza de poder enmendarse una vez llegara a la cima.

—Sí. Sólo que ahora tiene una larga lista de empresas a las que «debe favores».

Sam hojeó el resto de los papeles.

—¿Cómo has conseguido todo esto?

—Timothy y yo éramos mejores amigos. Ésta era nuestra idea. Llevábamos años trabajando en ello antes de que trajéramos a Benjamin White. Y entonces me traicionó por el motivador más antiguo de la historia: el dinero. Hace poco descubrió que su creación estaba en guerra con nosotros, con todos nosotros, con América y con el resto del mundo. Ya estaba intoxicado cuando llegué a él.

—Vamos —dijo Sam.

—Cuando aparecí, se sorprendió tanto de verme vivo que casi se caga encima. Hablamos. Habló de una serie de cosas que se había prometido a sí mismo que me contaría si seguía vivo. Al final, me entregó todos los documentos. Los había guardado en una caja de

seguridad, por si el grupo venía a por él.

Luke suspiró.

—Y entonces, allí mismo, delante de mí, se ahorcó.

Sam dijo:

—¿Qué quieres que haga con todo esto?

Luke se desabrochó el cinturón y abrió la puerta del coche.

—Quiero que lo arregles. Para que no tenga que ahorcarme.

Con eso, Luke salió del coche y se alejó hacia la noche.

Capítulo CII

Sam se reunió con la Secretaria de Defensa veinte minutos más tarde en Washington. Parecía más preocupada por la interrupción que por el descubrimiento de que el presidente electo Croft era el responsable de todo.

—Enséñame lo que tienes sobre ella —exigió.

Sam Reilly le dio un sobre con toda la información que necesitaba. Lo había leído todo. Conectaba todos los puntos. No se podía negar su implicación. Ni los demás nombres de la lista. Leyó cada uno de ellos en voz alta.

—Hay algunos hombres poderosos en esta lista. Un príncipe saudí, un director general de una de las mayores compañías petrolíferas. Hubo un esfuerzo bastante concertado para mantener el statu quo de la dependencia mundial de los combustibles fósiles. Algo repugnante —prácticamente escupió las palabras—. Y el presidente electo Croft está en el centro repugnante de todo ello.

—¿Qué crees que debemos hacer al respecto? —preguntó.

Un ayudante militar entró en la sala.

—Siento interrumpir, señora Secretaria.

—Adelante, Frank. Es noche para interrupciones.

—Señora Secretaria. Acabamos de recibir informes de otros tres barcos hundidos cerca de las Bahamas. Dos cargueros y una barcaza.

—¡Ahora atacan todas nuestras naves! —dijo Sam—. ¿Sabemos qué llevaban?

El ayudante militar miró su bloc de notas.

—No tengo el manifiesto de los dos cargueros, pero la barcaza desembarcó en la playa de Miami. Según los transeúntes, transportaba una enorme piedra rectangular, de al menos doce metros de ancho por seis de alto.

—¡La piedra clave! —Sam miró a la Secretaria de Defensa—. Los está cazando a ELLOS. Fue a por la senadora Croft, ahora ha atacado a alguien que trabajaba para ella.

Miró al ayudante.

—Gracias, señor Renwick. Ya puede marcharse.

Frank Renwick se dio la vuelta y salió de su despacho.

—Buenas noches, señora secretaria.

Esperó a que saliera de la habitación y cerró la puerta.

—¡Así que primero se hace responsable de bloquear el desarrollo de una nueva fuente de energía para liberar a la humanidad de los combustibles fósiles y ahora ha comprado un arma que amenaza con cerrar nuestras propias rutas marítimas!

—Si te hace sentir mejor. Ya no controla el arma.

—No, no me hace sentir mejor.

Sam se levantó.

—De acuerdo. Mi equipo está cazando a la colmena colectiva. Tenemos un gran PEM diseñado para incapacitar a los nanobots. Sólo es cuestión de tiempo que la destruyamos. ¿Qué quieres que haga?

—No podemos hacerlo público. Sería una pesadilla política. Se pelearían por su implicación y por si había infringido alguna ley real durante tanto tiempo que probablemente acabaría completando dos mandatos en el cargo antes de que se hiciera algo.

Sam sonrió. No todos los días le sorprendía la Secretaria de Defensa.

—¿Así que quieres que desaparezca?

—Claro que tenemos que librarnos de ella, pero ¿cómo? Es la Presidenta electa, ¡no podemos simplemente hacer que la asesinen!

—¿Por qué no? —Sam se rió.

—¡Sabes muy bien por qué no! No vamos por ahí matando a nuestros presidentes y desde luego no asesinamos a nuestros presidentes electos.

Capítulo CIII

El teléfono de Sam sonó exactamente a las once y media del día siguiente. Sam lo tomó y sonrió.

—Presidente electo Croft. He oído que te felicito. ¿A qué debo el placer de esta llamada?

—Tenemos que hablar —habló con palabras cortas y rápidas.

—Claro, ¿quieres que vaya a verte?

—No. No en público —la celda se quedó en silencio un momento —. Necesito saber lo que han encontrado. Necesito saber que estamos llegando a alguna parte con este brote de la colmena. Me acaban de informar de que otras ocho naves han sido atacadas a lo largo de la costa este. Algunas tan al norte como Carolina.

—¡Intenta salir de su entorno actual!

—Exactamente. Los nanobots permiten que el plancton abandone las aguas ecuatoriales más cálidas.

Sam miró el reloj. Pronto sería la hora de comer.

—¿Dónde quieres que nos veamos?

—Hay una sala de seguridad privada. Está debajo de la Casa Blanca. Si vas a la Casa Blanca haré que alguien te escolte hasta allí.

—¿Cuándo quieres verme?

—Ahora, por supuesto.

Capítulo CIV

Sam fue recibido en la puerta principal de la Casa Blanca por alguien que claramente no necesitaba ver sus credenciales para dejarle pasar. El hombre vestía un uniforme militar completo. Estaba cubierto de un arsenal de medallas. Le guiaron por la serie de pasillos y escaleras que había debajo de la Casa Blanca. A continuación, el hombre utilizó su tarjeta magnética para desbloquear la puerta de un ascensor. Sam entró. El hombre se inclinó hacia el interior y pulsó el número más bajo: el Cinco, y luego salió, dejando a Sam solo.

El ascensor inició su largo descenso hacia las salas de seguridad situadas en las profundidades de la Casa Blanca. A diferencia de un ascensor normal que contaba niveles, éste parecía contar en cientos de metros. Sintió que le estallaban los oídos al igualarse a la presión más reciente a medida que descendía.

La puerta se abrió y el Presidente electo se quedó solo al otro lado.

—Hola, presidente electo Croft.

—Hola Sr. Reilly. Dime que tienes buenas noticias.

Sam echó un vistazo a la sala. Había varias computadoras alineadas a lo largo de la pared del fondo y un gran escritorio rectangular en el centro, pero la sala parecía vacía de gente, a excepción de él mismo y del presidente electo Croft.

—¿Estás seguro de que esta sala está a salvo de dispositivos de escucha? —preguntó.

—Absolutamente seguro. Nadie sabe siquiera que estamos aquí. Le dije al oficial que te escoltó que te hiciera esperar en el quinto nivel. He estado en una reunión informativa en el cuarto. Cree que voy a dejaros esperar solos una hora antes de ir a veros. Por supuesto, habremos terminado mucho antes, y nadie sabrá nunca que tú y yo hemos tenido esta reunión. Si no, ¿por qué crees que te he hecho venir? Ahora, cuéntame una buena noticia.

Sam sonrió y le entregó copias de los archivos que Luke le había dado.

—Me temo que no todas las noticias son buenas para ti.

Agarró el sobre de papel manila. La primera imagen la hizo jadear.

—¡Por Dios! ¿De dónde las has sacado? —sonrió bellamente en un intento de disimular su preocupación.

—Luke me los dio.

Sonrió como si estuviera de gala, pero el mínimo sudor de su frente delataba su ansiedad.

—Creía que habías dicho que no habías visto a Luke desde el colegio.

Sam sonrió. Estaba disfrutando.

—No lo había hecho. Me dio esto cuando le vi ayer.

Vio cómo se le enrojecía la cara.

—¿Sigue vivo?

—Sí, qué buena noticia. Dijo que Timothy Locke tuvo la amabilidad de dárselas justo antes de ahorcarse.

Maldijo. Luego se serenó.

—¿Qué hace usted aquí, señor Reilly?

—Vine porque me pedisteis ayuda para atrapar al malo. Sólo que ninguno de nosotros se dio cuenta de que el malo era en realidad una chica desde el principio.

—De acuerdo. ¿Qué quieres? —confundió a Sam con alguien a quien se podía comprar, o al menos razonar con él.

—Intentaste robar el futuro de la raza humana, libre de combustibles fósiles. Entonces compraste un arma terrible. Desde entonces, has perdido el control sobre ella, y la maldita cosa parece decidida a cazarte.

—Soy una mujer muy ocupada, Sr. Reilly. Ambos sabemos lo que he hecho. Ahora dime qué quieres hacer al respecto.

Sam apretó los dientes con una furia de odio.

—Me gustaría que fueras a ahorcarte para que no tenga que matarte.

Las pupilas de sus ojos se abrieron de miedo.

—¡No te atreverías!

—¿Por qué no? Tú mismo has dicho que nadie sabe que estás aquí abajo conmigo.

—Pero estás por debajo de la Casa Blanca. Nunca te saldrías con la tuya.

Sam sonrió maliciosamente.

—Mi padre ha puesto a tres de los últimos cinco presidentes en esta Oficina. He tenido acceso a través de este laberinto desde que era un niño. Soy una cara conocida como el niño del cartel de la Secretaria de Defensa. Ella me convirtió en lo que soy, y no hay forma de que permita que nadie me aparte de la tarea que me ha encomendado. Estoy dispuesto a apostar a que podría salirme con la mía.

—Ella lo autorizó, ¿verdad? —el verdadero horror irradiaba ahora en sus pupilas dilatadas.

—No. Me temo que incluso ella era reacia a asesinar a un Presidente en ejercicio. O incluso a un Presidente electo. Esto he decidido hacerlo por mi cuenta.

—¡Eres Sam Reilly! He visto tu expediente: reclutado durante tu primer período de servicio en Afganistán en 2003, basándose en tu perfil, se te seleccionó específicamente para el espionaje científico. Desde entonces, has hecho varios descubrimientos notables; has

demostrado la existencia de los Maestros Constructores, has salvado al mundo de un virus mortal. El año pasado salvaste a Manhattan y a la mayor parte de la costa este de una destrucción segura al impedir que Atlantis entrara en erupción. No, ¡eres un héroe americano integral! Para alguien como tú, el deber y la integridad son primordiales en la vida: sin ninguno de los dos dejarías de existir. Tu palabra es como un contrato vinculante, y juraste servir a tu país.

Sam sonrió.

—Bueno, señora Presidenta electa, en una cosa tenías razón. Juré servir a mi país, pero en lo demás... o tuve ayuda o me lo inventé. Mi palabra no es un contrato vinculante: hago lo que es correcto. Diablos, tu gente me ha hecho vivir tantas mentiras que a menudo me resulta más fácil contar otra que explicar la verdad. Sirvo a mi país arreglando las cosas que no se pueden arreglar. A veces eso significa llamar a expertos para que ayuden a reconstruir algo desde un ángulo diferente, otras veces, simplemente me deshago de algo que sencillamente no funciona. Y tú, señora Presidenta electa, con tus deseos codiciosos, simplemente no funcionas para mí.

—¡No te atreverías! No puedes matarme.

—Eso es exactamente lo que me dijo el la Secretaria de Defensa: no veo por qué no, vives y respiras como el resto de nosotros, ¿también puedes morir?

Sam sacó un cuchillo de cerámica. Era pequeño, pero la mataría igual de rápido.

—Le propongo un trato, Sr. Reilly.

Sam se echó a reír. Se reía a carcajadas del simple hecho de que todos los políticos eran iguales: ella no tenía ni idea de que él no era capaz de dejarse comprar. No podía imaginar que algunas personas creyeran en un orden superior. Y lo que era más importante, creía en la verdad. Y en este caso, la verdad le decía que ella había orquestado uno de los peores crímenes contra la humanidad de todos los tiempos. Al hacer un trato para enterrar la verdad sobre el Elixir Ocho, había cambiado la salud y el bienestar del planeta y de todas las personas que lo habitaban por unas arcas ilimitadas para su campaña electoral.

—Me temo que tienes muy poco que me interese.

—¿Y si te dijera que sé exactamente cómo encontrar y matar a la colmena?

Capítulo CV

A las 20:00 horas, el Maria Helena navegó hacia el norte, en dirección a las Bermudas. Sam Reilly pilotó el potente Sea King para ir a su encuentro. Faltaban sólo diez minutos. La presidenta electa Croft se sentó a su lado. A simple vista aún mantenía su confianza, pero había perdido parte de su despreocupación, de su famoso carisma.

Una hora antes, utilizando su servidor secreto de correo electrónico, había enviado un mensaje a Timothy Locke informándole de su intención de revisar el Maria Helena, incluyendo la hora y el lugar precisos. Timothy nunca llegaría a abrirlo, pero ella estaba segura de que los nanobots sí lo harían. Así fue como descubrieron por primera vez que ella había ordenado a Timothy que los destruyera a todos. La veían como al enemigo. No había duda, vendrían a por ella. Una vez que estuviera a bordo, el Maria Helena se convertiría en su próximo objetivo.

Miró tímidamente a Sam.

—¿Estás seguro de que esto funcionará?

—El PEM tiene un radio de 32 kilómetros. Funcionará.

Ella no intentó responder y él no comprobó si le había oído. Al cabo de unos minutos, la presidenta electa Croft se volvió hacia él.

—Sabes que nunca pretendí que ocurriera ni la mitad de estas cosas. Me metí en política por la razón correcta. Quería marcar la diferencia. Tú y yo hemos luchado en el mismo bando toda nuestra vida.

—No. Sólo luchaste con las probabilidades de que pudieras ganar. Para ello, vendiste tu alma a cualquiera que pudiera darte la Presidencia.

—¡Era la única forma de cambiar las cosas de verdad! —tenía lágrimas en los ojos: los mejores mentirosos son los que se creen a sí mismos—. Quería salvar el mundo.

—Si esto funciona, contribuirá en gran medida a ayudar al mundo —la tranquilizó Sam.

Su amable sonrisa regresó.

—Sabes que daría mi vida por corregir mi error.

—Esperemos que no lleguemos a eso —Sam negó con la cabeza—. Cuéntame. ¿Quién era Peter Flaherty?

—¡Peter Flaherty es la razón por la que estoy haciendo esto! —rompió a llorar—. Peter fue mi primer hijo. Aborté a las veintiocho semanas, después de que los médicos descubrieran que su cerebro estaba poco desarrollado y pensaran que no sobreviviría más de unos pocos años. Aceptaron calificarlo de aborto espontáneo para evitarme

el estigma asociado al aborto, sobre todo en una fase tan avanzada del embarazo. Debido a su edad, necesitábamos ponerle un nombre.

—Lo siento —dijo Sam. Sus ojos estaban fijos en el horizonte casi negro.

—Hasta seis meses después, cuando me quedé embarazada de nuevo, no descubrimos que el problema era consecuencia de la intoxicación por plomo. Por eso quise a mi hijo hasta el día de su muerte, porque nunca se me dio la oportunidad con Peter. Y por eso he pasado toda mi vida intentando llegar a la Presidencia, para poder marcar por fin la diferencia.

Perdió toda compostura y Sam la dejó llorar en silencio.

Aterrizó en la parte trasera del Maria Helena, en el helipuerto, e inmediatamente fue recibido por Veyron.

—El EMP está listo para partir, Sam.

Sam sonrió.

—Bien. Porque pronto estarán aquí.

Capítulo CVI

Sam estaba de pie en el puente del Maria Helena. Sus ojos cambiaban cuidadosamente entre las pantallas que mostraban las imágenes por satélite del agua que les rodeaba, el radar y el sonar. El PEM estaba totalmente cargado y podía dispararse en un arco de trescientos sesenta grados desde el Maria Helena con sólo pulsar un botón. Las fuertes escotillas que rodeaban el Maria Helena estaban todas cerradas y el barco estaba preparado para el más violento de los mares. Sam se sentía confiado, pero no le gustaba esperar a ver si esa confianza era merecida.

No tuvo que esperar mucho.

A las 20:32 sonó la alarma de advertencia.

—Ola acercándose por la proa —dijo Matthew. Sus manos agarraron ambos aceleradores mientras mantenía un ligero movimiento hacia delante.

—¿Estás preparado, Veyron? —preguntó Sam.

—Todavía no. Dejemos que se acerque un poco más. Quiero que esta cosa noquee a los nanobots que siguen la ola.

—No demasiado cerca, espero.

Elise señaló su pantalla, que mostraba la imagen por satélite del agua que les rodeaba.

—¡Hay cuatro olas!

Sam se acercó para echar un vistazo.

—Nos van a inundar juntos.

—¿Alcance? —preguntó Veyron.

—150 metros —confirmó Matthew.

Veyron pulsó el botón de disparo. El tono del fuerte PEM cambió a una amplitud mayor. El mar fuera de su cabina protegida apareció verde. El resplandor brillante creó una segunda luz diurna.

—Prepárate para las olas cuando caigan —advirtió Matthew—. ¿Confirmas que todas las escotillas están aseguradas?

Sam miró hacia la puerta de babor. La había cerrado él mismo, pero ahora estaba abierta de par en par. Vanessa había salido corriendo hacia la proa, gritando obscenidades histéricas a la ola que se acercaba. Exigía a Dios que se la llevara.

El PEM se descargó.

Sam salió corriendo por la puerta.

—¡Vanessa! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Todo el impulso pareció desvanecerse de las cuatro olas rebeldes que se acercaban. El verde espeluznante seguía brillando, pero sin los nanobots manteniendo la dirección del flujo, las olas eran ahora libres

de disiparse en todas direcciones.

La ola más grande que quedaba se acercó a la proa.

—¡Vanessa! —corrió hacia ella.

Se volvió hacia él. Tenía los ojos abiertos y le miraba fijamente, pero no le veía en absoluto.

—Lo siento mucho, Peter.

La ola golpeó y ella desapareció.

Capítulo CVII

A la mañana siguiente, la Secretaria de Defensa estaba sentada en una de las docenas de salones de la Casa Blanca. Tenía las piernas cruzadas mientras desayunaba tostadas y bebía café cargado. Leía despreocupadamente los informes de seguridad del día.

Menos de una hora antes, le habían informado de que el Presidente Electo había muerto a causa de una ola gigantesca, una entre un trillón, que había golpeado un buque de la marina mientras ella pasaba revista. Afortunadamente, el barco había sobrevivido, pero ella fue arrastrada de la cubierta al mar.

Se estaba llevando a cabo una búsqueda exhaustiva, pero hasta el momento no habían encontrado su cuerpo. Curiosamente, también descubrió que el jefe de cierta corporación petrolífera había sido ejecutado en Arabia Saudí por crímenes contra su nación. Leyó la siguiente línea: un antiguo premio Nobel de nanotecnología se había ahorcado.

Hojeó el resto de las notas. Al final de la lista había un artículo sobre un científico brillante. Al parecer, un hombre llamado Luke Eldridge había descubierto una nueva batería a la que había bautizado como Elixir Ocho, que estabilizaba el torio para poder almacenarlo con seguridad. Su diseño aún estaba en pañales, pero si se demostraba que era correcto, cambiaría por completo la dependencia del mundo de los combustibles fósiles, potencialmente en la próxima década.

Sonrió.

No, no había forma de que pudieran matar al Presidente Electo. Era aborrecible sólo de pensarlo. Pero, de algún modo, Sam Reilly era un tipo de criatura diferente. Imaginaba que muchos de los tipos de programas similares que patrocinaban sus organizaciones llevaban a la gente a la creencia irracional de que estaban por encima de la ley.

Sam Reilly era diferente.

En él había visto su duro sentido del deber, no sólo hacia América, sino hacia el bien del mundo entero. Sabía que no era juez, jurado y verdugo. Había acudido a ella para pedirle permiso. Ella se había negado, pero Sam había conseguido lo que quería: su reconocimiento de que era lo correcto.

Y lo había hecho. No le importaba cómo. El hecho era que lo había hecho. Si alguna vez se demostraba que había sido algo más que un accidente, Sam, con toda probabilidad, cumpliría la pena de muerte si alguna vez lo atrapaban. Dudaba que eso ocurriera. Sam Reilly era demasiado listo para eso.

Bien hecho, Sr. Reilly.

Epílogo

El María Helena navegó hacia el sur siguiendo el mapa celeste del águila real hasta que les llevó a las islas Malvinas. Encaramadas en la latitud cincuenta y dos y aproximadamente a seiscientos cincuenta kilómetros al este de la costa patagónica, las islas Malvinas eran áridas en sus paisajes idílicos y su belleza.

Sam estudió las imágenes aéreas de la isla. Luego miró al cielo nocturno. Era cristalino y estaba lleno de estrellas. El mar estaba relativamente tranquilo para la latitud. El viento era menor en comparación: unos quince nudos, parecía hielo. Se pasó el cuello de su gran chaqueta de invierno por encima del cuello.

Tom le miró.

—¿Estás seguro de que éste es el lugar?

—Elise dice que ha pasado las marcas celestes por su base de datos de cielos nocturnos. Éste es el lugar. Los Antiqui Nautae vivieron una vez aquí.

—Ahora tendremos que encontrarlo a la antigua usanza.

Sam hojeó algunas fotografías aéreas de la zona donde los Antiqui Nautae supuestamente escondieron su tesoro.

—El lugar es estéril. Si escondieron algo, por no hablar de todas sus posesiones mundanas, alguien ya se habría dado cuenta.

—¿A menos que lo hayan enterrado? —sugirió Tom. El brillo de la fiebre del oro aparecía de nuevo en sus ojos.

—¿Qué quieres hacer? ¿Ir a buscarlo?

Tom levantó el artefacto hacia el cielo, directamente sobre él. Seis de las siete estrellas estaban perfectamente alineadas. La séptima estaba ligeramente desviada. Señaló hacia la isla.

—Tenemos que movernos en esa dirección, hasta que el cielo directamente por encima coincida con los agujeros de este artefacto. No podremos concretar lo suficiente para encontrar un lugar donde excavar. En todo caso, estaremos buscando en un área de aproximadamente treinta y dos kilómetros de ancho.

Sam dejó de hojear las imágenes del satélite.

—Aquí lo tienes. Te apuesto lo que quieras.

Tom miró la imagen. Era la ladera de una montaña estéril que se unía al mar. La fotografía se había tomado mientras una gran ola brotaba del interior de la montaña.

—¿Qué es eso?

—Un espiráculo.

Tom sonrió.

Los agujeros de soplado se formaron cuando las cuevas marinas se

erosionan hacia tierra y hacia arriba en pozos verticales, hasta que se exponen a la superficie. Si las condiciones del mar son las adecuadas, la presión dentro de la caverna puede acumularse con suficiente agua de mar como para hacerla salir a borbotones por la abertura. En algunas circunstancias, el espiráculo puede estar kilómetros tierra adentro, pero normalmente está relativamente cerca del mar.

—Ahora hay un lugar donde esconder un tesoro enterrado durante siglos. No sólo es una de las islas más remotas del planeta, ¡sino que está dentro de un agujero soplado! Nadie lo encontraría jamás por accidente. Incluso si alguien quisiera hacerlo, lo más probable es que muriera en el proceso.

Sam sonrió.

—¿A menos que tuvieran equipo especializado?

—¿Quieres sumergirlo?

Sam se tapó más la cara con el gorro para protegerse del frío del viento.

—Va a hacer frío.

—He buceado más frío.

Sam se rió. Ambos lo habían hecho.

*

Una hora más tarde, Tom se sumergió en el agua helada. Con un traje seco laminado de seis milímetros y un grueso forro polar debajo, sintió cómo el frío le recorría el cuerpo. Demasiada protección contra los elementos.

Comprobó su equipo a tres metros y se acomodó en el agua.

—¿Vienes, Sam, o el frío te ha desanimado?

Se acercó la luz de buceo de Sam.

—No puedo creer que me convencieras para bucear en esta cosa en invierno.

—Es una venganza por hacerme bucear en los Alpes hace unos años.

Sam se rió entre dientes.

—Vamos. Acabemos con esto de una vez.

Al acercarse a la isla, pudieron ver que el saliente rocoso se rompía en una cueva y se convertía en una grieta natural que se adentraba en la isla. La siguieron durante unos cien metros. Juzgaron cuidadosamente el movimiento hacia el interior de las olas que debían seguir y se agarraron al lateral de las rocas para evitar ser succionados hacia el exterior por el retroceso del agua.

Al final del pozo, la luz de la luna iluminó una abertura hacia la superficie. La grieta se abría a una gran caverna. A medida que la presión aumentaba y llenaba la caverna, el agua de mar a alta presión salía por la abertura.

—Ahí está, Sam, pero no veo ningún tesoro.

Sam dirigió su luz hacia el otro extremo de la caverna.

—Hay un segundo tubo de lava en dirección vertical por allí.

Tom estudió el lugar donde Sam había alumbrado. No caía luz de luna, lo que significaba que la abertura no llegaba a la superficie.

—De acuerdo, vamos a intentarlo.

Tom nadó hacia la abertura vertical. Ascendió seis metros antes de alcanzar la superficie del agua. Se sacó el regulador de buceo de la boca y respiró el aire. La altura del agua variaba con cada ola, pero nunca se acercaba a la parte superior del tubo de lava vertical.

Sam salió a la superficie. Miró alrededor del túnel.

—¿Vamos a subir?

—Supongo que sí. —Tom se agarró a la roca porosa y empezó a trepar.

En la cima, el túnel volvió a descender. Siguió el antiguo túnel de lava hasta que llegó a un callejón sin salida. Iluminó la habitación con la linterna. Era esférica y sin duda había sido construida por el hombre. La obsidiana negra, en la que se había tallado toda la sala, brillaba como el cristal negro.

Sam entró un momento después que él.

—Éste parece el lugar perfecto para esconder un tesoro.

—Excepto que no hay ningún tesoro.

*

Sam iluminó la habitación con la linterna. Sin duda estaba hecha por el hombre. No podía ni imaginar la cantidad de horas que habría llevado construir un lugar así con herramientas primitivas.

Miró la cara de decepción de Tom.

—Bueno, ha sido un poco anticlimático.

—Sí. Es decir, cualquier civilización que se tomara tantas molestias para proteger algo aquí dentro debe de haber almacenado en algún momento algo bastante especial. Diablos, si los Antiqui Nautae almacenaron toda una horda de oro en su casco, uno pensaría que esto estaría repleto de piedras raras, por lo menos.

Sam pasó la mano por la pared lisa y negra como el carbón. Se sorprendió al comprobar que, a pesar de su aspecto vidrioso, todo el lugar estaba cubierto de diminutos puntos en relieve. Parecían negros igual que el resto de la habitación de obsidiana.

—Oye, apaga la luz un momento. Creo que he encontrado algo.

—¿Oro?

—No. Posiblemente algo mejor.

Ambos apagaron las linternas. Sam cerró los ojos para adaptarse a la oscuridad. Cuando volvió a abrirlos, toda la habitación estaba iluminada con pequeñas estrellas azules.

—¿Qué es este lugar? —dijo Tom sin ocultar su asombro.

Sam sonrió.

—No podría decírtelo con seguridad. Pero si tuviera que adivinar, diría que éstas son las principales constelaciones de estrellas, vistas desde todo el mundo. Una perfecta representación matemática de las estrellas a medida que te desplazas por cada longitud y latitud. Cada estrella se hizo probablemente insertando fluorita o algún otro mineral fluorescente.

—Lo que significa que los Antiqui Nautae recorrieron el mundo entero hace cientos de años.

—Por eso se esforzaron tanto en ocultar este lugar. Era sagrado para ellos, porque era su mapa del mundo.

—Todavía no sabemos de dónde han salido. —señaló Tom.

—No. Pero no me sorprendería que ésta no fuera la última vez que vemos a los Antiqui Nautae. Una civilización tan avanzada en el siglo diecisiete no podría haber sido exterminada por las colonias europeas sin dejar rastro. Están ahí fuera, en alguna parte.

Sam sacó entonces el águila real del interior de su bolsa de transporte.

—¿Para qué has cargado con esa cosa tan pesada hasta aquí? —preguntó Tom.

—Una corazonada —respondió Sam.

Luego examinó la marca del águila, que representaba la constelación de la Cruz del Sur. Haciéndola coincidir con la constelación representada en la pared, la colocó con fuerza contra ésta, de modo que las piedras azules brillantes de la pared resplandecieran a través de los agujeros del águila.

Inmediatamente no ocurrió nada, y entonces el pájaro dorado tiró con fuerza contra la pared, como si se hubiera activado un imán secreto. Sam intentó arrancarlo, pero estaba fuertemente trabado. Entonces, el resplandor azul aumentó al irradiarse por los agujeros y salir por la boca abierta del águila, y luego brilló sobre una única piedra rectangular del suelo.

—Yo diría que eso apunta directamente hacia algo —dijo Sam.

Tom y él dieron unos pasos y se pararon sobre la piedra.

Aun así, no ocurrió nada.

Entonces el suelo bajo sus pies se movió. Debajo se formaron una serie de escalones. Ambos tuvieron que agacharse para seguir el pasadizo secreto.

El corazón de Sam se aceleró de anticipación.

La antigua escalera descendía cuatro metros y medio, y luego se niveló en una corta cámara rectangular. La siguieron hasta que llegó a un callejón sin salida.

Allí, una única mesa de piedra contenía algo más valioso que cualquiera de las preciadas posesiones de Sam. Junto a un libro había restos de cera de vela usada hacía mucho tiempo.

*

Sam abrió el libro con cuidado.

Una mirada a los antiguos escritos y supo lo que estaba viendo.

—Éste es el antiguo diario de los Maestros Constructores.

Era una grabación tan antigua que ni siquiera comprendía el sistema de calendario que se utilizaba. Estaba escrita en la lengua de los antiguos Maestros Constructores. Sam empezó a descifrar algunas palabras. Tardaría semanas en darle sentido a todo aquello, y deseó poder ponerse en contacto con la Dra. Billie Swan, la arqueóloga que le había ayudado a demostrar la existencia de aquella raza única que construyó una serie de extraordinarias maravillas del mundo, a lo largo de milenios.

La última vez que Sam la había visto, habían descubierto la Atlántida. Después de eso, había desaparecido siguiendo una pista sobre la existencia de una legendaria Ciudad en las Nubes en la que vivieron una vez los Maestros Constructores, como dioses que velaban por los simples mortales.

—¿Tiene algún sentido? —preguntó Tom.

Sam asintió con la cabeza.

—Algunas palabras y números: parece un diario de sucesos. Llevará tiempo comprenderlo todo, y sería más fácil si pudiera localizar a Billie.

Los ojos de Tom vagaban sobre los incomprensibles escritos, con el rostro pensativo. Tom y Billie habían estado muy unidos, y Sam sabía que le habría gustado que su relación progresara, pero encontrar el hogar de los Maestros Constructores era para Billie una obsesión más importante que el amor. Sacrificaría todo lo demás en su vida para acercarse a encontrar la verdad.

—¿Sigues sin saber nada de ella?

—No desde que perdimos Atlantis.

—Estaría encantada si supiera que esto existe —dijo Tom.

Sam asintió con la cabeza. Luego abrió suavemente la siguiente página del antiguo libro. Los escritos sólo cubrían dos tercios de la página. Como la entrada de un diario, parecía que el autor se había detenido y aún no había vuelto para hacer otra entrada.

Luego juró.

—¿Qué? —preguntó Tom.

—Se trata sin duda de entradas de diario, que datan de mucho tiempo atrás. Tan atrás que ni siquiera sé qué tipo de sistema de calendario se utilizaba para las entradas más antiguas. Pero esta página utiliza nuestro sistema actual medido en meses y años después de Cristo. —Luego señaló la última entrada—. Y ésta de aquí muestra la aparición de la Atlántida hace sólo tres meses.

Tom le miró.

—¡Eso significa que al menos uno de los Maestros Constructores sigue vivo!

Sam sonrió.

—Y él o ella estuvo aquí hace sólo unos meses.

*

Tras registrar detalladamente cada página del antiguo libro, decidieron dejarlo allí con la esperanza de que aún pudieran encontrar al último autor cuando volviera para hacer una nueva anotación. Después regresaron a María Helena. Sam y Tom apenas habían salido de la piscina lunar y entrado en la sala de inmersión cuando Matthew y Elise se acercaron a ellos, con cara de preocupación.

—Hemos recibido una llamada de socorro en la Antártida —dijo Matthew—. La Estación Pegaso, un laboratorio de investigación, se ha declarado en emergencia. Al parecer, somos la nave más cercana capaz de realizar el rescate.

Sam se desabrochó el chaleco y bajó la botella de buceo a su soporte.

—¿Cuál es el problema?

—Su nave fue aplastada contra la plataforma de hielo por el movimiento de una isla flotante de hielo. Han conseguido volver a la estación a pie, pero no están equipados para aguantar el invierno que se aproxima.

Elise sacó las imágenes por satélite de la zona.

—Echa un vistazo a esto. La primera imagen se tomó hace unos días, ahora mira ésta.

Sam estudió la imagen. Sin reconocer el lugar exacto, pudo ver que la masa de tierra de la bahía casi había duplicado su tamaño.

—Esa foto es de hoy.

Sam se encogió de hombros.

—Entonces, ¿hemos vuelto a separarnos de la plataforma de hielo continental?

—Eso tendría sentido, pero no hay ningún lugar en el que falte una masa de hielo tan enorme.

—¿Has mirado en todas partes? Quiero decir, eso es un montón de hielo: en alguna parte va a resaltar en las imágenes por satélite que hay una nueva línea de costa.

—Eso es. —Elise le mostró la imagen por satélite de las costas circundantes—. Parece que la isla acaba de llegar de la nada.

Sam estudió atentamente las dos imágenes.

—¿Y estás segura de que esto no se ha desprendido de ninguna formación de hielo conocida?

—Correcto.

Sam negó con la cabeza. Habría intentado escapar, pero la propuesta se hizo más tentadora con semejante rompecabezas.

—Entonces será mejor que llevemos ropa de abrigo. Hace frío en la Antártida.

Fin.